

U A N

AUTÓNOMA DE NUEVO

CCO N T R A L D E B I B L I O T E C

SINUÉS



LA SENDA
DE LA GLORIA

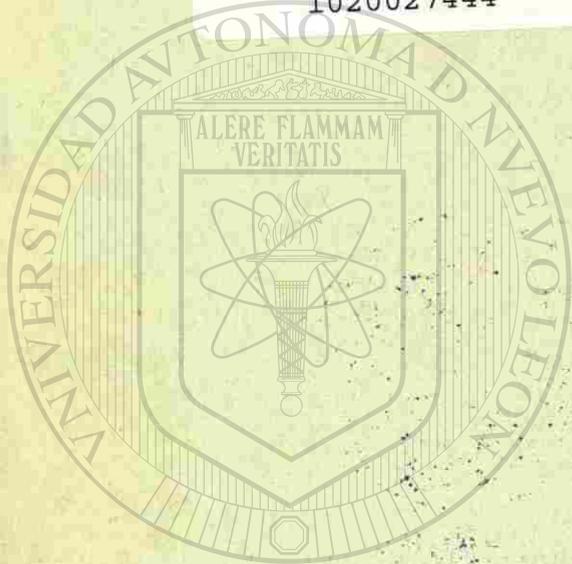
PC6567

.S5

S4



1020027444



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Maria Guerrero

Folleto i 3 de Abril - 1871

LA SENDA DE LA GLORIA.

Núm. Clas. N
Núm. Autor 5618p
Núm. Adg. 33874
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificación
Catalogó Cy



LA SENDA

DE

LA GLORIA.

NOVELA ORIGINAL DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

SEGUNDA EDICION,
AUMENTADA Y CORREGIDA POR LA AUTORA.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID :

100524

OFICINAS DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

1880.

33874

863
S.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ6567
55
54

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

AL PÚBLICO.

Hace algunos años, y cuando aún contaba yo muy pocos, se hizo una edición de este libro, de apenas 500 ejemplares: escrito al poner el pié en los umbrales de la vida, no le daba yo ningún valor; pero tú pensaste de otra manera, y la reducida edición se agotó en algunos días, siendo desde entónces incesantes las demandas de ella.

Mi pobre persona es para tí tan conocida, ¡oh público amigo! que por do quiera que paso te oigo pronunciar mi nombre; y uniendo acaso entónces en tu mente la figura infantil de la autora con las sombrías verdades que encierra esta lastimera historia, tu interés se despertó en favor mio.

Yo te doy gracias, amigo complaciente, mi primero, y quizá mi único amigo: otras personas, dedicadas al cultivo de las letras, se quejan de tí; yo no puedo más que estarte agradecida y bendecirte: apenas empecé á pensar, apenas cumplidos los primeros nueve años de mi vida, te ofrecí

mi primer libro; lo acogiste con tierno afecto, y desde entónces este afecto jamas se ha desmentido.

Hoy te ofrezco una nueva y bella edicion de *La Senda de la Gloria*; más correcta que la anterior, es más digna de tí: en cuanto al fondo de la obra nada he podido alterar, porque casi todos sus personajes son retratos que he copiado del natural. No imploro para estas páginas tu benevolencia, porque estoy tan segura de ella, como tú lo estás de mi amor y gratitud.

María del Pilar Sinués.

Madrid, Enero de 1880.

LIBRO PRIMERO.

I.

CUADRO DE FAMILIA.

Hará unos cinco años, ó poco ménos, que el mes de Noviembre dejaba caer sobre París su manto de neblina, á la que sucedia con frecuencia la nieve ó el agua: en la primera quincena de dicho mes, y en una oscura noche del mismo, tres personas se hallaban en un saloncito modesto de un piso tercero, y cada una de las tres parecia hallarse absorta en sus propios pensamientos, sin cuidarse mucho de las otras dos.

Eran dos mujeres y un hombre, los tres jóvenes, y los tres dominados al parecer por una grande y quizá inveterada displicencia.

La habitacion era pobre y pequeña: en la chimenea ardía un buen fuego, y como gracioso contraste, se veian sobre la meseta de mármol dos copas de cristal con pié de madera tallada, llenas de flores y de ramas verdes, que, aunque de las más sencillas, encantaban la vista, atendidos los rigores de la estacion.

La persona de las tres que fijaba alguna vez la vista

mi primer libro; lo acogiste con tierno afecto, y desde entónces este afecto jamas se ha desmentido.

Hoy te ofrezco una nueva y bella edicion de *La Senda de la Gloria*; más correcta que la anterior, es más digna de tí: en cuanto al fondo de la obra nada he podido alterar, porque casi todos sus personajes son retratos que he copiado del natural. No imploro para estas páginas tu benevolencia, porque estoy tan segura de ella, como tú lo estás de mi amor y gratitud.

María del Pilar Sinués.

Madrid, Enero de 1880.

LIBRO PRIMERO.

I.

CUADRO DE FAMILIA.

Hará unos cinco años, ó poco ménos, que el mes de Noviembre dejaba caer sobre París su manto de neblina, á la que sucedia con frecuencia la nieve ó el agua: en la primera quincena de dicho mes, y en una oscura noche del mismo, tres personas se hallaban en un saloncito modesto de un piso tercero, y cada una de las tres parecia hallarse absorta en sus propios pensamientos, sin cuidarse mucho de las otras dos.

Eran dos mujeres y un hombre, los tres jóvenes, y los tres dominados al parecer por una grande y quizá inveterada displicencia.

La habitacion era pobre y pequeña: en la chimenea ardía un buen fuego, y como gracioso contraste, se veían sobre la meseta de mármol dos copas de cristal con pié de madera tallada, llenas de flores y de ramas verdes, que, aunque de las más sencillas, encantaban la vista, atendidos los rigores de la estacion.

La persona de las tres que fijaba alguna vez la vista

en estas bellas hijas de la naturaleza, era una de las dos mujeres: una jóven de fisonomía pálida y dulce, en cuyos ojos grandes y rasgados se leía un mundo de pensamientos.

La otra señora dormitaba y bostezaba alternativamente; tanto como era dulce y poética la figura de la primera, era dura y vulgar la de la segunda, aunque sólo aparentaba contar de veinte y seis á veinte y ocho años; su alta estatura, que se advertía claramente á pesar de estar sentada; sus formas á la vez desarrolladas y angulosas, su cutis muy moreno, y la atrevida mirada de sus grandes ojos, la daban un aspecto más bien varonil que femenino, muy poco atrayente para todos, y sobre todo, para los individuos del sexo fuerte.

Hay en todo hombre de altas condiciones de carácter una especie de repulsion y de desden por todas aquellas mujeres que salen de las condiciones habituales de su sexo: así es más fácil que una mujer de escasa belleza física, pero de cualidades dulces, de dotes de carácter suaves; es más fácil, decimos, que una mujer así consiga un amante apasionado, que el que lo logre una belleza acabada, altiva y exigente, aunque se halle dotada de gran talento y de gran cultura intelectual.

La jóven del aspecto más dulce era de ménos estatura, de ménos edad, y quizá de ménos belleza que la altiva morena que la acompañaba: ésta aparentaba, como ya hemos dicho, veinte y ocho años: la otra parecía no pasar de los veinte y tres. Su tez blanca y pálida era pura y delicada como las hojas de una azucena: tenía los ojos azules, de mirada dulce y triste, y los extremos

de su boca, un tanto caídos, denunciaban una honda y ya antigua melancolía.

De vez en cuando los ojos de aquella jóven se cerraban con pesadez, ó abriéndose á medias se fijaban en el caballero que se hallaba en la estancia, y que estaba dotado de una bella figura, juzgándola por las reglas más rutinarias de la estética: era de estatura más que regular, delgado y trigueño; desde la primera mirada se comprendía que era hermano de la jóven morena; sus ojos negros, hermosos al parecer, miraban de una manera solapada y fria, ó se agitaban como espantados dentro de sus órbitas quemadas en el borde por agitaciones desconocidas; á pesar de no aparentar más que treinta años, sus cabellos empezaban á ser raros hácia las sienas, y en su sonrisa habia una candidez, ó más bien una expresion de simplicidad que se conocia era fingida si se comparaba con la mirada vivaz y profundamente disimulada de sus pupilas.

Todos tres parecían estar disgustados ó aburridos: el silencio pesaba en la atmósfera, y ninguno sabía de qué modo romperlo.

La jóven morena fué la que tomó sobre sí este cuidado; incorporóse con impaciencia en su asiento y dijo:

— Me voy á acostar.

— ¿Ya? preguntó la otra jóven mirando al reloj, que señalaba las nueve.

— Ya; para estarme aburriendo aquí, prefiero dormir; ¿quieres algo, Diego?

El interpelado volvió perezosamente la cabeza y respondió:

— No, gracias; pero ¿por qué te vas ya á acostar, Natalia? Ha de venir alguno, pues es temprano.

— Cuando viene alguno ya no puedo yo más con mi aburrimiento, objetó Natalia con muy mal humor; y luégo, como los que vienen son tan divertidos..... todos pintores como tú y como Julia, y siempre hablando de premios, y de exposiciones, y de lienzos.....

— ¿Y de qué hemos de hablar? objetó la jóven rubia: eso es lo que más nos interesa, y eso es lo que más nos agrada: ¡nuestro arte!

— Confiesa, Julia, que el vivir al lado de artistas es muy poco divertido, añadió Diego al ver el gesto colérico de su hermana. La pobre Natalia, lo mismo que Adelina, se aburren á nuestro lado.

— Porque quieren, respondió Julia con calor: nunca hacen nada, ni se ocupan de ninguna labor.

— Ten presente que soy mayor de edad y que no necesito reprensiones, dijo Natalia con acritud.

— Yo contesto á tus quejas: dices que te aburres: tu hermano parece darte la razon, y yo digo que te aburres porque estás siempre ociosa.

Julia dijo estas palabras con amargura: la hermana de su esposo la miró riendo burlonamente y con una expresion maligna. Los nervios de la jóven, sobrexcitados por la cólera, la prestaron un valor que no estaba en su carácter.

— Y no es lo peor, continuó, el que lleves tú la vida más ociosa y más inútil; lo peor es el mal ejemplo que das á tu hermana Adelina; será siempre un sér desgraciado por tí.

— ¡Basta, Julia! dijo Diego con voz iracunda, pero contenida; tú no eres responsable de la suerte de mis hermanas: evítate cuidados que á nada conducen sino á discusiones muy penosas.

— No volveré á decir una palabra, repuso Julia con acento amargo y cargado de reproches; y para no incomodaros, soy yo la que va á retirarse.

Al decir estas palabras se dirigió hácia la puerta; pero ántes de llegar á ella, se abrió por la parte de afuera, y una gentil figura apareció en el umbral.

El sér encantador que se ofreció á las miradas de la jóven participaba de la alegría de la infancia y de la seriedad de la mujer: era una jovencita de catorce años, que, sin ser bonita, era encantadora por la gracia de sus facciones, la viveza de sus negros ojos, y lo infantil de sus movimientos.

— ¿A dónde vas, Julia? preguntó apoyando su mano en el brazo de la que salía.

— A mi cuarto, respondió ésta con sequedad.

— ¿Quieres que te acompañe?

— No.

— ¿Te has puesto mala?

— No.

— ¡Vén acá, Adelina! gritó Natalia: ¿no has de conocer nunca con quién tratas?

La adolescente, dócil á la voz de su hermana, fué á su lado, aunque triste y cabizbaja. Julia salió, y cerró la puerta tras sí.

— ¡Qué carácter! exclamó su marido: es insopor- table.

— ¿Insoportable Julia? repuso Adelina, ¡si es la misma bondad!

— Lo que sucede es que nos tiene ódio y rencor, observó Natalia á su vez. Diego, será forzoso que nos señales algo y que nos separemos de vosotros; estaréis mejor solos, porque el humor de tu mujer se agria por momentos.

— Pues tendrá que ver cómo lo suaviza, repuso Diego. Nada puedo señalaros, porque nada tengo seguro: nuestro solo elemento de vida son los pinceles de Julia y los míos; algunas veces se puede acabar un cuadro más pronto, y otras se tarda mucho más de lo que se creía; ya sabes que hay temporadas en las que lo pasarías muy mal.

— Y tanto como lo sé.

— Julia por sí sola no es nada; pero á mi lado gana dinero como yo, y con lo que ambos trabajamos vamos viviendo todos.

— Creo, observó Natalia con una sonrisita malvada, que si tu mujer sigue así, habrás de separarte de ella.

— ¡Pobre Julia! ¡perecería de miseria! — dijo con tier-no acento Diego.

— No, lo que es eso, no, repuso Adelina; que Julia, como dice Mister Jedd, ese inglés del pelo amarillo, pinta divinamente, por más que asegurais vosotros que nada vale lo que hace..... Pero, calla; ¡el ruin de Roma, que así que le nombran asoma! Aquí está ya Mister Jedd y Mr. Drut y todos los demas: conque, abur, que sólo de verles me da sueño.

II.

NATALIA BLANFORT Á LUCILA MERRY.

París, Noviembre de 1875.

Ya es hora de que tome la pluma para tí, querida amiga mía, y lo extraño y culpable es que no puedo achacar mi silencio á causa ninguna positiva, más que á uno de esos accesos de mal humor, que tú sabes me dominan y que tantas veces me has reprendido.

Tengo á la vista dos de tus queridas cartas, las últimas, y veo por ellas que eres feliz en tu nuevo estado, y que pronto el cielo bendecirá tu enlace dándote un hijo: quizá le tengas ya al recibir ésta, y enfadada—con justa razon—no hayas querido darme parte de tu nueva felicidad; pero tú, que eres dichosa, debes perdonarme á mí, que sufro.

—¿Por qué?—me preguntarás admirada, sabiendo que mi carácter es poco susceptible y mi corazón bastante duro; y yo debo responder á esa pregunta tuya, que escucho desde aquí:

—Porque en torno mio se agita algo de siniestro y fatal, que no alcanzo á ver, pero que toco y reconozco.

Julia sigue como siempre, expansiva, generosa, tierna unas veces y otras brusca, según sus impresiones: tú, Lucila, que tienes mucho talento, me has dicho algunas veces que las desigualdades del carácter de mi hermana política proceden de la excesiva sensibilidad de su alma, y yo te creo: sensible debe ser, en efecto, cuando salen de su pincel cuadros de tan maravillosa hermosura, y que le pagan—esto es lo positivo—á tan subido precio; pero á pesar de sus bellas dotes, yo no amo á Julia, siento darle el nombre de hermana, como ahora he hecho por complacerte, y siento más que sea la esposa de mi hermano, de mi querido Diego.

Me preguntas si me divierto, y te diré que, lejos de eso, me aburro grandemente. Adelina es casi mi sola compañía; aunque sólo cuenta catorce años, como tú sabes, me deja muy pocas veces, porque me ama con extremo: es verdad que la dejo hacer todo lo que quiere, porque me divierte ver rabiar á Julia, la que, según presumo con bastantes pruebas, no puede sufrir á las hermanas de su esposo: no sé si la niña conoce la animadversión de su cuñada para ella; pero es lo cierto que la incomoda todo lo posible, y que huye de ella con un cuidado exquisito y constante.

Adelina, como te digo, no me abandona casi nunca, y algunas veces me hago la ilusión de que mi hermanita pasará toda su vida á mi lado.

En cuanto á mis amores, querida Lucila, muy poco tengo que contarte: no tengo novio: estas palabras deben decirte bastante claro que prosigue mi posición excepcional.

Y ahora que hablamos de esto, Lucila, quiero que me digas, con la franqueza propia de la buena amistad, en qué consiste este terror pánico que yo inspiro á los hombres: mi espejo no me dice que sea fea: ¿me engañará? ¿será para mí menos franco que para todas las demás mujeres? no es que yo te pregunte esto porque pueda darme pena á los veintiocho años mi colocación futura; pero es que me choca que, aunque muchos reparan en mí y aún me dirigen galanterías, debe haber en mí persona algo de repulsivo y de extraño, cuando á ninguno inspiro un afecto sincero: esto me tiene triste con frecuencia, y hay instantes en que me parece que ni mi hermano me ama de veras.

Algunas veces he deseado que Diego estuviese dotado de un carácter más apasionado y vehemente: tiene, como tú sabes, muy poco corazón: es egoísta como todos los hombres, y quizá más que muchos otros: además, la ciega y exigente pasión de su mujer le tiene como esclavizado: no es dueño de dirigirnos una frase cariñosa, ni á la niña ni á mí, sin que el semblante de Julia exprese la cólera ó el dolor: ¿no es esto el colmo de la ridiculez, después de seis años de matrimonio? ¿no debía haber ya cedido esa afición en mi cuñada?

Nunca sale á no ser con él, y cuando les acompañamos Adelina y yo, Julia va de mal humor, apenas habla, ó si lo hace, es con tono irritado y doloroso.

Por lo demás, nuestra posición mejora poco: en este París tan caro se necesitan muchos medios para vivir con alguna decencia: el día se lo pasan trabajando en el taller Julia y Diego: Adelina ya no va al colegio, por-

que no hacía nada; y ahora, que está en casa, pasa el tiempo en el balcon, aunque por nuestra calle transita poca gente, ó en incomodar á la criada: yo tampoco me ocupo de otra cosa que de leer algun rato, hablar con las vecinitas del cuarto tercero de casa, que son dos hermanas muy feas, y dormir ó leer tendida sobre mi lecho ó en un sillón.

Por la noche vienen algunos amigos. Julia no tiene relaciones con señoras, porque, ocupada todo el dia en el taller, hace y recibe pocas visitas: ademas, la sociedad le cansa; delante de gentes bosteza y no trata de ocultar su fastidio, lo cual, como debes suponer, las enfada y las ahuyenta de su casa.

¡Tú sí que debes ser dichosa, querida Lucila! Con un esposo galante, lleno de atractivos y que todos te envidian; madre ya, ó próxima á serlo, jóven y bonita, nada más que la riqueza debe faltar á tu felicidad, y ésta ya sabes, y tú misma dices, que aunque ayuda á conseguirla, no es absolutamente lo que la constituye: sin embargo, perdona que en esta parte difiera un poco de tu modo de pensar: quisiera ser rica, sí, muy rica; quisiera que todos en general, y en particular *todas*, admirasen mi fausto y le tuviesen envidia; porque ya sabes que yo á mi vez envidio á los demas, y ambiciono para mí todas las dichas de la tierra.

Basta por hoy, mi amada Lucila: adios, me canso de escribirte, y nada más puedo decirte ya: diviértete lo posible y recibe un abrazo de tu mejor amiga

NATALIA.

P. D.—Diego y Julia no saben que te escribo; ¿para qué? ni yo me cuido de lo que ellos hacen, ni ellos de lo que hago yo: deseo mucho volver á Madrid para pasar algunos ratos á tu lado y criticar á todos, que es lo que más me divierte. Adios otra vez.

III.

DOÑA ANDREA Y SUS HIJOS.

Hacia fin del verano de 1869 casó un jóven, llamado Diego Blanfort, con Julia Rivas, preciosa niña que no habia cumplido los diez y siete años : su marido la llevaba siete, y tenía por toda fortuna sus pinceles y dos hermanas ; la una de veinte y dos, y la otra de ocho años.

Diego era de origen frances : su padre, rico comerciante, enfermó del pecho cuando áun era jóven : le mandaron viajar, y al visitar á España, le detuvo en Andalucía un amor profundo y verdadero : casó allí, y poco despues vino con su esposa á Madrid.

Pudiera creerse que el destino esperaba á que hubiera tomado aquella resolucion para descargar sobre monsieur Blanfort los golpes más crueles : sus negocios, descuidados por él á causa de su penosa enfermedad y de sus viajes, empezaron á tomar un aspecto ruinoso : su apoderado general abusó de su confianza, y un año despues de su casamiento se vió envuelto en una ruina cierta y dolorosa.

Tantos disgustos agravaron el mal estado de su salud, y su enfermedad hizo en poco tiempo rápidos progresos;

mas á pesar de su deplorable estado, se obstinó en marchar á París, á fin de ver si podia, al ménos, asegurar á su jóven esposa y á un hijo que ya tenía, una modesta renta vitalicia.

No lo pudo conseguir ni áun á costa de inauditos esfuerzos : los viles que le habian arruinado se burlaban de la impotencia moral que las enfermedades largas y mortales traen consigo : los documentos, los libros de caja y hasta las personas habian desaparecido : la accion de la justicia es lenta, y M. Blanfort se moria : aquella lucha agotaba sus fuerzas y cada hora daba un agigantado paso hácia el sepulcro.

Esperando cada dia no ver el sol del siguiente, pasaron algunos meses y se cumplieron cuatro años de su matrimonio : su esposa le escribió que habia dado á luz una niña, y en la misma carta le reconvenia por su tardanza en volver á su lado, acusándole de indiferente para su familia.

Pero el desgraciado negociante no debia ya volver á ver á aquella familia, que, léjos de serle indiferente, amaba con toda su alma, y por la cual acababa de perder lo que le restaba de vida, en su afan de procurarle una posicion cómoda y desahogada.

M. Blanfort ya no pudo contestar á su esposa por su mano, pero firmó una carta en la que le aseguraba que haria todo lo posible para reunirse á ella : la esperanza de conseguirlo no existia en el corazon del moribundo, pero no queria entristecer á su mujer.

Su esposa recibió con la carta una cantidad de dinero, única que habia podido reunir, la bendicion para sus

hijos, y el encargo de que los abrazase muchas veces en nombre de su padre.

Mme. Blanford recibió estos encargos con bastante enfado : era una mujer de duro corazón y de maneras bruscas y vulgares : jamás había amado á su esposo, quien, por esa ley invencible de los contrastes, adoraba en ella y le probaba de todos los modos posible su adoración. Mme. Blanford lloró de ira, acusó mil veces la mezquindad de su marido en enviarle tan poco dinero, y se consoló hablando mal de él con todos sus vecinos, incluso la portera de la casa, de la que era bastante amiga.

Así pasaron algunos días : una mañana doña Andrea, que así se llamaba la esposa del negociante, recibió una carta cerrada con lacre negro : noticiábasele en ella la muerte de su esposo, cosa que ella supo con muy poca alteración.

— No pienso apurarme, le dijo á la portera, puesto que llorando no puedo volverle á la vida : veré si esta persona que me escribe puede recogerme algo en París, pues creo yo que algo quedará.

— ¡Pues es claro! afirmó la portera : su marido de usted llevaba una buena sortija y un hermoso reloj, además de los botones de la camisa, que eran de gran valor, y todo eso debe venir á poder de V.

Doña Andrea escribió, pues, á la persona que le había noticiado su viudez, pidiéndole los fondos que hubiera dejado su esposo y las alhajas de su uso ; pero en la respuesta se le decía que todo se había vendido para los gastos de entierro, y que no podía contar con un solo real.

Esto fué más sensible para la ex-negocianta que su viudez : rabió mucho, maldijo á los amigos de su marido, y maldijo también el día en que le ocurrió hacer su malhadado casamiento sin haberse informado ántes de si era rico como él decía, ó si era tan pobre como la había dejado á ella.

Pero como todo dolor tiene su término, y según el organismo del que lo siente, este término llega más ó menos pronto, la viuda se consoló en breve y se dijo :

— Pondré una casa de huéspedes y así iré viviendo, y aún todavía es muy posible que haga dinero.

Quince días después abría, en efecto, una casa de huéspedes para jóvenes de esos que, recibiendo de sus padres una decente pensión, se ven obligados por los desórdenes de su vida á buscar la posada más barata posible, á fin de contar con más medios para sostener sus innumerables vicios.

Doña Andrea era mujer muy á propósito para especular con esta clase de gente : ellos le pagaban poco y mal ; pero ella les daba tan mala mesa y tan escasa asistencia, que no correspondía á la retribución, por mezquina que ésta fuese.

De esta suerte aún halló medio de hacer lo que ella deseaba — algún dinero — y al año no cumplido de establecer su industria, ya prestaba á sus mismos huéspedes con crecida usura.

Al lado de aquella mujer fría é interesada se educaron Diego y Natalia, excepto las horas que pasaban cada día en sus respectivos colegios : el niño se parecía á su padre, y distaba mucho del vulgar organismo de doña

Andrea el que le había sido concedido por el cielo; pero, separadamente de esto, y en lo que tocaba á su carácter, estaba lleno de defectos, que nadie se había cuidado de corregir, ni aún de advertirle.

Era débil, voluble, pusilánime; ninguna de las cualidades fuertes del hombre brillaba en él: era capaz de llorar de cólera, pero no de sentimiento ó de dolor: era duro con su madre, á la que despreciaba y juzgaba, con razon, muy inferior á él; pero esta idea que del escaso valer de doña Andrea tenía no le obligaba á una tierna conmiseracion ó á una tolerancia cariñosa, sino á los modales más duros y más despreciativos.

Respecto á su hermana eran más dulces los sentimientos de Diego: la amaba, y hasta la creía hermosa sin serlo; aunque comparada con su madre, la gruesa y tosca doña Andrea, Natalia parecía una ninfa, á pesar de su tez morena y basta, de su estrecha frente y de su mirada atrevida y dura.

Diego entró en el taller de uno de los pintores de más fama de Madrid; no quiso seguir ninguna carrera que le empeñase en estudios graves, y jamás pensó en que podría adquirir algun destino en cualquiera de las dependencias del Estado: seducido por su vocacion, que era realmente de artista, y por la seguridad de ganar mucho dinero á los pocos años de estudio y de trabajo, adoptó aquella profesion, y sobresalió bien pronto entre todos sus condiscipulos.

Natalia se ajustó como actriz de tercer orden en el teatro del Circo, á los diez y seis años: desde su primera salida, en un papel de criada que tenía ocho ó nueve

palabras, se advirtió en ella gran desenvoltura, pero muy escasa inteligencia; sin embargo, oía decir cerca de ella que era bonita, y al día siguiente recibió tres billetes con otras tantas declaraciones de amor.

A los veintitres años abrió Diego su taller de pintor en una calle solitaria de Madrid: esperaba que su indisputable talento le facilitaría un porvenir, y para esperarle contaba con algunas lecciones, que ya le daban una ganancia módica, pero segura.

La señorita Julia Rivas era una de sus discípulas más aventajadas: esta jóven, hija de un empleado de poco sueldo, había tenido desde los doce años un anciano maestro, que murió de una enfermedad del pecho: era un hombre ilustre y casi desconocido, que trató siempre á su discípula, de quien era padrino, con excesiva severidad.

La pobre Julia, acostumbrada á las continuas reprensiones de su maestro, no creía valer nada, y muchas veces hubiera arrojado sus pinceles desanimada, á no oír dentro de su alma una voz misteriosa que le decía:

«Adelante; ése es tu camino; sigue por él, y al fin hallarás la recompensa de tus fatigas.»

IV.

Julia necesitaba además de alguna cosa que la consolase de los amargos sinsabores domésticos, que aún en tierna edad la abrumaban ya.

La pobre niña era en su casa, entre su familia, muy desgraciada: su madre tenía un carácter despótico y cruel: su padre era un hombre débil y casi dominado por su esposa: tenía además tres hermanos, á los que cuidaba como si hubiera sido á un tiempo mismo su niñera, su planchadora y su modista.

Si tú, lector mio, creyeras que el haber tenido Julia maestro de pintura era un efecto del cuidado de sus padres, por cierto que te equivocarías: Dios, que todo lo puede, que todo lo sabe y que lee en las almas de los mortales, había querido que su padrino fuese aquel gran pintor desconocido de todos, aquel genio que hubiera sido la gloria y el orgullo de su patria, á no ser porque su humor hipocondríaco y maniático le había condenado á una perpétua y voluntaria oscuridad.

Don Pablo, que éste era su nombre, quiso enseñar su arte á Julia; pero era tan exigente, que jamás la pobre niña le mereció ni una alabanza, ni un signo de apro-

acion, ni una palabra que la animase y fortaleciese.

Pocos meses después de haber muerto D. Pablo vió Diego Blanfort á Julia en una pequeña reunion que daba el padre de otra de sus discípulas: chocóle su linda figura y su aire triste, preguntó quién era, y el dueño de la casa le presentó á la jóven y á su padre, que le ofreció la suya.

Pocos dias después era gratuitamente el maestro de Julia; pues ni su padre podía pagarle, ni su madre hubiera consentido, aún pudiendo, en *malgastar* el dinero en tonterías, como ella, en su *buen* criterio, llamaba á las artes.

Aquellas dos almas jóvenes y entusiastas se comprendieron en breve y fueron unidas por la más tierna simpatía: la hora de la leccion se pasaba en dulces miradas, y Diego no sabía qué admirar más, si la gracia de su discípula ó el radioso talento que ni siquiera había sospechado en ella, y que se desplegaba ante sus ojos en rayos de viva y esplendente luz.

Un dia que había salido la madre de la jóven, que los niños jugaban y que Diego había adelantado un poco, en su ansia de ver á Julia, la hora de la leccion, el maestro asió la mano de su discípula y le dijo con acento conmovido y apasionado:

—¡Julia..... yo te amo!

La jóven le miró ruborizada, pero no sorprendida.

—¿Me quieres tú? añadió Diego, que había cambiado súbitamente el mesurado *usted* por el dulce *tú* de la verdadera pasion.

—¡Sí! respondió la niña, que temblaba de emocion como la hoja agitada por el huracan.

— ¿Querrias ser mi esposa?

— Sí, respondió también Julia, cuyo ingenuo corazón palpitaba como el ala de una paloma.

En aquel instante entró la madre de Julia y ambos jóvenes se inclinaron sobre el caballete.

Pero el pincel de Julia adelantó poquísimo aquel día: su pequeña y blanca mano temblaba: á cada instante le decia Diego casi al oído:

— ¡Cuánto te amo, Julia, y cuánto tiempo hace que deseaba decírtelo!

La madre, creyendo que eran advertencias relativas al arte, se iba á dar una vuelta á la cocina, y entonces contestaba Julia:

— ¿Por qué no me lo has dicho ántes?

— Temia que no me correspondieras.

— ¡Si yo te queria mucho también!

Cuando la madre de Julia ocupó definitivamente su asiento, Diego dió fin á la lección, no sin haber dedicado á Julia una larga y amorosa mirada, y se dirigió á su casa pensativo y preocupado.

Así que llegó á ella se encerró en su cuarto; pero tardó muy poco su hermana en sacarle de su distracción de un modo bastante brusco.

Venia Natalia con las mejillas rojas y los ojos encendidos de indignación: arrojóse sobre una silla y quiso hablar; pero era tal su cólera, que no le permitia articular una sola palabra.

— ¿Sabes lo que pasa? exclamó por fin con voz ronca y ahogada por la ira.

Diego hizo un gesto negativo.

— Pues has de saber, continuó Natalia, que nuestra madre está casada en secreto hace nueve años, y que su señor marido, cansado ya de vivir como un sastre de portal que es, se nos ha metido hoy en casa, trayéndose una niña que ya cuenta ocho años.

Diego se encogió de hombros: dió una vuelta por la estancia, y luego, deteniéndose delante de su hermana, dijo:

— A mí poco me importa todo eso.

— ¡Qué escucho! ¿así lo tomas? exclamó Natalia exasperada.

— Me voy á casar, respondió Diego.

— ¡Tú también!

— Sí: ya ves cuán poco puede importarme todo lo que haga nuestra madre.

— ¡Sólo esto me faltaba! gritó Natalia hiriendo el suelo con su pié, que por cierto no tenía nada de pequeño: ¡y yo! ¿qué haré yo? ¿qué será de mí, sola al lado de ese hombre grosero y al cual aborrezco?

— ¿Quieres venirme conmigo? preguntó Diego á su hermana. Julia es una niña amorosa y buena, que se avendrá á ello y te querrá mucho.

— Pues me iré con vosotros, contestó Natalia: mejor he de estar que aquí.

— Es que te prevengo que marchamos á establecernos á París: estoy cansado de Madrid, donde no hay entusiasmo por las artes: allí dicen que se gana mucho dinero, y aún habrá quien se acuerde del nombre de nuestro padre: estos recuerdos podrán servirnos de mucho á Julia y á mí para hallar trabajo.

—¿Pero piensas permitir que tu mujer trabaje?

—Su más vivo deseo es consagrarse á la pintura, y no seré yo quien la contrarie.

Un mes despues se verificó el casamiento de Julia y Diego.

La novia estaba radiante de contento, ruborizada de felicidad, palpitante de emocion; sin ser muy bonita, hubiera sido difícil encontrar una figura más casta y más poética bajo un traje blanco de muselina.

Diego la miraba con embriaguez: en realidad, Julia era la primera mujer á quien verdaderamente habia amado hasta entónces: ella estaba dotada de mil bellas cualidades para hacerse querer, y no podia desearse compañera más agradable para embellecer la vida.

En todo aquel mes, que habian pasado en la casa maternal los dos hermanos, no habian visto ni una sola vez á su padrastro: les habian servido la comida en la habitacion de Diego, y sólo la niña Adelina era la que se atrevia á entrar donde se hallaban, y la que cambiaba con ellos algunas palabras.

Adelina era viva como una centella, si bien nada tenía de bonita: su tez pálida y trigueña, sus ojos llenos de fuego, y sus labios delgados y de un color rosa bajo la destitucion de esa frescura peculiar de la infancia, que es tan agradable á la vista; sin embargo, se apegó á los dos hermanos con un extremado cariño, y la ociosa Natalia, que se aburría todo el dia, empezó á jugar con la niña, por la cual sabía cuanto pasaba en la casa.

Terminada la ceremonia nupcial, los novios y Natalia, que ya formaba parte de la nueva familia, pasaron á ca-

sa de Julia: Adelina los siguió, y el corazon de Julia se oprimió dolorosamente al ver á las hermanas de su esposo.

Adelina no era una niña como sus hermanos, y Natalia distaba mucho de parecerse en nada á ella, tan graciosa, tan delicada y suave, tan artista, en un palabra.

En la misma noche salieron para París los dos esposos y la hermana mayor de Diego.

Julia iba triste y lloraba pensando en sus padres y en sus hermanitos. Su marido la consolaba en voz baja. Natalia se durmió en un rincon del carruaje, dejando oír muy pronto su sonora respiracion.

Al llegar á París se instalaron en una fonda lujosa, en tanto que los jóvenes esposos buscaban una habitacion modesta; y Natalia, que conservaba su desenvoltura de actriz adocenada, se pasaba muchas horas asomada al balcon de su cuarto, que caía á un patio interior, en el cual se abrian las ventanas de otras muchas habitaciones de la casa, ocupadas por artistas y negociantes.

y que se dejaba dominar por el ridículo yugo de su esposa.

Diego tenía una figura interesante : era un jóven de estatura alta y esbelta, tez morena, cabellos castaños y hermosos ojos oscuros : sus modales eran nobles y distinguidos; su moral intachable; amaba á su esposa con extremo, y ésta daba gracias á Dios todos los dias por la dicha que le habia otorgado.

En cuanto á Natalia, apénas pensaba en ella : no sabía si Diego le daba dinero, si le hacía regalos ó no : la pobre Julia, con esa inocencia sublime, con esa abnegación generosa de las almas cándidas que han vivido lejos del mundo y su contacto, se decia á sí propia :

—Yo nada tenía y vivia triste en medio de mi familia, que no me amaba : todo se lo debo á Diego, empezando por mi felicidad.

De esta suerte Julia agradecía tiernamente, y como una prueba de amor, un vestido ó un chal que le comprase su marido : algunas veces tenía tambien caprichos inocentes, que eran satisfechos sin réplica, y la jóven rebosaba siempre de dicha y de gratitud hácia Diego.

Encontraron, por fin, una habitacion muy modesta hácia el fin de la calle Vivienne : constaba de una salita para los esposos, de otra para Natalia, de un cuarto espacioso para taller, de un cuartito para la criada, de una cocina y de un comedor muy reducidos : en el taller colocó Diego su caballete y sus modelos, y en el lado donde habia mejor y más clara luz, uno pequeño para Julia: delante de aquel caballete se colocó un lindo silloncito para la jóven, y á su derecha un pequeño estante de ce-

Julia pasó dos meses absorta en una felicidad completa y profunda.

Amaba y era amada : hé aquí resumida en estas palabras la dicha de una criatura tan buena, tan noble, tan pura como aquélla.

Era una niña en la figura y en el alma. Su estatura llegaba apénas á mediana, y era delgada, sin ese exceso perjudicial á las formas de la mujer : sus ojos azules eran grandes y dulces; su tez, blanca y rosada; sus cabellos, de un rubio que se acercaba al castaño más claro y más brillante; su boca, pequeña y encendida; noble y despejada su frente, sin ostentar una deforme anchura; su talle, delicado como sus manos y piés.

Tal era Julia : no podia inspirar á primera vista una pasión súbita, pero era imposible conocer lo que valia sin sentir por ella un afecto profundo y duradero.

Parecíale que vivia en el cielo con el amor de Diego, y no era extraño : como ya queda dicho, habia estado colocada durante toda su vida entre su madre, mujer despótica y dura, y su padre, hombre apocado, pusilánime,

dro con algunos libros de Historia, adornados con grabados de gran mérito, y que Diego pagó para su esposa á muy subido precio.

La habitacion de Natalia se adornó modestamente con un lavabo sencillo, un tocador y algunas sillas de paja.

En la habitacion conyugal eran los muebles más ricos y más bonitos: se habia consultado para comprarlos el gusto de Julia, que era exquisito.

Natalia puso muy mal gesto al ver lo que ella llamaba *distinciones*: se creia con más derechos, siendo la hermana de Diego, que Julia, que era *sólo* su esposa, y le parecia lo natural que todas las preferencias fuesen para ella.

Julia no se apercibió de aquella mala impresion: apenas miraba á su cuñada, y se limitaba á contestarla cuando le hablaba, sin entablar jamas por sí misma ninguna especie de conversacion.

La jóven artista ardia en deseos de pintar: pareciale que hacia siglos que no habia manejado el pincel, y saltaba de gozo al pensar que podria dedicar á él cuanto tiempo quisiera, cuando en casa de sus padres nunca podia destinar algunas horas á *ser feliz*, como ella decia.

Así es que desde que tuvo un poco en orden su casa, se sentó delante de su caballete, extendió un lienzo en él, y abriendo los tomos que le habia regalado su marido, buscó en ellos un grabado que sirviese para un cuadro de composicion, y se puso á trabajar con ardor, dirigida por Diego.

La jóven no pensó ni por un instante en que las lecciones de su anciano amigo D. Pablo le pudiesen servir de algo más que de diversion, ni que le pudiesen proporcionar otra utilidad que *la de ser feliz*; pero el dia mismo que acabó su cuadro oyó decir á su marido, que lo contempló con muestras de gran admiracion durante largo rato:

—¡Esta obra es magnífica y podria venderse muy bien!

Otra mujer de más mundo, ó de ménos inocencia, hubiera hallado por lo ménos muy extraño que su marido tuviera tal prisa por vender su primera obra; pero Julia, agradablemente sorprendida, exclamó:

—¡Cómo! ¿podria yo ganar algun dinero?

—Mañana lo verás, querida mia, respondió Diego dándole un beso en la frente.

En efecto, al dia siguiente vino un comisionista, vió el cuadro y ofreció por él setecientos francos.

Julia creyó soñar al oirlo, y aquella extrema sorpresa no le permitió reparar que su marido disputaba la posesion del cuadro, y que llegó á sacar por él mil quinientos francos.

El cuadro salió del taller, sin que Diego se conmoviese en lo más mínimo; pero un observador inteligente podia haber visto muy bien una gruesa lágrima suspendida de las pestañas de Julia.

La pobre niña no sabia darse cuenta del sentimiento que experimentaba; sin embargo, si le hubieran dicho que aquel cuadro iba á colocarse en su cuarto, hubiera sido muy dichosa.

VI.

Aquella noche, al tiempo de irse á acostar, dijo Diego á su mujer :

— Querida mia, mañana, si no te parece mal, compraré un sombrero á mi hermana, que me ha dicho lo desea mucho.

Lo natural, despues de estas palabras, hubiera sido que Julia hubiera preguntado :

— ¿Y por qué no me lo dice á mí?

Pero no fué así : esta reflexion tan sencilla, si bien brotó en aquella alma generosa, no subió hasta sus labios : Julia se sonrió con dulzura y contestó :

— Sí, cómpraseló, querido Diego, y que sea bonito : se lo regalo yo del precio de mi cuadro.

Esto era á entradas de Mayo, y Julia llevaba aún el sombrero de terciopelo que habia usado todo el invierno; pero ni á su marido le ocurrió reparar en esto, ni á ella tampoco se le ocurrió hacérselo notar.

Natalia fué, pues, engalanada con un sombrero de crespon blanco con ramos de lilas de una frescura encantadora, y que no decia mal con su cara morena y redonda.

Poco á poco fué quedando Julia reducida á un círculo tan estrecho, que casi no podia moverse en él : una niña de diez años colocada bajo la autoridad materna no podia estar más oprimida ni podia tener ménos libertad : su juventud, su inexperiencia, su amor á su marido, y el temple excesivamente generoso de su alma, la habian llevado á tal extremo, y es más fácil concebirlo que explicarlo, pues estos terribles é invisibles dogales se forman para la esposa de mil nada, que constituyen un todo, una realidad amarga y dolorosa.

Julia jamas habia tenido en su poder la más pequeña cantidad de dinero : la posicion bastante precaria de sus padres, y su natural desprendimiento, se habian opuesto á ello : sus hermanos, menores que ella, pedian y recibian algunos reales para comprar juguetes y golosinas; ella no pedia nada jamas. Cuando pasaba por algun puesto de flores, se quedaba mirándolas como arrobada, pero en su alma no cabia el pensamiento de que el dinero sirviese para adquirir lo bello : si le hubieran regalado un ramillete, se hubiera tenido por dichosa; un dia que le dieron uno le copió en un lienzo, y cuando despues deseaba flores, iba á ver aquellas que su mano habia reproducido y que tenian tan larga y hermosa vida.

Su marido, al casarse, no le hizo entrega de los fondos de la casa, no le habló de los asuntos pecuniarios, no la impuso, en fin, en ninguna de esas realidades de la vida que, por prosaicas que sean, son tan precisas para el reposo de una mujer honrada, cuya sola dicha está en el afecto y confianza de su marido, en la tran-

quilidad y el buen orden de su hogar. Julia tampoco preguntó nada; se dejó mecer por los dulces sueños de su amor primero; tenía algunos lindos vestidos de seda; tenía su caballete donde pintar cuanto quisiera, y tenía el amor de Diego: ¿para qué necesitaba más?

Empero en los hombres el entusiasmo de la pasión pasa muy pronto. Diego, que era lo que se llama un *marido bueno*, porque no jugaba, no se embriagaba ni se le conocían queridas, era también un hombre positivo, algo frío y bastante egoísta.

Julia, abrumada por un malestar desconocido, que era la falta de amor y de luz, se entristeció, adelgazó y dejó de tener caprichos: el tenerlos era en ella una exuberancia de vida y de cariño: el no tenerlos era su estado natural: el pedir equivalía en ella á una protesta de amor: el no desear volvía á ser la atonía y el hielo del positivismo que había rodeado desde la cuna á aquella joven alma.

Diego llegó á olvidarse de que su mujer rompía calzado y guantes, de que en el verano necesitaba sombrilla, de que en el invierno necesitaba paraguas, de que sus vestidos se ponían viejos; pero no era extraño, porque también Julia se olvidaba de todo esto; asombrábase profundamente de que su equipaje se pusiera deslucido, y afligida y avergonzada se ocultaba de las miradas de Diego para recoserlo y para reformar sus vestidos después de dos años de continuos servicios.

La prosa de la vida no cabía en aquella naturaleza poética y noble: necesitaba de una mano cariñosa que le fuera mostrando los mil abrojos de la existencia, y

aquellos abrojos debían herirla sin compasión y sin que nada bastase á curar sus heridas.

Al lado de Julia, ya pobremente vestida y ya también profundamente triste, descollaba la figura de Natalia, coquetamente ataviada con el dinero que su madre le enviaba y con el que ella pedía á su hermano: éste, que era tirano y avaro para su tierna y enamorada esposa, era débil en extremo para su varonil hermana: el carácter de Diego, que en sociedad era vago y casi indefinible, no ofrecía medias tintas en la vida doméstica: ó se dejaba dominar de un modo visible, ó dominaba él con el más duro despotismo.

Un día que trajeron á Natalia cuatro pares de botitas nuevas, Julia sintió hervir dentro de sí misma cierta cosa ardiente que subió hasta sus mejillas convertida en púrpura: sin decir una palabra, sacó de debajo de los pliegues de su falda su pequeño pié y mostró á su marido lo deteriorado de su calzado, que mostraba por dos ó tres agujeros la delicada blancura de su media.

— ¿No tienes otras botas? le preguntó su marido con admiración, pero con semblante contrariado.

— No, respondió secamente la joven.

— ¡Pues mira, lo siento! hoy cabalmente me hallo sin un cuarto.

— Podíamos haber partido el gasto tu hermana y yo.

— Querida mía, respondió Diego, mi hermana se viste de su cuenta, y es mi madre la que la envía dinero para sus gastos.

Julia no halló una sola palabra que contestar; pero su marido continuó:

— La vida en París es muy cara, y es excesivo el gasto que llevamos: hay que tomar algunas medidas para precaver la ruina que nos amenaza.

La jóven le miró afligida: ¿cómo podía ser grande el gasto de su casa, cuando su mesa era tan pobre, su habitación tan mezquina, y cuando ella misma desempeñaba una parte de los quehaceres domésticos por no tener más que una sola criada?

— Es preciso, prosiguió Diego, que reduzcamos nuestra mesa, porque, créeme, Julia mía, me hallo en extremo apurado: nada había querido decir por no afligirte; pero ya es fuerza que lo sepas.

— ¡Dios mío! exclamó la jóven, que ante la idea de que su marido sufría se olvidó de todo lo demás: ¿por qué no me has dicho tus penas, Diego?

Luégo, como asaltada de una idea súbita y feliz, brillaron sus ojos, y tomando la mano de su marido, le preguntó con timidez, casi con temor:

— ¿No podría yo ganar algun dinero?

— ¡Oh, quién lo duda! respondió Diego con entusiasmo: el comisionista que compró tu primer cuadro pagaría á buen precio cuantos hicieras.

— ¿Será posible?

— Nada hay más cierto.

— Voy, pues, á concluir la Anunciación de la Virgen y le llamaremos para que se la lleve: ¡oh, mi querido Diego, qué dichosa seré pudiendo ayudarte en algo!

Julia abrazó á su marido con los ojos llenos de lágrimas de emoción, y se fué corriendo á sentarse delante de su caballete.

Desde aquel día se hizo esclava de un trabajo asiduo y casi febril, y el cuadro se acabó en breve, produciendo la suma de dos mil francos, que para un pincel novicio era exorbitante.

Julia no los vió reunidos más que un instante: su marido los cobró y dijo:

— Querida mía, nada había querido decirte; pero tengo algunas deudas de soltero.

— Págalas ahora, respondió Julia con una sencillez llena de nobleza.

— Sí..... pagaré una parte.

— ¿Tantas son?

— Deberé..... así..... unos cuarenta mil reales.

— ¡Dos mil duros!

— Sí, allá..... en Madrid..... y me acosan á cartas.

— Pues bien, envía ahora eso á tus acreedores y trabajemos los dos para pagarles pronto.

Diego no respondió de otro modo que guardándose el dinero en el bolsillo.

Aquel día empezó Julia otro cuadro, y su marido le llevó dos pares de botitas de uno de los más afamados zapateros de París.

Al ver su pié tan bonito y tan coquetamente calzado, Julia se olvidó de todo lo demás.

llos, Julia cosía, aplanchaba y limpiaba su casa, por ser tosca y torpe la criadita que tenían, y á la cual pagaban un salario muy corto por no permitir otra cosa *los medios de Diego*, y la pobre niña hacía todo esto con la alegría en el alma y la risa en los labios : ¡era útil á su esposo, á su esposo, que la habia sacado del poder duro de su madre y de la triste vida que llevaba en su casa, para hacerla *feliz* con su amor!

Un tercer cuadro brotó del pincel de Julia, bello, fresco, delicioso y marcado con el sello radiante de un genio sublime: su marido, á los cuatro años de matrimonio, no habia pintado más que uno de comedor, por el cual sólo quiso dar el comisionista quinientos francos: la discípula era un talento de primer orden: el maestro, una vulgaridad: la esposa ceñía ya á su jóven frente una corona de gloria: el esposo no habia salido ni saldría jamás del número inmenso de los adocenados. Dios lo habia dispuesto así, y sus ángeles tejían la corona del martirio para las sienas de Julia.

Al acabar su cuadro, la jóven escribió al comisionista que viniese á verle: la prontitud con que aquel hombre usurero obedeció probaba bien cuánto le interesaba su adquisicion.

El último lienzo de la artista representaba una jóven dormida á la orilla de un arroyo: era una figura adorable y que se parecia á la autora del cuadro.

En una praderita sombreada por grandes árboles de espeso follaje, y sobre el verde musgo, corría un arroyuelo semejante á una cinta de plata: á su orilla, y apoyando su cabeza sobre un brazo, dormía una jóven al-

VII.

ESCLAVITUD.

Hay una edad feliz en que somos dichosas sólo con ver al espejo las espléndidas trenzas que coronan nuestra frente, el brillo de nuestros rasgados ojos y la sonrisa que deja ver menudos dientecitos y forma un hoyuelo en cada mejilla; todo lo demás es nada comparado con esto: las privaciones, el trabajo, los cuidados, y aún las penas, todo se olvida cuando la hermosa flor de la juventud reside en el alma y la luz del amor la calienta con sus rayos vivificadores.

En aquellos dias fué cuando las cadenas de la más odiosa de las esclavitudes, de la esclavitud conyugal, se aferraron al delicado cuello y á las blancas manecitas de Julia.

Levantábase con la aurora y se sentaba á su caballete, en el cual trabajaba hasta las doce; á esta hora se vestía un poco para almorzar, y luégo se dedicaba á labores de aguja y á quehaceres domésticos hasta la hora de la comida.

En tanto que Natalia pasaba el dia durmiendo, tendida sobre un sofá, leyendo comedias ó bordando sus cue-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1910. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

33874

deana, rubia y fresca como una de esas mazorcas de rosas que mece la brisa en las tardes de mayo; sus abundantes rizos dorados estaban movidos por el viento; á través de las dobles pestañas que guarnecían sus anchos párpados inclinados por el ligero sueño de la primera juventud, se divisaba el azul sombrío de sus ojos, como á través de las velas extendidas de un barco se divisa el azul del mar. Sonreían sus labios finos y rosados, como si viese en el porvenir bellas y risueñas imágenes: su frente serena y tersa estaba cortada por dos cejas de seda de color castaño, que formaban dos arcos suaves, tendidos y no alterados jamas por la cólera ó el dolor; por debajo de los pliegues de su falda de grana se veían sus piés pequeños y calzados con media blanca, y un lindo zapatito de escote bajo; un corpiño de terciopelo ceñía su delgada cintura, fina como un junco, y su talle virginal, de una gracia encantadora.

El comprador, al ver aquel cuadro, hizo un ademán de profundo asombro: era buen conocedor y sabía lo que aquel lienzo valía.

—Mi querida señora, dijo á Julia, aquí falta la firma de V.

—¡Ah! respondió la artista, es verdad; me he olvidado de ponerla; pero ¿qué más da que la lleve ó no? Sólo uso para los cuadros que pinto mi nombre de pila.

—Sin embargo, señora, yo necesito que V. lo ponga en todos sus cuadros y que lo estampe en éste ántes de llevármelo.

—Pero ¿por qué?

—Voy á satisfacer la curiosidad de V. haciéndola una

confesion que ningun otro hombre de mi profesion le haría: ese nombre tan poco pomposo, tan sencillo, que se compone de tan pocas letras, el nombre de V., en fin, tiene su valor.

—¿Será posible?

—Me pagarán mil veces mejor los cuadros de V. firmados que anónimos: yo he hecho ilustre el nombre de *Julia* en la república de las artes, y doy á V. desde ahora mil francos más por su firma.

—¿De modo que por éste.....

—Su valor es de tres mil francos; pero, lo he dicho, la firma de V. vale mil más: total, cuatro mil.

Y puso en la pequeña mano de Julia un paquete de monedas.

—Ruego á V., señora, le dijo al tiempo de salir, que trabaje algo más: todas las obras de V. corren por mi cuenta.

Julia quedó absorta de alegría: ¡con que era rica con su talento! ¡con que tenía en sí misma una fortuna! ¡con que Diego podría vestir con el lujo necesario á su hermosa figura, podría llevar un reloj de repetición y diamantes en la pechera de la camisa!

Estas fueron sus reflexiones durante todo el día, sin pensar ni por un instante en que no tenía vestido con que salir y en que su ropa blanca sólo se sostenía á fuerza de zurcirla ella por las tardes.

Cuando llegó Diego, le entregó, llena de alegría, el bolsillo, producto de su cuadro; éste frunció algo el ceño; le parecía corta la suma; dijo que el cuadro valía mucho más, y se guardó el importe con mal humor.

Aquella tarde le dijo Julia que necesitaba un vestido y un sombrero.

—Saldrémos á comprarlo, contestó Diego contrariado.

—Si tú tienes que hacer, repuso Julia, saldré yo con Natalia.

—Haz lo que quieras : véte sola si te acomoda mejor : no quiero incomodarte.

—Pero ¿quién dice eso? exclamó Julia con lágrimas en los ojos : yo voy mucho más contenta contigo.

—¡ Poco se conoce !

—Para probártelo, desde hoy para siempre te ruego que me acompañes.

A pesar de tan dulces palabras, el ceño de Diego no se desarrugó, y sólo se hubiera conseguido esto si su mujer le hubiera dicho que renunciaba al vestido y al sombrero.

Julia empezó otro cuadro con nuevo ardor : los ratos que pasaba trabajando eran para ella los más felices, ó mejor dicho, los únicos felices de su vida : cuando, agobiada de fatiga, dejaba el pincel y se volvía á mirar á su marido, le veía sentado delante de su caballete, sombrío é inmóvil y con la frente contraída.

Si ella le hablaba, le contestaba con dureza, y temerosa de incomodarle, le miraba en silencio y acababa por quedar absorta en dolorosas meditaciones.

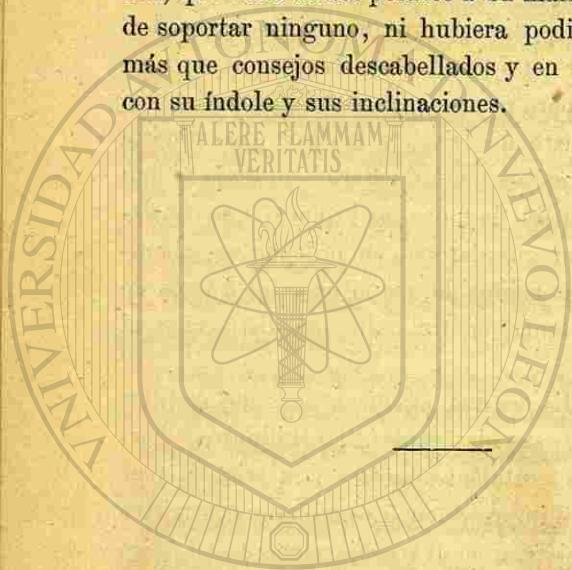
Ya no habia flores en torno suyo, ni atenciones, ni amor ; ya no habia vida del alma ; no habia más que tristeza y silencio : la grata confianza conyugal, el dulce dominio de la esposa, no existían allí. Julia no era la compañera de su marido, era su esclava ; ante él tem-

blaba y palidecía de terror ; cada noche le daba Diego el dinero preciso para el gasto del día siguiente, y se lo daba con disgusto y ceñudo semblante. Julia ya no tenía caprichos ; no podía comprar una cinta ó una flor, ni áun manifestar su deseo de tenerla ; no disponía en sucasa más que para pensar qué es lo que se comería que fuese del gusto de Diego y costase poco dinero ; ¡ ella, que comía ménos que un pájaro ! No tenía ni áun esos placeres pueriles de todas las jóvenes, que consisten en arreglar su guardaropa, en ordenar sus abanicos, en limpiar las cajitas de sus joyas y los frascos de su tocador : no tenía, en fin, ninguna distracción ni placer ninguno.

La vida de Julia era una agonía cruel : sus mejillas habian palidecido ; sus ojos azules, tan brillantes y hermosos poco ántes, estaban apagados : la tristeza y el desaliento estaban impresos en su semblante con tristes caracteres : refugiábase en el trabajo como en su único consuelo, y tal vez su arte la salvó de una muerte cierta.

En tanto que la pobre niña sufría y lloraba en la soledad de su casa, su nombre volaba en alas de la fama y ganaba cada día una gloria mayor : sus padres y sus hermanos la creían dichosa, y áun la acusaban de ingrata porque no les mandaba dinero : es verdad que ella nada habia querido decirles de sus penas domésticas, porque, aunque su malestar era incesante y su melancolía profunda, no se atrevía á llamarse desgraciada : además, Julia amaba á su marido, y jamas se hubiera quejado á su familia de lo que él la hacia padecer : ni ¿qué hubiera conseguido tampoco con hacerlo así ? El ca-

rácter irascible y dominante de su madre no podía comprender las penas que nacen del amor y del sufrimiento: ella, que daba tantos pesares á su marido, no era capaz de soportar ninguno, ni hubiera podido dar á su hija más que consejos descabellados y en abierta oposicion con su índole y sus inclinaciones.



VIII.

CAMBIO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Un día, en la mesa y terminando ya la comida, sacó Natalia una carta del bolsillo y se la presentó á su hermano.

Este la leyó para sí y se inmutó algun tanto.

—¿Qué dice esa carta? preguntó Julia asustada.

—Dice, respondió su marido, que mi madre está enferma de mucho peligro.

—Yo marchó esta noche á Madrid, añadió Natalia.

—¿Cómo! ¿te vas sola! exclamó Julia asombrada.

—¿Y qué remedio? es forzoso que yo vaya á cuidar á mi pobre madre. Adelina es muy niña para eso.

—¿Pero no tiene á su marido? preguntó Julia.

—No, respondió Diego: era un truhan, que la abandonó á los pocos días de llegar aquí nosotros.

—Como nada me habias dicho.....

—¿Para qué? ¿era una cosa tan desagradable!

Julia calló: las palabras de queja se agotaban muy pronto en ella. Despues de un rato de silencio dijo:

—Diego, yo creo que, si tu madre está verdaderamente de peligro, debias acompañar á tu hermana: me parece muy mal que vaya sola.

—¿Y quién te pide tu parecer, querida mía? preguntó duramente el interpelado; no puedo acompañarla por dos razones que te diré, ya que te metes en lo que no debías; estoy muy ocupado ahora con mi cuadro, y además, no quiero dejarte sola. Natalia lleva compañía, porque esta noche sale de aquí para Madrid uno de mis amigos y la acompañará.

La comida terminó en silencio: después de concluida, Julia, que se sentía mala, se recostó en un sofá, y Diego salió con su hermana para hacer algunas compras.

La joven artista se sentía casi feliz: una violenta antipatía la separaba de Natalia, tan vulgar, tan prosaica, tan dura en su trato y tan egoísta: le parecía que, alejándose aquella mujer de Diego, ella podría adquirir alguna influencia en su ánimo, y que, solos los dos, tal vez volvieran á renacer los bellos y felices días de su amor.

De estas reflexiones pasó á otras, y se preguntó si ya estarían pagadas las deudas de Diego y si podría tener algún día su casa bajo el pié de modesta elegancia, que era el más dorado de sus sueños.

Julia, mecida por sus ilusiones y por sus esperanzas, llegó á dormirse, y siguió soñando, como había soñado despierta: la marcha de Natalia le proporcionaba una hora dichosa, de que no disfrutaba hacía largo tiempo.

Cuando abrió los ojos, se incorporó casi asustada: le parecía que hacía largo rato que dormía y que algo debía haber sucedido en la casa mientras su sueño.

Mas al tender la vista en derredor suyo, se escapó de sus labios un grito de sorpresa, y un vivo rubor se ex-

tendió por sus blancas mejillas, algo adelgazadas por largas horas de tristeza.

En frente de ella había un hombre sentado, inmóvil y silencioso, y que sin duda había estado mirándola dormir.

A primera vista, aquella figura inmóvil asustó á Julia; la segunda mirada que la dirigió la llenó de tranquilidad.

Vió á un anciano que se inclinaba con respeto delante de ella, y cuyos blancos cabellos adornaban una frente espaciosa y noble.

—Señora, dijo el anciano, mil perdonos por haber penetrado hasta aquí sin su permiso: la sirvienta que me ha recibido me ha dicho que podía entrar, y yo no sabía que V. se hallase entregada al descanso.

—No acostumbro á dormirme á estas horas, caballero, respondió Julia cada vez más confusa, al reparar que las rubias trenzas de sus cabellos flotaban sueltas por su espalda; esta noche me dormí sin saberlo, y siento....

—¿Y por qué, mi querida señora? ¿es acaso algun delito el dormir? preguntó el visitante con una fina sonrisa: no debe V. sentir que yo la haya visto dormida, porque á mi edad se conceden muchos privilegios, áun el de contemplar á la belleza en el abandono del sueño.

Julia, ruborizada todavía, no supo qué responder: había además en el acento de aquel hombre alguna cosa amarga é irónica, que había vuelto á despertar su inquietud.

No era extraña esta cortedad: aquel hombre aparentaba sesenta años; era de elevada estatura, y delgado hasta presentar un aspecto anguloso, que ayudaba á la

severidad algo burlona de su semblante; sus pequeños ojos grises se movían bajo unas cejas blancas y espesas; su nariz era larga y algo corva: su boca pequeña, de labios delgados y bastante hundida, decía claro que la astucia, la ambición y el disimulo formaban la base de su carácter: su frente era la facción más noble de su rostro, porque era bastante ancha, ó quizá porque ostentaba la incomparable majestad de las canas.

El traje de aquel hombre era de rigurosa elegancia; vestía completamente de negro, y habiendo dejado su gabán en la reducida antesala de Julia, había quedado con una levita á la inglesa, y tenía puestos los guantes, que eran de un agradable medio color, término inteligente entre la etiqueta y una visita nocturna.

El fué quien rompió de nuevo el silencio que había vuelto á reinar, y que Julia, ocupada en arreglar, con el disimulo posible, el desórden casero de su traje, no había pensado en interrumpir.

—Señora, dijo, por mi acento conocerá V. que soy español: he viajado durante muchos años, y hace poco que he llegado á París; recorriendo hoy algunos almacenes de cuadros he visto uno que ha llamado mucho mi atención, firmado sólo con el nombre de *Julia*.

—Ese es el mio, caballero, respondió la jóven con el entusiasmo un poco orgulloso de la artista novel y no acostumbrada todavía á las alabanzas; y dígame usted, ¿qué representa el cuadro que V. ha visto?

—Una jóven dormida.

—Le acabé la semana pasada.

—Creo inútil decir á V. que le he comprado; por

mucha que sea la modestia de V., no podrá ménos de convenir en que debía ser así, tratándose de una obra tan bella.

—Usted, caballero, me favorece demasiado, dijo Julia, que no sabía qué decir y que estaba encarnada como una cereza.

—Otro motivo, además de su gran mérito artístico, me ha movido á comprarlo, prosiguió el anciano: he reconocido en su autora á una discípula de un hermano mio, á quien amaba, y que ya pasó á mejor vida.

—¡Ah, caballero! exclamó Julia palpitante y olvidando ya su rubor; ¿y cómo se llamaba su hermano de usted?

—Pablo de Montalvan, respondió el desconocido con voz en la que se notaba, á pesar de sus esfuerzos, una dolorosa conmocion.

—¡Ah, sí! ¡ése fué mi maestro, mi querido, mi venerado maestro! exclamó Julia con los ojos llenos de lágrimas: ¡cuánto le amaba yo, y cuánto le he llorado y le lloro todavía!

—Yo soy su hermano, pues, señora, dijo el anciano con voz ya más entera y más segura: soy el Conde de Montalvan, ennoblecido por mis servicios diplomáticos; obra en mi poder un legado para V. de mi hermano, y he venido á traérselo.

El Conde sacó entónces del bolsillo del pecho de su levita un paquete bastante voluminoso, cerrado con lacre negro, y lo puso en las manos de la jóven: en el sobrescrito decía:

Para mi querida discípula, la señorita Julia Rivas.

Julia besó piadosamente el paquete, y lo guardó en el bolsillo de su vestido.

—Lea V. una advertencia que contiene el sobre en su lado posterior, dijo el Conde.

Julia volvió á sacar el depósito, y leyó estas palabras, escritas con la letra clara, redonda y menuda de su maestro:

«Julia Rivas no podrá, según mi voluntad, participar á nadie en el mundo que posee el legado que le confío; lo leerá á sus solas, y lo quemará después ó lo conservará bajo el sello del secreto más inviolable.»

La joven volvió á besar el paquete y lo guardó de nuevo.

—Hace poco más de cinco años, prosiguió el Conde, que estuve en Madrid algunos días: mi hermano, que hacía mucho tiempo no me escribía, y que había rehusado cuanto dinero le había enviado, vino á verme y me dijo:

«—Hay aquí una joven, á la que amo como si fuera mi hija, y que presiento que algún día será desgraciada: toma estos papeles, y cuando yo haya muerto se los entregarás, siempre que ella haya cumplido veintiun años: si no, esperarás á que los tenga: ahora cuenta sólo diez y seis; pero no olvides que dentro de cinco años, si yo he muerto, como espero, has de buscarla para cumplir mi único y postrer encargo.»

Prometí á mi hermano cumplir su deseo: algunas circunstancias desagradables nos habían separado: nuestro modo de pensar difería casi siempre, pero yo le debía grandes favores, y le había amado y respetado siem-

pre. A la época prefijada por él volví á Madrid: según él presentía, había muerto; pregunté por Julia Rivas, y me dijeron que se había casado con un pintor y había ido á vivir á París: yo pensaba venir aquí, y me costó poco cumplir la voluntad de mi hermano, que hubiera cumplido de todos modos; pero durante muchos días he buscado á V. en vano, señora: V. debe vivir muy aislada, pues si no, era imposible que con su talento estuviese tan ignorada en París, donde tantas medianías brillan y hacen papel importante, gracias á su osadía y á su vanidad.

—Yo vivo sólo entre mi familia, caballero.

—Lo creo, y ya lo había presentado ántes de que usted me lo dijese, señora: tal vez hace V. bien: sólo en medio del hogar doméstico es donde se halla la verdadera felicidad.

Estas palabras, tan verdaderas y tan hermosas cuando son hijas del convencimiento, fueron pronunciadas por aquel hombre con acento duro, helado y sardónico. Julia no supo qué responder: su alma, que en presencia de su viejo y severo maestro se abría como una flor á los halagos de la brisa, se oprimía ante el Conde de una manera dolorosa; éste continuó:

—Buscando algunos cuadros que quería regalar á mi hija, entré en un almacén, y llamé desde luego mi atención *la joven dormida*: examinándola con cuidado, vi en un ángulo del lienzo el nombre de *Julia*, y bien pronto reconocí también el estilo de mi hermano: me informé del comerciante, y vine en seguida á ver á V. para cumplir así el último deseo de Pablo.

— Gracias, caballero, respondió Julia, que ante aquel hombre sentía muda su lengua y su corazón helado.

— Y ahora, prosiguió el anciano levantándose, adios, señora: por dichosa que V. sea en el aislamiento á que se ha condenado, no olvide que tiene en mí un amigo poderoso, y que sabrá abrirle, si lo desea, las puertas del mundo: por lo pronto, veamos si V. acepta lo primero que puedo ofrecerle: tengo una hija de veinte y cinco años, á quien su mala salud no ha permitido dedicarse á la pintura con todo el ardor que ella hubiera deseado: ¿quiere V. ser su maestra?

— Señor Conde, respondió Julia turbada, por mucho que esa proposición me honre, no puedo sin consultar con mi marido.....

— Está bien: parece que aún dura la luna de miel: ¿cuánto hace que V. se casó?

— Cerca de cinco años.

— Es extraño que aún quiera V. pedirle permiso para hacer lo que le acomode: considere V. que le ofrezco un sueldo anual de cuatro mil francos, y tenga tomada su decisión para mañana, que vendré á buscarla á estas horas.

El Conde, dichas estas palabras, se levantó, saludó friamente y salió de la habitación.

Julia quedó aturdida: le parecía un sueño la aparición de aquel anciano severo, sarcástico; y á no ser porque tocaba en el bolsillo de su traje el paquete, dón póstumo de su querido maestro, se hubiera creído el juguete de una ilusión.

Iba á retirarse á su cuarto para abrirle, cuando sonó

la campanilla y oyó poco despues los pasos de Natalia y de Diego, que volvian de sus compras, teniendo apenas tiempo para guardar el pliego en su pecho.

Natalia dijo que iba á cerrar su cofre, y salió. Diego empezó á pasearse por la sala serio y meditabundo. Julia, ofendida de lo que ella creía pesar por la partida de Natalia, guardó tambien silencio, que sólo interrumpió la puerta, abriéndose de nuevo para dar paso á la jóven, vestida ya de viaje.

Esta abrazó á Julia con bastante frialdad y se dispuso á salir.

— ¿Te vas sola? le preguntó Julia con una admiración algo burlona.

— No, respondió Natalia. Mi hermano me acompañará hasta la casa de postas, donde me esperan mis compañeros de viaje.

Los dos hermanos salieron. A Julia le pareció que respiraba mejor al verse libre de la presencia de Natalia.

Pronto volvió Diego: dijo que su hermana habia partido, que le dolía la cabeza y que se iba á acostar.

Julia esperó á que su marido y la criada se hubieran recogido, y despues, no queriendo abrir el paquete que le habia entregado el Conde en el dormitorio conyugal y exponerlo á las miradas de Diego, decidió quedarse en la sala: cerró la puerta con llave por dentro, y abrió el pliego con una especie de respeto temeroso.

IX.

EL LEGADO DEL MAESTRO.

A pesar del ánsia que sentia la jóven por conocer lo que el anciano D. Pablo podia decirle en aquel paquete, su corazon latia con violencia, y sentia dentro de él como un remordimiento sordo y tenaz.

Jamas habia ocultado nada á su marido. Diego, desde el dia que ella empezó á amarle, habia leído en su pensamiento como en un libro abierto, y aquel primer secreto le pesaba de una manera horrible.

Sin embargo, no podia romperlo : su maestro, su venerado maestro, le mandaba guardarlo desde la tumba, y la voz de los muertos resuena en las almas buenas de una manera demasiado solemne, para no anteponerla á todas las consideraciones de los vivos.

Julia, poseida de emoci3n, abrió el paquete ; á la luz de su modesta lámpara, y vestida con su sencilla bata blanca de muselina, se la hubiera podido tomar por la estatua de la melancolía.

Lo primero que salió bajo el sobre fueron dos pliegos de papel grueso y amarillo, escritos con una letra redonda y antigua y doblados en forma de carta : bajo sus do-

bleces habia alguna cosa pesada : Julia los examinó, y cayó en su falda un medallon muy sencillo de oro, que contenia dos retratos en una sola lámina.

Representaba el uno á su maestro. Julia sintió llenarse sus ojos de lágrimas al ver sus cabellos blancos y sus severos ojos negros : aquél era D. Pablo, el anciano maestro que le mostraba un interes tan paternal.

Apoyado en el hombro del pintor habia un jóven de rostro melancólico, expresivo y varonil.

Se parecian tanto los dos, como se asemeja el arbusto que brota al pié del árbol que muere, y que recibe de él, como postrer donativo, savia y verdor ; el maestro debia haber sido hermoso como aquel jóven, y aquel jóven era ya desgraciado como su padre : ambos vestian pobremente, pero en la postura arrogante de los dos se conocia que sabian llevar su miseria como un honroso blason.

Julia contempló durante largo rato las dos imágenes, y besó enternecida las manos de la del anciano.

Luégo pasó sus ojos por el manuscrito : era, en efecto, una carta, y decia así :

« Hoy, al separarme de tí, hija mía, mi corazon rebo-saba de gozo, y he querido trasladar al papel algunos consejos, único bien que tu viejo amigo puede dejarte para el porvenir. »

» No los conservaré en mi poder, porque de hacerlo así te los entregaria muy pronto : me conozco, y no podria resistir al entusiasmo que tu brillante genio me inspira.

» ¡ Sí, Julia! el cielo te ha dotado de un genio sublimé ; y aunque así te lo digo hoy en este papel, no quiero que

lo sepas hasta que tu razon haya llegado á su madurez; quiero que lo ignores y que sigas trabajando bajo mi severa direccion, que tanto amor oculta para tí.

» Cuando oigo y veo á tu padre, pobre hombre, sin voluntad y sin carácter; á tu madre, déspota ruin de su familia, y dotada de una inteligencia vulgar y rastrera, me rio, ¡pero es con el alma llena de amargura! Julia, pobre hija mia, ¡tu cruz es de las más pesadas que Dios ha enviado á la tierra! ¡estás condenada al tormento sin nombre de verte toda tu vida cercada de seres que no sólo valen mucho ménos que tú, sino que son incapaces de conocer lo que tú vales!

» ¡Dios te libre del último y mayor de los martirios! ¡Dios te preserve de unirte con los lazos sagrados del matrimonio á un hombre vulgar, débil, prosaico, que te sea inferior, en una palabra: la mujer necesita estimar á su marido, tanto por lo ménos como necesita amarle; ella debe ser la protegida, no el protector; ella debe ser la débil, y su marido, el fuerte arrimo que la sostenga!

» Dentro de seis años, si yo vivo y tu corazón está libre, como lo espero, porque no hallarás muchos afectos dignos de tí que puedan llenarle, yo te presentaré al que creo digno de ser tu compañero.

» Es mi hijo, ¡mi único hijo! que pensionado por el Gobierno, estudia en Roma, patria de las artes; que ya te conoce y te ama, aunque tú no le has visto jamas.

» Con mi retrato va el suyo: ambos los ha hecho él para tí ántes de irse á Roma: su alma es más hermosa que su rostro; se llama Rafael: dentro de seis años le

verás, y ¡ojalá pueda yo abrazarte, dándote el dulce nombre de hija!

» ¡Julia, por más que la envidia te muerda, aunque todos cuantos te hablen procuren desanimarte y separar tu paso de la senda de la gloria, no consentas jamas en aumentar el número inmenso de las vulgaridades! A cada ofensa que recibas, á cada golpe que tus enemigos descarguen sobre tí, di con fe y con valor: «¡Me hieren!» ¡sús golpes me responden de mi gloria!»

» La senda del saber es escabrosa, hija mia: no se alcanzan laureles sin que los ojos lloren mucho, sin que el corazón herido destile gotas de sangre! ¡Cuánto he sufrido yo! ¡Mi hijo lo sabe y te lo contará algun día! Pero ¡cuán hermoso es levantarse sobre las miserias del mundo, qué glorioso es alzar la cabeza adornada con la aureola del genio!

» ¡Dios ha puesto en la inspirada frente del artista la corona de espinas de su Hijo, pero tambien ha puesto un destello de su luz inmortal!

» Tengo un hermano, Julia mia; un hermano, que es el encargado de poner estas líneas en tus manos dentro de cinco años: él ha seguido otro camino que yo, y le ha sido más lucrativo; pero de todo el oro que ha acumulado en esa carrera de farsa, que en vez de llamarse intriga y mentira, se llama *diplomacia*, de todas sus riquezas, jamas he querido un solo real: será una extravagancia, pero se me figura, con perdon de los diplomáticos, que todos sus sueldos son una carga estéril para las naciones, una cifra que, cuando más, representa el lujo de los gobiernos; sí, porque las grandes cuestiones

de Estado se resuelven en las Cámaras, si en ellas se sienta algún genio como Mirabeau, Meternich ó Peel; en los campos de batalla, si hay valientes como el Duque de Alba, Daoiz y Velarde, ó no se resuelven nunca, como sucede en Italia, que no teniendo oradores ni generales, gime y gemirá eternamente en la esclavitud.

»Pero tú no puedes hoy, pobre niña mía, entender estas grandes miserias de la vida, de las que tanto me he reido yo durante mi azarosa y pobre existencia: de todo lo que te he dicho, conserva sólo esta verdad y grábala en tu corazón para que te consuele:

»No hay mayor dicha en el mundo que la de tener en el alma esa radiosa luz que se llama talento y que nos eleva sobre las miserias de la tierra.

»Si algún día ves á mi hermano, mírale como á un pobre sér descreido y vulgar: él ha seguido su religion, yo la mía: su egoismo y su farsa le han hecho más rico que á mí el trabajo y los largos años que he consagrado al estudio, pero no le han hecho más dichoso: yo he llorado algunas veces al ver ponerse el sol entre nubes de oro y rosa, ante el descendimiento de Rubens, y al oír á una campana llamar á la oracion cuando la aurora ríe en el cielo; él no ha derramado una sola lágrima á la muerte de su esposa y de tres hijos hermosos que Dios se ha llevado á una vida mejor.

»Le queda una hija: Amanda: cuando quieras pintar algún monstruo desconocido en la historia de Buffon y de todos los naturalistas, vé á verla.

»Adios, hija mía, tu viejo amigo te bendice: perdónale su severidad, porque te ama mucho: su carácter, duró

de sí, ha sido agriado por desengaños muy amargos; pero su corazón es todo tuyo.

»Si yo he muerto cuando leas ésta, te bendeciré desde mi tumba; y desde el cielo, á donde creo me llevará Dios para recompensar mis amarguras en la tierra, velaré por tu felicidad: si mi hijo no llega á ser tu esposo, como es mi más ferviente deseo, que llegue á lo ménos á ser tu hermano.

Pablo de Montalvan.»

Cuando Julia acabó de leer esta carta, la dejó caer sobre su falda y lloró.

Eran entónces las dos de la mañana: cuando la aurora envió su blanca luz á los cristales de la habitacion en que se hallaba la jóven, ésta levantó la frente, que habia tenido oculta entre las manos, y miró al cielo entre la nube de sus lágrimas, como si en él buscase la sombra de su viejo amigo.

Algo de grande, de solemne y de doloroso se habia despertado en el alma de Julia, quien, despues de leer aquella carta paternal, se sintió por la primera vez desde su casamiento verdaderamente infeliz é inmensamente agobiada por un infortunio irremediable.

La sombra de Rafael pasó por delante de sus ojos; pero de un modo tan indeciso, que no pudo verla más que como entre las nieblas de un sueño.

Julia se levantó y se dirigió á su habitacion para guardar en su secreter el legado de su maestro: al ruido que hizo al entrar, se despertó Diego, que dormia profundamente.

— ¿Qué es eso? ¿quién anda ahí? preguntó sobresaltado.

— Soy yo, respondió Julia débilmente y con voz temblorosa, porque aquellos papeles y aquellos retratos constituían el primer secreto que había guardado con su marido.

— ¡Qué! ¿estás trabajando ya? repuso Diego.

— No, respondió Julia: he pasado la noche leyendo y ahora voy á acostarme.

— ¡Vaya una manía rara! dijo Diego de mal humor.

— Cada uno es dueño de tener las suyas, observó Julia friamente, guardando la llave de su secreter.

Diego la miró asombrado: era la primera vez que aquella tímida criatura le mostraba algo de desden y de firmeza.

Pero por no molestarse en contestarla, tomó el partido de guardar silencio: era Diego uno de esos hombres que, cuando les inferen un insulto, su primer pensamiento es cotejar lo que aquel insulto les ha incomodado y lo que les podrá incomodar el castigo que puedan imponer á la persona que se lo ha inferido: egoistas que degeneran en cobardes; almas frías que llegan á ser almas bajas, y cuya tolerancia vergonzosa alienta á tantos insolentes.

En tanto que Julia se desnudaba para meterse en su lecho, su marido salió del suyo y se vistió, dirigiéndose en seguida al taller.

Bien pronto cayeron sus miradas sobre el cuadro de Julia, y su semblante movable y expresivo retrató en pocos instantes emociones muy diversas.

La alegría y el orgullo fué lo primero que se hubiera podido leer en su espaciosa frente; despues, un amargo desaliento y una tristeza profunda.

Fué á sentarse lentamente ante su caballete y dió algunas pinceladas; mas de súbito arrojó el pincel con desesperacion y exclamó sordamente:

— ¡Es inútil; no haré jamas nada bueno, nada que se asemeje á lo que ella hace!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

X.

AUMENTO DE FAMILIA.

Julia se levantó aquel día á una hora muy avanzada. Se desayunó y salió al taller, dejando el hacer su tocador para la tarde.

Su marido, al oír sus pasos, volvió á coger el pincel, que habia arrojado ántes, y se puso á trabajar tarareando una arieta, como si estuviera muy tranquilo.

La jóven se sentó tambien y se puso á trabajar, esperando á que su marido la hablase; pero viendo que éste guardaba silencio, le dijo:

— Anoche tuve una visita.

— ¿Sí? y ¿quién fué? preguntó Diego.

— El Conde de Montalvan.

— No le conozco.

— Ni yo: me dijo que era hermano de mi maestro.

— ¿De aquel viejo loco de D. Pablo?

— Del mismo, respondió Julia secamente.

— Y..... ¿á qué vino?

— A ver si queria dar leccion de pintura á una hija suya.

— ¿Y qué has contestado?

— Que lo consultaria contigo.

— Mal hecho, dijo Diego.

— ¿Por qué?

— Porque en eso eres dueña de obrar como mejor te acomode.

— ¿Y querias que decidiese por mí sola?

— ¿Por qué no?

— Pues no lo haré.

Reinó el silencio por algunos instantes: la confianza, la dulce paz del matrimonio habian desaparecido.

— ¿Qué sueldo te ha ofrecido? preguntó Diego á su mujer al ver que persistia en estar callada.

— Cuatro mil francos anuales.

— No es de despreciar, y todo lo que puedo hacer es darte un consejo.

— Ya lo escucho.

— Yo, en tu lugar, aceptaria.

— Aceptaré, pues.

Julia dijo estas palabras, no ya movida, como otras veces, por el deseo de complacer á su marido, sino reflexionando qué parte de aquel sueldo podria dedicar á sus gastos de tocador, tan descuidados desde su casamiento: habia en ella tanta sinceridad, tanta nobleza, tanta rectitud, que le pareció mejor manifestar francamente su pensamiento que tenerlo oculto, y añadió, tras algunos instantes de vacilacion:

— Aceptaré, á condicion de que ese dinero sea para mí.

Diego hizo un gesto de desden. Julia observó aquel gesto, y la cólera subió á su frente en una roja nube; vió

en él un insulto, y preguntó á su marido con acento irónico y amargo :

—¿Cuándo acabas de pagar á tus acreedores?

—Te lo avisaré cuando lo haya conseguido, repuso Diego.

Julia arrojó su pincel y salió del taller : bajó á su cuarto y escribió el siguiente billete :

«Señor Conde : Acepto el cargo de dar lección de pintura á la señorita su hija, é iré á su casa desde el día y á la hora que se sirva designarme.

»Siento en el alma que un asunto urgente me prive del placer de recibir á V. esta noche, y por eso le envío mi contestación por escrito.

»Es de V. atenta S. S., Q. B. S. M.,

Julia Rivas de Blanford.»

Esta carta fué remitida al instante.

Julia volvió á encerrarse en su gabinete, y en él le entregaron esta contestación cerca de las ocho de la noche.

«Señora : Mi hija va á emprender un viaje á Suiza con una de sus amigas, que durará algunos meses : á su vuelta tendré el placer de avisar á V. para que lo antes posible venga á favorecerla con sus distinguidas lecciones.

El Conde de Montalvan.»

Julia dió este billete á su marido, que lo leyó y se encogió de hombros, si bien diciendo en su interior :

—¡A qué habrá venido la gracia de hacerme concebir esperanzas que no han de realizarse !

La vida volvió á ser uniforme y triste, como lo había sido ántes. Julia acabó un nuevo cuadro, que le pagaron muy bien, y el dinero desapareció entre las manos de Diego.

Así pasaron dos meses. Natalia escribía á su hermano. Julia no preguntaba jamás si escribía.

Una tarde la joven artista se hallaba en su cuarto, cuando la avisaron que estaba en la sala Natalia con otra señora y una niña.

Julia palideció : su corazón, si bien triste, había estado aliviado de un gran peso en tanto que duró la ausencia de Natalia, y ahora volvía á oprimirse, sin que le fuera posible darse cuenta de la causa : procuró serenarse y entró en su salita de recibir.

Vió, en efecto, en ella á Natalia, que tenía asida de la mano á una muchacha de trece años, alta y desgarbada : en un sillón se recostaba otra joven gruesa y fresca, de ménos estatura que Natalia y de fisonomía agradable. Diego se hallaba con ellas : al ver entrar á su esposa se levantó y dijo :

—Julia, mi madre ha muerto, y mis hermanas vienen á encontrar un asilo á nuestro lado : ésta es Adelina, la menor, á quien tú no conocías.

Julia nada dijo : adivinaba en las dos jóvenes dos enemigos de la escasa parte de dicha que le había tocado en la tierra. Diego prosiguió :

—La señora de Merry, amiga de Natalia, se ha tomado la molestia de acompañarlas, y permanecerá aquí hasta mañana, que se vuelve á Madrid.

Julia se inclinó, y á pesar de la mala disposición de su

ánimo, halló palabras para hacer á la amiga de Natalia un cumplido sencillo y afectuoso, al que ésta correspondió cordialmente.

—Querida Lucila, dijo aquélla, ¿ves como yo no te habia engañado? Julia no es bonita como tú la suponias.

—¿Esta señora ha tenido la bondad de suponerme bonita? preguntó la artista.

—La habia supuesto á V. lo que es, respondió graciosamente Lucila; una de las jóvenes más simpáticas, más distinguidas y más encantadoras que pudieran hallarse en el mundo.

—Y eso sólo por haber visto en casa un cuadro que compró mamá, añadió Adelina.

—¿Un cuadro? preguntó asombrada Julia.

—Sí, un cuadro pintado por tí, respondió Natalia.

—¿Y cómo lo compró tu mamá?

—Porque le vendian tus padres. Mamá lo supo y dijo: «Voy á comprarle por ser obra de la esposa de tu hermano, á la que amo sin conocerla.»

Una lágrima asomó á los ojos azules de Julia: ¡su madre habia vendido su cuadro, y la madre de Natalia lo habia comprado! Sintió un movimiento de afecto hácia la pobre anciana, á quien no habia conocido, y abrazó á Adelina, ofreciendo á la difunta que la amaria y la protegeria siempre.

Lucila comprendió al instante lo que pasaba en el alma de la jóven, y la miró con afecto y compasion.

—Señora, le dijo, yo quisiera dar á V. el dulce título de amiga, y que este título no fuese una palabra vana:

anhelo su afecto y desearia vivir cerca de V. para admirar su talento y las bellas obras que produce.

—Hermana, dijo Adelina alentada con el abrazo que Julia le habia dado, ¿nos enseñarás tus cuadros?

—Sí, respondió Julia sonriendo.

—¡Deben ser muy hermosos! Cuando mamá colgó en la sala el que compró pintado por tí, todos los huéspedes que teniamos en casa, y todas las gentes que venian á verlos á ellos y á nosotras, se quedaban admirados delante de él y decian: «¡Qué cosa tan magnífica, tan acabada y tan hermosa!»

—¿De véras? preguntó Julia con las mejillas encarnadas y los ojos animados por la alegría.

—Sí, de véras; y una vez que mamá necesitaba dinero, le dijo mi papá: «¿Por qué no vendes ese cuadro?—Es verdad, respondió ella, no me habia ocurrido esa idea: ¡búscame un comprador!»

—¿Y le halló?

—¿Que si halló? ¡más de una docena! Pero cuando llegó la hora de darlo por no sé cuánto dinero, y vinieron á buscarle, yo me eché á llorar y dije: «¡No, no, no quiero que se lo lleven!» Entónces mamá dijo que no queria venderlo por ningun dinero.

—¿Y quién se ha quedado ahora con el cuadro?

—¡Toma, yo! respondió Adelina; lo traigo conmigo y lo pondremos en mi cuarto, ¿no es verdad?

—Sí por cierto.

—Uno de Diego me dejó allí: decian todos que era tan malo, que no quise traerlo.

Adelina pronunció estas palabras aturdida y irrisoria.

flexivamente. Julia, enojada contra aquella muchacha habladora é imprudente, y compadecida de su marido, fijó en él una mirada temerosa y llena de cariño; pero Diego huyó aquella mirada con desden y amargura.

—¿Qué pasaba en aquella alma débil, que no estaba sostenida por la abnegacion ni por la grandeza de un ánimo sereno y varonil?

¿Cualquiera que hubiera podido verlo se hubiera asustado! La envidia, la negra envidia habia ya deslizado su veneno en aquel corazon, poco ántes tan lleno de amor para Julia.

El porvenir de Diego era su arte: dotado de un excesivo amor propio, habia llegado á persuadirse de la soberanía de su talento, que en efecto existia y era bastante sobresaliente; pero aquel talento, por grande que fuese, quedaba oscurecido, desaparecia y se eclipsaba, por decirlo así, ante el radioso genio de Julia.

Siempre he creído que el genio y el talento eran dos cosas muy distintas entre sí.

El primero, sólo Dios lo da; es un destello de la Divinidad, que coloca en el alma de algunos de sus elegidos. El segundo se adquiere con el estudio y la perseverancia, y se aumenta por los mismos medios, cuando se ha nacido con él.

Por eso vemos en el mundo tantas personas dotadas de un talento regular y áun sobresaliente; pero vemos muy pocos genios.

Vemos muchos medianos poetas, que nos entretienen; pero oímos muy pocos versos que nos arrebatan y con-

muevan hasta sentir palpar nuestro corazon de entusiasmo y sentir nuestros ojos llenos de lágrimas.

Esta diferencia existia entre aquellos jóvenes esposos: ¡felices ellos, si Dios hubiera dotado á Julia sólo de talento y hubiera concedido á Diego esa luz inmortal que se llama genio, y que esparce sus rayos sobre la tumba del que la poseyó!

Pero ella era la que sobresalía de los dos, y por lo mismo, la víctima infeliz destinada á un perpétuo sacrificio.

Ella fué la que rogó á Lucila Merry, la amiga de Natalia, que se retirase á descansar, para deshacer la triste inercia que se habia apoderado de todos los ánimos, despues de las imprudentes palabras de Adelina, que con tanta crueldad habian lastimado el orgullo de su hermano.

La pobre Julia necesitaba quien la sostuviese y la consolase sin cesar en el aislamiento moral que cada día la rodeaba más, y sin embargo, era ella la que tenía que hacer continuamente esfuerzos supremos para sostener á los otros.

Era una débil caña, azotada por el viento, que tenía que erguirse á cada paso para sostener al roble enfermo que se levantaba á su espalda y que á cada instante amenazaba venir al suelo.

Algo de lo que pasaba allí comprendió Lucila, que estaba dotada de no poca perspicacia; porque al levantarse para irse á recoger, dijo que al día siguiente saldría temprano con Natalia para evacuar algunos asuntos, y que por la noche emprendería su viaje de vuelta á Madrid.

Julia la acompañó hasta el aposento que se le habia designado, y se despidió afectuosamente de ella.

Adelina halló asilo en el cuarto de su hermana.

Julia y su esposo se retiraron á su habitacion. Allí la jóven se acercó á su marido para abrazarle, como si hubiera deseado consolarle de su pasada humillacion.

— ¡Déjame! le dijo Diego rechazándola: hoy no me siento bueno y deseo dormir.

Acostóse, dicho esto; pero Julia, que no durmió, le oyó suspirar en su lecho con hondo y reprimido dolor.

LIBRO SEGUNDO.

I.

LA DISCÍPULA.

En una de las frias mañanas de Noviembre de 1875 atravesaba una jóven con rápido paso la calle de San Honorato.

Eran las diez, y el cielo, plomizo, estaba preñado de nieve; soplaba un viento helado, y sólo se veian por las aceras las gentes que iban á sus negocios, cruzándose en ellas con apresuramiento.

Los hombres iban abrigados con gruesos gabanes ó sobretodos, cuyos cuellos subian hasta sus orejas: las mujeres envueltas en sus chales de abrigo ó en sus capas, y llevando caidos delante del rostro los velos de sus sombreros.

Sin embargo, ellos y ellas dejaban paso á la jóven de que ántes he hablado, y que marchaba tan rápidamente como se lo permitia la gran afluencia de personas que, á pesar de lo crudo del dia, llenaba aquellas populosas calles.

Razon habia para ello; era la aparicion de una dolo-

Julia la acompañó hasta el aposento que se le habia designado, y se despidió afectuosamente de ella.

Adelina halló asilo en el cuarto de su hermana.

Julia y su esposo se retiraron á su habitacion. Allí la jóven se acercó á su marido para abrazarle, como si hubiera deseado consolarle de su pasada humillacion.

— ¡Déjame! le dijo Diego rechazándola: hoy no me siento bueno y deseo dormir.

Acostóse, dicho esto; pero Julia, que no durmió, le oyó suspirar en su lecho con hondo y reprimido dolor.

LIBRO SEGUNDO.

I.

LA DISCÍPULA.

En una de las frias mañanas de Noviembre de 1875 atravesaba una jóven con rápido paso la calle de San Honorato.

Eran las diez, y el cielo, plomizo, estaba preñado de nieve; soplaba un viento helado, y sólo se veian por las aceras las gentes que iban á sus negocios, cruzándose en ellas con apresuramiento.

Los hombres iban abrigados con gruesos gabanes ó sobretodos, cuyos cuellos subian hasta sus orejas: las mujeres envueltas en sus chales de abrigo ó en sus capas, y llevando caidos delante del rostro los velos de sus sombreros.

Sin embargo, ellos y ellas dejaban paso á la jóven de que ántes he hablado, y que marchaba tan rápidamente como se lo permitia la gran afluencia de personas que, á pesar de lo crudo del dia, llenaba aquellas populosas calles.

Razon habia para ello; era la aparicion de una dolo-

rosa enfermedad del espíritu, bajo las más dulces y poéticas formas que puede presentar la materia.

Nosotros ya la conocemos; se llamaba Julia de Blafort: ya sabemos que contaba veinte y tres años y que estaba casada hacía seis; sin embargo, sólo aparentaba diez y ocho, y había en toda su figura algo tan puro y diáfano, tan casto é inocente, que se hubiera dicho que aún no tenía ni había conocido dueño.

Su estatura, que, como ya dije ántes, llegaba apenas á mediana, era esbelta en extremo; sus formas tenues y ligeras, pero mórbidas, como si en ellas se hallasen aposentadas todavía las gracias de la infancia: daba pena verla fijar en el helado pavimento sus menudos piecicillos, calzados con unos botitos de satén, más propios de los días del estío que de aquella rigurosa estación, y además zurcidos en mil partes.

Llevaba un vestido usado y deslucido, de seda oscura; uno de los vestidos de la época feliz en que se unió á Diego y era amada de él, y que, á fuerza de cuidarlo, había llegado hasta tan remota fecha.

Sobre el traje tenía puesta una manteleta de entretiempo, ineficaz del todo para preservar su pobre espalda y su delicado pecho del rudo frío que reinaba; por último, cubría su cabeza un sombrero negro, de moda ya pasada, pero conservado y arreglado con un esmero admirable.

Este sombrero no tenía velo y dejaba ver dos bandas espesas y ondeadas de cabellos rubios, una frente pura y espaciosa, dos grandes ojos azules, de triste pero dulcísima mirada, y unas mejillas blancas y transparentes como el nácar.

Por debajo del sombrero se veían algunos rizos rubios, que el viento mecía, y que, á pesar de su furor, no podía deshacer.

Sin embargo de su traje, que era, más que modesto, mísero, había algo en aquella jóven de noble, de elevado, de distinguido y encantador: era imposible, después de haber fijado en ella una mirada, confundirla con una mujer vulgar, y se conocía que residía en ella alguna cosa que la enaltecía y la separaba de la generalidad de su sexo.

Llevaba un cuello blanco y liso, de extraordinaria blancura; mangas iguales y guantes usados, que, á pesar de haberse ensanchado á causa de sus continuados servicios, dejaban adivinar una mano pequeña, fina y encantadora.

Su semblante estaba muy triste: aquella preciosa carita, tan graciosa, tan suave, tenía el sello de un desaliento profundo; y sin embargo, ¡cosa extraña! á través de los rudos dolores de la vida, que se habían grabado en aquellas plácidas facciones con imborrables caracteres, la luz pura del alma grande, noble, santa, que sale victoriosa de todas las pruebas con el auxilio de Dios, las alumbraba y les conservaba toda la calma y toda la frescura de la inocencia y de una conciencia tranquila.

Todos los jóvenes le decían algunas dulces frases al pasar: todas las mujeres tenían para ella una mirada benévola: una cortesana, cubierta de encajes, que se cruzó con ella, se apartó con respeto y le cedió el paso, humillando sus ojos centelleantes y atrevidos ante la azul y diáfana mirada y el humilde aspecto de Julia.

Esta no reparaba en tan elocuentes muestras de simpatía: su angelical figura tenía la virtud de separar de cuantos la miraban los pensamientos impuros, y todas las galanterías que se le dirigían tenían un carácter decoroso y comedido, que no lastimaba sus castos oídos.

Siguió su camino, y llegó pronto al fin de la espaciosa calle, casi solitaria en aquel lado, y en la que se elevaban grandes y suntuosos edificios. Julia consultó unas señas que llevaba escritas en un papel, y se detuvo ante un espléndido palacio, en cuya puerta estaba sentado un hombre con librea, de aspecto desdeñoso y socarrón.

—¿Vive aquí el señor Conde de Montalvan? preguntó Julia con su dulce acento, á un tiempo vivaz y adormecido, como el de todas aquellas personas de gran poder intelectual y de escasas fuerzas físicas.

—Aquí vive, respondió el portero midiendo á Julia de alto abajo con una mirada insolente y sin levantarse de su silla ni descubrir su cabeza.

La jóven, sin decir nada más, entró en el patio y se dirigió á la escalera.

—¡Eh, jóven! ¡pues me choca el atrevimiento! gritó el portero, que esta vez se levantó para ir en persecucion de Julia; ¿á dónde va V.?

—Me esperan arriba, respondió ella con suavidad y firmeza, pero deteniéndose algo atemorizada ante aquel hombre brutal é insolente.

—Pero ¿quién la espera á V.? ¿se puede saber?

—Me esperan el señor Conde y su hija.

—¿La señorita Amanda?

—Creo que se llama así.

—Pero ¡si se levanta á las doce y son apenas las diez y media!

—A esta hora he sido citada.

—Espere V. aquí; que voy á ver si es cierto.

La pobre Julia, avergonzada, confusa de verse de pié en el patio y expuesta á las miradas de los que pasaban por allí, que aunque no eran muchos por aquella parte de la calle, esto hacía más peligrosa su soledad, se refugió al lado de la escalera, yerta de frío y abrigándose lo mejor posible con los pliegues de su ligera mantelita.

A los pocos instantes se oyeron de nuevo los pasos del portero, que bajaba la escalera; llegó éste á donde estaba Julia y le dijo con aspereza:

—Pase V.; ¡con haberme dicho que era la maestra de pintura de la señorita, hubiéramos acabado ántes!

Julia no respondió una palabra, y empezó á subir la escalera con el corazón oprimido por una timidez invencible.

Hallóse en un espacioso vestíbulo, y allí, un criado más cortés ó más advertido que el portero le rogó que le siguiera.

Julia atravesó una larga serie de aposentos, todos grandes y amueblados con esplendidez, y llegó por fin á uno cuya puerta desaparecía bajo una cortina de seda, que levantó el criado, anunciando en voz alta:

—La maestra de pintura.

Dejó, dicho esto, caer la cortina, y Julia se halló ante una jóven que estaba como hundida en un cómodo anchuroso sillón.

Un vivo sonrosado sustituyó en las mejillas de Julia á la palidez que ántes las cubria : el contraste que el lujo de aquella estancia formaba con sus humildes vestidos no podia ser más doloroso.

Era un gabinete bastante espacioso, tapizado de damasco color de lila con pequeñas flores blancas en relieve, de un colorido fresco y encantador : los muebles, dorados y forrados de seda del mismo color de los tapices, eran en extremo suntuosos : grandes jardineras llenas de flores animaban aún aquella risueña y espléndida estancia, donde parecían haberse aposentado las hadas protectoras de la riqueza y del fausto : á través de unas puertas de cristales, mal cubiertas por cortinas de seda y muselina blanca de la India, se veía el gabinete de tocador más lindo y más delicioso que pudiera soñar una novia : el espejo era una luna de Venecia ovalada y encerrada en un marco de plata prolijamente labrado de pájaros y flores : las colgaduras de la mesa tenían viso rosado y estaban recogidas con lazos de cinta también color de rosa ; sobre este trasparente caían amplios pliegues de batista bordada, ligera y suave como la espuma del mar.

Aquí y allá, en una y otra estancia, se veían juguetes de china, de oro, de plata, de laca y de marfil : la puerta del tocador permitía contemplar dos de esos admirables armarios de sándalo con incrustaciones de bronce y concha, obras cuya fecha se pierde en la noche de los tiempos, y que fueron hijos felices de la fantasía de algunos sublimes genios ; obras que se pagan á un precio fabuloso, y cuyo mérito sólo pueden apreciar dignamen-

te las personas de un gusto delicado y de una gran inteligencia.

Como accesorio principal de este cuadro deslumbrador, estaba la jóven de que ántes hablé : sin duda que su tío, el pobre viejo y austero pintor Pablo, tenía una idea equivocada del semblante de aquella jóven al decir que era muy fea ; igual error debió padecer su padre al afirmar que sólo tenía veinte años : su edad era algo mayor, y su fealdad no era tanta como la que Julia le había atribuido despues de leer la carta de su maestro.

Aparentaba Amanda, que éste era su nombre, según sabemos ya por la carta de su tío, unos veinticinco años : si su fealdad había sido extrema algunos ántes, la naturaleza, compadecida de su rigor, había querido enmendarlo en lo posible, según algunas veces acontece : su tez era algo basta y señalada de viruelas, además de ser muy morena ; pero sus ojos, grandes y negros, tenían una admirable expresión de tristeza altiva y algo dura, resto sin duda de aquella amargura que deja en el alma la deformidad del rostro.

Su nariz era levantada é irregular, pero no desagradable ; su boca, grande, de labios delgados, era severa, pero no mal formada ; su frente, estrecha por su medio, se ensanchaba por los lados en grandes entradas, con aquella austeridad de la gran facultad de pensar : era alta y delgada, con piés y manos que correspondían á su estatura.

Lo más desagradable en aquella jóven eran sus grandes y pobladas cejas de color de castaña, que se unían formando un pico en el arranque de su nariz, y sus cabellos,

excesivamente espesos, de un color grasiento y oscuro, y que llevaba peinados y recogidos detras, sin pretension alguna.

En todo su traje reinaba á la vez un lujo extremado y un extremo abandono y desden de sus mismos atavíos; levaba puesta una bata de cachemira azul claro, que hacia un fatal contraste con su cútis grueso, moreno y encendido : un cordon de seda azul, que remataba en grandes borlas, ceñia su talle descuidado, y que no hubiera sido pasable ni aún tratándose de una mujer gruesa : sobre sus cabellos llevaba una pequeña cofia de encaje blanco de gran valor, anudada bajo la barba con una especie de dejadez despreciativa.

Julia al verla se sintió á un tiempo sobrecogida y helada : era una sensitiva que se replegaba con sólo una mirada, y el aspecto de aquella mujer le hacia daño.

Como ya he dicho, Amanda estaba casi acostada en su gran sillón dorado, colocado de espaldas al balcón ; al ver á Julia ni se incorporó siquiera, y contestó á la inclinacion de la jóven con un leve movimiento de cabeza; luégo paseó sobre aquella bella y delicada figura una mirada acre é inquisitorial, y preguntó :

—¿Es V. la maestra de pintura de quien mi padre me ha hablado?

—Creo que sí, señorita, respondió Julia bajando los ojos con una timidez en que habia mucho de doloroso.

—¿Se llama V. Julia Rivas?

—Ese es mi nombre.

—¡Es V. tan jóven! dijo Amanda mirándola con aire

á un tiempo socarron y amargo : ¡ vamos á parecer, V. la discípula y yo la maestra!

—¿Y qué, señorita, hemos de dar acaso la leccion delante de gentes?

—No, no por cierto; pero yo estoy en ridiculo á mis ojos con una maestra como V.

—En ese caso, señorita, lo mejor es que me retire, dijo Julia saludando á la jóven y dando un paso hácia la puerta.

—¡Espere V.! gritó Amanda con impaciencia : ¡ es V. muy susceptible, á lo que veo!

Julia se detuvo y volvió hácia Amanda, sus ojos llenos de lágrimas.

—Porque sea V. pequeña y muy jóven no ha de dejar V. de tener un gran talento, prosiguió la hija del Conde.

—No soy tan jóven como V. cree, señorita, dijo Julia con una sonrisa dolorosa; tengo ya veintitres años.

—¿Veintitres años?

—Ya los he cumplido.

—¡Tres más que yo! dijo Amanda, que tenía dos más que Julia : parece imposible que V. cuente esa edad; pero casi me alegro de eso : ¿ cuándo quiere V. empezar á darme leccion?

—Yo creí que íbamos á empezar desde hoy.

—¡No, no! hoy no estoy buena, y ademas tengo ocupaciones : hemos recibido carta de un primo mio que viene de Madrid despues de haber estado en Roma, y le recibimos aquí, en casa.

El corazón de Julia palpité violentamente al oír estas

palabras : el Conde no tenía más que un sobrino, Rafael, que era el hijo de D. Pablo, su único hermano. Aquel Rafael, que estaba destinado para esposo suyo, y que sin duda había estado buscándola en Madrid á su vuelta de Roma.

Amanda prosiguió :

—Desde mañana, pues, empezará V. á trabajar, pero no dándome lección : quiero que haga V. mi retrato para regalárselo á mi primo el día de mi cumpleaños, que es pronto ; á V. le será igual ocuparse en darme lección que en pintar, pagándole sus honorarios, ¿ no es cierto ?

— Sólo deseo complacer á V., señorita, repuso Julia con voz ahogada.

—Entonces, adios por hoy, señora, dijo Amanda haciendo con la mano una señal de despedida : mi primo debe llegar de un instante á otro y tengo que ir á mi tocador ; hasta mañana.

Julia se inclinó en silencio ; la angustia que le oprimía el pecho no le dejaba articular una palabra.

Levantó la cortina con mano trémula y salió de la habitación de Amanda, sin que ésta se moviese de su indolente y cómoda postura.

Julia atravesó sola aquella larga serie de suntuosas habitaciones, que poco ántes había cruzado precedida de un criado, y llegó al vestíbulo : allí estaban los mismos lacayos que á su entrada, y dos ó tres más que ella no había visto ; éstos preguntaron á aquéllos que quién era la jóven, porque les oyó responder con acento despreciativo :

—La maestra de pintura de la señorita.

Algunos de ellos, los más atrevidos sin duda, llegaron á hacer corro alrededor de la jóven, impidiéndole el paso y diciéndole requiebros. Julia se volvió con el rostro encendido como la grana, y gritó, echándose hácia atrás con un ademán de soberano desden :

—¡ Insolentes !

—¡ Calle, pues no se las echa de princesa con su traza de pobre vergonzante ! dijo uno de ellos.

— Mal sientan esos humos con ese vestido raído, niña, añadió otro.

—¡ Y con esa manteleta de verano !

—¡ Y con ese sombrero, que probablemente sería de su señora madre !

Aquella canalla—pues todos los lacayos, áun los más pacíficos, se habían reunido en derredor de la jóven para insultarla—se hallaba tan absorta en su infame tarea, que no oyó parar un carruaje á la puerta : con los semblantes iluminados por una malvada alegría iban todos estrechando cada vez más el círculo que oprimía á la desgraciada Julia, que, no ya encarnada de vergüenza, sino pálida de terror, se había arrimado de espaldas á una de las paredes del vestíbulo y se estrechaba cuanto le era posible, temblorosa y palpitante como una paloma rodeada de milanos.

—¡ Socorro ! gritó con voz ahogada por las infames risas de los lacayos.

Uno de ellos, grueso y rollizo, de fisonomía brutal y rubicunda, pasó su gruesa mano por detras del delicado talle de Julia : á esta presión la desdichada recobró toda su energía, se enderezó y repitió con voz más entera :

—¡Socorro!

—¿Qué es eso? preguntó una voz grave y sonora de tras de los lacayos.

Volviéronse algunos de ellos y vieron á un jóven hermoso y pálido, vestido de viaje, que examinaba el grupo con curiosidad.

—¡El sobrino del señor Conde! murmuró uno separándose confundido.

Todos los demas le imitaron y quedó á la vista del viajero la dulce figura de Julia, descompuesta y lívida de terror y de angustia.

—Perdon, señor, dijo uno de los lacayos: estábamos aquí de órden del señor Conde para esperar la llegada de usted y no le hemos oído.

Rafael, pues éste era el recién llegado, no oyó estas palabras, porque tuvo que correr al socorro de Julia: la desgraciada, libre ya del círculo vil que habian formado en derredor suyo los lacayos, habia caído al suelo, embargada por un desmayo profundo.

El viajero la levantó en sus brazos, y al hacer este movimiento cayó al suelo el sombrerito negro de Julia; desprendiéronse sus cabellos como una madeja de oro, é inundaron su rostro y su espalda, robando sus facciones á la vista de su salvador.

—Pero ¿qué es esto? ¿quién es esta jóven? ¿cómo se atreven ustedes á insultarla así? preguntó Rafael severamente.

—Es, dijo uno de los lacayos, la maestra de pintura de la señorita.

—Una maestra que debe valer bien poco, añadió otro,

porque la señorita la ha despedido, sin duda, sin dar lección: así se puede imaginar por el poco rato que ha estado.

—¿Y es ése motivo para faltarle al respeto? ¡llamen ustedes á mi tío! ¡al instante!

Julia abrió en aquel momento los ojos, como si algun secreto terror disipase las nieblas de su desmayo.

—¡No, no! dijo: ¡que no llamen á nadie!..... me voy..... ¡quiero irme á mi casa!.....

Y echando atrás con mano trémula los rubios rizos que le inundaban el rostro, se incorporó en los brazos de Rafael y fijó en él una mirada llena aún de terror y de angustia.

—¡Julia! exclamó el viajero al fijar sus ojos en la apenada fisonomía de la jóven; ¿es ésta Julia Rivas, ó me engaño yo?

—No, respondió la jóven; soy Julia Rivas.

—¡Es posible!

—¡Ah! ¡Por favor, caballero, haga V. que yo pueda volverme á mi casa!

—Ahora mismo, respondió Rafael, que miraba aturrido á la jóven: aún está abajo el coche que me ha traído desde la casa de postas; él nos llevará, porque yo deseo acompañar á V.

Al decir estas palabras, presentó el brazo á Julia con grave cortesía; ésta, que ya se habia puesto de nuevo su sombrero, se apoyó en él y bajaron la escalera.

—¿Sabeis lo que me parece? preguntó á sus compañeros uno de los lacayos.

—Será probablemente lo mismo que á mí, respondió

otro de sus compañeros: que vamos á ser despedidos todos.

—¿Quién lo duda? El señor Conde llevará ahora en palmillas á su sobrino.

—Sí, para que se case con la señorita.

—Con la cual nadie ha querido cargar, á pesar de que ya se va haciendo vieja.

—¡Es que es muy fea!

—¡Horrible!

—¡Más feo es su genio!

—¡Es perverso!

—Como que nadie ha querido casarse con ella á pesar de ser tan rica.

—Pero ¿eso qué nos importa? Lo urgente es conjurar la tormenta que se nos prepara.

—¿Qué es conjurar? ¡Si nos despiden, nos vamos!

—¡Claro está! ¿Nos han de faltar casas?

—Lo que faltan son criados.

—Yo era de opinion que nos fuéramos ántes de que nos despidiesen: personas de nuestra importancia no deben ni sufrir, ni esperar un desaire.

—¡Es verdad!

—Pues vámonos.

—¡Vámonos! ¡ayer nos pagaron el mes!

—Yo me quedo, dijo gravemente uno de los domésticos.

—¿Te quedas?

—Sí, me quedo y haré mejor negocio que marchándome como vosotros.

—¿De qué modo?

—Contando á la señorita ciertas cosas.

—Pero, ¿qué le vas á contar?

—Todo lo que ha pasado aquí: que su primo recibió en sus brazos á la maestra, que se puso un poco mala; que la miraba con mucho afán y la llamó Julia á secas; que se fué á acompañarla.....

—¡Bravo! ¡cuando yo digo que tú sabes mucho, Benito, y que llegarás á ser algo!

—Estoy por hacer como tú y no irme.

—Oyes, es que esto sólo servirá para mí, que lo he pensado; ¡tengo el privilegio de invencion! Los demas no os podeis salvar con mi ingenio.

—¡Es verdad!

—¡Ea! idos y yo me quedaré: es muy justo: si algun dia puedo, volveré á daros entrada en la casa.

Todos los criados se internaron en las habitaciones cabizbajos y silenciosos, y el que se habia determinado á quedarse se puso á pasear gravemente por el espacioso vestíbulo, con el aire más sereno y honrado del mundo.

II.

EL CONFIDENTE DE JULIA.

La señora de Blanford, al verse ya en el coche, empezó á llorar, con un llanto nervioso y desgarrador.

Su sonrojo era mucho mayor, porque Rafael lo habia presenciado: su cabeza ardia, y se avergonzaba del exceso mismo de su desventura, con esa injusticia que empleamos á veces para con nosotros mismos, y que es una de las mayores desgracias del corazon humano.

Rafael la miraba y nada sabia decirle: de cuando en cuando sus labios se agitaban como si fuese á hablar, pero no dejaban escapar un solo acento.

Una vez tomó la mano de Julia, que pendia á lo largo de su cuerpo con profundo desaliento, y le dijo á media voz con acento grave y penetrante:

—¡Valor, amiga mia, valor!

La jóven le miró como si saliese de un sueño, y cesó en sus gemidos: entónces se avergonzó tambien de su llanto delante de un desconocido.

El silencio más profundo se estableció en el interior del carruaje. Julia, con el semblante oculto entre las manos, no sollozaba ya, pero lloraba de un modo invisible, y sus lágrimas caian como plomo derretido sobre su corazon.

Rafael la miraba sin decir una palabra: era un jóven de veintiseis años, de hermosa y simpática figura, ojos y cabellos negros, y facciones llenas de distincion: en su mirada habia algo de melancólico y soñador: la reflexion no debia tener mucho imperio en su naturaleza blanda é indolente; pero se conocia al mismo tiempo que el amor propio dominaba su jóven cabeza, y que sus pasiones debian ser ardientes y devastadoras.

Cuando llegaron á la puerta de la modesta casa de Julia, Rafael bajó del coche y ayudó á apearse á la artista, dándole el brazo para subir la escalera.

La pobre jóven subió con sumo trabajo los tres pisos de su casa: la criada abrió; pero Natalia y Adeline, que habian oido el ruido del coche, se asomaron por curiosidad á la puerta de la habitacion donde estaban, y vieron á Julia apoyada en el brazo de un desconocido.

—¡Dios mio, qué pálida estás! exclamó la niña corriendo hácia ella: ¿qué tienes?

Natalia se sonrió socarronamente y nada dijo.

—No tengo nada, querida mia, respondió Julia dejándose caer en la silla que encontró más cercana.

—¿Te has puesto enferma?

—Un poco, pero ya se pasó.

—¿Quieres que llame á Diego?

—¡No, no! no le incomodes.

—Señora, dijo Rafael, me retiro más tranquilo despues de tener el gusto de dejarla entre su familia; pero permítame V. que vuelva esta tarde á saber el estado de su salud.

Julia hizo una señal de asentimiento, y Rafael, inclinándose ante ella y ante las dos jóvenes, salió de la estancia.

Julia dijo que había sentido un desvanecimiento; que necesitaba de sosiego y reposo, y se retiró á su cuarto.

Así que se vió sola, un raudal de lágrimas brotó de sus ojos, y los sollozos de que estaba lleno su pecho se escaparon en desgarrador tropel.

Nadie más que aquel y sobre todo *aquella* que la haya padecido, puede explicar cuán amarga es la soledad del alma, esa soledad muda y aterradora que nos envuelve como un sudario, que convierte el pensamiento en un caos de lágrimas y desesperacion.

Julia sentía sobre su corazón aquella losa de hielo que le prensaba, que, le oprimía con inaudita crueldad.

Después de llorar por espacio de mucho rato, el cansancio secó sus lágrimas, sin lograr adormecer los terribles dolores de su espíritu.

Apoyó la frente entre sus manos, y la fatiga la trajo un sopor benéfico, que, sin ser sueño, tendió un velo sobre su amargo presente y su triste porvenir, dejándole sólo los dulces y gratos recuerdos de su pasado.

Ya eran las dos de la tarde cuando volvió á la vida real: alzó los ojos al cielo y le vió puro y azul, porque al horrible frío de las primeras horas de la mañana había sucedido un sol benéfico y alegre, como un mensajero de la piedad infinita de Dios.

La solitaria calle donde habitaba Julia estaba bañada por los plácidos rayos del astro del día: las gentes pasaban entónces para dirigirse á la campiña: algunos ni-

ños jugaban en el centro de una de las ráfagas brillantes de aquella luz cálida, dorada y esplendente: las pobres criaturas, hijas en su mayor parte de miseras familias, que habitaban en heladas buhardillas ó en los húmedos cuartos de los patios, cantaban alegres, reían ó disputaban por un juguete con el plácido gorjeo de la infancia: en los tejados de enfrente brillaba la escarcha á los rayos del sol como un inmenso cristal, y en una angosta ventana, que se veía como un nido de golondrinas, cantaba una joven mientras cosía un bonito traje de lana de colores vivos.

El dolorido corazón de Julia se dilató algun tanto ante aquel cuadro de alegría y de luz; Dios extendía su paternal mirada sobre el mundo, y ella sentía caer sobre su alma el resplandor de la mirada divina.

De nuevo elevó los ojos al cielo, y la joven de la buhardilla, que estaba tan alta que parecía tocar á él, pensó que aquella la miraba, y la saludó graciosamente con la cabeza.

Julia le devolvió el saludo casi con alegría: al ver á aquella joven cabeza que se inclinaba ante ella le pareció que ya no estaba sola en el mundo y que tenía una amiga en su vecina.

Luégo se retiró del balcón: extendió la mirada por su estancia, y brilló en sus ojos un rayo de contento: se acercó á su secreter, le abrió y sacó de él una cantidad de papel blanco y un tintero.

En seguida unió las blancas hojas y las cosió, formando un libro, con una hebra de seda azul como sus ojos: después, como si el pensamiento que llenaba su alma

hubiera sido demasiado grande para contenerse en ella, murmuró en voz baja:

—Yo necesito alguno á quien confiar mis pesares; se los contaré á mi maestro, que está en el cielo, aunque allí se sabe todo lo que nos pasa aquí: sí, los escribiré todos en este libro y él los leerá desde allá arriba.

Julia acabó de arreglar su cuaderno: acercó su veladorcito delante del balcon, abierto á pesar del frio de la tarde; le colocó sobre él, y sentándose, se preparó á escribir.

Al tomar la pluma miró por casualidad á su vecina del tejado; ¡cosa extraña! ella estaba colocando tambien delante de la ventana una mesita, sobre la cual se veía un tintero y un rollo de papel blanco.

La vecina se sentó, no sin haber mirado tambien á Julia, y al ver á ésta con la pluma en la mano, hizo un gesto de sorpresa, y luégo se puso á escribir con rapidez.

Julia la imitó: hé aquí, lector mio, lo que brotó de su pluma, y esto te hará conocer, mejor que todo lo que yo pudiera decirte, su situacion doméstica y el estado de su ánimo y de su corazon.

«París 28 de Noviembre de 1842.»

«A V., mi bueno y querido amigo, á V. sólo puedo yo confiar los dolores que desgarran mi corazon y van acabando lentamente con mi vida. ¡Soy muy desgraciada! hace cuatro años que no entra en mi alma abatida un solo rayo de luz, porque la anubla la noche eterna del dolor.

»¡Oh, qué amarga es, maestro mio, la senda de la

gloria! V. lo sabía, y así me lo dijo en la carta que me escribió y que he recibido há pocos dias; pero por mucha fe que yo tenga en sus palabras, jamas, ¡ah! jamas hubiera creído que tantas y tan profundas penas me guardase la suerte.

»Tanto he sufrido, maestro mio, que no sé por dónde empezar á referirle mis dolores; tanta amargura me cerca, que mi valor desaparece y sólo puedo llorar ante su recuerdo.

»Pero es preciso que yo hable con V., y espero que me dará fortaleza desde el cielo y que alcanzará de Dios, ó que mejore mi suerte, ó valor para soportarla.

»Me casé con un hombre á quien amaba.... á quien amo mucho todavia: era el maestro que sustituyó á usted en mis lecciones de pintura: los dos años primeros se pasaron en un cielo de amor y de dicha; pero luégo ¡ay! la felicidad ha desaparecido de nuestro lado, y él y yo somos completamente desgraciados!»

Julia dejó la pluma y enjugó las lágrimas que de nuevo volvian á brotar de sus ojos, y que corrian por sus mejillas; pero el llanto producido por las heridas del corazon no cesa fácilmente cuando se abre camino: mucho rato permaneció llorando, y luégo prosiguió su triste tarea de esta suerte:

«A V. solo, mi respetable amigo, me atreveria yo á hablar en el mundo del modo que voy á hacerlo: á usted solo descubriria esta herida profunda, que sangra siempre y que oculto con tanto cuidado á la vista de todos.

»Poco despues de casada, mi marido me animó á em-

prender alguna obra de pintura : ya sabe V. cuánto he amado yo siempre nuestro divino arte : empecé un cuadro y se vendió muy bien..... yo fui dichosa, porque nuestra situación era precaria, y Diego, que así se llama mi marido, pareció alegrarse también; empecé otro cuadro, que se vendió á los breves días á un precio más subido. Pero entre tanto había él acabado un cuadro suyo despues de inauditos esfuerzos; vino á verle el comisionista que compraba los míos, y vinieron otros varios..... mas ninguno quiso ofrecer nada por él, diciendo que era muy mediano; yo no sé lo que pasó por mí al oírles aquellas palabras; sentí como frío en el corazón y temblé.

»Era ¡ay de mí! que comprendía que aquello había de ser un golpe mortal para el amor propio de Diego, y sé que las heridas del amor propio no se curan jamás.

»Mi marido, despues de redoblados esfuerzos, acabó otro cuadro, que nadie quiso tampoco y que tuvo que vender á muy bajo precio; yo conocía que sus obras no eran buenas, que estaban faltas de vigor y de vida, que había en ellas grandes defectos; pero ¿cómo decirselo? No me atreví.

»Desde entónces el carácter de Diego, ántes sencillo y alegre, se volvió sombrío y taciturno : esquivaba mi presencia y mis miradas y desviaba de mí la vista con hastío; jamás tenía para mí una palabra dulce; ¡y yo le amaba tanto! ¡ah, mi venerable y querido amigo, cuánto he padecido ya en este mundo!

»Pero fuerza es que tenga valor y que prosiga mi triste relato hasta el fin.

»Mi salud empezó á decaer; no tenía para compensacion de mis disgustos de artista más que la gloria que ya alcanzaba mi nombre, gloria efímera, que léjos de traer la felicidad á mi hogar, la separaba de él; dentro de mi casa no tenía atribucion alguna; mi marido me consideraba de dos modos distintos, pero ambos bien dolorosos para mí : me trataba como á una niña ó como á una criatura imbécil y falta hasta de sentido comun : no he sabido nunca, ni sé hoy, si en mi casa hay dinero ó no : no he tenido nunca la más pequeña cantidad de que disponer : mis vestidos, mi calzado, se han roto, sin que tuviera la libertad de reponerlos; tenía vergüenza de quejarme de esta baja tiranía, porque me parecía que al quejarme de ella la aceptaba, y que haciendo como que no me ofendía, pasaba sin tocarme : ¡tan ruines son algunas ofensas, que hasta el sentir las causa un invencible rubor!

»Dos hermanas de mi marido que vinieron á casa acabaron de llenar de tormento mi vida : la una es un sér prosaico y material, que no me comprende y que sabe adular á su hermano, quien le da todos los derechos que yo debiera tener : la otra es una niña mal criada, á la que su hermana ha convertido en enemiga mía, y que se divierte en hostilizarme de continuo.

»Un día, hará cosa de tres semanas, me dijo Diego que yo procuraba deslucir sus cuadros, dando á los míos un colorido demasiado fuerte, y que sería mejor y más lucrativo que me dedicase á dar lecciones; conocí que no me quería para competidora, y le contesté con la mayor serenidad posible, aunque mi corazón rebosaba de amargura :

»—Haré lo que tú quieras.

»—Ya sabes, repuso él con acritud, que yo no tengo caprichos; si te parece mal lo que te digo, sigue pintando cuadros y haz tu gusto.

»Yo callé : aquella noche vino su hermano de V. para entregarme su legado y me dijo que habia visto un cuadro mio; habia reconocido en mí una discípula de su hermano y deseaba que fuese la maestra de su hija.

» Mi resolución estaba hecha : no queria pintar más cuadros y estaba decidida á concluir el que tenía empezado y dedicarme á la profesion de maestra de pintura, creyéndome muy dichosa con poder así conquistar el cariño de Diego.

» ¡Y entre tanto la senda de la gloria se abria ante mis ojos! ¡Esa senda con la que tanto habia soñado sin atreverme á esperar poner en ella el pié! ¡Esa senda para mí tan llena de abrojos, pero en la cual hubiera dejado gustosa mi vida! ¡Mi nombre volaba y vuela hoy por todo París! ¡Mis cuadros son buscados y pagados á peso de oro! ¡Cuánto debo amar á Diego, para abandonar así el brillante porvenir que yo soñaba y que ya tocaba mi débil mano!

» Y sin embargo, la gozosa esperanza de recobrar su amor ha vencido al dolor que me causaba el dejar esa senda : le amo á él más de lo que podria amar á todo lo más bello que hay en la tierra.

» Sólo vacilaba mi corazón al leer el tierno legado de usted, mi querido maestro : aquella carta en que me decía que yo tenía genio y que el porvenir era mio; porque yo no sabía que lo tuviese : yo, al rendir culto á mi arte,

sólo obedecía á una necesidad imperiosa de mi alma: pintaba, como los pájaros cantan, por instinto, porque así son dichosos, porque el hacerlo está en su naturaleza, sin esfuerzo, sin afán y sin ambición.

» Pero así que me dije : — mi maestro no ha mentado nunca : debe ser verdad lo que me asegura desde su tumba : tengo las dotes de que me habla, — ¡oh! entónces, al par que lloraba de gratitud por el beneficio que V. me habia hecho al darme fe en mí misma, lloraba de pesar por tener que menospreciar mi inspiración!

» Mi amor venció por fin : acabé el cuadro y lloré sobre él, como debe llorar una madre á la que arrancan su último hijo : bien me acuerdo de lo que representaba: la oración del Señor en el huerto de las Olivas; y aquel asunto, donde el Hombre-Dios se siente desfallecer y pide ayuda á su Padre, fortaleció mi espíritu como un ejemplo benéfico y consolador.

» Luego el mismo Diego me buscó lecciones entre algunas jóvenes de la clase media, casi todas hijas de honrados comerciantes de la calle de San Dionisio, que no quieren un maestro para sus hijas y prefieren para que las enseñe á una persona de su sexo.

» Pero no he vuelto á recuperar lo que habia perdido en el corazón de Diego, que permanece para mí cerrado é indiferente; á pesar de andar cada mañana grandes distancias con el frío y con la lluvia, á pesar de verme sujeta á mil privaciones, él no me ama, ni aún piensa en lo que yo sufro : ¡oh amigo mio! ¿Será envidia lo que siento? ¿Será ese gusano roedor lo que ha devorado en su alma cuanto habia de bueno y de generoso? Tengo

miedo de creerlo, y algunas veces no puedo dudar ante a dolorosa evidencia.

»Hoy, al salir yo de casa del Conde, su hermano de usted, subía su hijo Rafael: sé que á su vuelta de Roma ha estado en Madrid, y que luégo ha venido aquí: tal vez habrá sido para buscarme; pero, mi querido maestro, fuerza es que yo confiese que ni un instante de arrepentimiento he sentido en mi alma de haberme casado con Diego, ni aún á la vista de su hijo, á quien V. destinaba para esposo mío.

»Siento no haber podido cumplir su paternal voluntad: nada más; pero si Diego me amase, no cambiaria mi destino por ninguno de los de la tierra.

»Y no obstante, ya tengo con Rafael una deuda de gratitud; él llegó á tiempo para salvarme de la osadía de los criados de su tío, el Conde, que me insultaban al salir de las habitaciones de la señorita Amanda.

»¡Qué bueno debe ser Rafael, qué noble y generoso! Yo creo que siempre le amaré como á un hermano, lo que tiene poco de extraño, puesto que á V. le amaba tanto ó más que á mi padre.

»¿Y qué mucho? V. era bueno para mí y me defendía siempre de las injusticias de mi familia.

»Pero acabaré por hoy mis ya fastidiosas confidencias, mi querido y excelente amigo, y las acabaré diciéndole á usted: aquí estoy, pobre, desgraciada, triste, y sin esperanza de dicha ó de gloria: aquí estoy, obligada por mi esposo á dejar el dulce solaz que mi arte me proporcionaba; nada me queda en el mundo sino la esperanza, esa flor que germina en el alma hasta que nos acostamos en

el sepulcro: no tengo ni una sola amiga á quien pueda desear abrir mi corazón: nadie sabe lo que sufro: el universo entero lo ignora, y yo tengo en ello un melancólico placer.

»Adios por hoy, mi solo amigo y mi único confidente: si V. lee con su mirada inmortal lo que acabo de escribir aquí, apénas conocerá por ello á su pobre Julia, aquella risueña y rubia Julia de quien decía:

»—Si tuviera que pintar á la alegría, tú serías mi modelo.

»Ya no existe nada de lo que en mí hubo: un fúnebre crespón ha cubierto todos mis pensamientos de ventura, y sólo veo sombras en el porvenir.

»Hasta otro día, amigo mío; no dejaré de referir á usted aquí todo cuanto me ocurra, puesto que hoy, después de haberle hablado, me siento mucho menos desgraciada y con un valor que durante largo tiempo he perdido al cielo sin lograr alcanzarle.»

Julia cerró su manuscrito y le guardó cuidadosamente en uno de los cajones de su secreter; luégo dirigió sus ojos á las buhardillas del tejado; su vecina habia cerrado la ventana, pero á través de los limpios cristales Julia vió que aún se hallaba inclinada sobre su mesilla y que continuaba escribiendo á la débil luz de una vela.

Julia se dijo que habia otros seres tan desgraciados como ella, y como ella condenados á la soledad, á la tristeza y al trabajo.

Entró en el comedor y pidió algun alimento; la criada que la sirvió le dió una tarjeta en que se leía:

«*Rafael de Montalvan*; y debajo, escrito con lápiz: *ha venido á informarse de la salud de la señora de Blanford.*»

Julia dejó allí la tarjeta y se fué á acostar con alguna más tranquilidad que en los días anteriores.

Diego llegó poco despues: venía del teatro: acostóse silenciosamente, y pasados algunos instantes, Julia, que habia fingido estar dormida, le oyó dormir muy de véras y muy tranquilamente en su lecho.

III.

LA REVELACION.

A la mañana siguiente recibió Julia un aviso para que fuese á casa del Conde de Montalvan.

Vistióse, y pocos momentos despues se hallaba en la habitacion de Amanda.

—Querida mia, le dijo ésta, es preciso que hoy empecemos mi retrato; mi primo dice que se alegraria mucho de poseerlo, y yo debo complacerle lo ántes posible.

—Estoy á las órdenes de V., señorita, respondió Julia.

—¿Qué traje opina V. que me ponga?

—Aquel que V. prefiera.

—Debo hablar á V. con franqueza, dijo Amanda, cuyo semblante tomó una expresion muy pronunciada de resolucion, en la que habia no poca parte de despecho concentrado: deseo que en mi retrato me embellezca mucho sin alterar el parecido.

—Eso es algo difícil, repuso Julia: ¿ni de qué serviria tampoco cuando está á la vista el original?

—¿Luego V. me cree muy fea?

—No por cierto; hay otras que lo son mucho más que usted.

—En fin, querida amiga, por la primera vez de mi

«*Rafael de Montalvan*; y debajo, escrito con lápiz: *ha venido á informarse de la salud de la señora de Blanford.*»

Julia dejó allí la tarjeta y se fué á acostar con alguna más tranquilidad que en los días anteriores.

Diego llegó poco despues: venía del teatro: acostóse silenciosamente, y pasados algunos instantes, Julia, que habia fingido estar dormida, le oyó dormir muy de véras y muy tranquilamente en su lecho.

III.

LA REVELACION.

A la mañana siguiente recibió Julia un aviso para que fuese á casa del Conde de Montalvan.

Vistióse, y pocos momentos despues se hallaba en la habitacion de Amanda.

—Querida mia, le dijo ésta, es preciso que hoy empecemos mi retrato; mi primo dice que se alegraria mucho de poseerlo, y yo debo complacerle lo ántes posible.

—Estoy á las órdenes de V., señorita, respondió Julia.

—¿Qué traje opina V. que me ponga?

—Aquel que V. prefiera.

—Debo hablar á V. con franqueza, dijo Amanda, cuyo semblante tomó una expresion muy pronunciada de resolucion, en la que habia no poca parte de despecho concentrado: deseo que en mi retrato me embellezca mucho sin alterar el parecido.

—Eso es algo difícil, repuso Julia: ¿ni de qué serviria tampoco cuando está á la vista el original?

—¿Luego V. me cree muy fea?

—No por cierto; hay otras que lo son mucho más que usted.

—En fin, querida amiga, por la primera vez de mi

vida pienso ahora con seriedad en casarme, y deseo que este retrato salga lo mejor posible: voy á ponerme un traje celeste y un aderezo de perlas: ¿le parece á V. bien?

— Me parece que el color celeste no dice bien con la tez y con los cabellos de V.

— ¿Estaria mejor con un traje rosa?

— Tal vez sí.

— ¿Y con uno de terciopelo negro?

— Ese sería mil veces mejor.

— Voy, pues, á vestirme.

Amanda salió, y entre tanto Julia se quitó su sombrero negro y su manteleta, sin poder dejar de sonreirse ante la ridícula pretension de Amanda de ser bonita por la primera vez de su vida.

El ruido de una persona que entraba la distrajo de sus reflexiones; volvióse y vió á Rafael.

Este se inclinó delante de ella y luégo se informó de su salud con una política afectuosa y grave.

— No creia yo que fuese en París donde debia hallar á V., señora, continuó despues; mucho la he buscado en Madrid á mi vuelta de Roma. Por espacio de quince dias pregunté á todos mis conocidos y me informaba hasta de las personas con quienes hablaba por la primera vez; hallé, al fin, en la misma fonda en que yo me hospedaba, á una anciana señora que volvia de Barcelona, á donde habia hecho un corto viaje, y que me dijo ser amiga de su señora madre; por ella supe su enlace de V. hace ya seis años, y llevado á efecto uno despues de la muerte de mi pobre padre.

Al hablar así, la voz de Rafael era triste y vibrante; conociase que se habia acostumbrado á amar á Julia y que la pérdida de sus ilusiones le lastimaba el alma.

La jóven, á pesar de su inexperiencia, lo comprendió así; pero él, deseando convencerla de ello, prosiguió:

— Julia, yo amaba á V. desde que la conocí siendo muy niña, y cuando estaba convaleciente de una grave enfermedad; V. no se acordaba de mí, pero su imagen no se ha separado un solo instante de mi memoria; ahora que la he visto, ahora que la encuentro desgraciada, la amo mil veces más.

Rafael pronunció estas palabras con un fuego, que Julia, tan cándida, tan inocente á pesar de sus veinte y tres años, le miró asombrada y confusa; se sonrojó, y poco despues una densa palidez se extendió por sus mejillas.

— Caballero, dijo con acento trémulo y cortado, esa declaracion de amor es tan imprudente como inútil; yo soy casada, amo á mi esposo y soy feliz.

— ¿Es eso verdad? preguntó con acento de triste incredulidad el artista: ¿es cierto, Julia, que es V. dichosa, cuando veo el sufrimiento escrito en todas sus facciones, cuando su sonrisa es tan dolorosa, cuando va tan pobremente vestida, cuando su marido la deja andar sola por las calles y expuesta á groseros insultos como el que sufrió ayer? Ah, perdon, Julia! prosiguió Rafael, al ver que las facciones de la artista se contraian dolorosamente: ¡perdon! no queria yo evocar ese odioso recuerdo; pero al hablarme V. de dicha, él viene, sin que yo le llame, á mi memoria, como una protesta á la sublime

mentira con que intenta defenderse de mi amor; ¡su marido de V. ni la ama ni la hace dichosa!

— ¡Que no me ama! exclamó la jóven con una indignacion generosa; ¡si eso fuera verdad, ya no existiria yo!

— ¡Será posible! murmuró Rafael, ¡será cierto que usted le profese una pasion tan exclusiva!

— Es la verdad, caballero, que jamas he amado ni amaré á nadie más que á él; y no es ménos cierto que hay algo de muy odioso en el empeño con que V. trata de destruir una á una todas las ilusiones que hacen mi felicidad. ¡Ah, no es ésta por cierto la mision de que su buen padre le hubiera encargado, si por fortuna viviese todavía!

Rafael se irguió ofendido y orgulloso; la expresion de tierna y amorosa piedad que se advertia en sus facciones desapareció como por encanto, y respondió con acento sordo y concentrado:

— Yo bien sé lo que vale su esposo de V.; señora, al ménos por lo que respecta á su talento artístico; envié un cuadro á Roma que nadie quiso ni mirar.

— ¡Ah! exclamó Julia dolorosamente: si éste es el amor de los hombres, libreme siempre Dios de él, porque no merece otro nombre que el de odiosa vanidad. ¡Caballero, prosiguió la jóven con entereza, yo no necesitaba saber que mi esposo valia poco, puesto que le estimo en mucho, ni debo creerlo así por el interesado y ruin aserto de V. En tanto que yo le ame, el amor le enaltece á mis ojos, y no entiendo un cariño que se expresa arrancando del alma hasta la esperanza de la felicidad!

— ¡Ah, Julia, es que V. no es dichosa! exclamó Ra-

fael con acento triste. Usted vale más, mucho más que su marido, y no se puede amar á la persona que no se estima y respeta; no hay sosten más fuerte del amor que la admiracion que puede inspirar la persona amada; no hay verdugo más cruel de la pasion que el desprecio de la persona á quien se ama.

— ¡Bravo, primo mio! jamas hubiera creido que fueras tan gran pensador, dijo una voz seca é incisiva.

Rafael se volvió y vió á Amanda en la puerta de un gabinete situado á su espalda.

La jóven venía ataviada con un traje de terciopelo negro, que no carecia de buen gusto á causa de su extremada sencillez; tenía el escote cuadrado y las mangas á la veneciana, lo que le daba un aspecto artístico y grave á la par.

No obstante, aquel color severo era poco á propósito para favorecer la tez morena, gruesa y biliosa de Amanda, y sus facciones duras, irregulares y enteramente faltas de armonía; ninguna expresion dulce ó benévola las animaba, y sólo resaltaba en su conjunto una expresion de orgullo casi salvaje; era ese orgullo que estriba sólo en la riqueza, y en el poder que ésta concede á los que la poseen.

— Vamos, señora, dijo friamente á Julia; vamos á mi taller y empezaremos.

La jóven no pudo responder una palabra; el rubor, y tambien una especie de angustia inexplicable que le habian causado las palabras de Rafael, habian echado un nudo á su garganta. Amanda pasó delante, y ella la siguió en silencio, dirigiéndose ambas al taller.

— Empecemos, dijo la hija del Conde sin perder la dureza de su acento; dígame V. cómo he de colocarme.

Julia estuvo para responder que de ninguna manera, puesto que ella rehusaba hacer su retrato; pero se acordó de la pobreza, que asomaba su descarnada faz á las puertas de su casa, y colocó ella misma á su futura discípula en un sillón.

El taller era una sala espaciosa y arreglada con el lujo y comodidad que parecía inseparable de todos los accesorios de aquella casa; toda la luz la recibía por el techo, que estaba cerrado con cristales, sobre los cuales había corridas cortinas de seda verde; hermosos modelos de mármol, bronce y yeso se elevaban con una simetría helada, pero llena de aseo, sobre un aparador de nogal que circuía el taller; dos ó tres maniquís vestidos con magnificencia se veían en los ángulos principales, y otros tantos caballetes, uno de los cuales tenía extendido el lienzo preparado para trabajar Julia, ocupaban el centro.

La jóven tomó la paleta y se puso á trabajar, dominando en lo posible su emoción y el recuerdo de la voz de Rafael, que aún resonaba dentro de su alma.

Amanda no dijo una sola palabra, pero en sus ojos se leía la expresión del sarcasmo y de una crueldad fría y calculada.

Una hora duró el trabajo de la artista; al cabo de este tiempo dió las gracias á su futura discípula por su atención y se levantó para marcharse.

— Señora, dijo Amanda con acento duro y osado, antes de separarnos quisiera decir á usted dos palabras.

— Ya escucho, señorita, respondió Julia, cuyo corazón, dolorido ya, se encogió como si presintiese una nueva herida.

— Mis palabras serán breves: hélas aquí: amo á mi primo, ó por lo ménos, deseo casarme con él.

— Y bien, señorita, ¿qué tengo yo que ver con eso?

— Lo ignoro; pero creo adivinar que tiene V. que ver algo.

— Pues está V. en un error,

— Lo que sé es que él ama á V.

— Yo no alentaré jamás ese amor; es cuanto puedo decir á V.

— ¿De veras?

— Se lo aseguro así.

— Y yo no tengo motivo para dudar de su palabra; pero deseo algo más de V.

— ¡Algo más!

— Sí; deseo que V. haga comprender á mi primo, que es pobre, cuánto le interesa casarse conmigo.

Las blancas mejillas de Julia se pusieron del color de esas amapolas que bordan en el verano las márgenes de los campos sembrados de trigo.

Sin embargo, el pensamiento desolador de su pobreza contuvo otra vez el justo ímpetu de su ira. Aquel día estaba dispuesto por Dios que debía apurar un amargo cáliz.

Procuró serenarse y contestó:

— Es probable, señorita, que yo no vuelva á ver más á su primo de V., y así, no puedo tomar el encargo que me hace.

— ¡Cómo! exclamó Amanda con una sorpresa llena de ironía, ¿será posible? ¿tanto es lo que V. le teme?

— No le temo nada; pero no es tampoco preciso que le vea.

— Sin embargo, él ama á V., se lo repito.

— Si eso es cierto, áun debo verle menos.

— Tengo entendido, prosiguió Amanda, que el estrafalario de mi tío habia proyectado casarle con V., su discípula favorita; ¿es eso verdad?

— Sí, señora.

— ¡Extraño es, por cierto, que su corazón se hallase tan acorde con el mandato paternal! Pero acabemos, y permítame V. que le descubra uno de los pliegues más profundos y más dolorosos de mi corazón.

Amanda se detuvo; su voz se había ahogado en su garganta, y su dura fisonomía expresó una emoción tan amarga y punzante, que el honrado y candoroso corazón de Julia se conmovió profundamente: la jóven prosiguió de esta suerte:

— Yo la aborrezco á V. en algunos instantes, porque es bonita, dulce, simpática y graciosa; pero esto no es extraño; á los quince años, edad en que todo se ama, en que todo nos parece hermoso, aborrecia yo al género humano.

— ¡Ah, desgraciada jóven! ¿será posible!

— Nada hay más cierto; ¿y sabe V. por qué causa? porque yo era un monstruo de fealdad. La que ahora me distingue tan fatalmente de las jóvenes de mi edad, casi todas casadas ya y con una brillante posición social; la que hoy ve V. en mí, es belleza en comparación de la de-

formidad con que la naturaleza me obsequió durante esos hermosos años en que tanto se sueña y en que la copa del destino se nos presenta orlada de flores.

Amanda calló; una violenta agitación hacía palpar su pecho demacrado y hundido por largas horas de dolor, y por una desesperación tanto más profunda cuanto más silenciosa y concentrada; una lágrima ancha y llena de amargura rodó por su mejilla con esa lentitud propia de los grandes dolores, y bajó más pequeña hasta su seno, pues gran parte de aquella gota de fuego quedó entre las señales de viruelas que la desfiguraban.

ocasion de ser coqueta, ni tampoco pude abrir mi corazon á dulces esperanzas : hubo un jóven, al cabo, que empezó á hacerme la córte y que pidió mi mano; pero mi padre, gran diplomático y hombre positivo, se informó del estado de su fortuna, y supo que estaba arruinado, y que lo que queria era pagar sus deudas y vivir con mi dote.

— ¡Oh, qué infamia! exclamó Julia.

— Estas infamias abundan mucho en el mundo, respondió Amanda con una sardónica sonrisa, que descubrió por primera vez á Julia sus dientes largos y dañados: luego prosiguió :

— De esto hace cinco años; porque, ya que nos hallamos en el terreno de las confianzas, quiero decir á V. que yo no tengo veinte, como mi padre dice, sino cerca de veintiseis : esto mismo hará conocer á V. que necesito, que quiero casarme, pues de lo contrario es muy posible que dentro de muy poco tiempo haya conquistado para siempre el odioso apodo de solterona.

— ¡ Oh, no! repuso Julia; áun puede V. esperar.....

— ¡ Esperar! repitió Amanda con su sardónica sonrisa: ¡esperar á los veintiseis años, con mi cara! Si tuviera la de V., sería más fácil; pero no, no : vuelvo al punto de donde partí para mis confianzas con V.: quiero casarme con mi primo.

Y como viese que Julia guardaba silencio, repitió :

— Quiero casarme con mi primo, y que V. me ayude á conseguirlo.

— Pero ¿ de qué modo?

— No lo sé, ni me importa; eso sólo le interesa á V.

IV.
AMENAZAS.

Siguió una larga pausa á las palabras de la jóven, que hacia esfuerzos sobrehumanos para serenarse. Julia callaba y sentia oprimido su corazon por una inexplicable sensacion de terror, cuya causa no comprendia aún con claridad.

Se decia allá en el fondo del alma que se hallaba delante de un cruel y despiadado enemigo; pero esto no se lo decia la razon, sino ese vago instinto de las naturalezas sensibles y dotadas de una exquisita percepcion.

Su alma inocente plegaba las alas llena de asombro ante aquellos dolores desconocidos y terribles : nada sabía de la vida, pues hasta sus mismas penas llevaban el sello de la cándida inexperiencia y de esa abnegacion propia de la primera edad.

Calló, pues, y miró á su discípula durante la pausa que aquélla hizo en su razonamiento, como mira la paloma al milano que se cierne sobre su cabeza. Amanda habló por fin.

— Nadie, dijo, me dirigió una palabra de amor desde los quince á los veinte años, y por lo mismo no tuve

—¿A mí?

—Sí, á V., porque si V. consigue que me case con mi primo, yo haré la fortuna de V.: mi padre no ama más que á mí en el mundo: por mí llegaría hasta al crimen: yo soy su religion, porque ninguna otra reconoce ni me ha enseñado á conocer.

—¡Oh Dios mio! exclamó la pobre Julia uniendo sus manos con terror.

—No nos quiera V. por enemigos á mi padre y á mí, prosiguió Amanda sin dejar su siniestra sonrisa: como nuestra aliada, podrá alcanzar mucha más gloria de la que jamas ha conocido, y una riqueza en que jamas pudo soñar.

—Pero..... ¡Dios mio, yo no sé lo que me pasa! murmuró Julia como aterrada de su propia voz: ¿qué es lo que yo puedo influir en la suerte de V.? ¡Nada entiendo de lo que me dice!

—¿Es eso posible?

—Es tan cierto, que no volveré á ver á V. jamas: ¡no quiero acabar su retrato de V..... no quiero su dinero..... ¡Adios, señorita!

Julia dió dos pasos hácia la puerta. Amanda anduvo tambien aquellos dos pasos, la asió de la mano y la hizo volver al asiento que ántes habia ocupado.

—Jóven, le dijo, no he descubiertó á V. mis proyectos sin saber ántes cuál es su posicion: soy mujer que no obra jamas al aire, cuya mirada es segura y cuya voluntad es firme; sé que la pobreza habita ya su casa: ¡no me interrumpa V.! La pobreza habita su casa, y ya hace mucho tiempo, porque su marido juega.

—¡Diego! ¡oh, qué calumnia!

—¡Calumnia! ¡Pobre Julia! exclamó Amanda con su acento hiriente y su terrible sonrisa: ¡calumnia! ¿Qué se ha hecho, pues, el dinero que V. ha ganado, el que ha ganado él mismo? ¿No ha sospechado V. alguna vez que sus deudas no podian ser eternas y que acaso contraia otras nuevas? Pues bien, pobre jóven, si esto ha pensado, ha sido que la luz de la verdad ha pasado ante sus ojos inexpertos: su marido de V., no sólo no está sin deudas, sino que ha contraido otras mayores que las que tenía, por su fatal pasion de jugar!

—¡Dios mio! exclamó Julia pálida y quebrantada, alzando al cielo sus ojos azules nublados por las lágrimas: ¿qué he hecho yo, desgraciada de mí, á esta mujer para que así se encarnice contra la poca parte de ventura que me has concedido?

—Yo no quiero robar á V. su ventura, respondió Amanda, sino conquistar la mia, y para esto necesito casarme, y sólo puedo casarme con mi primo: piense usted en que si lo consigue la haré rica, que es lo que hace más llevadera la desgracia.

—Pero yo no puedo nada para eso, y no lo intentaré siquiera.

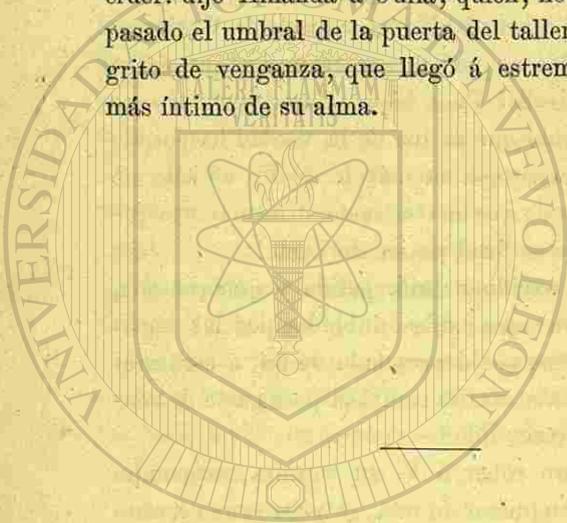
—Entónces mi padre y yo serémos sus enemigos mortales, irreconciliables; porque él desea mi casamiento tanto como yo.

—¿Y qué me importa? exclamó Julia levantándose de nuevo: nada tengo que ver con V. ni con su padre, y jamas volveré á ver ni al uno ni á la otra.

—¿Quiere V. guerra, cuando le brindo con la paz?

—No quiero nada más que huir de la presencia de usted.

—Sin embargo, ¡tendrá V. guerra, y una guerra cruel! dijo Amanda á Julia, quien, no obstante haber pasado el umbral de la puerta del taller, oyó bien este grito de venganza, que llegó á estremecerla hasta lo más íntimo de su alma.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

APRESTOS PARA EL COMBATE.

Al día siguiente Julia, sola en su cuarto, estaba abismada en profundas y dolorosas reflexiones.

Hallábase condenada á una forzosa ociosidad, lo que era el más cruel tormento para su carácter activo y su organismo de artista.

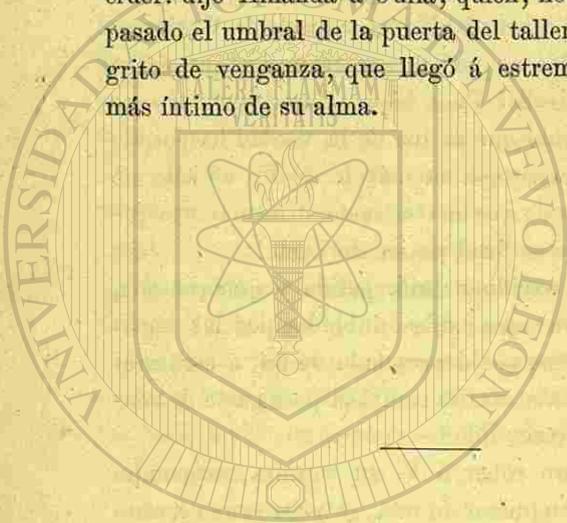
Ademas, su corazón dolorido necesitaba distraerse, y con nada lo hubiera conseguido tanto como con un trabajo asiduo é incesante.

Pensaba en su marido; en su marido, á quien apenas veía más que á las horas de comer, en las cuales permanecía silencioso, taciturno y sombrío.

Cuanto más reflexionaba en las crueles palabras de Amanda, tanto más se convencía de que tenía razón respecto á que jugaba: ¿de dónde procedía, si no, aquel desasosiego que se advertía en sus facciones, aquel descuido de su persona, aquellas horas desusadas de volver á su casa? ¿De dónde el haberse vuelto su carácter tético é intratable? ¿De dónde aquel violento disgusto que se pintaba en su fisonomía durante la hora de la comida en familia?

—No quiero nada más que huir de la presencia de usted.

—Sin embargo, ¡tendrá V. guerra, y una guerra cruel! dijo Amanda á Julia, quien, no obstante haber pasado el umbral de la puerta del taller, oyó bien este grito de venganza, que llegó á estremecerla hasta lo más íntimo de su alma.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

APRESTOS PARA EL COMBATE.

Al día siguiente Julia, sola en su cuarto, estaba abismada en profundas y dolorosas reflexiones.

Hallábase condenada á una forzosa ociosidad, lo que era el más cruel tormento para su carácter activo y su organismo de artista.

Ademas, su corazón dolorido necesitaba distraerse, y con nada lo hubiera conseguido tanto como con un trabajo asiduo é incesante.

Pensaba en su marido; en su marido, á quien apenas veía más que á las horas de comer, en las cuales permanecía silencioso, taciturno y sombrío.

Cuanto más reflexionaba en las crueles palabras de Amanda, tanto más se convencía de que tenía razon respecto á que jugaba : ¿ de dónde procedía, si no, aquel desasosiego que se advertía en sus facciones, aquel descuido de su persona, aquellas horas desusadas de volver á su casa? ¿ De dónde el haberse vuelto su carácter tético é intratable? ¿ De dónde aquel violento disgusto que se pintaba en su fisonomía durante la hora de la comida en familia?

A cada una de estas tristes preguntas se daba Julia una amarga respuesta; pero casi era feliz al atribuir el cambio de su marido al vicio fatal del juego, y al decirse que no era efecto de que el cariño que le tenía se hubiera entibiado.

¡Mágico prisma del amor, qué bello y rosado eres!
¡Cuando te extiendes ante los ojos del alma sólo vemos nubes de rosa y oro, aladas formas que nos acarician y nos prometen un risueño y venturoso porvenir!

Y sin embargo, al juzgar Julia por su alma angelical á su marido se engañaba completamente; el alma de aquél era tan baja como elevada la suya: si se entregaba al juego, con ardor era para olvidar la negra envidia con que miraba el genio de su esposa: aquella envidia que le devoraba como un veneno corrosivo.

En medio de sus tristes reflexiones levantó la cabeza y vió á la jóven de la buhardilla, que sin duda espiaba aquel instante para dirigirle un saludo más afectuoso que el del día anterior.

Ya se hallaba escribiendo: delante de su ventana, y calentándose á los rayos del sol, se veía un pajarito encerrado en una jaula, y un perrillo negro y feo enroscado en un pedazo de alfombra vieja que habia extendida sobre la escarcha del tejado.

Al lado del perro habia otros objetos, que fijaron desde luego la atencion de Julia por su extraña y encantadora belleza.

Eran dos macetas de loza verde que contenian una de esas plantas llamadas *bocas de dragon* y una pomposa mata de toronjil.

¿Cómo la jóven podia conservar aquellas plantas en medio de los rigores del invierno?

Era uno de esos misterios encantadores de la hábil é ingeniosa poesía de la mujer.

Delante de la ventana estaba la mesilla, y delante de la mesa, la jóven escribiendo con una rapidez que Julia pudo observar muy bien á causa de lo angosto de la calle.

Aquella jóven tenia los cabellos bañados por el sol, y el dorado rayo que se quebraba en ellos resbalaba hasta su rostro, poniendo en relieve la hermosura de sus ojos inclinados y orlados de dobles y largas pestañas negras, una frente noble y elevada, y las graciosas líneas de su nariz y de su boca.

Habia en su traje, en su peinado y en toda su persona algo que decia, no al oído, sino al alma, que no era una mujer vulgar, y que, á pesar de la humilde sencillez de su aspecto, tenia en la frente un rayo de divina inteligencia, y en el corazon y en el pensamiento un raudal de perfumes.

Julia lo comprendió así y la contempló con una especie de avidez; hallaba al fin en su camino un sér á su imágen y semejanza, cosa tan difícil de encontrar en la vida.

De repente oyó llamar con suavidad á la puerta, y su pecho palpité de alegría pensando que era Diego. Levantóse y fué á abrir.

Pero en vez de la hermosa figura de su esposo, apareció á sus ojos la exígua persona de Adelina.

Julia dió un suspiro.

— Si te incomodo, me iré, dijo tristemente la niña.

— No, no, entra, querida mia, respondió Julia, que habia sentido muchas veces que separasen de ella á aquella niña los manejos de Natalia : léjos de incomodarme, me alegro de que entres á verme.

— Pues no dice eso mi hermana.

— ¿No? ¿pues qué dice?

— Que te molesta el verme.

Julia fijó en la niña una mirada de asombro: en los ojos de Adelina brillaban la malicia y la desconfianza á un tiempo.

Su sonrisa era recelosa, y huraña y dura la expresion de su semblante.

— Natalia se equivoca, contestó gravemente Julia; yo me alegro siempre de verte.

— Pues yo tengo miedo de entrar..... y hoy me he atrevido, porque como estaba sola y no tenía á quien pedir de almorzar.....

— ¡Cómo! ¿no has almorzado?

— No; ¡ni tú tampoco!

— Es verdad : ahora me acuerdo de que no me han llamado al comedor.

— ¡Ya! ¡Como que no hay que almorzar!

— ¿Cómo que no hay?

— No; la criada se ha marchado diciendo que no queria estar más aquí, porque hacía cinco dias que traía la compra sin dinero.

— ¿Pero no le daba Diego por la noche?

— No : ya sabes que viene á las dos á casa y que se acuesta en seguida.

— Pero yo creí que era ahora Natalia quien se cuidaba de todo.

— Ella come lo que la dan y nada más. Como yo.

— Pues ella debe tener dinero.

— ¡Ya se ve que lo tiene; pero se lo guarda! Voy conociendo que es mala.

— Llámala, querida, llámala, dijo Julia, quien, á pesar de su mansedumbre, temblaba de ira al ver el estado de su casa.

— ¡Si no está! respondió Adelina.

— ¡Cómo que no está!

— Salió hace dos horas : á las once : ¿no sabes lo que ha sucedido?

— No.

— Pues bien, ha venido á buscarla un coche magnífico con lacayos de librea.

— ¿A Natalia?

— Sí : el lacayo que llamó á la puerta traía una carta para ella y dijo que era de parte de la señorita Amanda de Montalvan : yo tomé la carta y el recado.

— ¡Es extraño! murmuró Julia pensativa, en tanto que Adelina, cediendo á esa versatilidad de impresiones propias de su edad, se dirigia al balcon.

La jóven de la buhardilla la miró y le envió con la mano un amable saludo.

Pero Adelina no se contentó con una respuesta muda, y gritó :

— ¡Muy buenos dias, vecina! ¡qué lindo pajarito tiene usted!

— ¿Le gusta á V., querida mia? respondió la vecina.

— Mucho, y me gustan tambien mucho las flores.

— ¿Quiere V. venir á verlas de más cerca?

— ¡Pues no he de querer!

Y Adelina, acostumbrada á hacer siempre su gusto, salió corriendo de la estancia, bajó la escalera, atravesó la calle y entró en la casa de enfrente.

Un instante despues la vió Julia en la ventana de la buhardilla. Adelina la saludó alegremente y le dijo:

— Cuando vaya te llevaré una flor.

Julia le hizo un signo de asentimiento y volvió á sumergirse en amargas meditaciones.

— Es preciso trabajar, se dijo; sí, sí: puesto que mi marido se desentiende de mí, es forzoso que yo trabaje para los dos, que tenga valor y tome con mano fuerte las riendas de esta casa, que amenaza venirse abajo. Natalia procurará desde hoy no sernos gravosa, porque yo lo quiero así. Adelina cuidará de la casa y yo pintaré, mal que le pese á Diego, puesto que él corre á su perdicion por la pendiente de la holganza y del vicio.

Julia, despues de pronunciar estas palabras con voz firme, se levantó, tomó de su pupitre una hoja de papel, y se puso á escribir á la persona que ántes le compraba sus cuadros para que le adelantase algun dinero á cuenta de uno que tenia empezado.

Al escribir el billete, su vista era débil y su mano se negaba á formar las letras.....; tenia hambre! Hacía cerca de veinte y cuatro horas que no probaba alimento al-

guno; mas, á pesar de todo, hizo un esfuerzo y salió para encargar á un mozo de esquina que llevase la carta á su destino.

Cuando llegó á su casa cayó en un penoso sopor, que interrumpió la llegada de Adelina, y que ya se iba apoderando de ella: la niña venia muy alegre, y sus ojos negros chispeaban de gozo.

— He comido un bollo que me ha dado esa señora de enfrente, dijo al entrar; ya no tengo hambre.

— ¿Y has dicho allí que la tenías? preguntó Julia temblando de vergüenza.

— No, respondió Adelina; me dió Clemencia el bollo sin pedir yo nada.

— ¿Quién es Clemencia?

— La vecina; así se llama: su padre es viejecito y está baldado, sin moverse de un sillón.

— ¿Y viven solos?

— Solitos: Clemencia arregla y viste á su padre y hace todas las cosas de su casa, ménos guisar, porque les llevan la comida de la fonda: es muy amable; todo me lo ha contado: ¿á que no sabes en lo que pasa la mayor parte del día?

— ¡Qué se yo!

— En escribir.

— ¿En escribir?

— Sí; traduce novelas, se levanta muy temprano y arregla á su papá y le da el desayuno: luégo se pone á escribir: ahora traduce una novela del inglés: su padre me besó en la frente y le dijo: «Dale un bollo á la niña.» Ella fué corriendo á buscarle y me lo dió con una alegría

y de tan buena gana, que, aunque tenía un poco de vergüenza, me lo comí.

Adelina calló y quedó algunos instantes meditabunda: luego prosiguió:

— Dime una cosa, Julia.

— ¿Qué?

— ¿En qué consiste que Clemencia me gusta más que mi hermana Natalia?

— En que es más amable.

— Pero no me gusta más que tú.

— Eso es porque yo te quiero.

— También me dice Natalia que me quiere, y á pesar de eso se va sin darme de almorzar.

— ¿Vuelves ya á tener hambre?

— Sí.

— ¿Pues no has comido bollo?

— Sí, pero era muy pequeño.

— Vamos á ver, querida mía, dijo Julia; yo no puedo darte de almorzar, porque no tengo qué; pero ¿querrás comer conmigo?

— Sí, por cierto; ¿pero tú has almorzado?

— No.

— ¿Y no te quejas?

— ¿De qué me serviría?

— Siempre es un consuelo quejarse cuando uno tiene hambre y mal humor.

— No lo creas; es más consolador tener paciencia: se padece mil veces ménos y ahorramos á los demas muy malos ratos.

— ¿Y qué me importa á mí que los demas padezcan?

— Querida mía, repuso Julia blandamente, si quieres que te amen, prefiere siempre al tuyo propio el bienestar de los otros; si no, te sucederá como á tu pobre hermana, á quien nadie ama en la tierra.

— ¿Pobre llamas á Natalia?

— Sí, porque lo es, y mucho, la persona que ni da ni recibe otra cosa que indiferencia.

— Pues es más rica que tú, porque ella come y tú no.

— Sin embargo, su alma está hambrienta; no te olvides jamas, mi pobre Adelina, de alimentar el alma; para tu estómago y el mio yo ganaré dinero desde hoy.

La niña quedó pensativa y meditabunda; en cuanto á Julia, subió á su taller y extendió un lienzo en un caballete, sintiéndose mucho más dichosa desde que tomó la firme resolución de trabajar.

Sus pinceles la hicieron casi olvidar la necesidad de su estómago; y aún no hacía una hora que pintaba, cuando Adelina le anunció la llegada del comisionista comprador de sus obras.

Su primera acción, despues de saludar á Julia, fué poner sobre la mesa un paquete que contenía dos mil francos.

— Aquí hay dinero, señora, le dijo; ¿para cuándo estará el cuadro?

— No sé, caballero, respondió la artista; pero haré cuanto pueda para que esté lo ántes posible.

— ¿Y qué representará?

— El egoismo.

— ¿Irá firmado?

— Con mi nombre y apellido; y de esta suerte firmaré todas mis obras en lo sucesivo.

— ¡Que me place! exclamó el comerciante: lo mismo he conseguido de una joven que me vende manuscritos, y que tampoco queria firmarlos por modestia.

— ¡Cómo! ¿tambien hace V. negocios en literatura?

— ¡Y magnificos! ¡ésos sí que son lucrativos! compro originales y traducciones, que luego vendo á mi vez á los editores. Clemencia Merval es una adquisicion.

— ¿Se llama Clemencia?

— Sí, Clemencia: es una preciosa viudita de veinte y cuatro años, que vive aquí enfrente de usted.

— Yo creí que era soltera.

— No; es viuda, y dice que jamas volverá á casarse, porque amó con locura á su marido.

— ¿Y qué es lo que vende á usted Mme. Merval? ¿manuscritos originales ó traducciones?

— Ambas cosas: traduce del inglés, y sus trabajos tienen una gracia, una ternura, una sensibilidad, una elegancia.....

— Sin embargo, no debe usted pagárselos muy bien, señor Picard.

— ¿Por qué dice V. eso?

— ¿No vive en aquella buhardilla?

— Sí; pero ¿qué tiene que ver?.....

— ¡Que no habla mucho su posicion en favor de la generosidad de V.!

— ¿Y si ella quiere hacer su caudalito? ¿y si desea guardar su dinero para las enfermedades de su viejo padre, á quien adora? ¿y si es avara?

— ¡Ella avara! ¡con ese dulce y poético rostro! ¡imposible!

— ¿La conoce V.?

— De verla allí, en su ventana.

— Pues yo me alegraría de que se hicieran ustedes amigas.

— ¿Por qué?

— Porque las dos son dos buenas cabezas: las novelas de Mme. Merval inspirarian á usted excelentes cuadros, y los cuadros de usted le inspirarian á ella excelentes novelas. ¿No sabe usted que la pintura y la poesia son hermanas? y aunque ella no escribe versos.....

— No es necesario escribirlos para ser poeta, señor Picard: la prosa puede estar tambien llena de poesia.

— Ciertamente: conque, señora, hágase V. amiga de Mme. Clemencia.

— Pero ¿y si ella no gusta de mi amistad?

— ¿Pues no ha de gustar, si V. es un ángel?

El comisionista puso, para decir estas palabras, la cara más dulce que le fué posible, y despues, inclinándose, dió algunos pasos para salir del estudio de Julia.

— ¡Mucho desea mi cuadro! se dijo ésta mirándole con inocente vanidad.

— ¿Me permitirá V., señora, que venga de vez en cuando á ver cómo va ese lienzo? preguntó el comerciante volviendo atras y como respondiendo á su pensamiento. Me interesa que esté lo ántes posible.

— Cuando V. guste puede venir.

— Yo le traeré á V. á Mme. Merval.

—Y yo acepto tan lisonjera promesa, y le doy á usted mil gracias anticipadas por tan agradable visita.

—No hay por qué : me conviene que sean ustedes amigas : adios, señora.

Salió por fin Mr. Picard. Julia dejó su caballete, bajó á su cuarto y guardó el dinero en su secreter, poniendo algunas monedas en su bolsillo.

Luégo llamó á Adelina, y ésta respondió desde el comedor, entrando en seguida en el cuarto de Julia.

La pobre muchacha presentaba el aspecto más grotesco : tenía en la mano un mendrugo de pan muy duro que habia mordido por algunas partes, el semblante descolorido, y los ojos encarnados de haber llorado : la infeliz niña tenía hambre.

—¡Ay, Julia! dijo ; la paciencia se me acaba, á pesar de que ella es consoladora, segun tú me aseguras : y ¿sabes por qué? ¡porque el estómago me duele mucho!

—Vamos, querida niña, dijo Julia, que estaba enternecida : tu dolor de estómago se va á acabar, porque vamos á comer.

—¿A comer?

—Sí.

—Pero ¿si no hay quien nos haga la comida!

—Irémos á la fonda.

—¿Solás?

—Sí.

—¿Y si vienen Diego ó Natalia?

—Nada importa.

—Es que te reñirán.

—Adelina, dijo la artista con dulce gravedad, desde

hoy soy lo que nunca he sabido ser : el ama de mi casa : es mi deber, y no lo dejaré ya de cumplir.

—Pues si dice Natalia que tú no eres nadie aquí.

—Ese es el justo castigo de haber dejado de ser lo que debia : yo le probaré lo contrario.

—¿Y tienes dinero?

—Sí.

—¡Si mi hermana se reia de que Diego jamas te daba un cuarto!

—Ya no necesito que me dé, dijo Julia con las mejillas rojas de vergüenza ante el recuerdo de las humillaciones que habia soportado : ya tengo dinero : ¡mira!

Y enseñó á la niña algunas monedas en la palma de su pequeña y enflaquecida mano.

—¡Voy á buscar mi manteleta y mi sombrero! gritó Adelina alegremente, y salió de la habitacion corriendo y cantando á pesar de la debilidad de su estómago.

—¡No más hambre! exclamó Julia con energía así que la muchacha hubo desaparecido : ¡no más desnudez! ¡no más humillaciones! ¡Dios está conmigo, porque en mi trabajo es donde quiero hallar el arma que me defienda!

Dos horas habian trascurrido cuando volvian á entrar en su casa Julia y Adelina despues de haber comido bien y haber tomado café en una fondá inmediata.

Aquella lucía un sombrero nuevo, y en un paquete llevaba un hermoso chal de abrigo, una manteleta para Adelina y calzado para ambas, cuyas prendas acababa de comprar.

VI.

DOS MUJERES COMO HAY POCAS.

Lo que Adelina había dicho respecto á la pomposa salida de Natalia de su casa no podía ser más exacto.

Había parado á la puerta de aquella modesta vivienda una lujosa berlina : había subido un lacayo con una carta y la había entregado á Adelina, que fué quien le recibió, diciendo que era para la señorita Natalia, y que decía así :

«La señorita Amanda de Montalvan suplica á la señorita Natalia Blanfort que tenga la bondad de pasarse por su casa, á cuyo objeto le envia su carruaje.»

No bien hubo acabado de leer Natalia, se puso su más lindo vestido de seda, su más graciosa manteleta y su sombrero más nuevo, y bajando la escalera, aturrida, encarnada de placer y casi ahogada de orgullo, entró en la berlina y se sentó pomposamente.

Pronto llegó al término de su viaje, gracias al ardiente trote del soberbio tronco inglés, y Natalia fué conducida á la presencia de Amanda.

Es imposible describir la mirada con que las dos se examinaron : en la ojeada con que Amanda midió á la hermana de Diego había algo de la perversidad sola-

pada de la hiena : en la mirada que le dirigió Natalia se traslucía algo de la osadía brutal del lobo.

A pesar de esto, Amanda se levantó y salió con aire obsequioso á recibir á su visita, y Natalia adoptó un aire humilde y servicial.

El sueño dorado de toda su vida había sido el entrar en relaciones con la aristocracia, cosa que, en su precaria posición social, jamás había llegado á conseguir : la encantaban las bellas damas que veía pasar en sus carretelas, é imitaba todo lo posible sus modales y sus gestos.

Pero la pobre Natalia no tenía título alguno para que se le abriesen los salones, que algunas veces se abren al verdadero talento : su descoco habitual, su vida ociosa eran otros tantos motivos que se oponían á ello, y así, cuando oía hablar del alto protector de alguna pobre y oscura jóven, se decía :

—¡ Que no encontrase yo otro!

Fácil será, pues, concebir su alegría cuando se halló en presencia de la señorita Amanda y vió el aire obsequioso con que ésta se adelantó á recibirla hasta cerca de la puerta.

—Señorita, dijo Amanda, he querido ver á V. para dos objetos distintos : tome V. asiento y se los diré.

—Ya escucho á V., señorita, respondió Natalia, casi ebria de orgullosa satisfacción.

—Pues bien, querida mía, perdone V. esta franqueza: el principal objeto es rogar á V. encarecidamente que interceda con su señor hermano para que me sirva de maestro de pintura.

— ¡Oh, señorita! Diego se tendrá por dichoso al verse honrado con la confianza de V.

— ¿De veras?

— Sin duda alguna; pero ¿no era su esposa la persona que había tomado á su cargo la grata tarea de darle lecciones?

— Sí, respondió Amanda, en cuyo semblante apareció retratada una violenta expresion de ira; pero ayer se negó á continuar viniendo aquí.

— ¡Es posible!

— No sé los motivos que habrá tenido para ello: quizás su mala salud... porque me parece una persona muy delicada.

— No pasa de ser apariencia, repuso Natalia: es tan fuerte de salud como de carácter: jamás la he visto enferma de veras, y pocas veces la he visto contenta.

— ¡Pues si parece un ángel!

— Es una criatura en extremo terca y obstinada.

— No puedo decir nada en favor de la flexibilidad de su carácter, pues por más que le he suplicado, no ha querido seguir prestándome sus conocimientos, que, dicho sea en honor de la verdad, me parecen muy sobresalientes en su arte.

— ¡Psit! hizo Natalia con esa asombrosa insolencia de los necios.

— Ya tiene un buen nombre en París, prosiguió Amanda, y eso que ha pintado muy pocos cuadros.

— Cuatro nada más: mi hermano es autor de muchas más obras: como que ha sido su maestro.

— ¡Ah, ya! ¿conque fué la discípula de su esposo?

— Por eso se conocieron: ella es hija de una familia muy pobre, prosiguió Natalia con ese afán de las personas que han salido de la nada, que tanto ansian detraer á las familias decentes y estimadas: mi hermano le daba lección de balde ó poco ménos: ella se enamoró de él y se casaron.

— ¡Conque fué ella la que se enamoró de él!

— Sí, señora, ella, ella: á él no le gustaba gran cosa, pero por no desairarla.....

— ¡Pues es bastante bonita.

— ¡Psit! volvió á hacer la ex-actriz: ¡tan pequeña, tan delgada! ¡si al ménos tuviera una buena estatura!

Y Natalia, al decir estas palabras, midió su elevada talla y su más que regular corpulencia con una mirada satisfecha y triunfante.

— La de V. es más bella, sin duda, señorita, repuso Amanda con la melosa dulzura de la gata que se prepara á clavar las uñas en la mano que la acaricia: y puesto que ya estamos conformes en lo que toca á mis lecciones, porque yo creo que V. me ha ofrecido decir á su hermano que deseo ser su discípula: ¿no es verdad?

— ¡Oh, con mil amores!

— Pues bien; ahora, que dejamos ese punto terminado, hablaremos de otra cosa que atañe á usted.

— ¿A mí?

— Seguramente: usted ha sido actriz en Madrid: ¿no es cierto?

— Sí, señora, y me vanaglorió de ello; tenía tanto amor al arte, tal entusiasmo por él, que.....

— Basta, basta, estoy convencida de ello: de modo,

que casi creo inútil preguntar á usted si lo volveria á ser de buena gana.

— ¡Oh, eso sería mi bello ideal! y si lo pudiera ser en París, tanto mejor.

— ¿Pero sabe usted bien el frances?

— Ya lo puede V. conocer por la conversacion que seguimos.

A este *seguimos*, Amanda frunció las cejas; pero reflexionó en que á los instrumentos de una gran obra se les debia disimular el que hiriesen un pòco la mano, y prosiguió:

— Por nuestra conversacion me ha parecido advertir que no habla V. un frances muy puro; mas, no obstante, el estudio, y sobre todo la bella figura de V., suplirán esta falta.

Amanda, dicho esto, sacó del bolsillo de su suntuosa bata de seda un papel doblado, que extendió ante los ojos asombrados de Natalia.

Aquel pliego estaba en blanco, y sólo contenia al pié la firma del empresario del teatro de la Gaité.

— Aquí tiene V. una escritura en blanco, dijo la jóven, que la miraba sin poderse convencer de la verdad; llénela V. con las condiciones que guste, sin apartarse mucho de lo regular, y todas serán aceptadas; pero eso ha de ser aquí y ahora mismo.

— ¡Qué es lo que oigo! exclamó Natalia: ¡yo contratada, y en París! ¡será pòsible!

— Este papel dice que sí: con que, vamos, amiga mia, aquí hay tintero: llene V. este documento, pues el empresario va á venir á recoger la firma de usted.

Natalia tomó la pluma y llenó con muy mala letra y peor ortografía la escritura de ajuste: poníase en ella dos mil francos mensuales de sueldo, el dictado de primera actriz y dos beneficios libres.

Amanda tomó la escritura, la dobló sin mirarla y la guardó de nuevo en el sitio de donde la habia sacado, es decir, en el bolsillo de su vestido.

— Todo lo que V. exige aquí será puntualmente cumplido, dijo despues: no le resta otra cosa que hacer que esperar en su casa á que la avisen el dia que le toca ensayar.

— ¡Ah, señorita! exclamó Natalia; ¿cómo podré yo nunca agradecer á V.....

— Yo tengo el mayor placer en hacer todo el bien que puedo, dijo la jóven, que en su vida habia hecho más que mucho mal: y dígame V., añadió despues de una pausa, ¿es agradable la vida doméstica de V.? ¿tienen ustedes trato, relaciones..... tertulia?.....

— No, respondió Natalia; vivo casi sola y muy triste, porque Julia es insociable y muy amiga del retiro.

— Siendo ella así como V., jóvenes y bonitas, es extraño que no las visite algun jóven... ¡Ah! y á propósito: debe ser amigo de ustedes un primo mio, artista tambien...

— ¿Artista?

— Sí, pintor, que acaba de llegar de Roma: se llama Rafael.....

— No conozco á ese caballero.

— Yo creí que habia acompañado á su hermana de usted desde aquí á su casa ayer mañana..... se puso algo indispueta..... se me figuró que la conocia.....

— ¡Ah, sí! respondió Natalia reflexionando: la volver en un coche con un jóven.

— Ese jóven es mi prometido.

Natalia fijó sus penetrantes ojos en el anguloso y desagradable rostro de su protectora para convencerse de que podia tener novio, y le asaltó, al verle, una terrible gana de reir; pero, más bien que la prudencia ó la gratitud, la contuvo el temor de enojarla y de perder por su culpa tan rico filon.

Resolvió, sin embargo, sacar el partido posible de aquella circunstancia en contra de Julia, á quien detestaba, y dijo por fin á Amanda:

— Señorita, V. merece todo mi reconocimiento, y debo advertirle que, si ama á su primo, esté muy alerta.

— ¡Cómo! ¿qué quiere V. decir? exclamó Amanda fingiendo un asombro extremado, como si ella misma no hubiera provocado aquellas palabras.

— Digo que no sería extraño que Julia le robase á usted, no el amor de su primo, porque esto no puede ser, valiendo V. mucho más que ella, sino algo de su atencion.

Sonrióse Amanda con amargura al escuchar aquellas palabras llenas de tan baja y odiosa adulacion; pero Natalia, que era poco inteligente, tomó aquella sonrisa por un signo de aprobacion, y prosiguió con tono confidencial y lleno de importancia:

— Hay entre los artistas cierta cosa que ellos llaman simpatía, y que los une con lazos muy fuertes: yo lo he visto en mi carrera muchas veces; en ella empezamos por sernos simpáticos y acabamos por hacernos amigos, muy amigos.....

— Ya comprendo, interrumpió Amanda, quien, aunque étnica y perversa, habia recibido una esmerada educacion y no queria prestarse á las confidencias de la actriz.

— Pues bien, señorita, lo mismo y más debe suceder á los pintores: es muy fácil que uno dé algunas pinceladas en un cuadro que pinta su amiga, y que le estreche la mano: es muy fácil que sus cabellos se toquen.....

— Sí, sí, ya entiendo, volvió á interrumpir Amanda, que con gran sorpresa suya sentia desgarrarse su corazon con aquella vergonzosa pintura: luégo, y haciendo un violento esfuerzo para serenarse, prosiguió:

— Querida amiga, yo amo á mi primo.

— ¡Oh, señorita! nada tiene de particular, porque es un hermoso jóven, elegante y.....

— Como V. podrá comprender muy bien, deseo á toda costa evitar que me arrebatén su amor.

— Nada es más justo.

— Y como veo que V. tiene razon en cuanto á las simpatías de los artistas, quisiera merecer de su bondad que me avise cuando Rafael vaya á su casa.

— Lo haré sin falta.

— ¿Me lo promete V.?

— No entrará en casa una sola vez, sin que usted lo sepa.

— Está muy bien: por mi parte, le aseguro que no seré ingrata á lo que haga V. en obsequio mio.

— ¡Oh, señorita, ¡y cuánto no debo yo á V.! ¡ajustada en la Gaité! ¡actriz en París! ¡si me parece un sueño deslumbrador! ¡oh, mándeme V. rodar; todo lo que quiera; soy su esclava!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA "UNIVERSITARIA"
"ALFONSO J. RUIZ"
MONTERREY, MEXICO

— Eso no vale nada, querida mía : el empresario es amigo, y poco me costará conseguir que le aumente el sueldo que V. se haya puesto, sea el que quiera; ahora, á pasar la vida lo más alegremente posible : para alcanzar celebridad una actriz, para disponer de la prensa, debe dar comidas á los periodistas y deliciosos tés, debe vestir con fausto.....

— ¡ Ah! ¿conque es V. de mi opinion?

— ¿ En cuanto á la ostentacion? ¿quién lo duda? ¡eso es lo que hace los buenos casamientos! ¡eso es lo que consigue una boda brillante con algun título ó príncipe extranjero!

— ¡ Es verdad; algunas actrices se han casado con príncipes!

— En el dia, una mujer del teatro brilla y atrae como una estrella.

El semblante de la nueva actriz se trasfiguró, inundándose de una orgullosa alegría : ¡ ella, que á los veinte y ocho años no habia logrado tener un solo novio! ¡ ella, que no habia sido amada por nadie, verse en la posibilidad de ser deseada, festejada, adulada! ¡ oh, habia para volverse loca de placer! Era el sueño del miserable que jamas ha tenido pan y que se ve de repente rico y poderoso!

Amanda, con su infernal perspicacia, leyó como en un libro abierto en aquella alma innoble y vulgar, y se dijo :

— Hé aquí un instrumento ciego para mis planes ó para mi venganza : esta mujer será mía en cuerpo y alma, por la vanidad y por el dinero.

Luégo, alzando la voz y dirigiéndose á Natalia, prosiguió :

— Amiga mía, es preciso que me sépare de V., porque mi padre está enfermo y tengo que ir á su lado.

— ¡ Ah! ¿ está enfermo su señor padre de V.?

— Sí, desde anoche : es un ataque cerebral, que nos tiene con cuidado.

— Entónces, voy á dejar á V., despues de repetirle mi eterna gratitud.

— ¿ No olvidará V. sus promesas?

— No, señorita.

— ¡ Son dos!

— Ya lo sé; encargaré á mi hermano que venga á ponerse á las órdenes de V., y avisaré á V. cuantas veces vaya á casa su primo.

— ¡ Eso es! Adios, amiga mía.

— ¡ Ah, señorita! exclamó Natalia volviendo desde la puerta, me olvidaba de una cosa.

— Y bien..... dijo Amanda, que ya se iba incomodando.

— Si yo te sirvo, lo has de pagar caro, dijo la actriz mentalmente, porque ahora, que veo tan de cerca á la fortuna, no he de soltarla : luégo añadió en voz alta y como avergonzada :

— Tengo una hermana.....

— ¿ Una hermana?

— Sí, señorita : una niña de catorce años..... viva, espiritual.

— ¿ Y qué quiere V. para ella?

— ¡ Si pudiera conseguir que la ajustasen tambien en el teatro!.....

— ¡Cómo! ¿quiere V. hacerla actriz también?

— ¿Y por qué no? ¡ya que es V. tan buena, y el empresario su amigo! La pobrecita no tiene otro amparo que yo.

— No puedo molestar tanto á mi amigo el empresario, dijo Amanda: ya hablaremos respecto á su colocacion otro dia: hoy me esperan.

— Adios, pues, señorita.

— Cuidado con mis encargos.

— No los olvidaré.

— ¡Oh, qué pesadez! exclamó Amanda irritada, así que la actriz hubo salido: estas gentes son insoportables; pero no hay más remedio que sufrirlas cuando son tan precisas.

VII.

EL ÁNGEL SE HACE MUJER.

Natalia, despues de salir de casa de Amanda, se dirigió á la de una de sus amigas, para darla parte de su buena fortuna.

Despues de almorzar juntas y de celebrar con excelentes vinos la buena fortuna de Natalia, salieron á paseo: aquella amiga era una mujer de vida problemática, que bebia, jugaba, juraba y fumaba cuando lo exigia la ocasion.

Diego, egoista y devorado por el juego y por la envidia, nada sabía de las amistades de su hermana, que obraba completamente segun su albedrío.

Ya eran cerca de las nueve cuando aquella volvió á su casa: hacia poco rato que habian llegado á ella Julia y Adelina despues de comer en la fonda.

Natalia fué á la cocina, encendió una vela y entró en su cuarto para dejar su sombrero y sus guantes y pasar al instante á la habitacion de Julia, con objeto de provocar una de las escenas de descaro y osadía por parte suya, y de dolor y de desesperacion por parte de Julia, que huía de ellas todo lo posible.

Pero aún no había empezado á despojarse de sus galas, cuando llamaron á la puerta de su cuarto.

— Entra, dijo, creyendo que era Adelina.

La puerta se abrió, y Julia apareció á sus ojos.

— ¡Ah! ¿eres tú? dijo Natalia con negligencia: me alegro, porque ahora iba á tu cuarto.

— Yo también me alegro, á mi vez, de haberte ahorrado ese trabajo: te esperaba, porque quiero tener contigo una explicación, y después irme á acostar.

Julia, al decir estas palabras, se sentó en un sillón.

Natalia la miró asombrada.

Había en el acento de la joven una firmeza que contrastaba singularmente con su timidez habitual.

Y, sin embargo, al mirar su lindo rostro enflaquecido por las penas y las privaciones, la sorpresa de Natalia fué mucho mayor.

Las suaves facciones de Julia aparecían revestidas de una singular gravedad; su frente estaba serena; sus ojos brillaban; su acento era reposado y firme.

— ¿Qué cosa tan grande es la que vas á decirme? preguntó la actriz con tono zumbón.

— Siéntate y escucha, respondió Julia.

Natalia, impresionada á pesar suyo por aquel tono tan desusado en la joven, se sentó enfrente de ella. Julia alzó al cielo los ojos para rogarle que le conservase su valor, y luego los bajó sobre la vulgar fisonomía de la hermana de su esposo.

— Natalia, le dijo, desde hoy he decidido que mi vida cambie, y quiero ser ama de mi casa.

— ¿Y quién te priva de que lo seas?

— Ten paciencia y escucha, pues no trato de discutir contigo, sino de expresarte mi voluntad: he decidido ser ama de mi casa, y esto indica que quiero tener casa; y como mi marido no se cuida de que la tenga, ni quiere tenerla él, he decidido trabajar para lograrlo, porque es un deseo muy justo.

— ¿Vas á trabajar? ¿y en qué? ¿quieres ponerte á bordadora?

— No: trabajaré en mi arte.

— ¿Vas á pintar?

— Sí.

— ¡Pero si Diego no quiere!

— No importa.

— ¿No sabes que te lo ha prohibido?

— No importa.

— ¡Dice que lo haces muy mal!

— No importa.

— ¡Que te pones en ridículo!

— No importa.

— ¿Estás, pues, decidida?

— Completamente.

— ¿Te rebelas contra su autoridad?

— Sí.

— ¿Y cuando empiezas á pintar?

— Ya he empezado.

— ¿Y crees ganar bastante para vivir á tu gusto?

— Con sobras.

— Pues te engañas, repuso la actriz, que se complacía en atormentar á Julia; ya sabes que él cobra tus trabajos.

- No cobrará los que haga desde hoy en adelante.
- ¿Que no?
- No.
- ¿Y cómo lo evitarás?
- Cobrándolos yo adelantados, como he hecho con el que me ocupa.
- ¡Cómo! ¡lo has cobrado ya!
- Sí.
- ¡Qué iniquidad! exclamó Natalia con las mejillas encarnadas de furor; ¡yo estoy sin un cuarto! ¡Diego está lo mismo! ¡Adelina no ha comido!
- Te equivocas; ha comido, y muy bien.
- ¿Cuándo?
- Hace una hora, conmigo.
- Pero ¿dónde, si hasta la criada nos ha dejado porque no había dinero?
- Pero hay fondas.
- ¿Y has tenido atrevimiento de irte á la fonda sola con la niña?
- Sí, y el atrevimiento de comprar para ella y para mí algunas prendas nuevas.
- ¡Oh, pero eso es inaudito!
- Será lo que quieras; pero es la verdad: ahora déjame acabar, porque tengo mucho sueño: desde hoy en adelante he resuelto no mantener más que á mí misma y á esa niña infeliz, que nada sabe hacer; pero eso será hasta que ella sepa ganarse la vida.
- ¡Qué! ¿tambien quieres hacerla trabajar?
- Todos tenemos esa obligacion, y si no trabaja en ningun arte, trabajará al ménos en mi descanso, cuidan-

- do de la casa, haciendo labor y ocupándose, en una palabra, como debe hacerlo una jóven de su edad.
- ¡Ah, ya! ¿quieres hacerla tu doncella?
- No, quiero hacerla sólo la hermana de mi esposo y mi propia hermana.
- Sin embargo, debo decirte que no podrás llevar á cabo tu moral y doméstico pensamiento.
- Yo te digo que sí lo llevaré; y para continuarle, oye aún lo que voy á decirte.
- Veamos.
- Como en esta casa, que es de tu hermano; mia, porque soy su mujer; tuya, porque eres su hermana y no tienes otro amparo que él, y de Adelina, que está en el mismo caso: como en esta casa, digo, no hay más patrimonio ni más rentas que el trabajo, cada uno, y tú tambien, tiene la imprescindible necesidad de trabajar para contribuir á su sostenimiento.
- ¿De modo que tú quieres que trabaje yo tambien?
- No presumo yo que te harás cuenta de que siga yo manteniéndote y haciendo tú la dama millonaria.
- Mi hermano tiene la obligacion de atender á mi subsistencia.
- No hay tal cosa; y si es que él ha reconocido en algun tiempo esa obligacion, hoy se desentiende de ella por completo.
- ¿Quién lo ha dicho?
- Su modo de obrar: ¿no ves su vida? ¿no ves que no viene á comer á casa, ni se acuerda de que tres pobres y desvalidas mujeres pueden morir aquí de hambre? ¿no sabes que ni á tí ni á mí nos da ningun dinero? Na-

talia, prosiguió Julia, cuyos ojos se habían llenado de lágrimas y cuyo acento era tembloroso al evocar tan crueles memorias, no creas mi resolución arbitraria ó fuera de razón : es dictada por la necesidad..... Debemos vivir, porque Dios lo manda así.

— Querida mía, repuso la actriz con insolencia, ya sé que debemos vivir, y por lo mismo viviré, pero sola.

— ¡Cómo! ¿te separas de nosotros!

— Sí: he firmado una escritura de ajuste en la Gaité: viviré sola y á mi antojo.

— Eres dueña de tu voluntad, repuso la artista: tienes veinte y ocho años y puedes hacer tu gusto.

— Por lo mismo, ya no dormiremos aquí mañana ni Adelina ni yo.

— ¡Cómo! ¿te llevas á la niña?

— Sí: para servirte á tí de doncella, quiero que me sirva á mí.

— ¡Servirme á mí! murmuró Julia, aterrada ante la idea de su próxima soledad: y dejándose dominar de nuevo por su humilde carácter y su suave ingenuidad, añadió:

— Yo no la quiero para que me sirva, sino para que me haga compañía.

— Para lo mismo exactamente la quiero yo.

— Tú vas á emprender una carrera en la que jamás te han de faltar distracciones..... tal vez tendrás triunfos que te harán brillar.

— ¡Tal vez! respondió Natalia con ironía: al templo de la gloria conducen muchas sendas.

— ¡Oh, sí! y quizá es la tuya mucho más fácil que la

que yo sigo, murmuró Julia tristemente: tus triunfos serán más ruidosos: para que yo alcance algunos necesito quitarme mucha vida; pero en cuanto á llevarte á la niña, no lo harás.

— Sí lo haré.

— ¡Es imposible!

— ¿Por qué? Más imposible pensaba yo que fuese el que me dijeras que me tenía yo que mantener por mí propia.

— Pues ¿no ves que el que debía cuidar de todos nos abandona? exclamó Julia dolorosamente.

Natalia no pudo responder. Diego apareció en la puerta.

VIII.

LAS HUELLAS DEL VICIO.

No era ya el esposo de Julia aquel jóven gallardo y simpático á quien hemos conocido al principio de esta historia : su aspecto era extraño y tenía algo de fatídico.

Estaba muy flaco, y su semblante, áun hermoso, correcto y expresivo, se veía cubierto de una palidez casi lívida : sus grandes ojos oscuros se habían hundido bajo sus hermosas cejas y lanzaban miradas recelosas y sombrías : llevaba el cabello largo y la barba crecida : su fino y sedoso bigote oscuro se había vuelto duro y poblado : su boca se había desfigurado á fuerza de reír con amargura : sólo se conservaban hermosas sus manos, y sus piés, á pesar de lo deteriorado de su calzado, presentaban una aristocrática forma.

Su traje difería poco del de todas aquellas personas que viven en el vicio y en el desórden ; casi todos estos desgraciados se parecen en el atavío : empiezan por deshacerse de las prendas de ménos valor y se quedan con el traje mejor, por cuya razon todos van vestidos de negro.

Esto mismo había acontecido á Diego : su levita era de rico paño sedan, pero las costuras estaban blancas, y

á través del tejido se veía la trama : lo mismo sucedía con el pantalon y el chaleco de saten : su camisa estaba sucia y arrugada, y la levita abrochada sólo dejaba ver un cuello ajado y una corbata negra, que parecía un cordón.

Entró en el cuartito de su hermana y se arrojó con desaliento en un sillón.

Julia corrió á él y le preguntó, tomándole una mano :

— ¿Estás enfermo, Diego?

— No, respondió éste desprendiéndose bruscamente ; estoy bueno, déjame.

— Hermano, dijo Natalia, vas á decidir una grave cuestion que se agita entre tu mujer y yo : luégo Julia nos dejará solos, porque tengo que hablarte de un asunto reservado.

— Sepamos la cuestion, repuso Diego dulcificando de tal modo su dura mirada para fijarla en su hermana, que Julia comprendió que su derrota era segura entre aquellos dos seres abyectos, que tan perfectamente se comprendían.

— Pues bien, escucha : há poco rato que Julia ha entrado aquí á decirme que puesto que tú no te cuidabas de tu casa y de tu familia, cada uno debía ganar para vivir : ¿es esto verdad, Julia?

— Es cierto, respondió la jóven, quien, á pesar de reconocer la perfidia del exordio, tuvo el valor necesario para no negar la evidencia.

— Me dijo que era necesario que trabajase yo, que trabajase Adelina, y que ella también trabajaba ya á pesar de tu oposicion, habiendo cobrado su trabajo adelantado : ¿no me dijiste esto, Julia?

— Eso te dije.

— ¡Hola! murmuró Diego clavando en su mujer una mirada sombría : ¿has cobrado ya por un trabajo que no has hecho?

— Sí, respondió Julia con firmeza.

— Y.... ¿cuánto?

— Dos mil francos.

— Prosigo, añadió Natalia, que veía amontonarse negras nubes sobre la frente de su hermano, con esa malvada alegría, hija sólo de las personas rencorosas. Julia me dijo que trabajara, y yo le contesté que pensaba hacerlo, pero en mi casa ; porque has de saber que hoy he firmado un ajuste en la Gaité.

— ¿Tú?

— Sí, yo : me ha proporcionado esta ventaja una persona muy apreciable, de que luego te hablaré.

— ¿Y vas á poner casa?

— Sí; tengo dos mil francos al mes.

— ¿De veras? ¿Has cobrado ya algun adelanto? preguntó ansioso Diego, quien, desde que se habia entregado al juego, hablaba con trémula voz siempre que se trataba de dinero.

— No he cobrado aún nada, pero espero que mañana me mandarán dinero y aviso para ensayo; me voy, pues, á mi casa, y así cumplo la voluntad de tu esposa y la mia tambien; pero me llevo á Adelina.

— ¿Tendrás toda esa abnegacion? preguntó Diego admirado.

— ¡Oh, Dios mio, llamas á eso abnegacion! exclamó Julia dolorosamente.

Diego le envió una mirada lenta y fria como la hoja de un puñal, y la palabra espiró en los labios de la jóven.

— Julia se opone, prosiguió Natalia : dice que necesita á Adelina : yo la necesito tambien, y ademas, tengo esperanzas fundadas de conseguirle pronto un ajuste.

— ¿Un ajuste? preguntó Diego : ¿y dónde?

— En la Gaité, conmigo.

— ¿Un ajuste á Adelina? preguntó Julia : eso sería infame.

— ¿Te callarás? exclamó Diego con ira : luego, volviéndose á su hermana, añadió :

— Te doy á Adelina yo, que soy su tutor.

— ¡Oh, gracias, hermano! sólo te ruego ahora que me concedas cinco minutos de conversacion. Julia, ten la bondad de dejarnos solos.

La señora Blanfort salió, reflexionando que debia ceder, supuesto que muy pronto iba á verse libre de Natalia.

Pero su corazon estaba oprimido por una desgarradora angustia : no podia olvidar la expresion de odio que se pintaba en las facciones de Diego cuando la miraba : ya no debia dudarlo : su esposo, á quien ella amaba tanto, la aborrecia : aquel amor primero de su vida ; aquel amor tan puro, tan afectuoso, tan inalterable, habia de servirle únicamente de suplicio, puesto que no podia encontrar correspondencia.

Y luego la soledad en que la dejaba la salida de su casa de Natalia y de Adelina la amedrentaba sin saber por qué : ¡vivir sola con Diego! Esta idea, que la hubie-

ra colmado de alegría tres años ántes, la helaba ahora de terror : la desdichada preveía algo de terrible en lo futuro, así como las gaviotas preven y adivinan las tempestades.

Largo rato pasó en su cuarto, sumida en sus amargos pensamientos : de repente se estremeció : había oído abrir la puerta del cuarto de Natalia, y tras esto, la voz de su marido, que decía :

— Descuida, iré mañana.

Volvióse á cerrar la puerta : Diego atravesó el largo pasillo y entró en la habitación conyugal, que era donde se hallaba Julia.

Cerró tras sí, y luego dió una vuelta por el aposento con aire feroz y sombrío.

Después se detuvo delante de Julia y le dijo brusca-mente y con acento sordo :

— Dame ese dinero que has cobrado por tu cuadro.

Julia le miró asombrada : le parecía un sueño lo que oía; pero de súbito su frente se irguió y se levantó del sillón que ocupaba, serena y grave.

— Dame ese dinero, repitió su marido.

— ¡No! respondió ella.

— Lo necesito..... insistió Diego, que hacía vanos esfuerzos para dominar su furor.

— ¿Le necesitas acaso para jugar? preguntó Julia.

— Sí, dámelo.

— Te he dicho que no : no te lo doy.

— Escucha, Julia; puesto que ya te han dicho que juego, no te extrañará lo que voy á revelarte : esta noche he perdido cuanto tenía : he venido á esta casa loco, des-

esperado ; dame ese dinero para que pueda desquitarme.

— Te repito que no te lo daré.

— ¿Te niegas á ello?

— Rotundamente.

— Dámelo y te dejaré ganar más, insistió Diego con acento suplicante : mira..... yo te prohibí trabajar porque tenía envidia de tus cuadros, porque temía la gloria que te han de proporcionar.

— Ya lo sé, murmuró Julia dolorosamente.

— Entónces dame ese dinero y te dejaré trabajar, y te serviré de rodillas..... tú no puedes valer ménos porque yo no te permita trabajar..... tu talento será siempre radioso, sublimé, aunque nada hagas : pues bien; para olvidar lo que vales y mi pequeñez, para olvidar mis pasados sueños de gloria, necesito jugar..... necesito dinero..... ¡oh, tú, que lo tienes, dámelo..... te lo pido de rodillas..... y al ménos habrás hecho algo por mí!

Y el miserable cayó, en efecto, de rodillas á los piés de su mujer, que se apartó de él con horror.

— ¡ Ah! exclamó ella ocultándose el semblante con ambas manos; todo el amor que te he tenido debe morir asesinado por esa atroz confesion, ó Dios no sería justo.

— ¿Y qué me importa á mí tu amor? rugió Diego levantándose exasperado : tu dinero..... tu dinero es lo que necesito ahora..... ¿ dónde lo tienes?

— ¡ No lo sabrás!

— ¡ Ira de Dios, vas á entregármelo al instante ó á morir! gritó ebrio de furor y levantando sobre la cabeza de Julia su puño cerrado; luego añadió :

— Por última vez, ¿me dices dónde está?

— ¡No! respondió Julia con un valor heroico: ¡no seré yo quien alimente tus vicios!

Diego, al oír esta negativa, descargó su puño sobre la rubia cabeza de su mujer, que cayó al suelo sin lanzar un gemido: al mismo tiempo sonó la campanilla de la puerta de la entrada de la habitación.

Diego se lanzó frenético al secreter de Julia; pero lo vió cerrado, y empezó á registrar los bolsillos del traje de ésta, que seguía inanimada.

De repente se abrió la puerta, y apareció Natalia con una bolsa de seda en la mano.

— Diego, dijo, aquí tienes, para que tomes lo que quieras, mis adelantos de dos meses.

Diego, al oír estas palabras, se separó de Julia, tomó la bolsa con avidez, vació en su mano como la mitad de su contenido, y salió dando un rugido de alegría y saltando los escalones de dos en dos, para volverse á jugar.

Natalia, asombrada de lo que veía, se inclinó hácia Julia; pero ésta se incorporó penosamente y consiguió ponerse de pié.

En su frente, y junto al ojo derecho, se veía una mancha morada, que se iba poniendo negra.

— Pero ¿qué ha sucedido? preguntó la actriz.

— Nada, respondió Julia con heroica sonrisa: me he caído y dado un golpe en la cara; pero ya pasará.

En aquel instante, una figurita pequeña, delgada y vivaz asomó á la puerta y se acercó de puntillas á Natalia: era Adalina.

Aproximó sus rosados labios al oído de su hermana y le dijo:

— ¡No se ha caído Julia! ¡le ha dado Diego un golpe! ¡Pobrecita!

— Bien, respondió Natalia: calla y vamos á dormir: así que amanezca dejaremos esta casa y nos iremos á una fonda, hasta que yo ponga la mia.

— ¡Qué! ¿me voy yo contigo?

— Sí.

— Pues ¿y Julia? ¿se queda sola?

— No, con su marido y con su gloria, respondió Natalia con una ironía salvaje, y comprimiendo con trabajo una carcajada, en la que había tanto de sórdido y cruel como de vengativo.

*María Guerrero
de Arminio*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO TERCERO.

I.

CLEMENCIA MERVAL.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO KEYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Subamos, lector mio, si no te opones, los cinco pisos de una modesta casa de París, y lleguemos al sexto, ó mejor dicho, á las buhardillas, pues no merecian otro nombre las habitaciones situadas á tanta altura, ni por su elevacion, ni por su forma.

Sabido es lo mucho que en París se aprovechan los terrenos: la excesiva aglomeracion de gentes y la precision de sacar de todo el mayor partido posible para atender á las grandes necesidades de la vida, hacen que las habitaciones estén aglomeradas tambien de una manera fabulosa.

Sólo la gran cultura y el extremado aseo de los franceses, y sobre todo, de las francesas, pueden dar un viso de decencia y hasta de elegancia á algunas posiciones tan excesivamente modestas, ó mejor dicho, tan dolorosamente precarias, que llamariamos miserables en nuestra rica, noble y alegre España.

Hay en Francia, y especialmente en París, muchos

más pobres que en nuestra patria, por lo mismo que la cultura ha llegado á rayar tan alto : hay más opulentos, pero también más desgraciados que tienen muy escaso pan que llevar á su boca : hay más fausto, pero también más dolores : más luz y más sombra, en una palabra, porque el recinto es mucho mayor en todos sentidos.

Apénas hubierais podido explicaros cómo se había hecho agradable el pobre cuartito á que os voy á conducir: tanta era su estrechez, y tan mala la disposición en que se hallaba.

Remataba la escalera, angosta ya desde el cuarto tercero, en un descansillo, en el que se veían dos puertas : en la una habitaba un individuo que pertenecía al sexo fuerte, y del cual hablaré despues : en la otra, Clemencia Merval, escritora, cuya reputación empezaba del modo más brillante, y de cuyo talento podía hablar muy bien el comerciante en bellas artes Mr. Picard.

Eran las diez de la mañana cuando la jóven acababa su tocador, en un retretillo situado en su alcoba y á la cabecera de su lecho.

Seguramente que, á haber imperado en aquella época el miriñaque de otros días, hubiera sido imposible á Clemencia el ataviarse allí; pero el traje ceñido que acababa de ponerse, y que era entónces de moda, la dejaba moverse con toda libertad.

Describamos el cuadro ántes de pasar á las figuras. La habitación, si bien toda muy pequeña, constaba de los aposentos precisos para vivir pobre, pero decentemente : despues de un recibo ó antesala, que parecía un pañuelo cuadrado, tal era su pequeñez, se pasaba á una sa-

lita muy baja de techo y cuyo pavimento de ladrillos — sin estera, á pesar de ser invierno — estaba brillante y encerado.

Aquél era el cuarto de Clemencia.

Cubria las paredes y el techo, ocultando sus desigualdades y su barniz de cal, una tela de Persia de algodón, pero de vivos y variados colores. Delante de la ventana había una alfombra, de dos varas en cuadro, de moqueta; dos anchas cortinas, de la misma tela de Persia que el tapiz, cerraban á medias la alcoba, dejando ver otras interiores de muselina blanca y trasparente, con ligeros dibujos y orladas de un sencillo feston.

Sobre los cristales de la ventana que caía al tejado frontero á casa de Julia había colocado la escritora, con su maravilloso instinto de lo bello, cortinas de muselina forradas de guinga rosa.

A la derecha estaba la chimenea, cerrada y fría, pero cubierta por una linda pantalla, bordada por una primorosa mano de mujer.

Un pequeño reloj de zinc y dos candelabros para tres velas cada uno, del mismo metal, lucían sobre la meseta, cubierta de paño encarnado, que sujetaban clavitos dorados, y remataban en un fleco de cordonería bastante ancho.

Delante de la ventana estaba colocada la mesa donde Clemencia trabajaba, que era pequeña y vieja, pero de un extraordinario gusto artístico, pues sus piés remataban en dos garras de león y formaban columnas en espiral.

Aquella mesa, ennegrecida por el uso, pero limpia y

lustrosa, tenía algo de bello y misterioso contemplada con los ojos del alma : sobre ella había un tintero de cristal con zócalo de mármol negro, una salvadera y una cajita de obleas : á los dos lados había muchos legajos de papeles colocados en buen orden.

Delante de la mesa se veía una silla con asiento de cerda negra y grandes brazos, pero de forma anticuada.

A la derecha, un antiguo armario de nogal contenía algunos libros de indisputable mérito, entre ellos las obras de los más ilustres autores franceses : á la izquierda, otro armario igual encerraba libros de estudio y manuscritos terminados ya, ó guardados para corregirlos con esa inspeccion que el autor llama la última mano, y que es el trabajo más molesto que se impone.

A traves de las cortinas de la alcoba se veía un lecho pequeño y humilde, de hierro pintado de azul, pero de una limpieza deslumbradora : á la cabecera tenía colgado, por medio de dos lazos de cinta rosa, un hermoso crucifijo, y debajo un bellissimo grabado que representaba á Nuestra Señora de los Dolores, encerrado en un marco de pino pulimentado y brillante.

Al lado del lecho había colocada una mesita de noche; á los piés, un pequeño lavabo con servicio de loza blanca de la más sencilla y común.

Dos sillas de anea completaban el mueblaje del dormitorio, y ante el lecho se veía extendido un pedazo de estera, cuidadosamente orillado en sus cabeceras, y arreglado con el esmero y pulcritud que resaltaban en los más insignificantes accesorios de la habitación.

Dentro de la alcoba, como ya dije ántes, se hallaba

un cuartito que servía de tocador á Clemencia, y en el que había una mesa con un espejo, dos sillas, un gran cofre y una percha para vestidos, cerrada con cortinas de percal blanco como la nieve.

Delante del tocador acababa Clemencia de abrocharse un sencillo traje color de avellana, de merino, ya usado y algo deslucido por el tiempo; pero tan bien conservado, y cortado con tanta gracia, que se olvidaba la fecha remota que sin duda contaban sus servicios.

Un cuellecito blanco y ligeramente bordado, y puños iguales completaban su atavío.

La estatura de Clemencia era regular y esbelta, por cuya razon su talle estaba lleno de gracia y de armonía: su cintura era tan delgada, que se hubiera creído iba á quebrarse, al mismo tiempo que sus hombros ostentaban un gracioso desarrollo, y su cuello la casta elegancia y flexibilidad del cisne, aumentada por el nacimiento de su abundante y sedosa cabellera castaña, que se enroscaba en gruesas trenzas detras de su cabeza.

En cuanto á su rostro, no podía llamarse hermoso, y no podía imaginarse nadie una fisonomía más simpática y llena de atractivos.

Era, sobre todo, el espejo de un alma noble, inteligente y elevada : reían tiernamente sus grandes ojos garzos, tan oscuros, que á cierta luz parecían negros : reía su boca, que era fresca y rosada como una flor de Mayo : comprendíase, al ver á Clemencia, el dolor de aquella eterna despedida que le había dado su esposo en el lecho de muerte, y al ver su belleza tan dulce, tan suave, tan sentimental y tan pura, se comprendía tam-

bien que ella no había olvidado ni podía olvidar á aquel ausente amigo.

Al mismo tiempo que acababa su tocado, cantaba á media voz, como si dentro de su alma hubiera una armonía perenne que subiera hasta sus labios.

Algunas veces se interrumpía sin saberlo, y sus ojos perdían algo de su brillantez y lanzaba un suspiro.

De repente sonó una campanilla, agitada débilmente por una mano trémula.

—Allá voy, papá, dijo Clemencia suspendiendo su canción y clavando apresuradamente en el acerico un alfiler que tenía en la mano.

Y saliendo con rapidez del cuartito de tocador, cruzó la alcoba, el gabinete, y salió al pequeño recibimiento, en el que se veía otra puerta entreabierta.

La jóven empujó suavemente y entró.

Era otra salita de muy reducidas dimensiones, estera da y abrigada con minucioso esmero.

La alcoba estaba cerrada á medias con una cortina de damasco de lana : otra igual cubría la puerta de entrada : en la chimenea ardía un fuego lento y alegre, que comunicaba á la estancia un dulce calor : sentado sobre la estera se hallaba el perrillo y un gato blanco y grueso.

Cerca de la chimenea había un enorme sillón relleno de almohadones.

Una antigua papelera, una mesita con libros, algunas sillas y un reclinatorio muy sencillo, pero ante el cual había un hermoso almohadon bordado en tapicería, completaban el ajuar de esta salita.

En la alcoba, y acostado en un lecho de madera de

los llamados *de barco*, se hallaba un anciano de cabellos blancos y escasos, y rostro pálido y dulce. Estaba vestido con una especie de almilla de franela azul oscura, sobre la cual se doblaba el cuello de una camisa de hilo blanco y fino : la ropa de la cama era mejor que la de Clemencia : las sábanas, de rica tela, estaban adornadas de un bonito encaje, lo mismo que las almohadas.

La paz, la felicidad, la alegría de una vida sin mancha y de una vejez tranquila se hallaban escritas en la plácida fisonomía del anciano : era el ocaso de un día sereno y radioso : más era un alma que un cuerpo : era la luz que sube dejando abajo las sombras.

Pendiente de un clavo dorado, á los piés del lecho, se veía un cuadro que contenía el retrato de una mujer de edad avanzada : dos trenzas grises de ese suave color del cabello claro, que no es blanco todavía, guarnecían su bella frente y sus mejillas rosadas aún, y que ostentaban la hermosa redondez de la vejez robusta : bajo sus finas cejas se abrían dos grandes ojos del color de la mar cuando está en calma y bajo una pañoleta de lino blanco, que cubría su garganta, se adivinaba un talle algo obeso, pero derecho y lleno aún de esa gallardía que resiste á la edad, y que sólo hacen desaparecer los grandes dolores del alma.

Aquel retrato era el de la madre de Clemencia : el de la esposa de aquel anciano pálido y débil, pero risueño como el rayo de la luna que ilumina una clara noche de estío : la noche de aquel hombre era tan clara y pura como había sido su día.

— Hija mia, quisiera vestirme, dijo á Clemencia el Sr. Simon, que éste era el nombre del anciano.

— Aun no es hora, papá, respondió la jóven : hace frio.

— ¡Frio aquí, con este fuego! ¡casi tengo calor!

— Aquí precisamente no hace frio, querido papá; pero lo hace fuera, y sentirás la influencia de la atmósfera.

— Bien; me estaré quieto otro poco, querido tirano.

¿Has ido ya á ver cómo está la vecinita?

— Sí por cierto, papá.

— ¿Y cómo sigue?

— Casi lo mismo : desde que se levanta parece más abatida.

— ¡Pobre jóven!

— ¡Oh, sí, es muy desgraciada! repuso Clemencia, á cuyos ojos asomaron algunas lágrimas.

— ¿Y el bribon de su marido?

— No lo ve hace más de un mes.

— Pero ¿dónde está?

— Nadie lo sabe : desde que esa infernal mujer lo ha cogido entre sus redes, se le ve por ahí alguna vez, pero nadie sabe su paradero.

— ¿Y qué miras se llevará la Condesa para apartarle así de sus deberes?

— La de vengarse de la pobre Julia, de quien se va apasionando su primo Rafael, cuando ella le ama con mayor fuerza cada dia.

— Pero ¿no dices que Julia no alimenta esa pasion?

— ¡Si la infeliz no ve siquiera á semejante hombre!

— ¡Pobre, pobre Julia! repitió el anciano con acento de profunda pena.

— Cuando veas el cuadro que ha terminado, querido papá, te vas á quedar asombrado; nada puede darse más grandioso.

— ¿Y qué representa?

— El Egoismo.

— ¿Y cómo ha podido trabajar en él hallándose tan enferma?

— Por eso le ha costado tanto; sin embargo, estoy segura de que ese cuadro hará la fortuna de Julia.

— ¿Se lo pagarán bien?

— Debían pagárselo régicamente, porque ya se lo disputan un lord inglés y un príncipe ruso; pero la pobre tomó dinero adelantado sobre él, y tiene que cederlo al comerciante que tambien especula conmigo.

— ¡Ah, bribon Mr. Picard!

— No le acuses, papá; por él conocimos á Julia.

— Eso es lo único que me hace soportarle aún.

— ¿Y qué harémos?

— ¡No sé! pero me irrita el ver lo poco que te paga tu trabajo,....

— ¡Poco, papá! ¡pues si él es el que nos provee de todo!

— ¡Ya! ¿á esto llamas tú proveer? ¡Pobrecita mia! ¡sin una criada que te sirva! ¡atendiendo tú á todo! No lo siento por mí, que á mi edad todo sobra, sino por tí, ¡tan jóven!..... ¡tan bonita!.....

— ¡Ay, papá, cómo me adulas!

— Pero ¿por qué no te has de casar otra vez? Toda la rabia de Mr. Picard es porque no haces caso de su hijo.

— Jamas me casaré, padre mio, respondió gravemen-

te Clemencia; muerto mi pobre Luis, tú eres mi solo amor en la tierra; pero si algún día pensára en hacerlo, no sería seguramente con Picard hijo.

— Ya sé que es tonto, presumido, fastidioso; pero ¿sabes cuál sería tu posición? ¿sabes que con tu talento dominarías al padre y al hijo? ¿sabes las onzas españolas que tiene guardadas el viejo?

— Padre mío, respondió Clemencia acariciando la blanca cabeza del anciano: tú sabes mejor que nadie que el dinero no constituye la felicidad: tú y mi madre habéis vivido pobres, con tu sueldo de oficial, pero felices con vuestro amor, durante muchos años: ¿por qué quieres que busque yo la dicha donde no la has querido tú buscar?

— Vamos, picarilla, tú me convences siempre, repuso el anciano Simon, besando en la frente á su hermosa hija; ¿y sabes por qué? porque aunque la cabeza me dice que te aconseje que te cases, el corazón desea tenerte á mi lado, y todas las riquezas de la tierra me parecen pocas para tí. Luis me quería como á un padre..... era bueno y generoso..... pero, si volvieras á casarte, quizá tu nuevo esposo no querría que viviese con vosotros..... quizá le serviría de estorbo, y yo, separado de tí, moriría, Clemencia de mi alma!

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos del anciano al pronunciar estas sentidas palabras: su hija las enjugó cariñosamente y respondió:

— No temas que tal suceda, padre mío: yo no me volveré á casar: me basta con el recuerdo de aquel esposo á quien amaba tanto, con el culto de mi arte, con mi

tranquilidad y mi vida apacible, serena é igual á tu lado: poco tenemos, es verdad: no he alcanzado aún, ni espero alcanzar nunca, esa fama que algunos logran á costa de tan escaso trabajo, porque la gloria no es hoy fruto del talento, sino de la intriga; pero ¿qué importa? llevo la frente erguida como mujer honrada, y mi sueño es tranquilo, y mis días alegres: la vena de mi inspiración no se agota, y el trabajo es un placer para mí, en tanto que te vea sonreír á mi lado.

— ¡Ah, hija mía, qué dichoso soy al oírte!

— Y yo también lo soy al hablarte así, padre mío; pero vamos, vén, que te voy á vestir, porque ya hemos pasado otro ratito hablando.

Clemencia envolvió al anciano en una bata de lana, calentada ántes con el fuego de la chimenea, y le ayudó á salir de la alcoba: entónces pudo verse que el Sr. Simon estaba casi impedido, y que andaba con suma dificultad.

Su hija le instaló en el mismo sillón que estaba colocado al lado de la chimenea, y apenas acababa de sentarse, sonó la campanilla de la puerta.

Clemencia fué á abrir y volvió al instante precediendo á dos personas: la una era Mr. Picard; la otra, un viejecito flaco y anguloso, de pequeña estatura y de semblante astuto, que animaba una mirada penetrante y atrevida.

Clemencia puso dos asientos cerca del fuego y de su padre, y empezó á disponer la mesa para el frugal almuerzo que debían hacer dentro de poco.

II.

UN ESPAÑOL Y UN FRANCÉS.

— ¿Es decir, señora, exclamó Mr. Picard así que se hubo sentado, y dirigiéndose duramente á Clemencia, es decir que hoy, por ser domingo, no piensa V. trabajar, siguiendo su costumbre?

— Así es la verdad, mi querido Sr. Picard, respondió Mme. Merval con una sonrisa; ya sabe V. que sólo escribo los días de trabajo.

— ¡Sí, lo sé, lo sé! respondió el comerciante con enojo: lo mismo me pasa con V. que con esa enclenque de Mme. Blanfort.

— La pobre Julia es distinto: no puede aún trabajar lo que quisiera.

— ¡No puede, no puede! No puede porque yo no sé quién demonio le ha dado ó prestado dinero; que si no, no haria tantos dengues y ya hubiera acabado mi cuadro.

— A cualquiera hora que lo acabe, observó gravemente el viejecito anguloso, debe V. darse por muy contento, porque tiene V. en él una fortuna.

— ¡Calle V., señor, calle V.! respondió casi furioso Mr. Picard: ¿qué sabe V. de eso, ni qué saben en su

país de V., donde todo se halla tan atrasado? ¡Si pensará V. que se van á tropezar en la escalera de mi casa los compradores del cuadro de Mme. Blanfort!

— Pienso, respondió con severidad el viejecito, y con una voz que hacía, por su robustez, un extraño contraste con su endeble persona; pienso que ese cuadro es para usted una fortuna, y en mi país y aquí pensarán lo mismo cuantos tengan un regular sentido comun, y pienso además otra cosa, que es muy poco favorable á la pretendida generosidad de V.

— ¿Y qué es? preguntó M. Picard con impertinencia.

— ¿Qué es? que ese cuadro no debía ser de V.

— ¡Vamos, si estos españoles tienen un modo de ver las cosas! murmuró el comerciante; pues ¿quién fué el que le adelantó dos mil francos cuando se moria de hambre, cuando aún no habia empezado su cuadro y pudo darme un chasco?

— Usted; todos lo sabemos por lo mucho que lo repite.

— Y yo, aunque V. lo calle, sé que es V. quien ha dado dinero á esa jóven para que no trabaje y me perjudique, porque ya esperan el cuadro.

— Pues ¿no dice V. que no ha de hallar quien le compre?

— Vamos, ¡este hombre tiene una memoria asombrosa! exclamó M. Picard hiriendo el suelo con su ancho pié: el decir que haya una persona que espera el cuadro para verle no es decir que haya muchos compradores que se lo disputen.

— ¡Pobre Sr. Picard! exclamó riendo el padre de Cle-

mencia : ¿no sabe V. que mi vecino D. Fernando es muy sutil, y que le envuelve á V., como suele decirse, cuantas veces se le antoja?

— ¡ Sí, sí; luégo dicen que los españoles no saben! masculló entre dientes M. Picard.

— ¿Quién dice tal cosa? preguntó el llamado D. Fernando : al que se lo vuelva á asegurar contéstele V. que los españoles, en general, lo que no saben es mentir ni hacer bajezas; pero que, por lo demas, ignoran pocas cosas de las que deben saber.

— Y eso de hacer bajezas ¿habla conmigo? preguntó M. Picard enderezando su obesa persona con aire de amenaza.

— Sí, señor, respondió D. Fernando con tranquilidad y sin moverse de su asiento ni cambiar de postura : es una bajeza el quedarse por tres mil francos con el soberbio cuadro de Mme. Blanfort, que vale doce mil duros españoles : es una bajeza que pague V. á Mme. Merval tan ruinmente sus obras, que en las traducciones gana sólo lo que un copiante, y poco más en las obras originales : ¡ah! prosiguió dolorosamente el anciano : ¡y los jóvenes artistas de mi patria suspiran por venir á Paris, y dicen que la capital del mundo civilizado, como osadamente se llama á esta Babel, es el centro de la gloria! ¡Ay, qué equivocados viven!

— ¿Se pagan, pues, más las obras del arte en España, caballero? preguntó socarronamente M. Picard.

— Se pagan tanto como aquí, y tal vez más, respondió gravemente D. Fernando; pero hay una diferencia.

— ¿Una sola?

— Una más grande que las otras : allí hay pocas reputaciones usurpadas : aquí hay muchas : allí la mediana ayudada de la intriga no medra gran cosa, ó prospera por poco tiempo : aquí se ven cabezas encanecidas llenas de necedades : allí la farsa sólo engaña á los tontos, y aquí la farsa domina, triunfa y se sobrepone á todo : allí hay mucho de positivo, de noble, de grave; aquí todo es arte, ficción, mentira.

— ¿Pues por qué ha venido V. aquí, caballero?

— Se lo diré á V., no por satisfacerle, sino porque me importa poco que todo el mundo lo sepa : he venido por quitar la máscara á un hombre que me ha robado.

— ¿Y lo ha conseguido V.?

— Sí, por cierto; era el Conde de Montalvan.

— ¡Cómo! ¿ese que acaba de morir?

— El mismo, caballero; pero no ha muerto : se ha matado.

— ¡Cómo!

— Con una pistola : del modo que lo hacen la mayor parte de los suicidas.

— ¿No se acusa V. de esa muerte?

— No, señor : estaba colocado entre la deshonra y el suicidio, y ha elegido el segundo.

— Pero..... ¿y su hija?

— Tan buena..... tan fea..... y tan perversa como siempre.

— ¿No dicen que tiene relaciones con Mr. Blanfort?

— Sí, lo dicen.

— ¿Y V. no sabe si es verdad?

— Yo no sé nunca lo que no me importa saber.

La campanilla de la puerta sonó entónces, y Mme Merval fué á abrir, entrando poco despues seguida del mozo de una fonda inmediata que traia el almuerzo del padre y de la hija.

El mozo se retiró y ambos se pusieron á almorzar. El ajuar de la mesita no podia ser más modesto, pero deslumbraba por su aseo : sobre el mantel fino y blanco se destacaban los platos de loza blanca con filetes y rami- tos azules : habia cubiertos de plata, delgados en fuerza del uso, y un salero del mismo metal ennegrecido por el tiempo : los vasos brillaban de limpieza.

Clemencia empezó por servir á su padre un plato de legumbres, manjar de que el anciano gustaba mucho, un trozo de asado y un poco de vino : ella comia como un pájaro, y parecia gozar de una dicha inefable viendo el apetito de su padre.

—Con que, yo voy á exponer la pretension que me trae aquí, dijo M. Picard, y me marchó, que no falta quien me espera con impaciencia : la cosa es que mi hijo Aquiles no me deja sosegar, y que me temo que voy á quedar sin él, si no se casa con Mme. Merval : me ha dicho así que se ha levantado : « Anda, vé, mi querido papá ; no he podido dormir en toda la noche ; dí á Clemencia que por ella renunciaré á todas mis calaveradas, á mis hábitos elegantes ; en una palabra, que hará de mí cuanto quiera ; que vivirémos con su padre, y en fin, que espero que ántes de desahuciarme para siempre, mirará lo que hace. »

—Señor Picard, respondió suavemente Clemencia, diga V. á su hijo que le respondo ahora lo mismo que

otras veces ; es decir, que no quiero volverme á casar.

—¿Con que, le desaira V.?

—No, señor.

—Pues ¿cómo se llama eso?

—Ya lo he dicho : no quererme casar.

—¿Pero V. sabe lo que pierde?

—Ya sé que pierdo mucho, y lo siento.

—Yo soy muy rico : mi hijo será mi único heredero : ésa es la razon por que no tiene carrera ni profesion alguna : ¿para qué la quiere? nunca le ha de faltar más de lo que necesita : así es que las muchachas se mueren por él.

—Por eso verá V. cuán pronto me olvida.

—¡Ojalá! pero ya he desesperado de que suceda : yo no sé qué diablos tienen las mujeres honradas que así dominan á los hombres, y sobre todo á los muchachos tercios como Aquiles..... sólo se aficiona á los imposibles, y yo creo que, por lo mismo que V. no le quiere, se ha empeñado en casarse con V.

—Tal vez sea así.

—¿Y quién lo duda? ¡V. no es hermosa!

—Jamás me he tenido por tal, señor Picard, respondió Clemencia sonriéndose.

—Y hace V. muy bien : él vale más.

—Seguramente.

—Tan grueso..... colorado como una manzana..... tan robusto..... jamás ha tenido un constipado, excepto ahora..... que se queda tan flaco, que da pena.

—Ya se recobrará.

—¿Conque, no cede V.?

—Pero ¿á qué?

—A casarse con Aquiles.

—Repito á V. por última vez lo que ya le he dicho tantas.

—Es decir, ¡que no, y que no!

—Que no quiero volver á casarme.

Mr. Picard se levantó: apenas podía dominar su enojo: dió una vuelta por el cuarto, y deteniéndose delante de Clemencia, que comia tranquilamente, le dijo con acento colérico:

—¡Pues creo, señora, que debia V. darse por muy satisfecha!

—Ya he dicho á V. que le agradezco á su hijo ese cariño, aunque no puedo pagárselo.

—Repito que no es V. nada bonita.

—Ya he convenido en ello.

—Y ademas, que es V. muy pobre.

—Tambien es cierto.

—¿Y se podrá saber qué es lo que V. espera en ese caso?

—Pasar la vida al lado de mi padre.

—Y que el tonto de Picard le siga á V. comprando su trabajo, bueno, ó malo, ó mediano, ¿no es verdad?

Al oír estas palabras pronunciadas con dureza, el gracioso rostro de Clemencia palideció intensamente: jamas se habia presentado á su imaginacion la posibilidad de que un dia pudiera llegar á faltarle trabajo, único recurso que, unido á la corta pension que cobraba su padre como capitán retirado, sustentaba á los dos.

El terror que se siente al columbrar una desgracia en el horizonte de la vida es el precursor de las angustias que se han de sentir despues.

Clemencia, agobiada de un funesto presentimiento, no respondió una palabra; pero su padre, más vehementemente y ménos reflexivo, contestó con altivez:

—No puede contar mi hija con V. rehusando sus ofertas, más que en tanto que V. quiera abusar de su bondad, como lo ha hecho hasta aquí.

—¿Qué es eso de abusar? vociferó Picard, volviéndose iracundo al anciano.

—¡Por Dios, padre mio! murmuró Clemencia en voz baja y acercándose á su padre.

Pero éste, que no podia sufrir al negociante, y que si aconsejaba á su hija que aceptase por esposo á Aquiles, era sólo haciéndose una inmensa violencia, no pudo dominar por más tiempo los ímpetus de su ira, y contestó con acritud:

—Eso de abusar es el modo que V. tiene de pagar los trabajos de mi hija.

—¡Pues tenga V. entendido que desde hoy renuncio á ellos! ¡Verémos quién se los paga mejor que yo!

—Eso no es cuenta de V., ni tiene ya aquí ningún quehacer.

—¡Pues ya se ve que no! Me voy, y que esta señora se guarde sus manuscritos y le hagan buen provecho.

—¡Hé aquí la galantería francesa! exclamó D. Fernando con ironía, en tanto que Clemencia se dejaba caer llorando sobre una silla.

—¡Ah, padre mio, ¡qué has hecho! murmuró la jó-

ven con profundo desaliento y en tanto que Picard salía bufando de coraje.

—¿Querías, pobrecita mía, que te dejase insultar? ¿No ves que él vino decidido ó á arrancarte el consentimiento para la boda con su hijo, á fin de explotar á su gusto tu talento, ó á negarte sus ruines socorros?

—Pero yo le hubiera ido conteniendo con alguna esperanza vaga.....

—¿Esperanzas que no habías de realizar nunca? ¡Eso es indigno de tí, hija mía!

—Pero ¡qué harémos ahora, Dios mio, qué harémos! ¡Yo contaba con el importe del libro que estoy acabando para la compra de algunas cosas indispensables en la casa!

—¡Vamos, consuélate y no llores así! Me partes el alma, dijo el viejo, confuso y affigido.

—¡Otra vez atrasos, Dios mio, ahora, que íbamos tan bien!

—¿Quieres que me arrepienta de haber tratado á Picar como se merece?

—¡No! exclamó el anciano D. Fernando: jamás debe uno arrepentirse de hacer lo que dictan el honor y la propia dignidad: tu padre, hija mía, ha hecho lo que debía hacer, y nada más.

—¡Gracias, amigo mio! dijo el anciano, que se sentía aliviado de un gran peso con la aprobacion de su amigo: los españoles somos todos así: el pan, pan, y el vino, vino; pero esta picarilla es francesa y no desmiente á su país: todo diplomacia, todo astucia.

—Dios es bueno, prosiguió D. Fernando, y no aban-

dona á nadie: dudar de él es ofenderle, querida Clemencia. Vamos, anda á ver á tu amiga Julia un rato, que yo me quedo aquí acompañando á tu padre.

Clemencia se enjugó las lágrimas que áun bañaban sus mejillas, abrazó á su padre y salió: un instante despues se la vió atravesar la calle y entrar en casa de su amiga.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

mancha morada que el puño de hierro de su marido habia estampado en su rostro se extendia en su frente llegando hasta el ojo, y cubria una parte de su mejilla : su cuello estaba doblado ; su cabeza, caida sobre el pecho.

Sólo Dios pudiera decir, si alguna vez abriese para nosotros su boca soberana, lo que pasó en aquella pobre alma sumergida en las tinieblas del dolor durante las largas horas de aquella noche terrible.

El día se pasó del mismo modo. Julia permaneció inmóvil y como muerta : la mancha negra, que cada instante se extendia más sobre su rostro, inundaba tambien su alma.

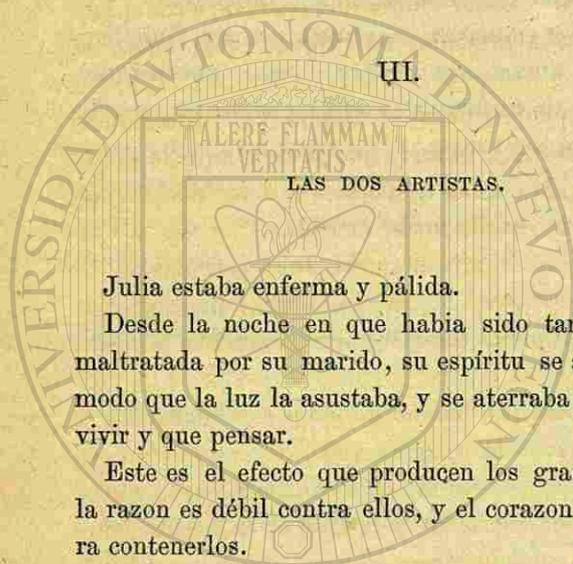
Natalia y Adelina habian salido por la mañana y á cosa de las siete : la niña no quiso dejar aquella casa sin abrazar á la esposa de su hermano : entró, y creyéndola dormida, se acercó y la besó en la herida frente : sólo al levantar la cabeza observó el estrago doloroso que hizo la mano de Diego.

La pobre Julia estaba helada. Adelina la llamó, y no oyó su voz : la movió suavemente, y cayó inerte sobre el respaldo de su asiento : entónces salió y contó á su hermana lo que ocurría.

—No la incomodes, le dijo Natalia, y vámonos; y como viese lágrimas en los ojos de Adelina, la sacó de la habitacion y de la casa.

Julia, pues, quedó sola ; pero no se apercibió de ello, y permaneció toda la mañana en la misma postura.

A eso de las tres llamaron, pero creyó que soñaba ; no obstante, despues de repetirse dos ó tres veces los cam-



Julia estaba enferma y pálida.

Desde la noche en que habia sido tan cruelmente maltratada por su marido, su espíritu se acobardó, de modo que la luz la asustaba, y se aterraba de tener que vivir y que pensar.

Este es el efecto que producen los grandes dolores : la razon es débil contra ellos, y el corazon estrecho para contenerlos.

No era sólo el corazon de Julia lo que habia sufrido hondas y profundas heridas : estaba tambien ultrajado su amor propio : parecíale que su dignidad de mujer habia desaparecido y que jamas podria rehabilitarse á sus ojos.

El esfuerzo supremo que hizo para disimular su injuria en presencia de Natalia habia agotado sus fuerzas : así que aquélla desapareció con Adelina cayó yerta, helada, casi exánime, sobre un asiento, y en él la halló la aurora sin voz y sin color.

Tenía los ojos abiertos y no veía : su respiracion parecia haberse suspendido : no lloraba, no se quejaba : la

panillazos, se abrió la puerta y vió entrar, en donde se hallaba, á dos personas.

Era Mr. Picard, que llegaba acompañando á madame Merval, segun habia dicho, para presentársela á Julia, á fin de que se hicieran amigas y se inspirase la una en las obras de la otra.

Vista la inutilidad de sus campanillazos, se le ocurrió que la portera podia tener llavin, como sucede á veces en las casas en que no hay criados.

No se equivocó: la portera tenía llavin, y gracias á él, abrió la puerta y pudo entrar.

Al oír el acento fuerte de Mr. Picard, volvió en sí Julia por ese instinto de pudor tan poderoso en la mujer, y levantándose, quiso salir á recibirle; pero anduvo sólo dos pasos y volvió á caer sobre su asiento.

Mr. Picard dió dos vueltas por la sala con su grosería habitual, y oyendo decir á Julia, por un esfuerzo supremo de su voluntad, que habia dado una gran caída y que se sentia muy mal, se marchó, diciéndole que allí le dejaba á Mme. Merval, su vecina, que le haria un rato de compañía.

Clemencia se sentó al lado de Mme. Blanfort, le tomó las manos y le rogó dulcemente que le dijese lo que sentia: Julia repitió que se habia caido desde una silla; pero, al decir esto, sus ojos se llenaron de lágrimas y su corazón se alivió algun tanto del peso que le oprimia.

Clemencia le suplicó que le permitiese cuidarla, y con una actividad prodigiosa encendió lumbre y calentó el lecho de Julia, acostándola en seguida.

Pocos instantes despues cesaba el espasmo nervioso

de la desgraciada jóven: sus miembros perdieron algo de su espantosa rigidez y cobraron un poco del calor de la vida: Clemencia llamó á la portera y le encargó que fuera al instante á buscar un médico. Este no tardó en llegar, prescribiendo un tratamiento severo para Julia, que empezaba á delirar por la reaccion natural en las afecciones morales.

Su atroz contusion fué lavada con agua vegetal, curada y vendada por la ligera y amorosa mano de Clemencia.

Por la noche, Julia, algo más tranquila, abrió los ojos y se incorporó en el lecho: á la cabecera estaba sentada Clemencia: á los piés, su padre: la jóven habia cerrado los párpados sola en toda la tierra, y los abria rodeada de amigos.

El anciano fué el primero que tomó la palabra: se acercó al lecho con una timidez llena de candor, como si le avergonzára su caridad y la de su hija, y preguntó á la enferma:

—¿Cómo se siente V., hija mia?

—Mucho más aliviada, señor, contestó Julia, y luego añadió:

—¿Cómo podré yo pagar lo que hacen ustedes por mí?

—Querida niña, ¿no es un deber de cristianos ayudarnos los unos á los otros? La Providencia ha traído aquí á mi hija cuando podia serle útil: tanto mejor: otra vez hará V. algo por nosotros; pero ahora me voy, porque ya es hora que V. descanse. Clemencia queda aquí al lado de V., hasta mañana muy temprano.

El anciano salió con la ayuda de la portera, y las dos jóvenes quedaron solas: entónces Julia se arrojó llorando en los brazos de Mme. Merval.

— Llore V., llore, amiga mia, dijo ésta con cariño: el llanto la aliviará: yo sé lo que son los dolores del alma.

— ¡Oh, sí, necesito llorar! exclamó Julia, porque, como V. sabrá ya, es muy grande mi desgracia: ¿para qué he de ocultarle nada? ¿no habré yo revelado en mi delirio toda la extension de ella?

Julia, diciendo estas palabras y á través de sus lágrimas, miraba ansiosamente á Mme. Merval; pero ésta no sabía mentir, y su silencio, no ménos que la expresion de su rostro, dijeron á la pobre esposa que nada ignoraba ya.

— ¡Oh, amiga mia, le amaba tanto! exclamó Julia ahogada por los sollozos y volviendo á dejar caer su dolorida cabeza en el seno de Clemencia: yo no tenía más que á él sobre la tierra, y ahora me parece que estoy sola y abandonada de todos.

— ¿No soy yo nada para V.? preguntó Clemencia.

— ¡Oh, sí, áun debo dar gracias á Dios porque me concede una noble y generosa amiga!

Todo el resto de aquella noche se pasó haciéndose mutuas confianzas las dos amigas: no hay lazo más fuerte que el que forma el dolor, y al amanecer ya se querian las dos jóvenes con ese cariño íntimo y profundo que sólo se apaga con la vida.

Julia habia confiado todos sus pesares de seis años á Mme. Merval, sus decepciones en la vida conyugal, sus

secretas amarguras y todos los dolores de los últimos meses.

Clemencia le habia referido á su vez cómo Luis Merval, modesto empleado en un Ministerio, habia sido su primero y único amor: cómo se habia casado con él á los diez y siete años: lo dichosa que habia sido entre su esposo y su padre: cuánto Luis habia ilustrado su talento con la superioridad del suyo: cómo la animaba á hacer versos para él, y con cuánto calor y entusiasmo los aplaudia.

Cuando llegó á la época en que, despues de dos años de casada, perdió á su esposo, las lágrimas corrieron tambien por sus mejillas.

— Otros dos años hace, prosiguió despues, que he perdido á Luis, y ni un solo día he dejado de llorarle así, ni una sola noche de conversar con su noble alma por medio de algunas horas de fervorosa oracion!

— ¡Ah! exclamó Julia; dichosa V., amiga mia, que tiene en el cielo su amor, puro, fiel y exento de decepciones! El mio ha muerto entre el lodo de la tierra, y mil veces quisiera mejor llorar muerto á Diego que llorarle degradado y perdido para mí!

— No es aún muy desgraciada la que alimenta esos pensamientos egoistas, repuso Clemencia con un acento en el que habia una severidad, de la que no se la hubiera creído capaz, y que dejó absorta á Julia: no, continuó: no ha sufrido V. aún lo bastante para depurar su alma. ¡Acaso hay algo comparable al *no ser* de la persona que nos es más amada sobre la tierra! ¡Ojalá que la muerte de Luis hubiera sido sólo un sueño penoso, y

Dios me lo diese culpable y aun envilecido! La nada es lo único que no se atrae, ni con el amor ni con el sacrificio! ¡El alma puede regenerarse por mil medios que Dios tiene en su mano! La desgracia ¿no es un auxiliar para los que esperan? ¿No puede su marido de V. volver en busca de su hogar y de su esposa, desengañado y lleno de fatiga, como el peregrino que ha cruzado el árido desierto soñando un tesoro imaginario, y vuelve con los piés heridos en busca de la campiña donde fué dichoso en otro tiempo? ¡Ah Julia, una sola dicha he envidiado en el mundo, la dicha de perdonar, que es la que más nos aproxima á Dios!

Al hablar así, la frente de Clemencia radiaba con una inspiracion sublime: brillaban sus ojos, y sus labios sonreían con una expresion grave y tierna como sus palabras y como el eco de su voz.

Julia no respondió nada: aquellas frases penetraban en su corazon como el bálsamo de la esperanza: vió que aún le era posible perdonar, y esta idea, que habia brotado de la ardiente palabra de Clemencia, la consoló de su amargo y desolado dolor.

Sin embargo, su salud, que venía quebrantándose desde hacía largo tiempo, acababa de sufrir un golpe terrible: la enfermedad la postró, y durante muchos dias Mme. Merval la consoló y la cuidó como la hermana mas afectuosa y más tierna.

Puede suponerse que la amistad echaria hondas raíces en aquellas dos mujeres, ambas jóvenes, bellas y verdaderamente artistas. El talento no ha tenido jamas envidia del talento; porque ¿cómo se ha de envidiar uno á

sí mismo? Se ven muchas veces dos personas igualmente aplaudidas en sociedad, y que se aborrecen, dando esto lugar á que se diga que la emulacion no tolera semejantes; pero observando con cuidado á estas dos personas, sobre todo si son mujeres, se verá que la envidia sólo existe en el alma de la una, que la animadversión de la otra es desprecio, y por lo mismo, que no hay igualdad entre sus respectivos méritos, y que es mucho más sobresaliente el de la que desprecia que el de la que envidia.

No podia suceder esto entre las dos artistas: aunque hubieran rendido culto al mismo arte, las hubiera unido esa tierna simpatía que reposa, más que en nada, en la estimacion recíproca de las bellas cualidades del alma: las dos jóvenes se comprendían, y esto bastaba.

Julia habia gastado en su enfermedad, no sólo los dos mil francos que habia tomado adelantados por su cuadro, sino las pequeñas cantidades que su amiga le habia llevado por dos ó tres veces; este dinero no procedía de Clemencia: su vecino D. Fernando le decía algunas veces:

— ¿Cómo sigue la vecina?

— Un poco mejor, respondía Clemencia.

— ¿Y cómo se halla de numerario?

— Bastante mal: ahora siento por la primera vez de mi vida que mi padre y yo seamos tan pobres.

— Toma este poco de dinero, hija mia, y no le digas quién te lo ha dado: es tan mezquina la suma, que no merece que se nombre.

Julia, así que pudo levantarse, se ocupó asiduamente

de su cuadro, pero podía trabajar durante muy poco rato: estaba tan débil y abatida, á pesar de los consuelos de su amiga, que todos sus esfuerzos no le prestaban fortaleza alguna.

Amaba á su marido á pesar suyo: era una de esas pasiones, únicas y exclusivas, que no se pueden arrancar del corazón, y que más crecen cuanto están más contrariadas: quizá aquel amor se hubiera debilitado algo si hubiera sido feliz. Un día le dijo Clemencia:

— Mi querida Julia, un jóven que se llama Rafael de Montalvan, español y pintor, ha venido todos los días á preguntar por ti.

Las dos amigas se hablaban de tú, como si hubieran sido dos hermanas. Julia hizo un gesto de triste indiferencia: todo lo que no concernía al origen de sus penas tenía para ella muy escasa importancia. Clemencia prosiguió:

— Y no solamente ha venido todos los días, sino que despues de hallarte ya mejor, cuando yo volvía por las noches á mi casa, le veía parado en la acera y mirando á tu ventana, á través de cuyos cristales brillaba la débil luz de tu lamparilla. ¿Te ama ese jóven, Julia?

— Creo que sí, respondió tranquilamente la artista: al ménos, debía haberse casado conmigo, segun la voluntad de su padre, que fué mi maestro de pintura.

— ¿Le recibías ántes en tu casa?

— Sólo ha estado en ella una vez.

— Querida mia, dijo Clemencia con la dulce firmeza que le era habitual, debo advertirte que las exterioridades de ese jóven te pueden perjudicar en el ánimo de tu

marido, é impedir quizá una mudanza favorable en tu suerte.

— ¡Ojalá que yo pudiera amarle! suspiró Julia. ¿Acaso debo algo á la memoria del hombre que tan indignamente ha podido abandonarme, llevado de una envidia feroz?

— Ese hombre es tu esposo: llevas su apellido, y todos los sacrificios de Rafael, por mucho que te ame, no te traerían la paz de la conciencia que te deja tu dolor presente: es inútil buscar consuelos culpables para las grandes penas, Julia mia. Dios, supremo consolador de todos los dolores, no escucha nunca más que los gemidos de los corazones puros, y en tanto conserves en el tuyo un poco de amor á tu marido, no serás enteramente desventurada.

IV.

Después de esta digresión—precisa para la mejor inteligencia del lector—llevaré á éste con Clemencia á casa de Julia, quien, levantada ya, trabajaba delante de su caballete.

En el semblante de la jóven se advertía esa palidez uniforme, que procede, más que de dolores físicos, de sufrimientos del alma; sin embargo, sus ojos tenían ya una apacible expresión; su sonrisa había cambiado su amargura por un tinte de dulzura y de resignación, que decía mejor á su plácido rostro que la contracción nerviosa del dolor.

—¿Cómo va eso? preguntó Clemencia al entrar, disimulando su pena y fingiendo tranquilidad: ¿cuándo sale esa soberbia obra de las manos?

—Hoy debía salir, respondió Julia con tristeza, pero no sé qué fatalidad persigue mi trabajo.

—¿Ocurre algo de nuevo?

—Toma y lee.

Julia, al decir estas palabras, entregó á su amiga una carta, por la que ésta pasó la vista rápidamente: decía así:

«Veo que no hace V. caso de las advertencias que oyó hace poco más de un mes acerca de las intenciones que abrigo con respecto á Rafael: en tanto que V. no emplee su influencia obligándole á casarse conmigo; en tanto que avive su loco amor con ese fingido desden, que no puede engañarme, Diego seguirá preso en mis redes.

»Hoy el oro es su sola pasión: la envidia, que yo he sabido explotar, mis consejos, las perniciosas compañías que de continuo le rodean, y su práctica en el vicio, han arrancado de su alma todas las semillas del honor y de la probidad.

»Esto supuesto, sólo el día que le vea volver por sí mismo á su hogar para implorar el perdón de su esposa, será cuando yo desista de mi unión con Rafael, porque le amo; pero como esto no es posible, porque el sendero de la virtud, una vez abandonado, raras veces se vuelve á encontrar, aún hago á V. esta advertencia para aconsejarle que no siga provocando mi venganza.

AMANDA DE MONTALVAN.»

—¡Dios mío! exclamó Clemencia: ¿es posible que esta mujer olvide, para pensar en maldades, que su padre acaba de suicidarse!

—¿Qué dices? el Conde.....

—¡Se ha dado la muerte!

—Pero ¿cómo! ¿por qué?

—Ya sabes, por la carta póstuma de tu maestro, que ambos eran hijos de una familia honrada, pero muy pobre: el uno de ellos estudió tu arte divino: el otro, que

después compró un título de Conde, fué admitido como cajero en casa de un comerciante de Madrid llamado don Fernando Azagra.

—¿Y bien?.....

—Don Fernando hizo confianza de él, y el miserable, abusando de ella, defalcó la caja y se vino á París, abismo que traga tantos malhechores. Era jóven y osado; entró en la carrera diplomática, y pasó al extranjero, habiendo comprado ya su título; allí adquirió nuevas riquezas. En vano D. Fernando ha corrido tras él durante muchos años : en tanto que le buscaba en países lejanos, se hallaba el Conde en Madrid oculto bajo el más riguroso incógnito : supo después que residía en París y se vino aquí : le buscó y le encontró por fin : en vano el Conde le ofreció entregarle tres millones en vez de los dos que le había sustraído de su caja : en vano le ofreció toda su fortuna : D. Fernando, que había corrido durante toda su vida detrás de su venganza, se empeñó en llevar su queja ante los tribunales, y ya había recaído auto de prisión; pero al ver á la justicia, el Conde se disparó un pistoletazo.

—¿En su misma casa?

—Sí, en su misma casa.

—¿Y cuánto hace de eso? ¡Dios mio!

—Tres días.

—¡Y su hija piensa en proyectos de venganza! ¡Ah, desgraciada de mí con tal enemiga!

—¡Desgraciada de ella! Su padre ha muerto sin honor, y queda casi reducida á la pobreza, puesto que ha restituido á D. Fernando sus dos millones.

—¿Y ese hombre vengativo insiste en llevar este asunto á los tribunales?

—No; es la persona mejor y más humana de la tierra : se ha compadecido de esa desgraciada mujer y se ha contentado con el dinero que le restituye su primitivo esplendor, pues desde su infame despojo ha vivido en la pobreza.

La puerta, que se abrió con estrépito, interrumpió á Clemencia : las dos amigas volvieron la cabeza y vieron aparecer en ella la gentil figura de Adelina.

Venia elegantemente vestida : un traje de seda del mejor gusto, un chal de cachemira y un lindo sombrerito que dejaba ver las gruesas trenzas de sus cabellos negros, componian su atavío; pero en su semblante habia una tristeza profunda, y sus ojos habian perdido la deliciosa vivacidad que ántes los animaba.

—Buenos dias, Julia, dijo besando á la jóven en la frente : ¿conque, has estado tan enferma y nada me has enviado á decir? ¿Conque sufrias y yo no lo he sabido? ¡Eso no está bien hecho!

—No tenía con quién enviártelo á decir, querida Adelina.

—Pues..... ¿no tienes una criada que te sirva?

—¡Ya ves que no!

—¡Ay Dios, y Natalia tiene dos doncellas, dos lacayos, un cocinero y un ama de llaves!

—Dios le da medios para ello, y á mí no, hija mia; debemos no interpretar su voluntad, sino resignarnos á ella.

—¿Medios? yo no sé dónde están : ántes le traian

mucho dinero, pero ahora ya no : y lo que es en el teatro no la aplauden ; al contrario, yo desde el palco en que estoy oigo que dicen que lo hace muy mal, y que ni áun sabe hablar frances ; pero lo que no comprendo es cómo al mismo tiempo la elogian tanto los periódicos.

—¿La elogian?

—¡Hasta las nubes! Es verdad, añadió la niña con una sencillez encantadora, que todas las noches cenan en casa con Natalia tres ó cuatro periodistas.

—¿Todas las noches?

—Sí, todas : ¡si es una vida la que llevamos! Figúrate que Natalia se levanta á la una de la mañana; se viste, almuerza y se va al ensayo; viene á casa, come y se va al teatro; sale del teatro y se vienen á casa con ella seis ú ocho caballeros y otras dos ó tres actrices, y cenan y juegan.

—¿Y Diego no asiste á esas cenas? preguntó Julia con voz que temblaba.

—Algunas veces sí, pero son las ménos : casi todas las noches llega á los postres y dice : «Ya he cenado con la Condesa.»

Julia alzó al cielo una mirada tan dolorosa, que Adelina se conmovió al verla, y adivinando algo de la verdad con su penetrante instinto, añadió con mayor ligereza :

—Pero hablemos de otra cosa : Julia, has de saber que vengo á exponerte una petición.

—¿Una petición á mí? Veamos cuál es.

—Es decirte que quiero venirme otra vez á vivir contigo.

—¿Es posible? ¿quieres dejar la alegre casa de Natalia, su bulliciosa sociedad, por mi compañía?

—Sí, aquí estaba yo mucho más contenta : yo no sé lo que tienes tú, Julia, que te amo más que á mis hermanos : viéndote, soy feliz : con sólo que me digas : *eso que has hecho es bueno*, ya me considero dichosa : ¿qué será esto, señora?, prosiguió la muchacha volviéndose hácia Clemencia con una candidez adorable y llena de confusion.

—Eso es, querida mia, que la bondad y la virtud cautivan siempre : ama V. á Julia porque es digna de ser amada.

—Y luégo..... ¡allí vivo tan sola! Esos periodistas que alaban á mi hermana porque les da de cenar son groseros..... ó me dicen necedades y me tutean, ó se rien de mí..... El otro dia.....

Aquí se detuvo Adelina, y sus mejillas se vistieron de un vivo y ruboroso encarnado.

Julia y Clemencia la miraron asombradas, y esperaron en vano á que prosiguiese, durante algunos instantes.

—Vamos, ¿qué pasó el otro dia? preguntó Julia al ver que continuaba callada y confusa.

—Estaba yo en el balcon..... prosiguió la jóven, á cuyos ojos asomó una lágrima de dolorosa cólera, y Natalia estaba tambien allí sentada en un sillón, y un poco más adentro, hablando con algunos caballeros : yo vi que Natalia hizo una seña á uno que me miraba mucho; sin embargo, no hice caso; pero de repente sentí sonar un beso sobre mi cuello, y me volví llena de ira con la ma-

no levantada para descargar sobre aquel insolente un bofetón, porque lo merecía, ¿no es verdad? ¿Qué derecho tenía él para besarme á mí, no siendo mi padre ni mi hermano?

— Prosigue, querida mía, dijo Julia con voz que parecía oprimida por el rubor que le causaba aquel inocente relato.

— No pude pegar, como hubiera querido, á aquel insolente, prosiguió la niña, porque Natalia se levantó de su asiento, vino de puntillas sin que yo la viera y me asió la mano que yo habia levantado, sujetándola y riendo á carcajadas.

— ¿Y no reprendió á aquel caballero con el enojo que merecía su vil acción?

— Nada de eso : ¡al contrario! me miró con aire burlesco y le dijo :

— No hagas caso, querido Carlos — ella tutea á todo el mundo; — ya amansaremos á esta fierecilla.

— Yo me salí de allí llorando de rabia. Ya voy á tener pronto quince años : ya no soy una niña, y no quiero sufrir, como mi hermana, que me falten al respeto esos hombres á quienes no conozco. Esto sucedió hace tres dias : yo me encerré en mi cuarto y no quise salir de él : á la hora de comer vino á buscarme una de las doncellas de Natalia.

— No quiero bajar al comedor, la dije.

— Es preciso, señorita, contestó ; y le voy á aconsejar una cosa, y es que sea V. un poco más amable con los amigos de su hermana, porque si no, lo pasará V. muy mal.

— ¡Cómo! ¿es ser amable el dejarse besar el cuello por un desconocido? Pues entónces ¡no seré amable jamás!

— Y su hermana de V. se enfadará mucho y la maltratará : no puede V. imaginar lo colérica que se halla hoy : á mí misma me ha dicho :

— Como esta chiquilla no haga bondad y siga tan arisca, pronto me libraré de ella.

— ¿Que se libraré de mí? exclamé asustada ; ¡ay Dios! ¿y cómo?

— Encerrándola á V. en un colegio.

— Ya ves, prosiguió Adelina, ¡encerrarme á mí en un colegio á los quince años! ¡yo creo que me moriría de vergüenza y de pesar! Por eso, pues, y pensándolo bien, querida Julia, para librarme de besos ó de encierro, quiero quedarme á vivir á tu lado; te acompañaré, seré buena, haré labor, porque ántes no trabajaba porque Natalia me decia que no lo hiciera, y me habia enseñado á pasarme, como ella, la vida en el balcon, cosa que ya me fastidiaba mucho.

— Mi querida niña, respondió Julia, yo quiero, sí, yo quiero que te quedes conmigo. Aquí serás dichosa, porque serás honrada, que es la verdadera felicidad; pero ¿te dejarán tus hermanos á mi lado, siendo en cierto modo una extraña para tí?

— ¿Y qué importa que no me déjen? exclamó Adelina impetuosamente : ¡yo quiero estar contigo, y nadie me lo puede impedir! ¡Era yo tan dichosa viéndote pintar y pasando algunos ratos en casa de esta señora tan bella y tan amable! Allá, en casa de Natalia, todo es

barullo, confusion, ruido, comer todo el día, pasar en la cena toda la noche..... Ellos dicen palabras malas; ellas van escotadas como para un baile, y rien como unas locas, y beben mucho vino de todas clases. ¡Parece aquello un infierno! ¡Me repugna que me besen aquellas mujeres descaradas; que me tomen la mano aquellos hombres, que entran elegantes y bien vestidos, y se ponen, despues de la cena, embriagados, encendidos y con el cabello descompuesto!..... ¡No, no quiero estar allí! ¡Comparado con aquel infierno, esto es un cielo de color de rosa, y sin embargo, Natalia está gruesa y alegre, y tú, mi pobre Julia, estás enferma y triste..... ¡Eso consiste en que aquí te falta la alegría porque vives sola, y es preciso que te la traiga yo!

—Vive, pues, á mi lado, hija mia, repuso Julia besando de nuevo á la niña en la frente : participarás de mi pobreza, pero conservarás tu luminosa aureola de candor. Yo te doy gracias por tu cariño, porque éste me hará ménos infeliz : al ménos tendré algo de *él* junto á mí!

—¡Ah! exclamó Adelina como quien recuerda de repente una cosa : ¡ya no me acordaba!

—¿De qué?

—¡De que está *él* ahí abajo. ¡Ahora, al nombrarle tú, y al ver aún en tu frente la señal que te hizo su mano, he recordado lo que acaba de decirme!

—¿Y qué te ha dicho? exclamó Julia levantándose pálida y convulsa.

—Vino cuando yo : sin duda detras de mí, porque yo nada sabía, y entró en el patio cuando yo empezaba á

subir la escalera : me llamó, y yo volví la cabeza : entónces me dijo : «Oye, pídele á Julia la llave de mi cuarto.»

—¿Y por qué no se la pides tú? le pregunté.

—No me atrevo : quizá me la negaria; debe estar muy enojada conmigo.

Julia no respondió : fué á una mesa que se hallaba colocada en un rincon del taller, y tomó de ella la llave de la habitacion conyugal, que recogia por precaucion cuando se retiraba á trabajar.

—¿Quieres que se la dé? preguntó Adelina.

—No, respondió la jóven : yo misma se la llevaré.

—¡Dios mio! exclamó la niña al verla salir; pero ¿por qué va ella? ¡le puede dar otro golpe! ¡jamás hubiera creído lo poco rencorosa que es!

Clemencia no respondió : estaba enjugando las lágrimas que llenaban sus ojos, al ver la sublime conducta de Julia.

Diego esperaba en el descansillo de la escalera, inmóvil, avergonzado y oculto en la sombra.

Habia ya en aquel hombre, que apenas llegaba á los treinta años, algo de malhechor endurecido y furioso contra la sociedad, que le rechaza sin compasion, y á la que él ofende sin temor y sin vergüenza, como su enemigo más formidable.

Oyó pasos, y creyendo que era Adelina, se adelantó algun tanto y salió de la sombra que le envolvía, apareciendo su desgredada cabeza en la penumbra clara y diáfana que proyectaba la ventana de la reducida antecámara.

En su azoramiento no vió que la esbelta figura que bajaba por la escalera del taller no era la de su hermana, sino la de su esposa: las estaturas de Julia y de Adelina eran tan semejantes, que en su alucinacion no era extraño que las equivocase.

—¿Te ha dado la llave? preguntó creyendo hallarse con su hermana.

—Tómala, respondió suavemente Julia presentándosela.

Al oír aquel dulce acento, que tan profundo eco habia despertado en su corazon en dias mejores, se estremeció Diego: volvió á mirar la delicada figura que tenia delante, y murmuró:

—¡ Ah! ¡eres tú!

—Sí, Diego, yo soy, respondió Julia: toma la llave.

—Venga, respondió él tomándola rápidamente, como si la presencia de su esposa le fuese intolerable, y dió dos pasos hácia la habitacion que queria abrir: luego volvió atrás, y dijo á su mujer, que permanecia inmóvil:

—Oye, voy á recoger unos papeles que me dejé en mi buró.

—Vé á lo que quieras, respondió Julia: ¿no eres dueño de tu casa?

Diego la miró asombrado: ¡su casa! ¿podia, pues, aún creerse el dueño de aquella casa, despues de vivir hácia cerca de dos meses en los más infames garitos de París?

A este pensamiento siguió otro de conveniencia particular: se dijo que, supuesto que aquélla era su casa, podia volver á ella y ocuparla las horas que le conviniese mejor. Volvióse, pues, á Julia, y le dijo con voz que él deseaba seguir haciendo dura, pero que empezaba á ser algo trémula:

—Entónces, vendré á dormir aquí por las noches.

—Cuando quieras, repuso Julia: tu cama está hecha y preparada: tu ropa, toda limpia y arreglada: puede servirte cuando la necesites ó cuando la quieras usar.

—Me vestiré entónces, repuso Diego con voz que temblaba cada vez más.

—¿Quieres almorzar ántes? Esta es la hora en que acostumbrabas hacerlo.

—No vendría mal, contestó Diego, que sentía hambre, y con razón, pues hacía tres días que no tenía un cuarto, y no se atrevía á ponerse ante la sociedad de su hermana, á causa del miserable estado de sus vestidos.

—Pues vé al comedor, dijo Julia, que ahora te llevaré el almuerzo.

Mr. Blanfort entró en efecto en el pequeño y aseado comedor de *su casa*; todo en él le recordaba días más felices; las paredes estaban adornadas con cuatro lindos cuadros, debidos á su fácil y suave pincel, que representaban aves asadas, excelentes y variadas frutas y sabrosas viandas: eran cuatro cuadros de bastante mérito.

En el testero principal había un pequeño y bonito armario lleno de loza modesta, pero limpia y nueva, y de cristal comun y liso, pero brillante por su exquisito aseo.

Sobre la mesita de nogal pulimentado, que ocupaba el centro de la estancia, había un ramo de flores silvestres, regalo de Clemencia á su amiga en el día anterior, y que exhalaba un delicioso aroma.

La paz del alma, la tranquilidad de una vida pura é irreprochable, la presencia de una mujer jóven y llena de encanto, comunicaban á los menores detalles de aquel aposento de familia un perfume inexplicable de graciosa suavidad.

El alma de Julia llenaba su solitaria casa, y á través de la ventana abierta se oía la fresca voz de Adelina, quien, cediendo á la ligereza de impresiones de su edad, cantaba una arieta.

Diego se miró en los limpios cristales de la ventana, y la figura que se reflejó en ellos le causó miedo y horror: ya no era su aspecto pobre y descuidado: era sórdido y feroz: sus ojos se habían hundido, y un vapor de humo y de sombra cubría su ántes tan vivo resplandor: su camisa había desaparecido avergonzada bajo los grasientos pliegues de una corbata vieja: faltaban á su levita algunos botones, y otros enseñaban la armadura, faltos de tela que los cubriese: su calzado estaba roto, y sus manos sucias, de los grasientos naipes que había estado manejando, por cuenta de otro, toda la noche anterior.

Cuando oyó á Julia, se sentó avergonzado en el rincón más oscuro del comedor: la jóven abrió la parte inferior del armario, y sacó un mantel blanco como la nieve, que extendió sobre la mesa, un cubierto de plata, una copa de cristal y una botellita que contenía un poco de vino.

Luégo volvió con un trozo de asado, un panecillo y una taza de excelente y humeante café, que dejaba en pos de sí un delicioso aroma.

Diego la miraba ir, venir y servirle, como si viese todo aquello á través de las nieblas de un sueño; pero se convenció de que estaba despierto al descubrir aún en la noble frente de Julia una gran señal amarillenta que se extendía hasta su mejilla.

Era el golpe que él le había dado, y que permanecía allí como su acusador.

Así que tuvo servido el almuerzo, le dijo Julia:

—Come ántes de que se enfrie, amigo mio.

Luégo se sentó al lado de la ventana, poniéndose á

trabajar en una tapicería empezada y colocada en un cestillo de labor.

Diego iba á decirle: «Y tú ¿no almuerzas?»; pero echó una mirada sobre sí mismo y tuvo vergüenza de preguntárselo.

Estaba á mitad de almorzar, cuando Julia se levantó y le dijo:

—Voy á prepararte la ropa para que te vistas: baja cuando quieras.

—Mr. Blanford no respondió: desde que salió su esposa empezó á comer con mucha mayor confianza: tenía hambre.

Así que acabó, bajó á su cuarto y se puso á vestir.

En aquel aposento habia señales evidentes de la presencia de Julia: allí se veia el peinador que se ponía al levantarse: en otro lado, sus botitas negras, que parecían de niña: más léjos, el tocador que contenía los peines con que alisaba sus hermosos cabellos rubios.

Cuando Diego estuvo vestido, Julia abrió un cajón de su secreter, en cuyo fondo aparecieron dos monedas de á cinco francos.

—Toma lo que quieras, dijo con voz suave: es todo lo que tengo: esta mañana me las prestó una amiga, pero llévatelas si te hacen falta.

Diego se ocultó el rostro con las manos y huyó desfavorido del aposento.

Cuando ya bajaba la escalera, oyó á Julia que le decía:

—Vuelve cuando quieras, amigo mío: no saldré de casa.

LIBRO CUARTO.

I.

EL MUSEO DE PINTURAS.

El magnífico peristilo del Museo de Pinturas, situado en el Louvre, estaba lleno de lacayos, que tenían á la vista sus carruajes parados al pié de la gran escalera que precede á la puerta principal.

Era un hermoso día de primavera y las cuatro de la tarde: sin cesar llegaban más carruajes, de los que salían elegantes damas y gallardos caballeros, que subían rápidamente la escalera y entraban en el Museo con cierta ansiedad acelerada, poco comun en esas gentes, que hacen alarde de ser indiferentes á todo. Llegaban también muchos carruajes de alquiler, conduciendo á personas de la clase media: de éstos salían jóvenes que no cedían en belleza y gracia á las aristocráticas damas de los magníficos carruajes propios, pero cuya mirada era más modesta y cuya sonrisa era mucho más apacible.

Los criados habian formado diferentes grupos.

A un lado se hallaban reunidos los lacayos de la aris-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

trabajar en una tapicería empezada y colocada en un cestillo de labor.

Diego iba á decirle: «Y tú ¿no almuerzas?»; pero echó una mirada sobre sí mismo y tuvo vergüenza de preguntárselo.

Estaba á mitad de almorzar, cuando Julia se levantó y le dijo:

—Voy á prepararte la ropa para que te vistas: baja cuando quieras.

—Mr. Blanford no respondió: desde que salió su esposa empezó á comer con mucha mayor confianza: tenía hambre.

Así que acabó, bajó á su cuarto y se puso á vestir.

En aquel aposento habia señales evidentes de la presencia de Julia: allí se veia el peinador que se ponía al levantarse: en otro lado, sus botitas negras, que parecían de niña: más léjos, el tocador que contenía los peines con que alisaba sus hermosos cabellos rubios.

Cuando Diego estuvo vestido, Julia abrió un cajón de su secreter, en cuyo fondo aparecieron dos monedas de á cinco francos.

—Toma lo que quieras, dijo con voz suave: es todo lo que tengo: esta mañana me las prestó una amiga, pero llévatelas si te hacen falta.

Diego se ocultó el rostro con las manos y huyó desfavorido del aposento.

Cuando ya bajaba la escalera, oyó á Julia que le decía:

—Vuelve cuando quieras, amigo mío: no saldré de casa.

LIBRO CUARTO.

I.

EL MUSEO DE PINTURAS.

El magnífico peristilo del Museo de Pinturas, situado en el Louvre, estaba lleno de lacayos, que tenían á la vista sus carruajes parados al pié de la gran escalera que precede á la puerta principal.

Era un hermoso día de primavera y las cuatro de la tarde: sin cesar llegaban más carruajes, de los que salían elegantes damas y gallardos caballeros, que subían rápidamente la escalera y entraban en el Museo con cierta ansiedad acelerada, poco común en esas gentes, que hacen alarde de ser indiferentes á todo. Llegaban también muchos carruajes de alquiler, conduciendo á personas de la clase media: de éstos salían jóvenes que no cedían en belleza y gracia á las aristocráticas damas de los magníficos carruajes propios, pero cuya mirada era más modesta y cuya sonrisa era mucho más apacible.

Los criados habian formado diferentes grupos.

A un lado se hallaban reunidos los lacayos de la aris-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tocracia, con sus soberbias libreas y sus enormes pelucas, lanzando sarcasmos sobre los cocheros de alquiler, y sobre los carruajes y caballos que conducian.

Estos formaban sociedad aparte y colmaban de dictorios, en voz baja, á los aristocráticos é hinchados servidores.

Procederémos tambien por orden de categorías, para no alterar la marcha social, querido lector, y nos aproximaremos á los lacayos de las suntuosas libreas.

—¿Qué! ¿está aquí tu amo tambien, Pedro? preguntó uno de los que hablaban á un lacayo grueso y colorado que, con otro compañero suyo, acababa de bajar de la trasera de una soberbia berlina verde.

—¿Pues no ha de estar? respondió el interpelado; ¿deja él de ver alguna novedad?

—Nuestros amos están todos locos con ese dichoso cuadro, añadió un cazador cubierto de bordados.

—Lo que es el Sr. Vizconde no viene ya por ver el cuadro, repuso Pedro con mal humor, sino porque viene su maldecida actriz, que nos cuesta más viajes... y más fatigas...

—¿Quién? ¿Mlle. Emma?

—¡Bravo! ¡Está enterado Juan! exclamaron en coro todos los lacayos.

—¿Por qué decis eso?

—Pues, tonto, ¿no sabes que la que manda hoy, así en el Sr. Vizconde como en mi amo y en algunos otros, es Mlle. Natalia?

—¿Quién? ¿La española?

—La misma.

—¿Ese sargenton de la Gaité?

—La misma.

—Pero ¿qué mérito le hallan? ¡Si ya está cerca de los treinta! Al ménos Mlle. Emma y otras de sus compañeras son jóvenes y bonitas.

—Pero son muy afeminadas, y lo que cautiva en Natalia es su aire varonil y su...

—Y que lleva mantilla.

—Y que galopa en el bosque de Bolonia todas las tardes como una condenada.

—Y que tira al florete y á la pistola.

—Y que es en extremo desvergonzada.

—Basta, estoy convencido de que tiene muchos encantos, dijo Juan, porque para nuestros amos, cuanto más sin vergüenza es una mujer, tanto más mérito le encuentran.

—Y eso que hay muchas así.

—¡Ya lo creo! sobre todo en esa profesion; pero Mlle. Blanfort es un prodigio de impudor y de descaro.

—Pero ¿cómo sabeis... interrogó cándidamente Juan, mirando embobado á los compañeros.

—¿Que cómo sabemos? exclamó Pedro con una carcajada: ¡de la manera más sencilla! ¡Nuestros amos no se guardan para nada de nosotros! ¡Somos sus confidentes y hablan cuanto les ocurre en nuestra presencia!

En aquel instante llegaron varios carruajes al pié del peristilo: algunos eran propios, otros de alquiler: de uno de estos últimos bajaron dos jóvenes, aunque de diferente edad: de otro de los lujosos se apeó una mujer alta, de regulares carnes, muy morena, y cuyo semblan-

te atrevido y varonil estaba alumbrado por dos grandes y fogosos ojos negros.

Aquella mujer vestía con gran esplendidez: su traje de seda estaba guarnecido de ricos volantes de encaje negro; una mantilla, también de encaje, dejaba ver dos bandas de cabellos negros y lustrosos, y acusaba, tanto como sus ojos, su origen español: llevaba ricos guantes, y al bajar de su coche levantó tanto la falda de su traje, que mostró un pié muy pequeño para su estatura, y la entrada de una pierna robusta y bien torneada.

Todos los caballeros que salían del Museo y algunos que iban á entrar se detuvieron á mirar á aquella mujer, que tenía para ellos ese atractivo que ejercen las españolas sobre los franceses, ó mejor dicho, sobre los hombres de todas las naciones del mundo, por su airoso porte y su gracia natural.

La de aquella mujer era provocativa y descocada, por decirlo así; pero había en ella tanta vida, tanta resolución y gallardía, era tan elevada su estatura, tan redondas y voluptuosas sus formas, tan ardiente su mirada y tan pequeño su pié, que todos, incluso los lacayos, se quedaron contemplándola como embelesados.

— Ahí teneis á Mlle. Blanfort, dijo Pedro á sus compañeros.

— ¡Soberbio bocado! murmuró uno.

— ¡Ya lo creo! tiene un no sé qué arrebatador...

— Justamente; ese no sé qué es el que arrebató al público de la Gaité, que la aplaude á rabiar, no obstante ser sólo una actriz muy mediana.

— ¡Ah! ¿con que vale poco?

— ¡Como actriz, poquísimos! Pero tiene una alma y una cosa que arrebató, como dice Pedro.

— ¡Mira, mira! se acerca á esas pobretonas que han bajado de ese carruaje de alquiler!

— ¡Es verdad!

En efecto; las dos jóvenes que habían bajado del fiacre eran Clemencia y Adelina, y Natalia se había acercado para ver á su hermana.

— ¡Ah, pícara, ingrata! le dijo; ¡al fin te vuelvo á ver!

Adelina, atemorizada, retrocedió hasta ponerse al lado de Clemencia, quien al observar que ni aun con la cabeza la saludaba la actriz, se había retirado algunos pasos.

— Vamos, prosiguió Natalia besando á su hermana en la frente, ¡no tengas miedo! ¿Quieres vivir con Julia? ¡sea enhorabuena! Ahora ya me importa ménos, porque se ha hecho mujer á la moda.

— ¿Verdad que sí? exclamó Adelina con entusiasmo y acercándose á su hermana. ¡Oh, todos lo dicen, y aseguran que ese cuadro suyo, que ha comprado el Gobierno, es sublime, magnífico, incomparable, ¡y toda esta gente viene á verlo, ¿es verdad?

— Es cierto: hé aquí por qué te digo que ya es una mujer á la moda.

— Perdóneme V., señorita, dijo Mme. Merval acercándose: yo creo que Mme. Blanfort es algo más que una mujer á la moda.

— ¿De véras, señora? preguntó Natalia mirando de un modo muy desdeñoso á aquella joven, á quien reco-

noció por la vecina de la buhardilla de enfrente. ¿Qué cosa más bella se puede ser en este mundo que mujer de moda, es decir, mujer obsequiada, halagada por todos y envidiada por todas?

— Es mucho más hermoso ser mujer de talento; créalo V., señora.

— ¡Ah! ya; V. habla así, porque se dedica á escribir, á hacer novelas: nunca tendrá V. un cuarto: en mi país todos los literatos son pobres: á todas las escritoras se les burlan... Jamas tendrá V. un cuarto, se lo repito. Cervántes, que era el mejor literato de mi país, segun dicen, murió de hambre.

Al acabar de pronunciar Natalia estas palabras, vió bajar de un lujoso cabriolé á un jóven de elegante y graciosa figura.

Este vió tambien á Natalia y se dirigió á ella.

La actriz besó de nuevo en la frente á su jóven hermana, saludó á Mme. Merval con su gesto desdeñoso, y se volvió hácia el caballero del cabriolé.

— ¿Cuántas veces quieres ver el cuadro de mi cuñada, querido Marqués? preguntó Natalia.

— ¡Mil veces, todos los dias si pudiera! respondió el interpelado con un entusiasmo indecible. ¡Es divino, arrebatador! Dime, ¿es jóven su autora?

— Veintitres años.

— ¿Y es bonita?

— Dicen que sí; mi hermano cuando la amaba la encontraba divina.

— ¿Y no la ama ya?

— Ni pizca, respondió Natalia asiendo entre sus blan-

cos dientes el extremo de la uña de su pulgar, con un gesto de desenfado, pero que no carecia de gracia.

— De modo que ella tendrá un amante, dijo el Marqués preocupado.

— ¿Ella? ¿Amantes Julia?

— ¡Ah! ¿Se llama Julia? ¡Qué delicioso nombre!

— No tiene ni ha tenido más amores que con mi hermano.

— Pero ¿no dices que éste ya no la ama?

— No sólo no la ama, sino que la ha hecho sufrir todos los martirios imaginables, desde prohibirle que pintase hasta dejarla padecer hambre, y lo que es más, hasta pegarle. ¡Si es tonta de remate!

— ¡Tonta la que ha pintado ese cuadro! ¡Ay, Natalia, no sabes lo que dices! En fin, quiero que me presentes á esa divina tonta.

— ¡Imposible, amigo mio, imposible!

— ¿Por qué?

— Estamos así... medio torcidas; no tenemos el mismo modo de ver las cosas. Luégo, tengo una hermanita á la que ella quiere para sí, para hacerla rezar como ella, y coser como ella, y acaso pintar como ella, y de la que yo queria hacer una actriz.

— ¿Como tú? preguntó el Marqués con ironía.

— Sí, como yo, ó mejor; pero como al mismo tiempo no quiero contrariar la voluntad de la niña, y ella se inclina ahora á Julia, se la he dejado; lo que no quiere decir que esté nada contenta ni con una ni con otra. Pero ¿no vas adentro?

— No: tengo que esperar aquí á un amigo... dijo el

Marqués, que aunque cenaba muchas noches en casa de Natalia, no quería que le viesen con ella en un sitio público.

—Pues adios, dijo la actriz : voy á ver esa maravilla, obra de Julia : luégo nos encontraremos.

—Hasta luégo.

Natalia le alargó la mano, que él tomó mirando con recelo en derredor suyo, y que soltó lo más pronto que pudo.

La actriz entró en el Museo : el Marqués se quedó en el peristilo, decidido á no entrar en el salon donde se hallaba el cuadro, hasta que la actriz hubiera salido de él, para no exponerse á soportar delante de testigos su ruidosa conversacion y sus alardes de intimidad.

Natalia se halló bien pronto ante el cuadro de Julia, que á la sazón, lo mismo que durante los tres dias que estaba expuesto, era contemplado por una multitud de personas lujosamente ataviadas.

La novedad del dia, la novedad palpitante, era el cuadro de Julia Rivas, del que se habia ocupado la prensa entera con entusiasmo, y que habia adquirido el Gobierno por una cantidad muy respetable, de su propietario, que era un oscuro comerciante llamado Mr. Picard.

Sin embargo, Julia sólo habia cobrado por él tres mil francos; dos mil adelantados y que su enfermedad habia consumido, y mil al entregarlo, de los cuales debia quinientos : con los otros quinientos tenia que vivir hasta que concluyese un nuevo trabajo, que debia ser muy lento á causa del estado de debilidad en que se hallaban su pulso y su vista.

El cuadro era tan maravillosamente bello, que los más profanos se detenian extasiados delante de él.

Representaba, segun he dicho ya, *El Egoismo*, ese odioso defecto que tanto habia hecho sufrir á la pobre Julia.

La figura principal era un hombre grueso, sentado ante una mesa opíparamente servida, bajo un cenador entoldado de pámpanos : á lo léjos se descubria el mar agitado por una espantosa borrasca : dos barcas pescadoras luchaban con el furor de las olas : las figuras de los pescadores, aunque pequeñas, retrataban la agonía de la situacion con la más horrible verdad : uno elevaba las manos al cielo; otro, arrodillado sobre la barca, miraba con una especie de indolencia dolorosa el cadáver de un compañero suyo, muerto de un golpe que brotaba sangre en su sien, y que sin duda habia recibido en uno de los vaivenes de la barca; otros se asian á las velas con la energia de la desesperacion.

Entre tanto, el egoista comia bajo el delicioso cenador entoldado de hiedra y pámpanos : á sus piés, y mirándole, habia un perrillo flaco y triste, que parecia implorar con angustia un poco de pan.

A la derecha del gloton, y sentada en un escaño, una mujer jóven, hermosa y delicada, sostenia con profundo dolor á un niño tendido en su regazo y que parecia muy enfermo : en las facciones de aquella mujer habia una expresion sublime de pena exaltada y de reprimida indignacion : en el modo con que rodeaban sus brazos el cuerpo de la criatura se adivinaba el amor maternal, al mismo tiempo que en la expresion de sus negros ojos,

que clavaba con amargura en el gloton, se veía á la esposa ultrajada en lo más sagrado, en su propio hijo, cuyas dolencias no quitaban á su padre el apetito.

Detras del asiento de la jóven, una aldeana de edad madura, con los ojos dilatados y el semblante cubierto con las sombras del terror, miraba el naufragio de los marineros; mas para advertir que tambien el estado del niño causaba mucha parte de su pena, tenía asida con una expresion admirable de suave é íntima ternura una mano del infantil enfermo.

La figura de éste era la más notable del cuadro: parecia tener de cinco á seis años: sus formas participaban de la morbidez de esos amorcillos de los cuadros mitológicos y del vigor de los niños romanos; pero á traves de los restos de una hermosura que debia haber sido fuerte y enérgica, se veía correr la muerte por sus venas.

Junto á la madre habia una cuna; el niño se hallaba en el regazo de su madre, medio envuelto en las ropas del pequeño lecho, del que sin duda le habia sacado, llevada de una ánsia indescriptible.

En aquel cuadro, de gran tamaño, estaban representados con la más rara energía los sentimientos más opuestos: el terror parecia haber encerrado en sus dominios á los desventurados náufragos.

La desesperacion estaba representada por la jóven madre.

La ternura ineficaz é inútil en la aldeana; el sufrimiento y la inocencia en el niño; la humildad en el perro, y el egoismo, el helado y cruel egoismo, en el

hombre que comia y que miraba con una especie de placer sórdido y brutal un pedazo de ave que tenia asido con su tenedor, olvidándose de que en torno suyo sólo imperaban el espanto y la muerte.

Los espectadores dejaban escapar exclamaciones de asombro ante el cuadro.

— ¡Qué expresion en las figuras! decia uno.

— ¡Qué colorido! exclamaba otro.

— ¡Qué ropajes!

— ¡Qué filosofia en la composicion!

Clemencia y Adelina escuchaban todo esto; á cada exclamacion volvia la niña hácia su amiga su lindo rostro radiante de alegría, como diciendo: « ¡Tienen razon! »

Una vez, al volverse, palideció y se estremeció con tal violencia, que Mme. Merval lo notó y se volvió tambien asombrada.

Un jóven alto y pálido, de fisonomía noble y distinguida, estaba detras de Adelina: ésta, pasado el primer movimiento de sorpresa, le alargó la mano con cordialidad.

— Buenas tardes, señor de Montalvan, le dijo: ya deseaba ver á V. y me alegro mucho de encontrarle aquí. ¡Como V. no quiere venir á verme á casa de mi hermano! Eso no es justo, pues ya sabe V. que éramos muy amigos en casa de Natalia.

— Iré, señorita, respondió él, saludando con la cabeza y con profundo respeto á Clemencia.

— Es D. Rafael de Montalvan, dijo Adelina, presentándole á la escritora: pintor español é hijo del maestro de Julia.

Mme. Merval saludó á su vez.

— Yo le veía, continuó Adelina, en casa de Natalia; ésta le conoció en casa de esa señorita tan rica que le consiguió su ajuste, y que es prima del señor de Montalvan, y le ofreció su casa, con lo que este caballero se hizo muy amigo suyo, y mío tambien.

Rafael elogió el cuadro con palabras generales y se despidió, siguiéndole Adelina con una mirada triste.

Poco despues las dos jóvenes volvian á tomar su fiacre y se dirigian á sus casas.

Adelina, triste y preocupada, no pronunció una palabra en todo el camino.

II.

LUGARES SOMBRÍOS.

Por la noche de aquel dia, que abria al fin para Julia de par en par las puertas del templo de la inmortalidad, un hombre alto, flaco y vestido con un miserable traje negro entraba en casa de Amanda, ya condesa de Montalvan por el suicidio de su padre.

Los criados le conocian sin duda, porque, á pesar de su miserable aspecto, le dejaron pasar hasta uno de los salones de recibo, y el que le habia introducido fué á avisar á su señora.

Esta tardó poco en salir; vestia de luto riguroso, y su fealdad hubiera parecido entonces á Julia lo que su maestro decia en su carta póstuma: digna de un monstruo.

Tenia las mejillas hundidas y hundidos los ojos, los labios descoloridos, y habia enflaquecido de un modo espantoso.

La catástrofe que puso fin á la vida de su padre, el repentino desfalco de su fortuna, de la que, como ya sabemos, habia tenido que devolver dos millones á don Fernando Azagra, y sobre todo, el constante desden de

Mme. Merval saludó á su vez.

— Yo le veía, continuó Adelina, en casa de Natalia; ésta le conoció en casa de esa señorita tan rica que le consiguió su ajuste, y que es prima del señor de Montalvan, y le ofreció su casa, con lo que este caballero se hizo muy amigo suyo, y mío tambien.

Rafael elogió el cuadro con palabras generales y se despidió, siguiéndole Adelina con una mirada triste.

Poco despues las dos jóvenes volvian á tomar su fiacre y se dirigian á sus casas.

Adelina, triste y preocupada, no pronunció una palabra en todo el camino.

II.

LUGARES SOMBRÍOS.

Por la noche de aquel dia, que abria al fin para Julia de par en par las puertas del templo de la inmortalidad, un hombre alto, flaco y vestido con un miserable traje negro entraba en casa de Amanda, ya condesa de Montalvan por el suicidio de su padre.

Los criados le conocian sin duda, porque, á pesar de su miserable aspecto, le dejaron pasar hasta uno de los salones de recibo, y el que le habia introducido fué á avisar á su señora.

Esta tardó poco en salir; vestia de luto riguroso, y su fealdad hubiera parecido entonces á Julia lo que su maestro decia en su carta póstuma: digna de un monstruo.

Tenia las mejillas hundidas y hundidos los ojos, los labios descoloridos, y habia enflaquecido de un modo espantoso.

La catástrofe que puso fin á la vida de su padre, el repentino desfalco de su fortuna, de la que, como ya sabemos, habia tenido que devolver dos millones á don Fernando Azagra, y sobre todo, el constante desden de

su primo Rafael, á quien, á pesar de estar hospedado en su propia casa, apenas veía; todas estas causas habían alterado la salud de Amanda, aumentando su fealdad, que en días felices había parecido menor.

Al ver á Diego, pues él era el hombre vestido de negro que acababa de llegar, una violenta expresión de cólera y desden contra sus facciones.

—¿Otra vez aquí, caballero? preguntó dejándose caer en un sillón.

—Otra vez, señorita, respondió Diego, que no tuvo que sentarse, porque no se había movido de su asiento al entrar la jóven.

—Y bien, ¿qué es lo que V. desea?

—Dinero.

—¿No sabe V. que ya acabó todo entre nosotros?

—¿Cómo es eso? repuso Diego con sorna. ¿Con que no hay más que llamar á un hombre á su casa con el pretexto de dar una lección que no se quiere tomar: no hay más que enseñarle oro y decirle: «Yo te amo, todo es tuyo si me correspondes», y luego, el día en que este hombre ya no puede ser un instrumento ciego, no hay más que decirle: «No le conozco á V.; ya acabó todo entre nosotros»? Pues bien, señorita, eso se hace con un necio, pero no conmigo.

—¿Qué quiere V. decir?

—Que necesito dinero.

—Y yo digo que no lo tengo: la mayor parte de mi fortuna ha pasado á otras manos.

—Pues que pase el resto á las mías.

—Pero ¿con qué derecho?

—¿Con qué derecho! ¡Eso me gusta! Por darme usted dinero me hice holgazán, jugador, adquirí muchos vicios que antes no tenía: ya no sé trabajar, pero necesito comer: V. me hizo entender que era para mí una mina; vengo, pues, á sacar de la mina.

—Esta mina, caballero, está agotada.

—Mis malas costumbres subsisten.

—¿Y eso á mí qué me importa?

El silencio siguió á esta pregunta. Diego echó sobre la Condesa una torva mirada, y no respondió una palabra por el pronto; pero después de algunos instantes se levantó, la asió del brazo y le dijo, clavando en ella otra fiera mirada:

—¡Pues es preciso que dé la mina, y dará!

—¿Y de qué modo, caballero? preguntó Amanda con acento burlón, y sin que en sus duras facciones se pintase el espanto ó el terror al ver su brazo bajo la presión de hierro de la mano de Diego: ¿de qué modo ha de dar? Ya no hay nada en ella, ó por mejor decir, ya no quiero sacar lo último que le queda: mañana marchó á Londres.

—¿Entonces es decir que yo he sido sólo un maniquí en las manos de V.?

—Justamente; y ningún hombre que sirve de instrumento á una mujer jóven y rica debe quejarse de ello: el talento suyo consiste entonces en aprovecharse de su buena suerte, y en callar cuando le despiden.

Diego guardó silencio: conocía la lógica de las palabras de la Condesa, y se decía que en realidad hubiera sido mucho más digno para él callar que darse por ofendido.

Se preguntaba además en qué podía haber servido de instrumento á la Condesa, ya que ésta confesaba con tan ruda franqueza que en efecto se habia servido de él: pero Amanda, al ver que guardaba silencio, volvió á tomar la palabra de esta suerte:

—Debo á V. una confianza, mi apreciable Sr. Blanford, porque al fin ha vivido dos meses en mi intimidad, y bien comprendo que no se toma y se deja á un hombre como un traje, que de pronto nos agrada y luégo nos cansa: además, conozco que V., ofendido, hablará muy mal de mí á los que le quieran escuchar: así, pues, es mucho mejor que sepa V. lo que soy y lo que valgo, para que sólo diga la verdad, que sin temor puede asegurar que superará á todo lo que V. pudiera inventar en contra mia.

Mi padre, cuando nací yo, era pobre, pero ambicioso, y se enriqueció. Su esposa de V., que trata con gentes honradas, sabe quién es la persona á quien despojó. ¡Que Dios le haya perdonado, pues ya ha comparecido ante su santo tribunal!

Mi padre me educó en sus principios avaros y poco humanos: viéndome fea, quiso que mi fealdad sirviera para hacerme dichosa: me enseñó al mismo tiempo que á obrar segun mi antojo, despreciando el *qué dirán*, traba que hace muchas veces el papel de virtud en nuestro sexo, á despreciar igualmente á la humanidad entera.

—Los hombres, me decia, y las mujeres tambien, son instrumentos que, hábilmente manejados, sirven para todos aquellos usos que se les quiere emplear; ellos responden al egoismo, á la venganza, á la envidia, al inte-

res; ellas á los mismos móviles, y además á otros muchos: tambien son resortes poderosos para ellas el amor y la vanidad: prueba, hija mia, ya que Dios te ha quitado con la belleza los goces más sublimes, y verás cómo tú eres, si sabes manejarte, el artifice de tu propia dicha.

En efecto, prosiguió Amanda, con dinero no hubo nada que yo no consiguiera, y bien pronto desprecié, tanto como mi padre, á todo el género humano.

No era este modo de ver la vida el más á propósito para que yo echase de ménos el amor; no obstante, llegó un dia en que pensé que, si mi padre me faltaba, me quedaria sola, aislada y sin familia; deseé casarme, pero no alcanzaron mis acostumbrados artificios más que á proporcionarme esposos venales, y ántes que encadenar mi vida á ellos, hubiera querido morir mil veces.

Hay más hombres ruines que nobles; pero tambien hay muchos generosos, honrados y que sólo se casan por amor.

Como no amaba, me decidí á permanecer soltera durante toda mi vida; pero hice con mi padre un viaje á Roma, y todas mis ideas variaron por completo: vi allí á un primo mio, hijo de un hermano de mi padre..... á Rafael..... ya le conoce V. por haberle visto aquí algunas veces.

—¡Ah! ¿y se enamoró V. de él? preguntó Diego con ironía.

—Sí, respondió Amanda: me enamoré de él con locura..... con ceguedad..... Era pobre..... y creí que mi ri-

queza podría alucinarle.... Me engañaba, sin embargo: un día que manifesté á mi primo el estado de mi alma, me dijo con su dulzura y franqueza habituales: «Querida prima, mi corazón ya no me pertenece: mi padre había proyectado, desde que era yo niño, unirme á una jóven que se llama Julia Rivas....»

—Julia Rivas! repitió Diego saltando de su silla y dando un paso hácia Amanda.

—Calma, calma, respondió ésta: déjeme V. acabar de repetirle lo que me dijo mi primo, que continuó así: «Tengo un retrato de esa jóven pintado por mi padre, y la amo; sería indigno de mí el ocultártelo; ya ves que no puedo casarme contigo.»

Comprendí que por entónces era inútil manifestarle tristeza ó aflicción, y que nada adelantaría con ello: esperé, pues, á que alguna infidelidad de esa Julia, ú otro cualquier caso fortuito, cambiárá los sentimientos de Rafael, pero en vano: ¡él era muy capaz de vivir toda su vida de recuerdos y de esperanzas!

—¡Luego cuando yo me casé con Julia ya había tenido ella amores con Rafael! murmuró Diego volviendo á caer en su asiento y cerrando los puños con un despecho colérico y concentrado.

—¡Vil egoísmo el de los hombres! exclamó Amanda con una sonrisa en la que había mucho de amargo, y mirando al pintor con una expresión indecible de desprecio: ¡este hombre, que ha abandonado y maltratado á su mujer por una ruin envidia, viene ahora á pensar si ella habrá sido amada de otro ántes de casarse con él! Pero tranquilícese V., prosiguió: Julia no ha sabido ni

el casamiento que su maestro proyectaba para ella, ni el amor de Rafael, hasta hace poco tiempo.

—¿Es decir, que lo sabe ya?

—Sí, lo sabe; pero no ha querido recibir en su casa al hombre que la ama y que se atrevió á decirselo al conocer el ruin proceder de V. Su esposa de V., caballero, es un ángel, cuyas plantas no somos dignos de besar, ni V. ni yo, que soy su mayor enemiga; se lo aseguro.

—¡Cómo! ¿es V. enemiga de Julia?

—¡Mortal! ¿Qué me importa que ella rechace el amor de Rafael? ¿no le ha consagrado éste su existencia, su pensamiento entero? Cuando pudo salir de Roma voló á Madrid para buscar á su prometida, según le había encargado su padre, que había muerto seis años ántes; pero Julia ya se había casado con V.: entónces se vino á París.

—¿Para verla?

—Ciertamente: llegó el mismo día que ella vino por primera vez á darme sus lecciones de pintura. ¡Julia, maestra mía! Ella, tan jóven, tan bonita, tan delicada, maestra de la fuerte, la soberbia, la iracunda Amanda! ¡ah, ah, ah! ¡tanto valía obligar al corderillo á que enseñase á ser manso al lobo!

Estas palabras y la carcajada seca y estridente que las acompañó llenaron de terror el alma de Mr. Blanford. La imagen de su esposa, según la había pintado la condesa, débil, tímida, enferma á causa de los disgustos y malos tratamientos con que él había amargado su vida, se presentó á sus ojos, que cerró horroriza-

do de la espantosa luz que brotaba de su conciencia, iluminando aquellos lugares tan sombríos.

—Yo llamaba á Mme. Blanfort, prosiguió Amanda, con el pretexto de que me sirviera de maestra; pero, en realidad, para decirle que sabía el ascendiente que tenía con Rafael y que esperaba le obligase á casarse conmigo.

—¡Oh, qué inicua trama! exclamó Diego; pero ¿de qué modo podía la pobre Julia.....

—¿De qué modo? interrumpió la Condesa con su helada sonrisa: ¿cuándo le faltan á una mujer medios para lograr lo que desea del hombre que la ama? Cuando no por otro, podría haber logrado que Rafael se casara conmigo exigiéndoselo como premio de su correspondencia.

—¿Y de qué le servía á V. un esposo que amaba á otra mujer y que era correspondido de ella?

—¡Oh! exclamó Amanda, ¿de qué me servía! ¿hay, pues, algo comparable á la mezcla de odio, de venganza y de amor que se despertó en mi alma cuando perdí toda esperanza de casarme con mi primo? Una vez casada con él, una vez unida su suerte á la mía, ó le hubiera obligado á amarme, ó le hubiera hecho morir de desesperacion.

Amanda dijo estas palabras con sombría vehemencia: conocíase que aquella pasión tenía hondas raíces en su alma apasionada y tenebrosa, y que llenaba su vida entera y su pensamiento.

—Julia, continuó la Condesa, sabía ya que mi primo la amaba: por una irrisión de la suerte, mi mismo pa-

dre había sido encargado por su hermano de entregar á su discípula Julia un paquete, en el que sin duda le participaba sus proyectos de boda con su hijo.

—¡Oh! ¡y ese paquete! ¡ese paquete! exclamó Diego con vehemencia.

—¡Está en poder de su esposa de V.!

—¡Cómo!.....

—¿Quién lo ha de tener? ¡Oh, á haber yo sospechado su existencia, no hubiera llegado á sus manos; ántes lo hubiera destrozado entre las mias! ¡lo supe demasiado tarde! Pero acabemos, pues yo necesito hoy de todo mi tiempo. Julia se negó con indignacion á todas mis proposiciones: entónces me acordé de que su marido y la hermana de éste valian mucho ménos que ella, y llamé á Natalia: lo demas ya lo sabe V.: la seduje con un ajuste ventajoso, é hice que le trajera á usted para ser mi maestro, alegando, para halagar la ruín envidia de V., que no me satisfacian los conocimientos de Julia, y que deseaba tener á su esposo para maestro mio: V. cayó en el lazo y vino.

—¡Infame lazo!

—¿De qué se queja V., cuando le formé con su misma maldad?

—¡Es verdad! ¡oh! ¡desgraciadamente es cierto! murmuró Diego confundido; pero, ¿cuáles eran los designios de V.?

—¿Cuáles eran? preguntó Amanda con su acento duro y burlon: ¡en verdad que es V. mucho más necio de lo que yo me figuraba! ¡cuáles eran mis designios! Hélos aquí:

Conociendo la bajeza del alma de V., seducirle con mi oro y darle en abundancia este vil metal para que cada dia se encenagase más en el juego y en la embriaguez, esos dos vicios que adormecen á la envidia, y vengarme de Julia, su esposa de V. y mi rival en el corazon de Rafael, robándole el esposo á quien, á pesar de todo, amaba sobre todas las cosas del mundo!

—¡Oh, esta mujer es un demonio! exclamó Mr. Blanford levantándose con el cabello erizado y echándose dos pasos atras, como poseido de terror. Si Rafael no podia amar á V., ¿qué fruto sacaba de hacer desgraciada á Julia, que era inocente de su desden, y que sólo deseaba vivir en paz con los pesares que yo la he ocasionado?

—¿Y acaso la venganza puede darse razon del *por qué* existe? ¿existiria si así fuese? Hay en mí un terrible gérmen de odio contra la humanidad en general: ¡yo no sé por qué, ni de dónde proviene, pero existe en mí! ¡Hoy ya estoy derrotada!..... ¡Julia tiene gloria, mucha gloria; tanta, que en ella han de estrellarse todos mis tiros para hacerla desgraciada; tanta, que el amor de Rafael crecerá mucho más, porque en el corazon de los hombres hay mucha más vanidad que ternura, y sólo les inspira amor verdadero lo que brilla, lo que otros desean y quieren llevarse. ¿Qué valgo yo ahora al lado de Julia, de Julia, jóven, interesante, dotada de tan brillante genio? ¡Nada, nada!

La Condesa dobló sobre el pecho su cabeza y quedó como abismada en profundas y dolorosas meditaciones.

Otro tanto sucedió á Diego: inclinó la marchita frente y quedó inmóvil y anonadado.

En aquella alma cobarde y pequeña luchaban la blanca y dulce imágen de Julia, las negras nubes de su feroz envidia y la sombría y amenazadora figura de la Condesa. Despues de permanecer algun tiempo inmóvil y silencioso, él fué el primero de los dos que levantó la frente.

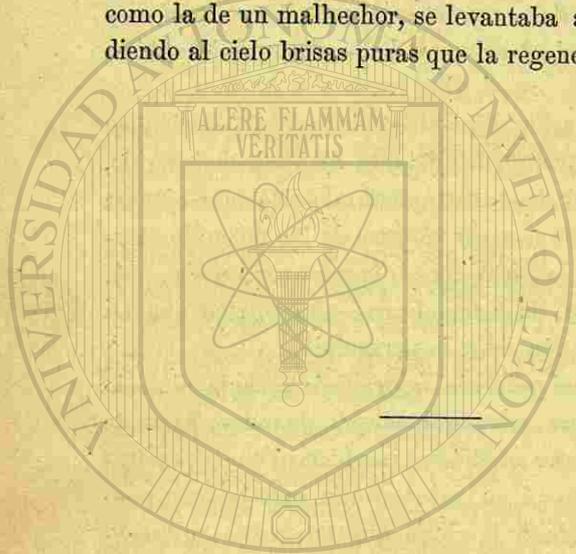
—Adios, señorita, dijo: el hombre cínico, ó más bien extraviado, se avergüenza delante de V. de haber sido, como V. dice, el ciego instrumento de pasiones ajenas; no me ha bastado con ser víctima de las mias: he servido tambien á las de V., pero la veo tan infeliz, que, léjos de acusarla, la compadezco: esto prueba que mi corazon no está aún del todo pervertido.

—¡Hé aquí mi porvenir! murmuró Amanda alzando á su vez la cabeza. ¡Ser compadecida de todos, hasta de este hombre! Pero, añadió, yo tambien sé que V. es digno de compasion: á su pesar, Julia marcha con paso firme por la senda de la gloria que le predijo su maestro. ¡París entero está hoy á sus piés, y la que no ha conocido más que las penas del amor, no será difícil que ceda á sus halagos! ¡Ahora, adios!

Y Amanda, despues de decir estas palabras con el acento amargo y casi convulsivo que era habitual en ella, y que revelaba los dolores incurables de su alma, salió de la habitacion con paso rápido y firme.

El pintor permaneció allí solo y confundido durante algunos instantes: las últimas y traidoras advertencias de la Condesa parecian haberle anonadado; no obstante, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, salió de su abatimiento y se lanzó á la calle.

Había entrado en la casa de Amanda abatido y sombrío; pero al salir estaba trasfigurado: brillaba en sus ojos una decisión generosa, y su frente, ántes inclinada como la de un malhechor, se levantaba ahora como pidiendo al cielo brisas puras que la regenerasen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

ENFRIAMIENTO DEL ALMA.

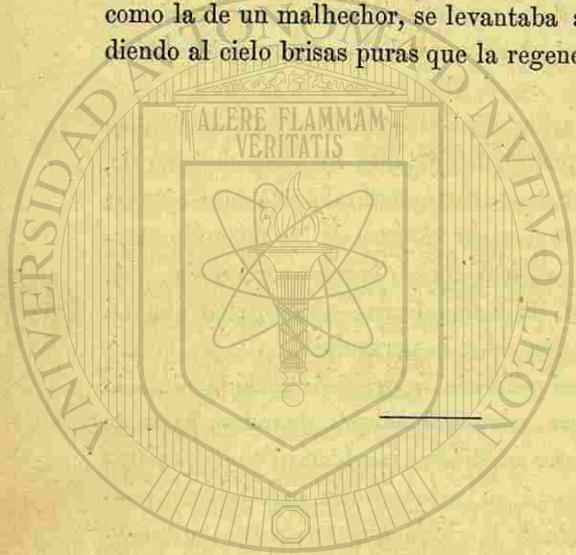
Casi al mismo tiempo que tenía lugar la escena precedente entre aquellos dos seres desgraciados y enemigos de Julia, ésta, sentada en su casa y al lado de Mme. Merval, hablaba tranquila, aunque con alguna tristeza.

— Te repito, querida Clemencia, decía la artista, que es preciso que mudemos de habitación: ya ves cuán débil estoy y cuán pocas fuerzas recobro: yo no sé, por lo tanto, cuándo podré acabar otro cuadro, que empezaré mañana, pero en el que adelantaré poquísimo.

— ¡Es posible que así hayas de desanimarte, Julia mia! exclamó Mme. Merval: te sobran inspiración y talento, ¿por qué ha de faltarte el valor, que es lo menos, cuando Dios te da lo más?

— Pero ¿no conoces que eso que llamas tú *lo más* debe ceder á *lo menos*? ¡Ay! ¡Las miserias de la vida devoran la del artista más que su trabajo y sus vigílias, como dicen aquellos que nos juzgan más favorablemente! Es verdad que yo podré hacer muchos cuadros tan buenos y mejores aún que *El Egoismo*; pero entre tanto

Había entrado en la casa de Amanda abatido y sombrío; pero al salir estaba trasfigurado: brillaba en sus ojos una decisión generosa, y su frente, ántes inclinada como la de un malhechor, se levantaba ahora como pidiendo al cielo brisas puras que la regenerasen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

ENFRIAMIENTO DEL ALMA.

Casi al mismo tiempo que tenía lugar la escena precedente entre aquellos dos seres desgraciados y enemigos de Julia, ésta, sentada en su casa y al lado de Mme. Merval, hablaba tranquila, aunque con alguna tristeza.

— Te repito, querida Clemencia, decía la artista, que es preciso que mudemos de habitación: ya ves cuán débil estoy y cuán pocas fuerzas recobro: yo no sé, por lo tanto, cuándo podré acabar otro cuadro, que empezaré mañana, pero en el que adelantaré poquísimo.

— ¡Es posible que así hayas de desanimarte, Julia mia! exclamó Mme. Merval: te sobran inspiración y talento, ¿por qué ha de faltarte el valor, que es lo menos, cuando Dios te da lo más?

— Pero ¿no conoces que eso que llamas tú *lo más* debe ceder á *lo menos*? ¡Ay! ¡Las miserias de la vida devoran la del artista más que su trabajo y sus vigílias, como dicen aquellos que nos juzgan más favorablemente! Es verdad que yo podré hacer muchos cuadros tan buenos y mejores aún que *El Egoismo*; pero entre tanto

que acabo el primero, no puedo pagar esta habitacion, porque es cara... y debo buscar un asilo más modesto.

— ¡Más modesto, Julia! ¡Más modesto, cuando para tí, para tu genio, sería poco un palacio!

— ¿Y de qué es digno entónces tu talento, pobre amiga mia? dijo Julia estrechando la mano de Clemencia. ¿Quién puede compararse á tí? ¿Qué no merece ese divino libro que estás terminando? ¡Ay, que no has terminado ya, agobiada por el desaliento de no saber si hallarás comprador para él!

— ¡Dios mio! murmuró Clemencia. ¡Y pensar que todo el París rico, culto, elegante, está ansiando conocer á la autora de aquel soberbio cuadro! ¡Y pensar que tienes ahí un velador lleno de ramilletes y de billetes amorosos! ¡Y pensar que se disputarian mañana, hoy tal vez, el placer de tenerte en sus salones las más orgullosas beldades!

— ¡Y pensar, exclamó Julia á su vez, que tú, la autora sublime de *El Alma enferma*, vives en una buhardilla con tu anciano padre, cuando debias vivir en un palacio y tener carruaje propio! ¿No dicen que hay en París tantos novelistas que viven con un lujo lleno de esplendor y de delicias?

— Sí que los hay.

— ¿Y valdrán tanto como tú?

— ¡Quién sabe! respondió Clemencia con una tristeza llena de resignacion. ¡Tal vez sí, ó quizás no; pero ellos son hombres, y la senda de la gloria está llena de abrojos para las pobres mujeres; sólo se puede cruzar con valor apoyada en un brazo varonil. Julia, si tu marido,

en vez de ceder al más ruin de los sentimientos, á la envidia, hubiera sido el primero de tus admiradores... créelo... hoy seriais ricos, estimados y dichosos! Si mi esposo, si mi pobre Luis, hubiera vivido, no estaria yo hoy desanimada y temerosa de luchar con la avaricia de M. Picard: el talento de la mujer, si es verdadero, produce opimos frutos, apoyado por el amor paterno ó conyugal, porque á una mujer no le están bien otros protectores que su padre ó su esposo; mas si no tiene ninguno de estos dos, vivirá siempre pobre y desgraciada, y tal vez su talento será escarnecido por los necios, plaga mortal de la sociedad, castigo de los que sentimos y pensamos.

— ¡Es verdad! murmuró Julia; y hé aquí por lo que te digo: ¿Cómo ha de ser? ¡Paciencia!

— Pero ¿persistes en cambiar de habitacion?

— Es preciso: ya te he dicho que no puedo pagar ésta.

— ¿Y tu marido?

— ¡Ah, desgraciado! ¡No me hables de él! exclamó Julia con una terrible explosion de dolor, que contrastaba amargamente con su anterior y lánguida tristeza. ¡No me hables de él!

— Por el contrario, amiga mia, hablemos de él, repuso Clemencia con grave dulzura: he advertido que hace dias no le nombras: ¿qué sucede de nuevo?

— ¡Sucede lo que yo habia previsto! El infeliz está sumido en un desaliento mortal: viene sólo á dormir... Se levanta muy temprano y se va huyendo de mis miradas... Sólo dos ó tres veces ha venido al mediódia.

me ha dicho con acento sordo, acompañado de una mirada sombría :

—Julia, dame de comer, que tengo hambre.

—¿Y le has dado?

—¡Cómo no, si era verdad que estaba hambriento!
¡Y aunque no lo hubiera estado!

—Julia, dijo dolorosamente Clemencia, yo creo que has llegado á cobrar un miedo mortal á tu marido.

—¡Sí, respondió ésta, le tengo miedo!

Estas palabras fueron pronunciadas con voz sorda y baja : al mismo tiempo que las dejaba escapar de sus labios, Julia tendió en torno suyo una mirada de terror; luego prosiguió :

—Pero no creas, Clemencia, que el miedo que yo tengo es á que me maltrate mi marido, no; ¡lo que temo es su degradacion, que caiga en la infamia, en esa infamia de que no se sale. Temó que el hambre, que la pérdida de todo decoro le haga robar ó le arrastre á suicidarse!

—¡Oh, calla por Dios! ¡Qué horror! exclamó madame Merval, ocultándose el rostro con las manos.

—Ya no hay nada que le ligue á la vida, continuó la pobre esposa dolorosamente : á mí me aborrece... No tenemos hijos, y ha perdido la esperanza de su arte, el valor para trabajar, sus instintos de pudor y dignidad... ¿Qué debo esperar, pues?

—¡Ah, veo que eres mucho más infeliz que yo! exclamó Clemencia; tanto, que no sé cómo consolarte; pero déjame que te hable de lo único que me es posible hacerlo... Déjame que busque el único rayo de luz que

vislumbro entre tantas tinieblas! Tú le amas aún, ¿no es verdad?

—¡No lo sé! respondió Mme. Blanford meciendo con desaliento su cabeza : para amar á un hombre hay que empezar por estimarle... ¡y yo no estimo á mi marido!

—¡Oh, no hables así; porque si te entregas á esos fatales pensamientos, estás perdida! ¡Tú amas á Diego! ¡Persuádate de ello tú misma! ¡Lo necesitas para no matar tu corazón!

—¡Ya lo sé, respondió Julia : lo que con más terror veo es este profundo enfriamiento de mi alma; ya no hay vida más que en mi fantasía; tanto he sufrido, que ya toda causa de alegría es nula en derredor mio y no produce efecto : ántes era dichosa con una flor ó con un rayo de sol; ahora, en presencia de la naturaleza, mi alma permanece muda, helada y triste. Me imagino las más bellas coronas para mi frente... Me imagino rica, adorada, rodeada de pompa, y despues de contemplar todo esto con los ojos de la fantasía, me pregunto tan impasible como ántes : — ¡Bien! ¿Y qué?

Julia pronunció este *¿y qué?* con tan profunda expresion de hastío y de amarga indiferencia, que Clemencia la miró con una compasion llena de pena.

—¡Desdichada amiga mia! exclamó tomando la mano de Julia. ¿Es posible que á tu edad, y con las bellas esperanzas que sonrien en derredor tuyo, no has de ver más que tinieblas? ¡Ah, no te dejes abatir por ese marasmo moral; reza, llora, sal al campo, y la vista de la naturaleza te reanimará!...

Julia meció tristemente la cabeza.

— ¡Déjame que repita la sola pregunta que puedo hacerte! ¿No amas ya á tu esposo? continuó Clemencia, deseosa de prestar algun calor á aquella alma, que se helaba. ¿No esperas en su arrepentimiento, en su amor?

La artista no respondió por lo pronto á estas preguntas: quedóse meditabunda, y hubiérase dicho que las postreras palabras de su amiga hacían vibrar en su alma una cuerda olvidada desde hacía largo tiempo.

— No, respondió tras una pausa: el amor de Diego, primero y único de mi vida, ha llegado á ser un sueño de mi imaginacion; un sueño como toda idea alegre que llega hasta ella: un abismo terrible nos separa.

— ¿Un abismo?

— Sí: ¡su envidia, su malhadada envidia! ¿Crees tú que se apagará su rencor, ó que á mí me será dado ya estimarle? Hay sentimientos que envilecen tanto á quien les da entrada en su corazon como al que los inspira.

— Pues entónces, mi pobre Julia, ¿qué esperanzas guardas en tu alma? preguntó Mme. Merval, que no podía reprimir sus lágrimas.

— La de una vida mejor que ésta, respondió la artista tranquila y suavemente: espero en el cielo: espero en Dios, único amigo que no nos engaña jamas, único consolador de los afligidos; espero en Dios, que ha dicho estas hermosas palabras: — *Los que lloran serán consolados.*

Clemencia iba á responder, pero Adelina, que entró en aquel instante, pálida y trémula, se lo impidió.

— Hermana, dijo á Julia con voz alterada, ha venido.

— ¿Quién ha venido? preguntó Mme. Blanford.

— ¡Él!

— ¿Quién es él?

— ¡Rafael!

— ¿Ha venido Rafael?

— ¡Sí! ¡dice que á verme!.... Ya te dije.... era amigo de Natalia y mio.

— Bien está, ahora voy, contestó Julia, que al saber que se hallaba Rafael en su casa había palidecido ligeramente; luégo, volviéndose hácia Clemencia, añadió:

— Hasta la noche, si es que no quieres pasar á la sala, aunque confieso que te lo agradecería mucho: ¡yo no sé qué mudanza es la que preveo aquí; mira!

Y señaló á Adelina, quien, en pié delante de un espejo, alisaba sus cabellos con el rostro radiante de felicidad.

— Pienso lo mismo que tú, respondió Mme. Merval, devolviendo á su amiga una sonrisa de inteligencia; vamos á la sala.

IV.

LA DECLARACION.

Clemencia, Julia y Adelina entraron en la sala, donde, paseándose, las esperaba Rafael.

El jóven estaba grave y serio: en su rostro pálido se advertía una resolucion suprema; pero al mismo tiempo, el brillo inusitado de sus ojos y la sonrisa algo amarga que de vez en cuando se dibujaba en sus labios, eran indicios claros de que la tranquilidad se hallaba muy léjos de su alma.

Al entrar las tres jóvenes se inclinó respetuosamente, y luégo que ellas se sentaron, lo hizo él al lado de Julia.

Esta se habia recobrado ya de su pasajera emocion y estaba tranquila: en su plácida fisonomía, abatida aún por su larga enfermedad, se reflejaba la augusta serenidad de su alma: sus ojos azules, grandes y limpidos como las aguas de un lago en una tarde de estío, se fijaban en Rafael con benévola expresion, y, al ménos por entónces, olvidaba todas sus penalidades presentes.

Clemencia estaba atenta y como asustada: con su penetrante talento, con su admirable intuicion, conocia

que iba á pasar algo grave y que debia tener gran influencia en el porvenir de su amiga.

En cuanto á Adelina, desde que se hallaba en presencia de Rafael habia vuelto á ponerse sonrojada y trémula: en su turbacion, apénas sabía cómo colocarse en su silla: miraba con pena su descuidado traje, pues habiéndose levantado tarde, aún no se habia vestido, y paseaba sus ojos desde Rafael á su hermana y á madame Merval.

—Señora, dijo Rafael dirigiéndose á Julia con acento breve y en el que se notaba no poca dureza, he estado algun tiempo privado del gusto de ver á V. por un motivo bien triste: el de su enfermedad.

—Ya sé, sin embargo, por Mme. Merval, que ha venido V. diariamente y en persona á informarse de mi estado, respondió Julia con una dulce expresion de gratitud.

—Ese era deber de mi amistad: cuando supe que ya estaba V. convaleciente, no quise molestarla con mis visitas, puesto que ellas debian robarle el tiempo, que era una necesidad consagrara V. al reposo: si hoy vuelvo aquí para solicitar de V. y de su esposo permiso para venir diariamente, es obligado por una necesidad de mi corazon.

Rafael acompañó estas palabras con una mirada dura y como de desafío que dirigió á Julia: ésta no la advirtió, y respondió sencillamente:

—Mis amigos son tambien los de mi esposo, y así él como yo agradeceremos en mucho las visitas de V.

—No admito ese reconocimiento, señora, repuso Rafael, y sería vergonzoso para mí el no rechazarlo.

—A la verdad, no comprendo esa extraña delicadeza, murmuró Julia con una sonrisa.

—Voy, pues, á apelar al juicio de esta señora, cuyo talento me es muy conocido.

Y el pintor, al decir esto, se volvió hácia madame Merval.

—Perdon, caballero, repuso ésta con una sonrisa graciosa; ántes de hablar, debo preguntarle una cosa.

—Ya escucho, señora.

—En la cuestion en que yo debo decidir si V. ha de ser agradecido ó no, ¿quién ha de ser juez, mi corazon ó mi talento?

—Los dos, señora.

—Entónces, permítame V. decirle que debe estimar poco mi juicio.

—¿Por qué?

—Porque yo sólo sé juzgar con el corazon.

—No lo rechazo, sin embargo, repuso Rafael, y repetiré lo que ántes dije: no admito la gratitud, porque yo debo ser el agradecido, puesto que, permitiéndome venir á esta casa todos los dias, seré muy feliz.

—Aquí está Mr. Blanfort, que podrá dar tambien su voto, dijo Clemencia señalando á Diego, que en efecto entraba en la sala.

Este saludó á Mme. Merval: al inclinarse levemente delante del pintor, le echó una torva mirada, que Clemencia vió muy bien, pero en la cual no pudo reparar Julia, porque contemplaba absorta á su marido.

Su admiracion era excusable. Diego, si bien pálido y enflaquecido por sus desórdenes, habia vuelto á ser, al

ménos por aquel dia, el Diego pulcro y elegante de otro tiempo.

Su sórdido y raído traje negro habia desaparecido: llevaba un pantalon de color, que caia sobre un calzado nuevo y brillante: una levita color de castaña, que hacía resaltar la blancura de su chaleco y de su camisa, y una linda corbata de raso: su barba y sus melenas habian desaparecido igualmente: llevaba el cabello corto, bien peinado y rociado de perfume: su bigote castaño se ensortijaba en sus morenas mejillas con la gracia artística de sus mejores dias: pero ¡ay! sus ojos estaban apagados, su semblante pálido, y sus mejillas hundidas por el insomnio, la orgía y la desesperacion; y en toda su persona, ántes tan noble, tan distinguida, se advertia ese sello fatal de la relajacion, que tarda tanto en desaparecer, ó que no desaparece jamas!

—Amigo mio, dijo Julia á su marido, se trata de saber si este caballero nos debe estar reconocido, ó nosotros á él, dándole el permiso de que nos visite diariamente.

—¡Ah, señora! ¡ésa es una traicion! exclamó Rafael jovialmente. No puede Mr. Blanfort decidir á mi favor, supuesto que no me conoce. ¡No me ha presentado usted á él!

Julia le miró asombrada: un rayo de fúnebre luz penetró en su alma: aquella advertencia irónica le dijo que Rafael iba allí para hacerle la guerra. La púrpura del rubor tiñó sus facciones y respondió:

—¡Es verdad! Diego, D. Rafael de Montalvan, pintor como nosotros é hijo de mi maestro D. Pablo.

Diego se estremeció: en el abandono en que dejaba á su esposa, no conocia á Rafael; pero despues de su última entrevista con Amanda, en la que supo por ella los lazos que le unian á Julia, y cuanto la amaba, empleó las últimas monedas que le quedaban en adquirir el traje que llevaba para ir á buscarle: la casualidad, ó su mala suerte, se lo ponía ante los ojos.

—Creo, caballero, respondió despues de corresponder á la presentacion de su mujer con un frio saludo; creo que V. ha estado ya otras veces en mi casa, y que no debe serle nuestra amistad de gran importancia, cuando ha dejado de vernos.

—He disfrutado ménos de lo que debia de la amistad de VV., respondió Rafael: primero, por el temor de distraerles de sus tareas; luégo, por la enfermedad de Mme. Blanford, y por último, porque una dolorosa desgracia de familia me lo ha impedido; hoy confieso mi pecado: impulsado por el egoismo, he vuelto para tener el honor de ser presentado á V. y para rogarle, lo mismo que á su esposa, me permitan venir todos los dias: la razon de mi deseo héla aquí: amo á Adelina.

Estas palabras, lanzadas con lentitud, produjeron el más extraordinario, pero tambien el más distinto efecto en todos los que las escucharon.

Adelina dejó escapar un pequeño grito de alegría: su hermano respiró como si su corazon se hubiera descargado de un horrible peso: el carmin de la vergüenza cubrió el semblante de Julia, y Clemencia abrió los ojos asombrada. Rafael abarcó con una rápida ojeada estas opuestas sensaciones, y la alegría de la venganza satis-

fecha brilló en sus ojos: con voz entera y grave prosiguió de esta suerte:

—He conocido á esta niña en casa de mi prima, á donde fué alguna vez con su hermana Natalia, y despues en casa de esta última, á la que yo visito de cuando en cuando: amo en ella, no sólo su figura, sino su alma: quisiera poder decir ahora mismo cuándo me casaré con ella; pero no lo hago, para darle lugar á que á su vez me conozca y me ame con ese amor profundo y confiado, necesario para una union eterna, y de que tan buen ejemplo ofrece en la suya Mme. Blanford.

A este tiro tan directo, los ojos de Julia lanzaron rayos de indignacion, y el rosado color de sus mejillas se trasformó en una ardiente púrpura; pero una mirada suplicante de su amiga la contuvo. Rafael prosiguió así:

—Sin embargo, Mr. Blanford, desde ahora pido á usted la mano de su hermana, y la época de nuestro casamiento será V. mismo el que la fije.

Diego miró á su hermana; la niña tenía la vista fija en el suelo y estaba encarnada como una rosa de Mayo.

—¿Qué dices tú á eso, querida mia? le preguntó.

—¡Que le amo ya! respondió Adelina, ocultando su semblante en el pecho de Julia, que se estremeció á su contacto.

—¿Y serías dichosa casándote con él?

—¡Oh!..... ¡muy dichosa!

—De V. es, pues, su mano, respondió Diego, y como su prometido, puede venir aquí cuando quiera: en cuanto á la posicion de V., nada tengo que preguntar, porque sé cuál es.

— Entónces mi mision está cumplida, dijo Rafael levantándose, y sólo tengo que repetir á V. y á Mme. Blanford toda mi gratitud.

Inclinóse, al decir esto, delante de Julia y de Clemencia; estrechó la mano de Adelina, que ésta le alargó sonriendo, y salió de la estancia.

Diego le acompañó hasta la puerta, y luégo volvió cerca de su mujer, que ya estaba de nuevo serena y tranquila al parecer.

— Julia, le dijo con timidez, ¿querrás salir hoy á dar conmigo un paseo por el campo?

— Con mucho gusto, respondió la jóven casi maquinalmente.

— Pues hasta luégo : ahora voy á dar dos lecciones y volveré á buscarte.

— ¡Cómo! exclamó Julia, que volvió en sí al oír estas dos palabras, *dos lecciones* ; ¿tienes qué hacer? ¿te ocupas en algo?

— Desde hoy, en dar lecciones á dos jóvenes, cuya enseñanza me ha recomendado un amigo : desde mañana, me ocuparé tambien en pintar un cuadro.

— ¿Vas á empezarlo?

— ¡Sí! ¿Quieres saber su asunto?

— Ciertamente.

— Pues bien, hélo aquí : mi cuadro representará *EL Arrepentimiento* : ¿no es verdad, señora, que es un hermoso asunto? preguntó Diego volviéndose hácia Clemencia.

— ¡Muy bello! respondió ésta, en cuyos ojos brillaba una generosa alegría.

— Me lo ha inspirado la vista del que ha concluido mi mujer, y que tanta gloria le ha valido, con el título de *El Egoismo* : con que, hasta luégo, Julia : en acabando mis lecciones volveré para que vayamos á paseo. Adios, señora.

Diego salió. Clemencia se acercó á su amiga y la abrazó con una alegría indescripible.

— ¡Animo! le dijo : ¿no ves ya un rayo de luz en medio de las tinieblas que te cercaban?

— ¡Sí! respondió Julia meciendo la cabeza con desaliento : ¡veo luz; pero es la luz fúnebre del relámpago, que me presagia la mayor de las tormentas!

Inariá Germeiro
de Arminio®

ma de una sombra negra, lo mismo que cubrió mi rostro de una señal imborrable!

» Pero ¿á qué estas cobardes quejas? ¿A qué interpretar los designios de la sábia Providencia? Esperaré dias más felices, y V. me alcanzará paciència del que todo lo puede, del que lee en el fondo de los corazones.

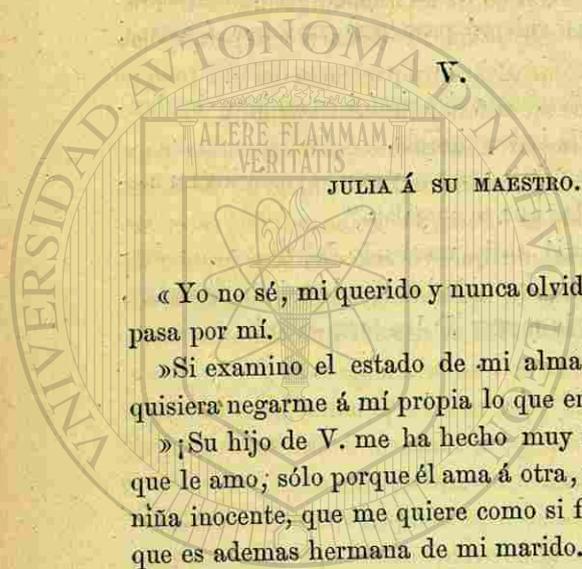
» A no ser por ese feroz sarcasmo del destino, que hace brotar el dolor del centro mismo de la alegría, no debería yo llamarme ahora infeliz. Diego ha sabido, estoy segura de ello, ha sabido que yo era amada y prometida de Rafael : sin duda se lo ha dicho la Condesa de Montalvan, su sobrina de V., la misma que durante tanto tiempo tuvo comprado á mi marido.

» ¡Comprado!..... ¡qué terrible palabra! ¡Si yo pudiera separarla de mis oídos y arrancarla de mi corazón, donde está grabada con caracteres de fuego!.....

» ¡Comprado! Él se dejó comprar para olvidar en el juego y las orgías la horrible envidia que le consumía, y su hijo de V. no se dejó comprar ni aún por el lazo eterno que se llama matrimonio, y que tan poco hubiera exigido de él.

» Por lo que he oído acerca de su carácter, por mis propias, largas y solitarias reflexiones, creo conocer á la pobre Amanda, que ha aparecido en mi vida como una sombra fatídica, para desaparecer en breve. ¡Desgraciada mujer! ¡Un alma tan grande y tan ardiente encerrada en un cuerpo que jamás ha podido inspirar amor!

» Ella, que aborreció tan pronto y profundamente á mi marido; ella, que tuvo valor, según él me ha contado,



JULIA Á SU MAESTRO.

« Yo no sé, mi querido y nunca olvidado amigo, lo que pasa por mí.

» Si examino el estado de mi alma, me ruborizo, y quisiera negarme á mí propia lo que en ella veo.

» ¡Su hijo de V. me ha hecho muy infeliz! Hoy creo que le amo; sólo porque él ama á otra, y esta otra es una niña inocente, que me quiere como si fuera su madre, y que es además hermana de mi marido.

» ¡Mi marido! ¡Ah! ¡si él hubiera sido para mí lo que debía ser, jamás hubiera yo conocido la desgracia!

» ¡No sé por qué Dios quiso que le conociera cuando ya era amada de Rafael : no sé por qué, después de casada con Diego, ha traído á Rafael ante mis ojos!

» ¡No sé por qué, después de haber conocido yo la pasión de su hijo de V., ha querido Dios que Diego fuese conmigo duro y cruel, y que me maltratase del modo más indigno y más inmerecido.

» ¡Aquel golpe, querido maestro, aquel golpe, que le debió costar á V. lágrimas, á pesar de estar en el cielo, donde no entra ningún dolor; aquel golpe cubrió mi al-

de decirle que sólo le había deseado como un instrumento; ella, que ha restituido dos millones á la persona despojada por su padre, pudiendo huir con ellos, tiene bastante grandeza de alma para haber vivido con Rafael como una hermana, para haberse contentado con llevar su nombre y para haberse resignado humildemente á su amistad si no podía darle su amor; y sin embargo, Rafael ha renunciado á todo eso, ¡y mi marido ha cedido sólo al vil atractivo de un poco de oro! ¡Oh, esto es horrible, horrible; esto no tiene nombre!

» No puedo, desgraciadamente, no puedo ya amar ni estimar á mi marido : si sólo hubiera sido culpable, podría rehabilitarse á mis ojos ; pero se vendió por envidia, me ha martirizado por envidia, por envidia me ha maltratado, y este sentimiento le rebaja para siempre ante mis ojos.

» ¡Y Rafael se venga de mí! ¡y Rafael no sabe adivinar el estado de mi alma : no sabe comprender la lucha cruel que sostengo conmigo misma, y afecta un amor que no siente tal vez hácia esa niña! ¡Oh, y cuán desgraciadas nos hace á las dos! ¡A ella, porque la engaña, estoy segura de ello, y despierta en su alma una pasión profunda é incurable : á mí, porque no sé si es el amor propio herido lo que ha despertado mi corazón : no sé si es que me irrita ese amor de desafío ; pero es lo cierto que algunas veces quisiera ser culpable por su amor, y que su amor llenase mi aislamiento!

» ¡Oh! ¡bien decía yo que entreveía alguna luz en el fondo oscuro de mi alma, pero que esta luz era la fúnebre y azulada de los relámpagos!

» ¡Desgraciada, desgraciada de mí!

» Hace dos meses que Rafael pidió á mi marido la mano de Adelina : ¿por qué no se ha casado ya con ella y se han alejado de mí?

» ¿Acaso aquella petición era sólo un pretexto para verme, y sea yo la mujer á quien él ame todavía?

» ¡Perdon, Dios mio ; á este pensamiento salta mi corazón de gozo; gozo culpable, ya lo sé, pero que lo inunda como una luz celestial!

» ¡Ah, mi querido maestro! ¡por qué no está V. á mi lado! ¡sobre todo ahora, que voy á quedar tan sola, porque Clemencia se va á América con su padre y con ese anciano, su protector!

» ¿Qué va á ser de mí, tan aislada, tan sola? ¿Qué va á ser de mí, testigo forzoso del amor de Rafael y de Adelina? Porque la verdad es que él debe amarla, y mis ilusiones de amor oculto hácia mí son sólo sueños vanos de mi débil cabeza : ¿no es ella una niña encantadora, dulce, ingénua, llena de candor? ¿y yo qué soy ya? Una pobre mujer que ha cumplido veinticuatro años, enfermiza, abatida y sin rastro alguno de belleza. ¡Ah, si yo esperase algo, sería luchar las tinieblas con la aurora!

» ¡Adios, mi querido maestro! Mi cabeza está doliente, cansada : quisiera morir, pero soy demasiado buena cristiana para darme la muerte : V., que ya ha salido de este valle de lágrimas y que está al lado de Dios, pídale que me la envíe pronto para reunirnos allá arriba.»

Julia, despues de escrito lo que antecede, dejó la pluma y apoyó entre las dos manos su abrasada frente.

La desdichada sufría mucho; apénas había en su

existencia una hora de sol ó de tranquilidad : algunas veces, sentada cerca del sitio que ocupaban Adelina y Rafael, levantaba éste los ojos y clavaba en ella una mirada profunda, que la hacía estemecer de placer y de esperanza.

Pero bien pronto, y pasada la embriaguez del momento, se acusaba de ella como de un crimen, y se retiraba á su cuarto para llorar libremente y confiar sus penas al papel, y áun entónces seguía llorando : en vano habia esperado, como otras veces, poder aliviar su corazon depositando sus dolores en el manuscrito que dirigia á su maestro, porque eran mucho más amargos despues de haberlos removido con tan tristes confidencias.

El ruido de unos pasos, lejanos al principio, y que despues se fueron acercando, la sacó de su abatimiento: levantó su rostro cubierto de lágrimas y se volvió para mirar á la puerta : en ella, de pié y mirándola con fijeza, estaba Rafael.

Julia dió un grito y volvió á sepultar su semblante entre sus manos; pero despues, avergonzada de su propia debilidad, volvió á levantarlo, enjugó sus ojos y se puso de pié, ya tranquila y grave.

VI.

LOS PROMETIDOS ESPOSOS.

A medida que desaparecia la expresion dolorosa de Julia, para dar lugar á su habitual expresion de gravedad y de calma, desaparecia tambien la tristeza del semblante de Rafael, y recobraba á su vez la altiva indiferencia de su fisonomía.

Saludó á la jóven y le dijo con voz breve y casi dura :

—Perdon, señora, por haber llegado hasta aquí : no hallé en la sala á Adelina, y creia.....

—Que estaria conmigo, ¿no es verdad, caballero? preguntó Julia con ironía; nada hay de extraño en eso, y ya que ha entrado, puede sentarse si gusta.

Y despues de decir estas palabras, Julia, que las habia pronunciado con gran esfuerzo, volvió á doblar la cabeza, destrozada por el dolor, y guardó un severo silencio.

Rafael tomó una silla; pero en vez de sentarse á alguna distancia de Julia, se colocó á su lado.

Si ésta hubiera levantado los ojos, hubiera visto de nuevo, en el pálido y hermoso rostro del pintor, la misma expresion de tristeza y de contenida pasion que

había observado en él cuando le vió á la puerta de su cuarto.

Pero no se atrevió á mirarle: solamente, al ver que no hablaba, creyó ser ella la que debía romper el silencio que reinaba y que se iba haciendo embarazoso para los dos.

—Adelina no está, dijo con acento ménos firme; ha salido con su hermano.....

—¿Y qué me importa á mí todo eso? exclamó Rafael interrumpiéndola; de nada que exista en la tierra me acuerdo, sino de que estoy á su lado de V., Julia!

Mme. Blanford se volvió como asustada de lo que oía, pero realmente espantada del eco que aquellas palabras despertaban en su alma.

Era un deslumbramiento de felicidad.

Era, tras una noche tempestuosa, un rayo de sol, dorado, alegre, risueño.

En un momento brillaron sus ojos, sus mejillas se cubrieron de color de rosa, y su boca se entreabrió con una celeste sonrisa.

Apareció otra Julia, jóven, hermosa, llena de gracias, y desapareció la mujer lánguida y abatida.

Sólo el amor puede obrar tales prodigios.

—¡Ah! exclamó con un acento cortado y ruboroso; ¿luego no viene V. aquí por Adelina?

—Julia, repuso Rafael, sólo he venido aquí por usted! ¡Adelina es un pretexto! Yo, que no hallaba ninguno para acercarme á V., le encontré cuando se llevó á su lado la hermana de su esposo; pero si no ése, yo hubiera hallado otro, porque lo necesitaba, porque era pre-

ciso que lo tuviese ó que me resignase á morir de tristeza y desesperacion!

—¿Pero qué espera V. de mí? exclamó Julia, que pasado el primer arrebató se espantaba del lenguaje apasionado de Rafael.

—¡Qué espero! ¡La felicidad! ¡Yo soy libre..... y usted también!

—¡Yo libre! murmuró Julia: ¡pluguiese al cielo!

Rafael no respondió á estas palabras: había visto sobre el velador en que se apoyaba Julia un cuaderno manuscrito en que se leía su nombre: le tomó, y leyó con indecible avidez toda la página en que Julia hablaba de sus luchas silenciosas é ignoradas.

Rafael, sin soltar el manuscrito, volvió á sentarse al lado de la jóven, que derramaba ese llanto doloroso del espíritu desfallecido.

—¡Oh Julia! exclamó con un acento vibrante de ternura; consiente en ser mia, ya que me amas! ¡Eres libre, porque los lazos que te unen á ese hombre, que no te ama, que te desconoce, son nulos ante Dios y los hombres! ¡Tú mueres aquí como una pobre flor, sin brisas y sin sol! ¡Vén y te reanimará el fuego de mi amor! ¡Mi padre te lo manda desde el fondo de su sepulcro! ¡Mi padre, al que hace poco llamabas tú, escribiendo esas líneas! ¡Mi padre, que quería unirnos para siempre!

—¡No! exclamó Julia, levantándose y arrancándose enérgicamente del encanto fatal que la envolvía; ¡no es posible que mi respetable amigo me aconseje que falte á todas las leyes divinas y humanas! ¡Yo seré desgracia-

da, pero jamas culpable! ¡Apártate, Rafael, y ya que has visto aquí la confesion de mi amor, no esperes que te lo niegue; pero no esperes tampoco jamas que falte á mi deber!

—¡Deber! murmuró el artista con una sonrisa sardónica; el deber es la capa con que se encubre la frialdad del corazon en las mujeres: el deber es el que engendra ese fanatismo que aconseja el sacrificio helado, sin entusiasmo y sin objeto!

—¡El deber es uno, solo, siempre exigente y terrible!

—¿Luego es el deber lo que te separa de mí?

—¡Sí! el deber es quien nos separa.

—Escucha, Julia, repuso Rafael con una gravedad triste; hay una senda usual, y de la que no se separan jamas las mujeres de inteligencia vulgar ó limitada; pero es porque en las escasas facultades de esas mujeres no entra el gran poder del amor: porque, si alguna vez aman, comparan las luchas que lo que llaman *faltar á su deber* les proporcionaria, con la paz que tienen segura, cumpliendo con ese *deber* tan ponderado; pero eso que llaman *deber* es egoismo, y nada más; y si el amor ha tenido entrada en sus corazones, el egoismo se encarga de sofocarlo y lo consigue fácilmente; mas dejemos ese odioso cálculo para las almas vulgares, como te he dicho, y obremos de otro modo más conforme á nosotros; confíate á mí; huyamos de esta tierra, que no es tu patria ni la mia: vamos á España; delante de Dios tú eres mi esposa y yo soy tu marido: nada valen esos lazos que los hombres han formado y que nosotros po-

demos romper. ¡Rompámoslos, y seamos todo lo dichosos que se puede ser en la tierra!

Durante este razonamiento, Julia habia permanecido silenciosa y deseando en su interior que el fuego de las palabras de Rafael la convenciese; pero no sucedió así.

En todo lo que oia no escuchaba más que la voz de la pasion, que ofusca; del entusiasmo, que se apaga con la posesion, y detras del cual se ve el remordimiento como un negro fantasma.

Hubiera querido ser engañada, y su clara razon veia la verdad.

Hay en las personas dotadas de un gran genio algo de grande y de sublime; hay en el alma de esas personas una luz brillante, que sólo ilumina lo que es realmente noble y bueno, y que pudiera llamarse la antorcha de la verdad.

Sólo con ese privilegiado organismo se pueden llegar á concebir obras sublimes é inmortales; porque la medianía sólo medianías produce.

Cuando Rafael acabó de hablar, el corazon de Julia rebosaba amor; pero su cabeza estaba ya libre del vértigo que durante algun tiempo la habia trastornado.

—Rafael, dijo; tú, al ser mi esposo prometido por las aspiraciones de tu alma, al amarme, no has cambiado la condicion de todos los amantes del mundo: has pensado en que mi compañía pudiera serte grata, en que tengo talento, en que tengo ya mucha gloria, en que soy además buena, dulce y paciente para la vida doméstica; es decir, que me reconoces todas las cualidades que á tí

mismo pudieran ser te ventajosas; en una palabra, ¿que eres egoísta!

—¿Qué escucho! exclamó Rafael echándose hácia atrás, con esa profunda indignación de todos los hombres cuando ven descubiertos sus defectos; ¿qué es lo que oigo! ¿Conque, tienes valor para culpar mi amor! ¿Conque, crees que me lleva á proponerte que formemos unos lazos que podrán ser tan durables y más gratos que los del matrimonio, el interés de mi dicha propia, de mi propia comodidad! ¿No me concedes siquiera que te ame y que desee sacarte del penoso estado en que vives?

—¿Sí! respondió Julia; ¿sé que me amas! Pero veo también que olvidas que, detras de esos lazos que me propones, están el remordimiento, la voz de la conciencia y la reprobación del mundo!

—¿Todo eso callará ante tu gloria!

—¿Ah, no! ¿La gloria no acalla la inexorable voz de la conciencia! repuso la jóven con tristeza; si así fuese, tal vez muchos más la buscarían y lograrían alcanzarla, porque la gloria se vende también, y más fácilmente se llega á ella por el camino torcido que por el recto! ¿Muchas almas nobles renuncian á ella por no acudir, para lograrla, á medios indignos! ¿Qué es la gloria! prosiguió Julia como hablando consigo misma, y alzando al cielo una mirada cubierta de lágrimas: ¿qué es la gloria? ¿El fallo, la opinión del mundo, de ese mundo del cual forman parte tantos necios é ignorantes!

—Entonces, ¿por qué trabajas? preguntó Rafael, que ante el lenguaje severo de la verdad, ante la lógica in-

flexible de aquella desgraciada jóven se iba sintiendo desencantado; ¿por qué trabajas? ¿por el dinero?

—¿Dios me libre siempre del horrible dolor de trabajar sólo por el dinero! respondió la artista; yo trabajo porque hay dentro de mí una voz que me dice: «¡Anda!»; trabajo por la íntima y santa satisfacción que mi trabajo me produce; si fuera opulenta, lo mismo trabajaría, porque el más verdadero placer del artista, su más hermoso premio, lo alcanza cuando termina cada una de sus obras.

—¿Y no tienes en nada la opinión del mundo?

—Tengo en mucho más la mía; el dictámen de mi razón es para mí el más respetable; no puede un autor juzgar sus trabajos cuando acaba de terminarlos, porque el entusiasmo podría influir en su juicio; pero si deja pasar algún tiempo ántes de examinarlos de nuevo, no hay comunmente un juez más justo é imparcial de su talento.

—¿Cómo se explica, pues, la existencia de tantos necios que se aplauden á sí propios? preguntó Rafael, que, sin saberlo ni pensarlo, dejaba de ser amante para convertirse en defensor de vulgares argumentos, y se rebajaba de una manera lamentable á los ojos de Julia.

—¿Los necios! ¿siempre los necios! repitió ésta tristemente; dejemos, si te place, querido Rafael, á esos pobres entes, y no contemos más que con las personas de razón: los necios abundan, pero entre todos sólo componen una nulidad; y aunque ellos dan su opinión en todas partes, aunque constituyan una inmensa mayoría, sólo para ellos son válidas sus opiniones, para au-

alcanzan á engañarse unos á otros; porque una de las mayores desgracias del linaje humano es que cada uno ve todas las faltas de los demas y no conoce las suyas.

Calló Julia, y su prometido esposo no halló por el pronto frases con que contestarle: el desencanto habia abierto sus ojos; habia caido de ellos el velo del entusiasmo, que hasta entónces los habia cubierto: la razon de Julia habia despertado la suya, ó más bien, le pareció que aquella mujer jamas podria ser, á pesar de su débil apariencia, la amante ciega y sumisa, sino el juez severo, aunque silencioso, de todas sus debilidades.

De repente, toda la idealidad, toda la viveza, toda la gracia de la jóven desaparecieron de su vista como si una mano aleve se las hubiera robado.

VII.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Julia vencía; pero el amor huía del corazón de Rafael, confuso, lloroso y avergonzado.

Mme. Blanford lo presintió así con el instinto del alma, que hacía de ella una criatura tan superior á la generalidad de su sexo; sin embargo, guardó silencio: esperaba aún: creía que Rafael iba á prometerle un amor generoso y desinteresado, que nada exigiese, y que diese consuelos, puesto que la encontraba tan desgraciada.

Pero no sucedió esto. Rafael, despues de un rato de silencio, en el que reflexionó profundamente, dijo con acento perfectamente tranquilo y que contrastaba de un modo muy extraño con sus palabras:

—¿Es decir, Julia, que renuncias á mí?

La jóven le miró asombrada; luégo respondió con voz alterada y afligida:

—No; renuncio sólo á ser culpable y á hacerte desgraciado.

—¿Y crees ser más dichosa viviendo al lado de tu marido?

alcanzan á engañarse unos á otros; porque una de las mayores desgracias del linaje humano es que cada uno ve todas las faltas de los demas y no conoce las suyas.

Calló Julia, y su prometido esposo no halló por el pronto frases con que contestarle: el desencanto habia abierto sus ojos; habia caido de ellos el velo del entusiasmo, que hasta entónces los habia cubierto: la razon de Julia habia despertado la suya, ó más bien, le pareció que aquella mujer jamas podria ser, á pesar de su débil apariencia, la amante ciega y sumisa, sino el juez severo, aunque silencioso, de todas sus debilidades.

De repente, toda la idealidad, toda la viveza, toda la gracia de la jóven desaparecieron de su vista como si una mano aleve se las hubiera robado.

VII.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Julia vencía; pero el amor huía del corazón de Rafael, confuso, lloroso y avergonzado.

Mme. Blanford lo presintió así con el instinto del alma, que hacía de ella una criatura tan superior á la generalidad de su sexo; sin embargo, guardó silencio: esperaba aún: creía que Rafael iba á prometerle un amor generoso y desinteresado, que nada exigiese, y que diese consuelos, puesto que la encontraba tan desgraciada.

Pero no sucedió esto. Rafael, despues de un rato de silencio, en el que reflexionó profundamente, dijo con acento perfectamente tranquilo y que contrastaba de un modo muy extraño con sus palabras:

—¿Es decir, Julia, que renuncias á mí?

La jóven le miró asombrada; luégo respondió con voz alterada y afligida:

—No; renuncio sólo á ser culpable y á hacerte desgraciado.

—¿Y crees ser más dichosa viviendo al lado de tu marido?

—Nadie es completamente infeliz cumpliendo con su deber.

—Sin embargo, ¡ahí te quejas amargamente de tu suerte!

Y Rafael, al decir estas palabras, señaló el manuscrito que Julia dirigía á su padre.

—¡Es verdad! respondió Mme. Blanford.

—Y dices en él que me amas.

—¡Es verdad! repitió Julia con acento bajo y trémulo.

—¿Por qué, pues, rehusas seguirme?

—¡Porque mi deber es estar aquí!

—¿Crees acaso que es más noble vivir bajo el techo de tu esposo, engañándole, que vivir á mi lado? ¿Te parece que soportando su abandono y sus ultrajes compras el derecho de amarme y de consentir en que te ame? ¡Eso es más vil y más infame que romper tú misma esos lazos que te ahogan!

—¡Sí; eso sería vil é infame, y por lo mismo no lo haré! respondió Julia con vehemencia; no descenderé hasta el engaño, hasta la traicion, ni recurriré á una fuga vergonzosa de mi hogar; ¡seguiré en él, y moriré, si es preciso, mártir de mi deber!

—Pero, desgraciada, ¿y tu talento? ¿Puedes acaso disponer de él á tu antojo? ¿No sabes que Dios te lo ha concedido, y que olvidarte de él es ofenderle?

—Dios ha dicho: *El que me ame, tome su cruz y sígame.*

—¡Pero esa cruz te matará! El martirio á que te condenas es oscuro y sin gloria: ¡tu marido, el día que

quiera, te condenará á la inaccion, envidioso de tu talento!

—Dios y yo sabemos que existe, y eso basta para consolarme.

—¿Conque nada puede convencerte?

—Nada. Escucha: si yo huyera contigo, serías dichoso algunos dias, algunos meses quizás, gracias á esa feliz dureza de corazon, que hace que el hombre prefiera á todo su propio placer y el triunfo de su vanidad; yo no lo sería pasado el primer momento de alucinacion y de embriaguez, porque hay en nosotras más pureza de sensaciones y de afectos; el mundo diria: «Esa mujer no tiene pudor»; pero yo diria: «¡No tengo honra, ni hogar, ni nombre en el mundo!»

—¿No tendrías el tuyo, que ya es tan glorioso?

—Nada tiene que ver la gloria con la honradez; es una miserable vanidad el decir que los grandes genios necesitan de *grandes pasiones*, que no son otra cosa que culpables extravíos; tras de la artista está la mujer, que debe ser siempre pudorosa y honrada, si su gloria ha de ser durable y verdadera; porque esta gloria Dios la da, y la da sólo á los buenos, por lo mismo que es un trasunto de las recompensas celestes.

—¡Ah! exclamó Rafael; ¡qué empeño teneis las mujeres en mezclar á Dios en todas las cosas terrestres!

—Pues ¿dónde no se halla Dios? preguntó Julia elevando al cielo, que se veia por el balcon abierto, sus hermosos ojos; ¿dónde se deja de ver su mano providente? ¿dónde no brilla su justicia? Miserables mentiras son decir que los malos son los más dichosos; que

las mujeres que ceden á todas sus pasiones y á todos sus caprichos son las más amadas; la conciencia no calla jamas y no deja sueño ni reposo á los culpables; tras de la opulencia hay inmensas penas y rudos afanes; y si pudiéramos ver el corazón de cada uno de los que juzgamos felices, su aspecto nos llenaria de pavor; sólo en los afectos legítimos está la dicha; esos lazos que el amor forma, ¿qué son sino remedos imperfectos del matrimonio? Los que así se unen, nosotros, si yo accediera á tus deseos, ¿debíamos renunciar á todo sacrificio, á las buenas formas, á la abnegacion? ¿No nos consideraríamos obligados, para conservar respectivamente nuestro amor, á sufrirnos mutuamente esas mil contradicciones de la vida íntima, á halagarnos, á ser tolerantes, afables y pacientes? Pues nada más exige una union bendecida por el sacerdote y aprobada por el mundo.

—Luego ¿me aconsejas que me case?

—No me atrevo á aconsejarte nada; sólo te ruego que me mires como á tu hermana, y que hagas por que se borre de tu memoria lo que mi mano escribió hace poco á tu padre, y que tú has leído á mi pesar.

Calló Julia, y volvió á reinar el silencio.

Rafael estaba vencido y habia perdido de un golpe todas sus ilusiones.

La mujer razonable no es buena para amante.

Si Julia hubiera sido la esposa de Rafael, hubiese éste hallado adorable su modo de discurrir; como aspiraba á que fuese su querida, le ofendia altamente.

—Señora, dijo volviendo á tomar con una facilidad

algo grotesca el lenguaje de simple conocido: el amor que puede razonar con tanta calma y exactitud es muy tibio, dado caso que se pueda conceder su existencia: la passion nada ve: salta por encima de todos los obstáculos, sin hacer de ello un mérito, sin conocer su sacrificio. Veo, pues, que esas líneas han sido producto de un sueño de su imaginacion, y que yo he alimentado esperanzas vanas durante mucho tiempo; me casaré con Adelina.

—Pero ¡eso sería odioso! exclamó Julia: acaba V. de decirme que no la ama..... que esa inocente criatura le servia de pretexto para acercarse á mí..... ¿no ha dicho V. eso?

—Ciertamente; sin embargo, estoy decidido á casarme con ella, y me casaré.

—Pero ¿no ve V. que va á hacerla desgraciada?

—¿Por qué razon? ¡Ella me ama!

—Es cierto; pero ¡eso no basta para su felicidad!

—¿Por qué no? Tengo algunas pruebas, y una muy reciente, para saber que las mujeres viven sólo de ilusiones, dijo Rafael con amargura; si ella sigue persuadida de que la amo, será feliz.

—¡Es que yo le diré la verdad! ¡toda la verdad!

—De ese modo, V. será la que la haga desdichada.

—¡Yo!

—Sí, por cierto; soy el primer hombre á quien ella ha amado, y no me olvidará fácilmente.

Unos pasos ligeros y el ruido de un vestido de seda, que se oyó en la antesala, detuvieron las palabras que iban á salir de los labios de Julia; la puerta se abrió, y Adelina, risueña y con las mejillas bañadas de un líquido color de rosa, apareció en el umbral.

Detras de ella se veía la elevada estatura de Diego, que confundió á Rafael y á su mujer con una sola y recelosa mirada.

El pintor se levantó para saludar á Adelina, en tanto que Julia guardaba apresuradamente el manuscrito, sin que por eso consiguiese ocultarlo de la mirada de su esposo.

—¡Qué! dijo éste al ver que Rafael no volvía á sentarse, ¿se habrá V. asustado, querido amigo, con nuestra llegada? ¡A saberlo, no hubiéramos entrado ahora!

—Iba á retirarme ya, respondió Rafael, pues madame Blanfort me había otorgado lo que deseaba.

—¿De véras? ¿Y se puede saber lo que era? preguntó Diego con una sonrisa sardónica.

—Sí, por cierto, respondió Rafael; le pedía que fijase el día de mi enlace con Adelina.

—¿Y lo ha hecho?

—Ha señalado, salvo el parecer de V. y de mi linda prometida, el día primero del próximo mes.

Al oír estas palabras, Adelina se arrojó en los brazos de Julia y la besó con una alegría llena de ternura; pero separó al instante su linda carita del pálido semblante de aquélla, y murmuró:

—¡Dios mio! ¿Qué es lo que tienes, que estás tan descolorida y tiemblas tanto?

—Nada..... no tengo nada..... un vahido..... un poco de mareo, respondió Julia, que al escuchar que Rafael se iba á ligar para siempre á Adelina no pudo reprimir un estremecimiento doloroso.

—Es que se alegra de tu dicha, querida mia, dijo

Diego; Julia y yo no podemos permanecer indiferentes al verla tan cercana.

—Sólo faltan veinte días para tu casamiento, añadió Julia, que ya había tenido tiempo de recobrase.

—¡Oh, sí! ¡Como que estamos á diez! exclamó Adelina, que en su entusiasmo volvió á abrazar á Julia.

—Dentro de veinte días estarás casada, en efecto, dijo Diego, y éstos es forzoso que se empleen en los preparativos de los trajes; vé á ver á Natalia.

—No, no, respondió la niña mirando á la esposa de su hermano; se hará lo que Julia disponga.

—Pero, querida mia, dijo Julia, es preciso que participes tu matrimonio á tu hermana.

—Se lo escribiré.

—¿Por qué no has de ir tú misma?

—Me hará quedar á comer con ella, y no quiero.

Rafael se levantó y se despidió de los dos esposos, besando luego la mano de Adelina, que le acompañó hasta la puerta de la estancia.

Entre tanto Diego decía á su esposa:

—Querida Julia, así que se case Adelina saldremos para Madrid.

—Está bien, respondió la jóven.

Y añadió para sí, levantando los ojos al cielo:

—¡Gracias, Dios mio! ¡Tu infinita bondad me aparta de él!

VIII.

CORRESPONDENCIA.

Natalia á Lucila.

París y Junio de 184....

« Muy pocas veces me escribes, querida mia, y yo lo hago con mucha frecuencia, lo que es un mentís para todos aquellos que dicen que las actrices no tenemos corazon, ó que lo perdemos al pisar el escenario de un teatro: yo te amo hoy lo mismo que te amaba.

» ¿Qué te haces tú en esa pobre casita, que habitas en Madrid, situada en un barrio solitario y triste? Es verdad que ya tienes dos hijos; es verdad que amas mucho á tu marido, á tu Carlos, que es el hombre más hermoso de todos cuantos yo he conocido: ¡oh! y esto no es una lisonja que yo dirijo á él ó á tí, no; es la verdad, nada más que la verdad. Carlos es hermoso, con una belleza varonil, suave y expresiva al mismo tiempo, y no me admira tu amor por él; para ser franca, áun te diré otra cosa que, conociendo mi carácter rudo, creo que te hará reir y no te ofenderá.

» Me admiro mucho más de que él te ame á tí, y de

que á su edad sea dichoso contigo y con sus hijos, que de que le ames tú.

» Carlos se casó contigo siendo un niño; un hermoso niño, tierno, suave, poético; tú le llevas tres ó cuatro años; eres agraciada, pero no bonita; tu carácter es grave, austero, exigente; él necesitaba en su casa más dulzura y más alegría; más de esa cosa que llaman los poetas que me rodean *lux doméstica*.

» Dirás que discurro muy bien; que me he vuelto poética como tu marido, ¿no es verdad? pero ¿qué remedio? todo el día estoy rodeada de literatos, quienes al fin me harán creer que tengo talento.

» Esto es raro, lo conozco; pero á fuerza de oirlo decir, á fuerza de oirles hablar á ellos un lenguaje culto, elegante, creo que se me va pegando algo, como vulgarmente se dice y como yo hubiera dicho ántes.

» Ahora, hablemos del asunto que más me interesa, y por el que te escribo; los demas asuntos vendrán luégo, pues son más pequeños que éste; oye con atencion.

» Me caso, y me caso con un banquero rico, riquísimo, si bien es bastante viejo; tiene sesenta y ocho años y se llama Saint-Etienne, es decir San Estéban en nuestro idioma nativo; es bastante bobo, y yo le he conquistado fácilmente siguiendo los consejos de dos ó tres periodistas de chispa, amigos míos; ¿y sabes cómo, querida Lucila? Ponderando su elegancia, su dignidad, su cortesía, su generosidad, para lo cual no me falta motivo en verdad, pues apenas se pasa día sin que me haga un magnífico regalo.

» Ya es un vestido con volantes de encaje, hecho por la mejor modista de París.

» Ya es un aderezo de rubíes, que, según dice, está maravillosamente con mi tez morena y mis ojos negros.

» Ya es un chal de cachemira de gran precio.

» Ya un sombrero delicioso.

» En fin, yo visto ya como si fuera Mme. de Saint-Etienne, y mi casa está amueblada con una magnificencia casi régia.

» Por todas partes hay muebles tallados, cómodas antiguas, cuadros de gran mérito; parte de estas cosas las compra para mí el viejo banquero; otras me las envía de su casa, porque yo cada visita que le hago— algunas veces voy á verle— le pondero lo mucho que me gusta todo cuanto apetezco para mí, y estoy segura de poseerlo al día siguiente.

» ¿No te admira el rápido cambio de mi fortuna? Apenas creo yo en él, ¡yo, que le toco, que le disfruto! y todo esto, gracias á la proteccion de mis amigos, á sus consejos llenos de desinterés; porque, ¿qué me deben á mí? algunas complacencias bien sencillas; algunas entradas para el teatro; algunas cenas en mi casa; algun lugar en mi coche; nada más.

» Y estos buenos amigos, estos periodistas, estos literatos, me han ayudado á cazar, como ellos dicen, á mi banquero, con quien estaré casada dentro de un mes á lo más.

» Veo, pues— y tú convendrás conmigo— que el talento no consiste en ser eminente artista, sino en ser

eminente intrigante; al ménos éste es el talento que hace fortuna; es decir, el lucrativo, el verdadero.

» En apoyo de lo que te digo, te voy á poner un ejemplo; el ejemplo de mi cuñada Julia.

» Ella tiene un talento divino para la pintura; buena prueba es su magnífico cuadro, que todo París ha ido á contemplar; he oído hablar con entusiasmo á muchos hombres de gran mérito acerca de esa creacion, que llaman celestial; hay muchos que ansian conocer la autora, tratarla, rendirle el homenaje de su admiracion; y sin embargo, aquí la tienes viviendo en una casita pobre, enferma, abatida, maltratada por mi hermano, que ha dejado de amarla, y encastillada en su virtud sin mancha.

» Y no es esto todo; todavía hay otro ejemplo que aducir en apoyo de mi opinion acerca de cuál es el talento que más vale y más aprecia la sociedad.

» Julia tiene una amiga escritora; escritora de mérito, pero sin fama; su padre, español, se casó con una francesita, oficiala de modista en Madrid, siendo él tambien oficial de no sé qué regimiento; inutilizado poco despues á causa de varias heridas que habia recibido, su esposa le convenció de que debian marchar á París, donde con su habilidad para sombreros y adornos hallaria colocacion en algun taller y la pagarian bien; habia venido á España con su madre para probar fortuna; pero muerta ésta, y casada ya, empezó á suspirar por este brillante París, eden de los franceses; su marido, que no podia darle de comer, accedió, si bien con mucha pena, y vinieron acá, donde al poco tiempo de

llegar nació Clemencia, que es la escritora de que te hablo.

» Su madre era un ángel, y por lo mismo, no pudo sacar de la pobreza á su marido y á su hija, á los que adoraba; su trabajo excesivo la mató, empeñada en no admitir galanterías de nadie, y en sostener con el producto de sus sombreros y de sus flores la educacion de su hija, sin más ayuda que algunas copias que hacía su marido; la infeliz murió tísica de tanto trabajar, de pasar las noches en vela, de no comer lo que necesitaba.

» ¡Qué premios tan dulces da la virtud!

» Clemencia fué perfectamente educada, pero prosiguió haciendo sombreros, papalinas y flores, segun habia hecho su madre; á los diez y seis años, y en casa de un médico á donde iba de tertulia con su padre las noches de los domingos, se enamoró de ella un escribiente de un ministerio; dos meses despues estaban casados y se adoraban.

» Clemencia habia nacido con eso que llaman los cándidos *talento*; es decir, que era apta, no sólo para traducir á la perfeccion el inglés, el castellano y algo de aleman, sino que escribia por distraccion, y privándose del sueño, lindas novelitas *originales*, como dicen los literatos; *sacadas de su cabeza*, como digo yo.

» Su esposo se enamoró de estas obras de su ingenio; la animó á trabajar más; le buscó un editor que imprimiera sus ensayos, pero no le halló; un amigo mio, que ha estado muy enamorado de Clemencia, y que poco á poco ha averiguado toda su historia, es el que me ha referido todo esto.

» Los editores respondian que necesitaban un nombre conocido, acreditado é ilustre ya en las letras; el más accesible le dijo:

»— Haré la tirada siempre que V. la pague y se lleve los ejemplares para regalarlos á sus amigos.

» Otro le respondió que así que se hubiera dado á conocer, no tenía inconveniente en publicarle un libro; pero que por entónces le era imposible; que estaba ahogadísimo con tanto original; que se hallaba muy comprometido con dos ó tres de los más célebres autores, etc., etc., etc.

» El enamorado esposo no desistió; siguió buscando, y tanto buscó é indagó, que una mañana entró en su casa un comisionista en bellas artes; es decir, un hombre que, á módico precio, se encarga de proporcionar á los libreros buenos manuscritos, y á los almacenistas de cuadros, lienzos de primer orden, que luégo venden á precios fabulosos; tambien compra partituras de músicos desconocidos, que vende á los que tienen tienda de música, y dicen que no pocas veces un pobre autor ve su obra firmada por un autor ilustre y conocido, que ha vendido su firma al editor para atraer al público.

» Ahora hago un paréntesis para preguntarte; querida mia, qué otra cosa es este mundo que un comercio, y si no es un necio el que no compra y vende.

» Segura de que me das la razon, prosigo.

» El comisionista se llevó—como muestra—una de las excelentes traducciones de Clemencia, y le dió por el manuscrito veinticinco francos. Luis se empeñó en que se comprara con ellos un sombrero; y como sólo tenía

diez y siete años, se creyó, al mirarse al espejo, muy recompensada.

»Ocho dias despues recibió tres ejemplares de su traduccion, bien impresa y encuadernada con bonitas cubiertas de color. En la portada estaba el nombre del autor con letras gruesas; y debajo, con letras iguales, decia:

Traducción de Mme. Clemencia Merval.

»Los jóvenes esposos pensaron volverse locos de alegría, y su padre se volvió lelo de gozo lo ménos durante un mes.

»Al dia siguiente de enviarle los ejemplares, fué el comisionista en busca de una obra original. Clemencia le dió uno de sus pequeños ensayos, y aquél le dejó sobre la mesa otros veinticuco francos.

»Estos se emplearon en comprar una camisa y una corbata para Mr. Merval, que ya necesitaba de ambos objetos.

»Clemencia dejó de hacer sombreros; ganaba más con la pluma, y ademas ganaba gloria; pero perdía la vida, condenada á discurrir, con gana ó sin ella.

»Un año despues de publicarle sus manuscritos el comisionista, Clemencia quedó viuda, y esto le costó una enfermedad de ocho meses, porque adoraba á su esposo.

»A no ser por su pobre padre, hubiera muerto de pesar.

»El comisionista tenía un hijo, romántico y algo poeta; leyó las obras de Clemencia y se enamoró de ella: hizo que su padre le presentára en su casa, y al verla se enamoró mucho más y le declaró su amor.

»Ella le dijo que no podia corresponderle, y él insistió por espacio de dos años.

»Al fin, un dia, cansado de insistir, encargó á su padre que ofreciese á Mme. Merval, por la postrera vez, su mano y su caudal. Clemencia se negó, como habia hecho siempre; el padre se enfureció por su hijo y por él, y declaró á Clemencia que no le compraria más manuscritos, y que podia buscar quien se quedase con el que estaba concluyendo.

»Hé aquí á la pobre Clemencia, encastillada en su virtud, como su amiga Julia, de la que es vecina, y como ella pobre, desolada, olvidada de todos, y sin embargo, dotada de gran talento.

»¿No le valia más haber aceptado al hijo del comisionista, que es rico y tonto, que hubiera gastado gran parte de su caudal en dar publicidad á las obras de su esposa, y despues haberse dejado hacer la córte por todos los literatos de primer órden de París?

»De este modo todos hubieran ayudado á su fama: su marido y sus adoradores.

»Así todos la olvidarán, y el hambre y la afliccion serán la recompensa de su virtud y del respeto que guarda á la memoria de su difunto.

»Yo no valgo nada, lo sé, lo conozco; el papel de más facilidad me cuesta un ímprobo trabajo para aprenderlo; sin embargo, salgo á la escena, muevo los ojos de cierto modo, enseño el pié, lanzo algunas miradas y algunas sonrisas á las butacas de orquesta y á los palcos de hombres solos, y por mal que trabaje, me aplauden á rabiar.

»A la salida, cenamos en mi casa; jugamos un poco;

presto dinero á los que pierden; alabo á los que ganan: tengo algunas amigas alegres, y á las tres de la mañana mis *amigos* escriben cada uno en su casa estas ó parecidas cosas:

«Natalia ha estado inimitable. ¡Qué gracejo! ¡Qué donaire! ¡Con qué pasión declama! ¡Qué elegancia en su traje! ¡Qué voz tan simpática! ¡Una vez más hemos salido hechizados de esta notabilidad irremplazable! ¡No podremos abrigar la grata y justa esperanza de verla en la Comedia Francesa?»

»Y cree que, á no ser porque mi casamiento me obligará á dejar la carrera, el año que viene hubiera tenido un brillante ajuste en el teatro donde tantos triunfos han alcanzado Hipólita Clairon y otras reinas del arte. Este es el talento de saber vivir, el principal, el mayor de los talentos.

»Acabaré esta carta, demasiado larga ya, dándote algunas noticias de segundo orden.

»Mi hermana Adelina se casa con un pintor, que amaba á Julia y que gana bastante.

»Mi hermano va perdiendo la vista.

»La condesa de Montalvan, prima del futuro de mi hermana, y la que me hizo ajustar en la Gaité, está arruinada, y dicen que sale de París; vaya con Dios; ya no me recibe, pero no me importa, pues que para nada la necesito.

»Clemencia, segun dicen, se va á América, sin duda á probar fortuna literaria.

»Julia y su marido irán en breve á ésa, segun mis últimas noticias.

»Ahora, adios: llevas cuatro pliegos de letra muy menuda; contéstame, porque ya deseo mucho tener carta tuya; un beso á los niños; da mis afectos á Carlos, y cuida de sus amistades femeninas, porque estoy cierta de que te lo envidian muchas. Te abraza tu amiga

NATALIA.»

IX.

CELOS.

Lucila á Natalia.

«Madrid y Junio de 184....»

»Contesto á tu carta, mi querida amiga, ántes de que la luna de miel te impida leer mi respuesta.

»Ante todo recibe mi enhorabuena por el triunfo de tu talento, que tan buena boda te proporciona; harás de gran señora en el mundo tan bien, por lo ménos, como lo habrás hecho en el teatro cuando te haya tocado desempeñar este papel, porque alguna vez habrás tenido que violentarte, si el que te destinaban era de mujer desgraciada y triste; el de mujer alegre, coqueta y despreocupada te sentará mucho mejor.

»Yo debia haber hecho lo que tú y haberme casado con un viejo opulento, como mi madre me aconsejaba; pero me enamoré, y el edificio de mi fortuna vino al suelo.

»Creí haber edificado para siempre el de mi felicidad; pero éste, que hace tiempo amenaza ruina, está hoy próximo á derrumbarse tambien.

»Te extraña esto, ¿no es verdad? Pues todavía crecerá tu admiracion cuando sepas que la persona que lo está derribando, sin saberlo, vive cerca de tí y bajo ese cielo tan lejano del en que yo respiro.

»Mi marido está enamorado, y yo celosa.

»¿Y sabes quién es el objeto de su amor? Clemencia. Esa Clemencia, cuya historia me has contado en tu última carta, y á la que no dejo de aclamar como el prototipo de la virtud.

»Cárlos la ama; pero me dirás : ¿cómo la ama, si no la ha visto nunca?

»Hé aquí lo extraño, lo inverosímil, lo peligroso.

»Para la imaginacion poética, soñadora, desocupada, por decirlo así, de mi marido, lo invisible, lo lejano, lo desconocido, es lo que más atractivos reúne.

»Tú sabes el afan que hay en España, y sobre todo en Madrid, por leer novelas francesas.

»Cárlos, así que sale de la oficina, se pone á leer; un día le prestaron una novela de Clemencia; una novelita original, quizá aquella misma que produjo una camisa y una corbata para su marido; que produjo tambien la lastimosa demencia del mio.

»Desde aquel dia, gran parte de su tiempo lo ocupa en buscar novelas de Mme. Merval en todas las librerías, en las bibliotecas de sus amigos, y hasta en los baratillos y en los puestos de libros viejos que hay por las calles.

»Por fortuna, Clemencia no es muy fecunda, ni aquí tienen gran fama sus obras, pues sólo ha podido hallar dos originales y tres traducciones.

»¿Comprendes mi cólera y mi dolor? ¿Comprendes toda la extension de mi mal?

»Si al ménos ella estuviera aquí, habria en su vida, en su persona, en sus sentimientos algo de prosa, algo de esa prosa que tenemos todas la mujeres, y mi marido se desencantaria y olvidaria ese delirio lastimoso; pero así, de léjos, cada dia crecerá, y es inevitable que esto suceda, porque lo lejano es, como ya te he dicho, lo que más seduce á imaginaciones como la suya.

»Es el amor de la cabeza, ya lo sé, porque el del corazon sólo con el trato nace y crece; pero ¿qué me importa, si por este amor he llegado yo á serle enojosa y mis hijos casi indiferentes? ¿Qué me importa, si cuando sueña llama á Clemencia, si se va á pasear solo y pensativo por los sitios ménos frecuentados, para pensar en ella?

»Para colmo de males, un jóven que acaba de llegar de París, y que es amigo de un amigo suyo, dice que la conoce y asegura que es encantadora.

»¡Esto me indigna! Quizá sea mentira, y habla así por darse importancia; las personas que valen ó suponen algo pueden estar seguras de tener muchos amigos que se jactan de serlo en sociedad, y á quienes quizá no han saludado, ni áun visto, en su vida, porque no les han mirado á la cara. Tal vez Clemencia es fea; tal vez no es como ese hombre dice, y la cabeza acalorada de mi marido sueña con una belleza celestial.

»Y áun cuando realmente fuese bonita, ¿no puede ser tambien vulgar, arisca, de mal carácter, de modales ordinarios? ¿No puede caer alguna vez en el ridículo? ¿Ha de ser precisamente una perfeccion?

»En el amor, un nada desilusiona, y ese nada es fácil que lo halle Cárlos en ella, viéndola como sea en realidad, y no bajo el velo mentiroso de la distancia.

»Es, pues, forzoso que venga; yo no puedo ir, ni por la posicion de Cárlos, ni por mis pequeños hijos; que venga ella, pues, á reparar el daño que me ha causado.

»Una vez aquí, yo procuraré superarla en algo; porque no valgo tan poco, que no pueda aspirar á tener sobre ella alguna ventaja.

»Una vez aquí, yo descubriré sus defectos por recónditos que estén, los abultaré, y la colocaré en una posicion falsa y de la que no pueda salir sino por medio del ridículo.

»Me dirás que estoy loca, y quizá tengas razon: por lo ménos tengo dos causas para que mi juicio se halle en grave peligro: estoy celosa y enamorada..... ¡de mi marido!

»Quisiera evitar este segundo mal; los celos del amor propio son ménos dolorosos que los del amor; pero ¿qué remedio? Amaba tanto á mi marido cuando me casé con él, que este amor llenó toda mi alma para no salir de ella nunca.

»La pobreza es, ademá, el más fuerte sosten de los amores legítimos; ¿á quién he de amar, ni quién ha de hacerme la cóрте, si no salgo del rincon de mi casa?

»Cuando una mujer sale mucho y asiste á los paseos, á los espectáculos, á las fiestas, tiene de sobra quien la galanteé, quien la mire y quien la rodee de seducciones: yo me he consagrado exclusivamente al cuidado de mi casa y de mis hijos: apénas me visto: me ocupo de los

quehaceres más fatigosos y más rudos : jamas han sido bonitas, ni tenidas por tales, unas manos que se que- man dos veces por semana con la plancha; pero ¡ pacien- cia! ésta es la vida doméstica, cuando la fortuna huye del hogar.

» Mas, sin embargo, todo esto podria ser un mérito para Carlos si llegase á perder sus ilusiones de poesía y de amor literario.

» Es, pues, preciso que esa mujer venga aquí : otra lo temeria como un mal irremediable : yo lo anhelo como el único remedio de los míos.

» Dices que se va á América : ¡ oh! si esto sucediese, si se alejase tanto de Carlos, que éste perdiese la espe- ranza de verla, entónces quizá atropellaria por todo y se iria tras ella.

» Si no lo hiciese, con la distancia se haria mayor su tristeza y creceria su delirio : ¡ tal vez perderia la razon!

» ¡ No, no; en vez de irse á América, es preciso, in- dispensable, que venga aquí!

» No te pido auxilio para realizar mi propósito : tú vas á hallarte muy ocupada con tu boda, y ademas quiero que toda la gloria de la empresa sea mia : mia solamente.

» ¿ Será cierto que tu hermano pierde la vista? ¡ Qué desgracia tan terrible!

» Adios : en otra te hablaré de esto : mis penas son egoistas y sólo me dejan repetirte hoy que te ama como siempre tu

LUCILA.»

X.

SOMBRAS.

Era una tempestuosa noche de estío.

Las nubes que entoldaban el cielo no habian aún abierto sus senos para dar paso á la lluvia, pero ora se amontonaban en negros grupos, ora volaban impelidas por el viento como sombras errantes y perseguidas.

Azulados relámpagos cruzaban de vez en cuando el cielo como serpientes de fuego, iluminando las casas, cuyos balcones se iban cerrando herméticamente, y las calles, por las que transitaban las gentes con toda la ra- pidez posible, temerosas de la cercana tempestad.

El calor era sofocante; parecia que el pavimento des- pedia fuego y que el aire estaba impregnado de mias- mas blandos y nocivos.

Sentíase ese perfume propio de la tierra cuando ame- naza la lluvia, tan grato para las personas nerviosas y débiles, que parece transmitir nueva vida á su cuerpo y alguna alegría á su alma.

Eran las once de la noche, y segun he dicho ántes, la mayor parte de los balcones se cerraban precipitada- mente por temor á la tormenta.

Jamas he sentido ante las tempestades otra cosa que una religiosa admiracion; paréceme que en ellas veo más claro el poder y la majestad de Dios, y que estoy, en tanto que duran, más cerca de Él; paréceme el aparato celeste una expresion elocuente de su enojo; veo al padre que reprende, lastimado por los desórdenes de sus hijos, y que les muestra una pequeña parte de su poder para que teman su castigo.

Tal vez para esta disposicion de mi ánimo influyan las primeras ideas que me hicieron formar acerca de las tempestades. Tenía yo una abuela, anciana venerable, noble, digna y bondadosa, á la que preguntaba, cuando, jugando sentada á sus piés, llegaba á mis oidos algun trueno:

— ¿Qué ruido es ése?

— Son los angelitos, que se llevan unos á otros en coche—me respondia para no asustarme, miétras pasaba entre sus dedos las cuentas de su rosario de perlas.

— ¿Y dónde juegan, que yo no los veo?

— Allá arriba.

— ¿En el cielo?

— Sí, en el cielo.

— ¿Y esas luces?

— Es que otros angelitos hacen fuegos como los que viste hace pocas noches en la plaza.

— ¡Ah, ya! ¿Aquellos cohetes?

— Sí.

— Pero..... ¿si ahora es de dia!

— En el cielo, hija mia, no hay noche jamas.

— Y la lluvia ¿qué es?

— Agua que hay encerrada en las nubes, y que Dios envia para que se lave la tierra.

Despues de estas respuestas volvia yo á mis juegos muy tranquila, y aunque la tempestad creciese de un modo espantoso, jamas me amedrentaba.

Poco á poco otras ideas tan suaves y tan tranquilas como las anteriores me fueron trasmitidas; pero en ellas se me presentaba á Dios rodeado de alegría y de luz, lleno de majestad y derramando beneficios y dicha de su mano providente.

Primero que los efectos atmosféricos, he visto siempre la majestad de Dios, causa suprema de todo lo que existe.

Hay en la tempestad algo de su grandeza, y nada de lo que es grande me intimida, guardando todo mi terror para lo que es bajo y ruin.

Tampoco debia estar muy amedrentada por el magnífico espectáculo que el cielo presentaba, una mujer de alta estatura, que se apoyaba en el antepecho de un balcon situado en el arrabal de San Antonio.

Aquel balcon pertenecia, como otra larga fila de ellos, á una hermosa casa, ó más bien á uno de esos modernos palacios, que reunen á la magnificencia de la arquitectura los adelantos de construccion de la época.

La mujer que se apoyaba en el antepecho estaba vestida de luto; tras ella se divisaba, á la luz de los relámpagos, una figura negra, porque el aposento á donde daba el balcon no tenia luz.

Todo eran sombras sobre ella, detras de ella y en ella misma: sus ojos brillaban con el fuego de la calentura:

su boca se abría con una sonrisa amarga: cuando algún fugitivo resplandor la iluminaba, se la veía con los ojos clavados en el cielo, como buscando en él consejo, ó inclinados hácia abajo, como buscando el abismo sin fin de la oscuridad.

Los truenos empezaron á rodar sobre su cabeza, remedando, en efecto, su rumor el de las carrozas invisibles de que mi abuela me hablara tantas y tantas veces, y que yo creía de plata y oro; y este imponente estruendo sacó á aquella mujer de su dolorosa apatía.

—Estoy resuelta, dijo hablando consigo misma, como si necesitase oír su pensamiento; él se ha casado ayer; ya es imposible para mí..... ¡Londres! ¡ir á Londres yo! ¿para qué? ¡Ya no soy otra cosa que un cadáver, y debo ir á buscar el cementerio! ¡Pobre, sola en la tierra desde que murió mi padre, llevando un nombre que él deshonoró y que no ha podido vindicar la restitución que hice, me hallo tan desgraciada, que no me siento con fuerzas necesarias para instruirme en esa religion sacrosanta de que tantas veces he oído hablar, y que, según dicen, es el consuelo de todas las penas de la existencia! ¡Oh! ¡si Rafael me hubiera amado siquiera con la tibia amistad de hermano, nunca hubiera deseado dejar la vida, y hubiera pensado alguna vez en la eterna!

Calló la desgraciada mujer; aquella alma estaba cubierta de una sombra tan densa como la que envolvía la naturaleza; y, sin embargo, hay en el suicidio algo de tan repugnante y cobarde, que retrocedía ante él, trémula, llena de un pavor que no sabía definir ni explicarse.

Midió lo que dejaba detras de ella al salir del mundo, y no vió nada..... nada absolutamente..... no era bella, ni buena, ni afectuosa, y por tanto, jamas la habia amado nadie; la pobre Amanda no tenía detras de sí ni un solo recuerdo dulce y grato.

—¡Partamos, murmuró de nuevo, pero no á Londres, sino á un viaje más largo, del que no se vuelve jamas! Mi padre decía que la muerte es el descanso, y la muerte debe ser tambien el olvido. En el sepulcro no me acordaré de esa niña que ha llegado á ser esposa de Rafael; no me acordaré de esa mujer á quien él ama tanto; de esa odiosa Julia, á la que ha querido castigar de sus desdenes casándose con la hermana de su marido, pero á la que—el corazon me lo dice—¡no ha cesado de amar un solo instante! ¡Nada hay en torno mio, nada despues de la muerte! ¡Más vale aquella nada que da el descanso, que esta que me hace sufrir!

Desapareció del balcon y entró en la oscura estancia; con poco trabajo halló el pestillo de una puertecilla situada detras del balcon; la abrió, y se halló en una angosta escalera, que bajó ligeramente, saliendo á la calle.

Comenzaba á caer la lluvia.

Amanda cruzó rápidamente algunas calles y llegó al puente del Sena; subió al pretil, y sin mirar al cielo, sin pronunciar un nombre humano, se precipitó en el fondo sombrío del agua, que se abrió para recibirla y volvió á unirse despues.

Ha desaparecido la figura negra de mi cuadro.

Su vida fué estéril como su muerte; pero ésta fué cul-

pable además : ni aún tuvo el mérito de servir de escarmiento, porque fué ignorada de todos.

¡Oh sagrada fe religiosa, fe pura, consoladora, eterna luz del alma! ¡Sólo tú la preservas de las sombras del dolor y de las tinieblas de la desesperación! ¡Sólo tú le abres los campos verdes y floridos de la esperanza en medio de las más grandes desgracias y de los más terribles dolores! ¡Sólo tú alcanzas á dulcificar todas las llagas del corazón, todos los sinsabores humanos!

Tú eres uno de los más grandes beneficios del cielo, y cuando tú faltas, los más ricos dones de la fortuna no alcanzan á llenar el horrible vacío de la existencia, ni á crear un *más allá*, donde descansemos de nuestra fatigosa carrera, como el bosque fresco y lleno de verdor, que ofrece asilo y reposo al viajero errante y desolado : sin tu presencia nada hay bello, agradable, bueno y hermoso, porque la existencia es sólo un inmenso erial.

 XI.

EL CASTIGO.

¿Con qué nombre se podrá designar el sentimiento que llenaba el corazón de Adelina desde el instante en que se decidió su boda con Rafael?

Yo no lo sé : nada hay más vago, más indefinible, más puro y más tierno, que las sensaciones de un corazón de quince años; la niña lloraba algunos ratos, y otros reía; algunos otros rezaba; se asomaba al balcón, y le parecía muy extraño que el mundo entero no tomase parte en su dicha; que las gentes anduviesen tranquilamente y que el cielo se cubriese de nubes, lo mismo que sucedía cuando ella no tenía nada en el corazón, cuando no era nada más que una chiquilla sin importancia, cuando no amaba á Rafael, ni éste la amaba á ella tampoco.

Su alegría, su asombro, por mejor decir, daba lugar algunas veces á un profundo reconocimiento hácia el cielo.

La pobre niña no tenía otras ideas religiosas que las que Julia había procurado inculcarle, porque ni Diego ni Natalia las tenían muy exactas, ni se habían cuidado

pable además : ni aún tuvo el mérito de servir de escarmiento, porque fué ignorada de todos.

¡Oh sagrada fe religiosa, fe pura, consoladora, eterna luz del alma! ¡Sólo tú la preservas de las sombras del dolor y de las tinieblas de la desesperación! ¡Sólo tú le abres los campos verdes y floridos de la esperanza en medio de las más grandes desgracias y de los más terribles dolores! ¡Sólo tú alcanzas á dulcificar todas las llagas del corazón, todos los sinsabores humanos!

Tú eres uno de los más grandes beneficios del cielo, y cuando tú faltas, los más ricos dones de la fortuna no alcanzan á llenar el horrible vacío de la existencia, ni á crear un *más allá*, donde descansemos de nuestra fatigosa carrera, como el bosque fresco y lleno de verdor, que ofrece asilo y reposo al viajero errante y desolado : sin tu presencia nada hay bello, agradable, bueno y hermoso, porque la existencia es sólo un inmenso erial.

 XI.

EL CASTIGO.

¿Con qué nombre se podrá designar el sentimiento que llenaba el corazón de Adelina desde el instante en que se decidió su boda con Rafael?

Yo no lo sé : nada hay más vago, más indefinible, más puro y más tierno, que las sensaciones de un corazón de quince años; la niña lloraba algunos ratos, y otros reía; algunos otros rezaba; se asomaba al balcón, y le parecía muy extraño que el mundo entero no tomase parte en su dicha; que las gentes anduviesen tranquilamente y que el cielo se cubriese de nubes, lo mismo que sucedía cuando ella no tenía nada en el corazón, cuando no era nada más que una chiquilla sin importancia, cuando no amaba á Rafael, ni éste la amaba á ella tampoco.

Su alegría, su asombro, por mejor decir, daba lugar algunas veces á un profundo reconocimiento hácia el cielo.

La pobre niña no tenía otras ideas religiosas que las que Julia había procurado inculcarle, porque ni Diego ni Natalia las tenían muy exactas, ni se habían cuidado

ni por un momento de la instrucción cristiana y moral de su hermana.

Segun sucede en muchas familias, abrigaban la persuasión de que sus obligaciones para con Adelina estaban satisfechas con darle de comer, vestirla y calzarla; es decir, con atender al cuerpo, que era bastante bonito para que mereciese ser descuidado.

A su llegada á casa de Julia, ya sabemos que vivía casi exclusivamente bajo la dependencia de su hermana, y que ésta procuraba separarla todo lo posible de la infeliz artista; pero aun así, cediendo algunas veces á la atracción que Julia ejercía sobre cuantos la trataban, entraba en su cuarto, y la veía rezar pidiendo á Dios el alivio de sus penas.

Adelina quedó más de una vez extática contemplando la celeste expresión del semblante de Julia mientras que ésta oraba, y algunas noches, en tanto que Natalia, cuya vida había sido siempre muy independiente, se iba á casa de sus amigas, Adelina rezaba con Julia las oraciones que su madre le había enseñado cuando era pequeña.

Pero desde el instante en que la niña se hizo mujer, en que su corazón empezó á latir, en que empezó á amar, en una palabra, fué Adelina tierna y sinceramente piadosa y dió gracias á Dios por su dicha desde lo más íntimo de su alma.

¿Cómo nació aquel amor? Lo mismo que nace la semilla, que el viento lleva en sus alas, en el sitio más encantador y más retirado de un jardín.

Era Rafael el primer jóven que la niña había conoci-

do; el primero que le había dirigido algunas palabras dulces, algunas miradas de cariño; un día que la llevó Natalia á casa de Amanda, le vió allí; otro día que fueron por la noche, las acompañó á su casa. Natalia se la ofreció, y él iba algunas veces á verlas.

Adelina se acostumbró á contar y á esperar con ansia los días en que solía ir Rafael; esperaba la hora con impaciencia; conocía su modo de tirar de la campanilla, y poco despues conocía sus pasos en la escalera.

Era ese primer amor que algunas veces se extingue pronto por la ingratitud del objeto amado, y que puede decirse que está formado de impresiones; pero que es eterno cuando se le alimenta, aunque no sea con mucho cuidado.

Adelina alcanzó, pues, lo que tan pocas mujeres alcanzan en el mundo; ver pagado su primer amor; verse esposa del primero y único hombre á quien había amado.

La boda se celebró sin pompa ni ostentación; no eran ellos ricos, ni ménos Diego y Julia, que sirvieron de padrinos: Rafael, despues de su última entrevista con la esposa de Diego, no la había vuelto á hablar más que con una indiferencia casi insultante, por lo muy cercana que se hallaba del desprecio.

Como todos los hombres, llamaba vulgaridad á lo que era sólo virtud, y Julia, resistiendo á su amor, era para él una mujer que no valía ya nada.

Es verdad que hubiera valido mucho ménos á los dos meses de haber cedido; pero estas reflexiones vienen despues, y no en el momento de la derrota del amor propio, que es la más dolorosa de todas las derrotas.

Para mortificar á Julia con el espectáculo de su *felicidad*, propuso á Mr. Blanfort que habitasen todos una misma casa desde el dia de su casamiento, y que él se encargaria de buscarla bastante capaz para que cada uno de los dos matrimonios disfrutase de la conveniente independendencia.

Diego le lanzó una mirada sombría; habíase reconocido tan despreciable respecto á su mujer, que temia á aquel rival, jóven, artista y que amaba á Julia hacia tantos años, segun le habia descubierto la pobre Amanda la noche que se despidió para siempre de él.

Desde entónces habia pasado muchos dias sin ir á su casa más que dos veces al dia para comer lo que Julia le presentaba con tanta mansedumbre como dignidad: apenas cambiaban entre ellos una palabra. Diego volvía á amar, porque estaba celoso; reconocía sus faltas, pero se sentia tan humillado delante de Julia, que no se atrevia á solicitar el perdon de ellas.

Poco á poco se cansó de sus solitarios paseos, único recurso que le quedaba para huir de su casa, y le pareció que le distraeria mucho más el ponerse á pintar un cuadro; su mujer no pintaba, á pesar del éxito que su último trabajo habia obtenido; parecia serle indiferente de todo punto la gloria, y que se habia detenido en lo más brillante y hermoso de su senda de artista.

El taller quedaba, pues, desocupado y solo, y Diego decidió aprovecharle.

Arregló un caballete y se puso á pintar con tal asiduidad, y preciso es decirlo, con tal ánsia de ganar el

tiempo perdido, que la aurora y la noche le sorprendian sentado ante su obra.

Pero algunos dias despues de tan constante tarea, notó que su vista se volvía débil: lo creyó aprension suya, y no hizo caso, prosiguiendo su trabajo con incansable afan.

Por entónces se arregló la boda de Adelina; al oir la proposicion de Rafael de vivir todos en la misma casa, no pudo dominar Diego un movimiento de celos, que habia disipado algun tanto la demanda que hizo Rafael de la mano de Adelina. Pero reflexionando que aquél era el medio mejor para llegar al descubrimiento de la verdad, dijo que se avenia muy gustoso á semejante proposicion, y que le comisionaba para buscar la habitacion, de acuerdo con Julia y Adelina.

La habitacion se encontró, cómoda y espaciosa.

Julia, admirada de aquella medida, recordó á su marido su propósito de marchar á residir á Madrid así que se efectuára la boda de su hermana, propósito que ella habia acogido con tanta alegría como entusiasmo; pero Diego respondió que, si bien no desistia de su proyecto, deseaba acabar ántes su cuadro, en lo que tardaria aún algun tiempo.

Volvemos, pues, á encontrar á los dos matrimonios residiendo en la calle de Helder, en una casa cómoda y espaciosa y con habitaciones separadas.

Hacia dos dias que se habia casado Adelina, y en la noche anterior habia buscado Amanda su reposo en las aguas del Sena.

Eran las once de la mañana. Diego habia bajado del

taller para almorzar, y sólo se esperaba á Julia, que habia ido á casa de su amiga Clemencia, llamada por una carta de ésta.

La fisonomía del esposo de Julia estaba sombría y recelosa.

Tres veces seguidas habia salido su mujer, llamada del mismo modo.

Sus relaciones eran tan frias, que excluian toda confianza; la habitacion conyugal habia desaparecido, y en el nuevo arreglo, cada uno de los dos esposos tenia su cuarto.

Julia no trabajaba, ni manifestaba deseo alguno de hacerlo; la vista de la dicha de Adelina torturaba su corazon, y bendecia á su amiga, que la llamaba y la arrancaba de allí.

Hay ocasiones en que, si los seres que deben protegernos tratasen de leer en nuestro corazon, nos harian completamente dichosos. Diego era despreciable á los ojos de Julia; pero la pobre jóven se veia tan aislada en medio del mundo, tan atormentada por la aparicion en su alma de aquel amor culpable, tan acosada por la presencia del objeto amado, que pocos esfuerzos de parte de su marido hubieran bastado para que todo lo olvidase y lo perdonase todo.

Pero Diego no ponía nada de su parte para obtener aquel resultado salvador; la muerte de Amanda habia dejado en pos de sí un amargo fruto; habia despertado sus sospechas, y el hombre perdona tanto ménos cuanto es más culpable: cualquiera diria que exige más nobleza y más virtud, á medida que se va degradando.

Otra cosa hacía más dura la situacion de aquellos esposos: la escasez de recursos para satisfacer sus necesidades materiales; ni uno ni otro ganaban nada, é iban pasando con una pequeña cantidad, debida al solícito cuidado de Clemencia por su amiga.

Dos dias hacía que la situacion se iba complicando.

Desde el de la boda, Rafael, aunque sus recursos pecunarios no eran muy sobrados, habia montado su casa bajo un pié de decencia muy parecido al lujo.

Habia admitido una doncella para Adelina, un ama de llaves y un cocinero.

De esta suerte Diego y Julia quedaban bajo una dependencia que hacía un daño horrible á entrambos, pero sobre todo á la última, cuya dignidad hemos tenido ya más de una ocasion de conocer.

Dos dias hacía que duraba esta situacion angustiosa, que amenazaba prolongarse de un modo indefinido, y Julia bendecia á su amiga, que le habia escrito que fuese á su casa sin detencion, pues tenía que hablarle de un asunto de la mayor importancia.

Diego, como ya he dicho, habia visto estas salidas sombrío y receloso; en la mañana de que vamos hablando, acosado de su grave incomodidad á la vista, bajó del taller, y su primer cuidado, al ver que no estaba su esposa, fué ir al cuarto de Adelina.

Esta se hallaba sola, arreglando en algunos jarros un hermoso ramo de flores que le habia regalado Rafael. Éste no estaba allí.

—¿Y tu marido? preguntó Diego á la recién casada, procurando dar á su voz un acento sosegado.

— Ha salido, respondió Adelina con tranquilidad.

La frente de Diego se anubló entonces mucho más.

— Y..... ¿dónde ha ido? ¿No sabes?

— No, respondió la jóven; nada me ha dicho.

Diego, preocupado, dió dos pasos hácia la puerta : al salir tropezó con una silla, que su vista, cubierta con una espesa nube, no le dejó distinguir.

— ¡Y qué! ¿te vas ya, hermano mio? preguntó la jóven volviéndose al ruido; ¿no has reparado en la bata que tengo puesta? ¡Mira qué linda es!

La jóven estaba, en efecto, encantadora.

Llevaba una bata propia de una novia jóven y fresca, porque era en extremo lujosa y elegante.

Estaba hecha en tafetan blanco y bordada con tren-cillas de seda color de cereza : estos dos colores reunidos formaban un matiz en extremo armonioso y que decia maravillosamente con la tez trigueña y rosada, los cabellos castaños y los hermosos y rasgados ojos negros de Adelina.

Los largos pliegues de la bata estaban sujetos á su talle con un cordon de seda carmesí, como el bordado, que remataba en dos gruesas borlas.

La hermosa cabellera de la jóven, hecha trenzas, guardaba su frente tranquila, en la que ya se reflejaba la grave ternura de la esposa.

Adelina habia dejado de ser niña para convertirse en mujer, desde el dia en que su corazon se habia abierto al amor.

— Su hermano se aproximó á ella y dijo con una sonrisa forzada :

— Veo, en efecto, que estás muy elegante.

— ¡Como que mi bata es de seda! repuso Adelina.

Luégo, asiendo la parte media de la falda con un resto de puerilidad completamente infantil, añadió, acercando el extremo á los ojos de su hermano :

— ¡Mira, mira qué bordado tiene!

— ¿Tiene bordado? repitió Diego : yo nada veo.

— ¡Pues si tiene una cenefa muy ancha carmesí! ¿no la ves? ¡Es de flores!

— ¡Flores! ¡Bordado! exclamó Diego con acento trémulo y asiendo convulsivamente el traje de Adelina; dices que tu traje tiene una cenefa carmesí?

— ¡Sí! ¿No lo ves?

— ¡No! ¡No lo veo! ¡No veo más que una cosa negra ó casi negra!..... ¡Dios mio, estaré cercano á la ceguera, ahora, que tanto necesitaba la vista! ¡Abre! prosiguió dando algunos pasos. ¡Abre, Adelina, ese balcon..... Que yo vea luz! ¡Debe estar nublado!

— ¡No, hermano! ¡Si entra el sol en el aposento! dijo Adelina, toda asustada.

— ¡Es imposible! gritó Diego exasperado. ¡Dices que entra aquí el sol! Pero, desdichada, prosiguió dando algunos pasos á tientas y con las manos extendidas por delante; desgraciada criatura, ¿por qué quieres engañarme? ¿Sabes que yo sólo puedo protegerte de la inicua trama que te rodea? ¿Por qué me quieres hacer creer que estoy ciego?

Adelina no respondió; lloraba silenciosamente, amedrentada ante aquella desgracia.

— ¡Llévame al cuarto de Julia! prosiguió Diego; va-

mos al instante..... allí habrá más luz..... lo quiero, lo necesito!

—¡Oh, Dios mio! exclamó la pobre niña, que, asombrada con aquella desventura, no habia oido siquiera las dolorosas reticencias de su hermano, ni sus augurios de desgracia; ¡oh, pobre hermano mio! ¡Ciego!

—¡Conque es verdad! ¡Conque estoy ciego! gritó Diego. Y no pudiendo ya dudar ante la terrible evidencia, se desplomó en un sillón, sin color y sin voz.

XII.

PROYECTOS DE ENLACE.

Al entrar Julia en casa de su amiga Mme. Merval, se encontró con un espectáculo tan extraño, que bastó á distraerla de su profunda tristeza.

El padre de Clemencia, sentado junto á la ventana, lloraba: á su lado habia una mesita, y sobre ella servido el almuerzo, que nadie habia tocado aún.

Al lado de aquél estaba su amigo D. Fernando, el probo y severo anciano, causa inocente de los suicidios de Amanda y de su padre.

Al otro lado de la ventana, Clemencia sonreía con una dulce expresion de paz y tranquilidad.

Era una cosa tan extraña el ver alegre á la hija cuando el padre estaba triste, que Julia se detuvo maravillada.

—¡Gracias al cielo que tengo quien abogue por mi causa! exclamó Clemencia al ver á Mme. Blanford; acércate, Julia, y escucha con atencion.

La jóven se sentó al lado de su amiga; ésta continuó:

—Has de saber que ya no quiero irme á América, como mi padre y yo habiamos determinado.

mos al instante.... allí habrá más luz.... lo quiero, lo necesito!

—¡Oh, Dios mio! exclamó la pobre niña, que, asombrada con aquella desventura, no habia oido siquiera las dolorosas reticencias de su hermano, ni sus augurios de desgracia; ¡oh, pobre hermano mio! ¡Ciego!

—¡Conque es verdad! ¡Conque estoy ciego! gritó Diego. Y no pudiendo ya dudar ante la terrible evidencia, se desplomó en un sillón, sin color y sin voz.

XII.

PROYECTOS DE ENLACE.

Al entrar Julia en casa de su amiga Mme. Merval, se encontró con un espectáculo tan extraño, que bastó á distraerla de su profunda tristeza.

El padre de Clemencia, sentado junto á la ventana, lloraba: á su lado habia una mesita, y sobre ella servido el almuerzo, que nadie habia tocado aún.

Al lado de aquél estaba su amigo D. Fernando, el probo y severo anciano, causa inocente de los suicidios de Amanda y de su padre.

Al otro lado de la ventana, Clemencia sonreía con una dulce expresion de paz y tranquilidad.

Era una cosa tan extraña el ver alegre á la hija cuando el padre estaba triste, que Julia se detuvo maravillada.

—¡Gracias al cielo que tengo quien abogue por mi causa! exclamó Clemencia al ver á Mme. Blanford; acércate, Julia, y escucha con atencion.

La jóven se sentó al lado de su amiga; ésta continuó:

—Has de saber que ya no quiero irme á América, como mi padre y yo habiamos determinado.

— ¡Ah! ¡Bendito sea Dios! exclamó Julia alzando al cielo los ojos con expresion de vivísima gratitud; ¡cuánto lloraba ya tu ausencia ántes de que empezára!

— Y además, has de saber que me caso.

— ¡Que te casas!

— Sí.

— ¡Tú casarte!

— Sí. ¿Qué tiene eso de extraño?

— Mil veces me has dicho que no pensabas hacerlo jamás.

— ¿Quién no cambia de ideas alguna vez? Yo he cambiado ahora, y me caso.

— Pero ¿con quién?

— Con D. Fernando.

Clemencia dijo estas palabras mirando al viejo amigo de su padre. Julia le miró también con aire estupefacto.

Parecía no poderse persuadir de lo que estaba oyendo.

— Ese es un sacrificio que ni mi amigo ni yo podemos aceptar, dijo con una gravedad dolorosa el elegido; Clemencia ha tomado esa noble decision por libertar á su padre de la miseria y para recompensarme así la proteccion que le tengo ofrecida.

— ¡Sacrificio! ¿Llama V. sacrificio, amigo mio, á ser la esposa de un hombre honrado? respondió alegremente la jóven; yo no amaré á ningun hombre de la tierra, porque me basta el recuerdo de Luis: ¿no vale más que hagamos una proteccion para mí del afecto grave y tierno que yo profeso á V., de mi gratitud á su bondad, y á la amistad que profesa á mi padre, y de la ternura paternal con que me honra?

— Pero, hija mia, exclamó el viejo veterano; ¿olvidas que mi amigo tiene sesenta años y tú veinticuatro?

— De modo, padre mio, que á tí te parecia preferible Mr. Picard, hijo, para esposo mio, á este digno anciano?

— Mr. Aquiles Picard cuenta sólo veinticinco años.

— ¡Y la cabeza más vacía de la tierra! ¿Podria amar-te y respetarte como tú mereces y yo quiero que lo seas? ¿Podria yo estimarle y mirarle como mi compañero de peregrinacion en este valle de lágrimas? ¿Podria pedirle consejos, ni esperar de él fortaleza y confianza? ¿Podria protegerme, y hacerme respetar como yo á mi vez merezco serlo? ¿O es acaso que tu buen juicio se ha ofuscado hasta el extremo de creer que la juventud es la mayor y la más apreciable de las ventajas?

— Podrias encontrar otro marido jóven también, y más digno, más estimable que ese Mr. Picard, dijo don Fernando; jamás sabria yo aconsejarte que unieses tu suerte al hijo de un usurero, que es por su parte un ente ridiculo; pero hay muchos jóvenes de mérito que se juzgarian mil veces dichosos si les otorgáras tu mano; un escritor, por ejemplo..... ¿No sabes el afan que todos los escritores tienen por conocerte?

— ¡Oh! exclamó Clemencia mirando á su amigo; ¡un marido de mi profesion! ¡Jamás!

— Pero ¿por qué?

— Porque si yo valia ménos que él, la dependencia natural sería más dura para mí; entónces se uniría á ella la de la discípula torpe y amedrentada.

— ¿Y si tú valieses mucho más que él?

— ¡Entónces tanto peor, porque me envidiaría!

Una gruesa lágrima, que se deslizó de los ojos de Julia, fué la única aseveracion que estas palabras obtuvieron.

—Pero, exclamó Clemencia alegremente, ¿no es cosa que pasma el que yo esté implorando un esposo, y que este esposo me rechace con tal inhumanidad? ¿Tan fea soy, tan necia, tan despreciable?

Los dos ancianos abrieron la boca para responder, protestando de aquellas preguntas encantadoras, pero la jóven no les permitió hablar.

—¡Callad! les dijo; he llamado á Julia para que sea juez de esta causa, y debo enterarla de todo; óyeme tú, querida mia.

Figúrate que desde la ruin salida de Picard, que dijo que ya no queria mi novela porque yo no accedia á casarme con su hijo, yo no sabía qué hacer: he andado dos mañanas todo París, y he estado en casa de muchos librereros editores; pero basta que se les vaya á decir que si quieren, para que digan que no, aunque rabien por decir que sí. Hay ademas una aventurera por acá, que se titula marquesa para embaucar á los necios, y que escribe muchos disparates, que le imprimen por darse lustre con su título imaginario. París es la tierra de la farsa.

En todas partes me respondian que tenian imprimiendo una obra de la marquesa T..... pues has de saber que, entre sus muchos disparates, hay algo con sentido comun, porque busca siempre amantes literatos, que le escriben cosas que ella firma, y ademas ellos son los que la recomiendan á los librereros. Es el caso que á los dos dias

me he vuelto á casa medio muerta de cansancio, llorosa, desolada, al pensar que no podia dar pan á mi padre más que durante muy poco tiempo: fuí al taller para donde hemos trabajado mi pobre madre y yo, y me respondió la directora:

—Querida mia, he buscado ya todas las manos que me hacen falta; tengo mi personal completo; no se puede al mismo tiempo escribir lindas novelas y hacer lindos gorros; pero aquello debe producir á V. más que esto, y por lo mismo, en vez de dirigirse á mí, debe V. dirigirse á los librereros.

Conocí que aquella mujer se burlaba cruelmente de mí, ofendida de que hubiese dejado el dedal por la pluma, y me retiré lastimada y más desconsolada de lo que habia ido.

No veia más remedio posible que efectuar nuestro proyectado viaje á América; pero exponer á mi padre, á su edad, á los peligros de una tan larga navegacion, me aterraba.

Llegué á mi casa ayer noche tan dolorida y desanimada, que me resigné, sin embargo, á emprenderla.

Mi padre se habia dormido en su sillón: jamas olvidaré la expresion de profunda pena que habia impresa en su venerable semblante, y que, cuando el sueño no le hacia traicion, velaba bajo una engañadora sonrisa: yo me dejé caer en un asiento y empecé á llorar.

Así nos encontró nuestro vecino, quien me preguntó la causa de mi pena: se la referí con todos sus detalles, y me dijo:

—Hija mia, siento no tener veinte años ménos.

— ¿Por qué? le pregunté yo.

— Porque tal vez entonces podrias casarte conmigo, si no con amor, sin repugnancia al ménos: ése sería el solo medio de prestarte un amparo legítimo y poderoso, un amparo que tú no podrias rehusar, como ahora rehusas mi dinero.

— Amigo mio, le respondí, suplico á V. que me deje reflexionar esta noche en esas nobles palabras.

No he dormido, prosiguió Clemencia, pero he orado mucho: he rogado á Dios que me ilumine, y he oido una voz que me decia:

— Sé la esposa de ese honrado anciano; acompaña su soledad, y haz su dicha y la de tu padre.

Así, pues, cuando me levanté le esperé con ansia, y así que llegó le ofrecí mi mano: si la rechaza, tendré paciencia y me diré que valgo ménos de lo que pensaba.

— ¡No la rechazo, no, querida mia! exclamó don Fernando tomando la mano de la jóven; la quiero como el mayor bien que Dios pudiera darme: vendrás á alegrar mi soledad y á derramar en ella la luz de tu virtud y de tu talento; pero no creas que yo abusaré jamas de mis derechos de esposo: tendrás dos padres en vez de uno, porque no es de otra clase el lazo con que yo trato de unirme á mí!

— Ya no tengo que pedirte parecer, mi querida Julia, dijo Clemencia con una alegría sincera y natural; sólo tengo que preguntarte: ¿apruebas mi segundo casamiento?

— ¡Oh, sí! exclamó la artista; hallo tan noble el ofrecer esa proteccion sagrada como el aceptarla; y yo

sé, Clemencia, que no habrá esposo más respetado y querido que el tuyo.

— ¿Con que, me habeis derrotado? exclamó el veterano, radiante de gozo; es la primera vez de mi vida, y ya sólo me toca preguntar humildemente: — ¿cuándo es la boda?

— Lo más pronto posible, respondió D. Fernando; y el mismo dia marcharemos á Madrid: no quiero este país, donde hay marquesas de pega, para que brille la gloria de mi mujer: allí estaremos ménos adelantados, seremos ménos cultos, pero rendimos más homenaje á la verdad: allí el que vale vale, y los farsantes llevan al cabo su merecido: allí la mujer honrada no se confunde con la que no lo es: España es un país poco cómico, pero sincero, apreciador de lo bueno, de lo sano, de lo justo: los libros de mi Clemencia deben escribirse, imprimirse y expenderse en España, porque son sanos, sencillos y útiles: es decir, lo que deben ser para que los lean las jóvenes y las madres: sólo una mujer buena sabe escribir buenos libros: á España, pues, donde las mujeres buenas y los buenos libros son estimados en lo que valen.

— ¡Viva España! gritó con entusiasmo el viejo soldado.

— Pronto iré á reunirme contigo, dijo Julia estrechando la mano de su amiga. Diego quiere tambien que nos vayamos á establecer á Madrid.

— ¡Qué dicha si nos fuéramos todos á un tiempo! exclamó Clemencia.

— ¿Y por qué no? repuso D. Fernando; vamos á ver los dos, querida Julia, si podemos convencer á Mr. Blan-

fort, y nos marchamos á la mayor brevedad posible: estoy rabiando por que mi mujer acabe *El Alma enferma*, para imprimirla con lujo nunca visto y adornada con primorosas láminas, que harán aquí: para algo han de ser buenos los franceses: esa edicion y todas las que se sigan las regalaremos á los amigos.

— Esa edicion, mi querido futuro, repuso Clemencia, se venderá para los pobres.

— Harás lo que tú quieras, respondió D. Fernando; trabajarás cuando te acomode, y tu gloria y la de Julia volarán por todo el mundo: yo os lo prometo, pobres niñas, tan desgraciadas hasta hoy; pero vamos, Julia, á ver si decidimos á su esposo de V. á que partamos todos juntos.

Julia abrazó á su amiga, estrechó la mano de su padre, y salió con D. Fernando para ir á su casa.

Su corazón latía de gozo: ¡iba á volver á su patria, á su querida patria! ¡Sólo el que ha llorado amarguras en tierra extraña sabe lo que esta palabra significa! ¡Y Julia había llorado tantas, que ya no tenían lágrimas sus ojos, en la edad en que sólo debían tener sonrisas!

XIII.

AVISO.

Julia y su viejo amigo llegaron pronto á la calle de Elder: durante el trayecto, las dulces palabras de don Fernando abrieron á la pobre jóven el horizonte de un porvenir ménos lúgubre.

— Es preciso trabajar, hija mia, le dijo: esa dolorosa inaccion en que V. deja su talento ofende á Dios, que se lo ha concedido como un gran beneficio.

— ¡Ay! murmuró Julia, ¡no sabe V. cuán amargos sinsabores me ha causado! Sólo deseo no acordarme de que existe: mis fuerzas están exhaustas, y en vano he esperado que el éxito de ese cuadro tan celebrado me animase á pintar otro: no hay en mí aliento ni valor.

— ¡Y qué, hija mia! ¿hay acaso gloria sin martirio? Cada artista tiene en su arte una especie de religion, á la cual necesita sacrificarse y ofrecerse como holocausto: ésa es su suerte, y aunque se quejan de ella, ninguno la trocaría por la más brillante fortuna: ¡feliz V. si no tuviera otras penas que las que su carrera le ocasionára, porque para éstas no le faltaría resignacion!

A este tiempo, una soberbia carretela azul, tirada

fort, y nos marchamos á la mayor brevedad posible: estoy rabiando por que mi mujer acabe *El Alma enferma*, para imprimirla con lujo nunca visto y adornada con primorosas láminas, que harán aquí: para algo han de ser buenos los franceses: esa edicion y todas las que se sigan las regalaremos á los amigos.

— Esa edicion, mi querido futuro, repuso Clemencia, se venderá para los pobres.

— Harás lo que tú quieras, respondió D. Fernando; trabajarás cuando te acomode, y tu gloria y la de Julia volarán por todo el mundo: yo os lo prometo, pobres niñas, tan desgraciadas hasta hoy; pero vamos, Julia, á ver si decidimos á su esposo de V. á que partamos todos juntos.

Julia abrazó á su amiga, estrechó la mano de su padre, y salió con D. Fernando para ir á su casa.

Su corazon latia de gozo: ¡iba á volver á su patria, á su querida patria! ¡Sólo el que ha llorado amarguras en tierra extraña sabe lo que esta palabra significa! ¡Y Julia habia llorado tantas, que ya no tenian lágrimas sus ojos, en la edad en que sólo debian tener sonrisas!

XIII.

AVISO.

Julia y su viejo amigo llegaron pronto á la calle de Elder: durante el trayecto, las dulces palabras de don Fernando abrieron á la pobre jóven el horizonte de un porvenir ménos lúgubre.

— Es preciso trabajar, hija mia, le dijo: esa dolorosa inaccion en que V. deja su talento ofende á Dios, que se lo ha concedido como un gran beneficio.

— ¡Ay! murmuró Julia, ¡no sabe V. cuán amargos sinsabores me ha causado! Sólo deseo no acordarme de que existe: mis fuerzas están exhaustas, y en vano he esperado que el éxito de ese cuadro tan celebrado me animase á pintar otro: no hay en mí aliento ni valor.

— ¡Y qué, hija mia! ¿hay acaso gloria sin martirio? Cada artista tiene en su arte una especie de religion, á la cual necesita sacrificarse y ofrecerse como holocausto: ésa es su suerte, y aunque se quejan de ella, ninguno la trocaria por la más brillante fortuna: ¡feliz V. si no tuviera otras penas que las que su carrera le ocasionára, porque para éstas no le faltaria resignacion!

A este tiempo, una soberbia carretela azul, tirada

por dos caballos tordos, pasó cerca de D. Fernando y de la jóven: dentro, y casi acostada en los mullidos almohadones, iba una mujer de aspecto arrogante y desdeñoso, y magníficamente vestida de seda y encajes. Julia fijó maquinalmente sus ojos en el fondo del carruaje, y una dolorosa sonrisa se dibujó en su boca, marchita por los pesares.

Habia reconocido á Natalia.

— Hé ahí, amigo mio, la justicia de la sociedad, dijo mostrándola á D. Fernando; la cortesana sin pudor vive en el seno del lujo, lleva la cabeza erguida, recibe homenajes de respeto y consideracion, si no de los buenos, al ménos de los imbéciles, que por desgracia abundan demasiado: ¿para qué, pues, sirve trabajar, sufrir y tener esperanzas para el porvenir, si jamas se han de ver realizadas?

— ¿Y qué importan algunos dias de vano incienso? respondió el anciano mirando á Julia con una conmiseracion profunda; esos ídolos caen muy pronto del pedestal de barro que les levantan sus adoradores: he oido que esa mujer va á casarse con un banquero opulento; pero su nueva posicion ¿podrá regenerarla? ¿Podrá hacer su alma delicada y noble, sus instintos sanos y su educacion distinguida, tal como se necesita en la clase á que va á pertenecer? ¿Quién le dará esa íntima satisfaccion interior, que es la más grande recompensa de los buenos? ¿Qué recursos tendrá esa mujer en las largas horas de soledad que forzosamente han de rodearla?

Hay ademas otra cosa, hija mia; la esperanza de otra vida mejor, llena de goces y compensaciones: si sólo mi-

ráramos acá abajo, pediríamos la muerte como el más grande beneficio, ó nos la dariamos nosotros mismos; pero Jesucristo ha dicho: *El que me ame, tome su cruz y sígame.*

Julia no respondió: habian llegado á su casa, y en la puerta vió parado, con grande admiracion suya, el carruaje de Natalia.

Algo disgustada con este acontecimiento, que la ponía de frente con la actriz, entró en el patio, donde la portera hacía aspavientos con otras dos de la vecindad.

Al ver á Julia, detuvo su charla, dió á su semblante una expresion compungida, y exclamó, cruzando las manos:

— ¡Ah, señora, qué desgracia!

— ¿Una desgracia? preguntó Julia, creyendo que se trataba de alguna cosa de vecindad.

— ¡Ah, sí, mi pobre señora, una gran desgracia!

— ¿Qué ha ocurrido?

— Yo estoy aturdida; pero.....

— ¿Pero qué?

— ¡Quizá tenga remedio!

— ¿No quiere V. decirme lo que ha pasado?

— ¡Oh, no me atrevo!

— ¿Por qué dice V., pues, tantas necedades? preguntó severamente D. Fernando; acabe V., ya que ha empezado á hablar!

— ¡Perdon, caballero! yo deseaba advertir á la señora.

— ¿Advertirme á mí? preguntó Julia, poniéndose pálida.

— ¿Y á quién, pues, podría ser?

—¿Luégo es en mi casa la desgracia?

—¡Ay, sí por cierto!

Julia no quiso oír más, y empezó á subir la escalera con cuanta precipitación le permitía el temblor que se había apoderado de ella.

Pero D. Fernando asió el brazo de la portera, y sacudiéndolo con fuerza, le preguntó con voz terrible:

—¿Qué ocurre en casa de Mme. Blanford? ¡Pronto!

—¡Oh, una gran desgracia! repitió la portera.

—¿Qué desgracia? ¡hable V. de una vez!

—Que su marido.....

—¿Qué?

—¡Ha quedado ciego!

El anciano no dijo una sola palabra: ni áun pareció sorprenderse de la fúnebre nueva: tanta era la fortaleza de su carácter; pero dentro de su corazón había una pena amarga al pensar en la suerte de la pobre Julia.

Subió la escalera rápidamente, y al llegar á la mitad de ella oyó gritos y gemidos de mujer.

La puerta del cuarto habitado por Julia y su familia estaba abierta. Don Fernando entró y la cerró tras sí, siguiendo la dirección que los gritos le indicaban, que era la del cuarto de Adelina.

Allí se ofreció á sus ojos el cuadro más desgarrador.

Diego se hallaba hundido en un sillón: su semblante tenía una expresión torva y desesperada: sus ojos estaban abiertos y velados por una tela blanca parecida á una ligera nube.

A su lado Natalia, vestida más ostentosamente de lo que aparecía cuando iba sentada en el fondo de su coche,

gritaba desaforadamente, aunque sin derramar una sola lágrima: tenía asida una mano de Diego y exclamaba sin cesar:

—¡Pobre hermano mío! ¡desgraciado hermano! ¡pero esto tendrá cura, y en tal caso, yo la pagaré, porque voy á ser rica, muy rica!..... ¡ahora venía á decirte que me caso con un banquero! ¡Pobre Diego! ¡qué desgracia! ¡desdichado hermano mío!

En frente del ciego, Adelina, más silenciosa y más sinceramente afligida, sollozaba con desconuelo: gruesas lágrimas corrían por su lindo rostro, y en vano hacía por reprimir la fuerza de su dolor.

Julia, absorta, se detuvo en el umbral del aposento y tendió en torno suyo una mirada ansiosa.

¿Qué era lo que había ocurrido?

¿Estaría herido Diego, por algún lance, á consecuencia de sus extravíos?

Aquella desgracia no era visible á sus ojos, y sin embargo, pesaba sobre su corazón.

Natalia fué la que la informó con sus gritos y sus exclamaciones de lo que sucedía.

—¡Dios mío! gritó; ¡ciego mi pobre hermano!

—¡Ciego! repitió Julia con terror.

Pero á la primera sorpresa, que durante algunos minutos la había dejado inmóvil, sucedió una reacción tan rápida como generosa.

Corrió al lado de su marido: su semblante abatido se iluminó con la resolución del sacrificio, y tomando la mano que Natalia dejaba libre á Diego, le dijo con voz dulce y firme á la par:

— Valor, amigo mio: ¡aquí estoy!

— ¡Ya no puedo verte! ¡ya no te veré nunca! murmuró el pobre ciego, quien, agobiado por aquella inmensa desgracia, oyó como un canto celeste la voz de su mujer; luego prosiguió, levantando al cielo sus ojos nublados:

— ¡Muy culpable he sido contigo, y por eso Dios me castiga de un modo tan terrible!

— Querido Mr. Blanford, dijo la grave y dulce voz de D. Fernando, no hay que desesperar: la desgracia de V. es sólo temporal: lo que V. tiene son cataratas, si yo no me engaño.

Diego meció tristemente la cabeza.

— ¡Es decir, ceguera por cuatro ó por seis años á lo ménos! murmuró; ¡es decir, que estaré ciego el tiempo que debia haber trabajado con más entusiasmo, con más fe: ¡yo, que he perdido tanto tiempo! ¡yo, que ahora ansiaba tanto recobrarlo! ¡Oh, París! ¡maldita sea la hora que entré en él!

— ¿Quieres que le dejemos? preguntó Julia estrechando dulcemente la mano de su marido; tu intencion era que marchásemos á Madrid dentro de algun tiempo: ¿quieres que adelantemos la marcha y salgamos de París?

— ¡Cómo, si no tenemos dinero! murmuró Diego, que absorto en su amargura, olvidó toda reserva.

— Y ademas, dejar á París cuando todos los que padecen de la vista vienen á curarse aquí!.... observó Natalia con el acento duro que siempre habia usado con Julia; ¡eso es un disparate, una locura!

— ¡Pues, sin embargo, detesto á París! respondió

Diego, á cuya pena muda y concentrada habia sucedido una feliz propension al llanto, que apenas podia contener.

— En ese caso, repuso Julia, que no habia soltado su mano, tranquilízate: saldremos de París, y muy pronto.

— ¡Imposible!

— ¿Qué habrá ya imposible para mí, tratándose de tu alivio, de tu bienestar? preguntó tiernamente la jóven; voy á serte necesaria, y esta idea me dará fuerzas para todo.

— ¿De modo que no vais á asistir á mi boda con monsieur de Saint-Etienne? preguntó Natalia, á quien ni por un instante ocurrió el pensamiento de ofrecer á su hermano medios para su viaje.

— Gracias, respondió Julia; nos limitaremos á desearte toda clase de felicidades.

— Lo siento por vosotros, dijo Natalia; venía ahora para participaros mi enlace: Mr. de Saint-Etienne piensa celebrarle con un soberbio baile: al dia siguiente partiremos para una magnífica posesion que tiene en el Havre, y en la que hubierais podido pasar vosotros ocho dias deliciosos.

— Gracias, repitió Julia; todo mi deseo es ahora cumplir el de Diego, saliendo cuanto ántes de París.

— ¡Oh, Dios mio! exclamó Adelina; ¡con que, todos me dejais!

— Te quedas con tu marido, hija mia, dijo Julia besándola en la frente, y eso debe bastarte: para la mujer casada, la mejor compañía es su esposo; ámale mucho, procura conservar su amor, y nada más necesitas para ser dichosa.

— Voy, pues, á decir á Clemencia y á su padre que partiremos juntos, dijo D. Fernando, y más pronto de lo que pensábamos : si el Sr. Blanfort no opone un parecer contrario, por mi parte fijo la marcha para dentro de tres dias.

— ¡Oh, sí, lo ántes posible! exclamó Diego.

— ¡Cómo! dijo Natalia, en cuyos ojos brilló la sorpresa; ¿se va tambien tu amiga?

— Sí, respondió Julia, que se moria de impaciencia por ver desaparecer á Natalia.

— ¿A Madrid?

— A Madrid : ¿qué hay en eso de extraño?

— Nada : tanto mejor.

— ¡Tanto mejor! ¿qué estorbo te hacía aquí? ¿la conoces?

— De oidas nada más : ¿es bonita?

— Encantadora.

— ¡Tanto mejor!

— No te comprendo, dijo Julia volviéndole la espalda.

— No importa, yo me entiendo : y ahora, adios. Diego, tal vez no nos veremos ántes de que te marches : estoy en extremo ocupada con los preparativos de mi boda; pero ya que tú no puedes, que me escriba tu esposa. Adios, querida. Adios, Adelina.

La actriz, al decir estas palabras, fué á besar á la jóven; pero ésta se retiró dos pasos y murmuró con hastío:

— ¡Oh! ¿y es posible que tú hayas comido tanto tiempo del pan de mi hermano? ¿déjame y no te acuerdes de mí jamas!

— ¡Niña, niña! exclamó Natalia con acento burlon,

¡parece que el nuevo estado te ha hecho adquirir muchos humos! Pero ¡bah! os dejo á todos, y me voy : di á tu marido que te lleve alguna vez por casa : comeréis á mi mesa cuando no tenga en ella algun título, algun diplomático. Adios, Diego; adios, Julia.

Y Natalia salió, haciendo mucho ruido con su traje de seda y como preocupada por un pensamiento que la embargaba completamente.

—Hasta luégo, dijo D. Fernando, que la habia seguido con una sonrisa de burla.

Quedaron solos Adelina, Julia y su marido.

Entónces la niña se acercó á la esposa de su hermano y le dijo con una gracia encantadora :

—Julia mia, tú tienes apuros y yo tengo dinero; tómallo : esta mañana me lo dió Rafael, y todo es tuyo.

— Gracias, mi querida niña, respondió Julia; nada me hace falta; pero, en el caso contrario, está bien segura de que acudiría á tí.

Entre tanto, Natalia volvia á su casa al trote de su soberbio tronco.

Así que llegó, se encerró en su gabinete y escribió la siguiente carta :

«La suerte favorece tus deseos, querida Lucila. ®

» Clemencia sale en breve para Madrid : no sé si irá á él por temporada ó con intencion de establecerse de un modo definitivo.

» Tú obrarás como mejor te parezca.

» Escíbeme, y dime si tu marido continúa soñando despues de haberla visto.

» Tambien van á ésa mi pobre hermano Diego, que ha

perdido la vista, y su mujer, mi insípida cuñada Julia, que tiene costumbres de monja, y á cuyo lado me aburría : no sé á qué van á ésa : sólo se deja ver muy claramente que mi hermano ha cobrado á París una aversion insuperable.

» En cuanto á la escritora, es indudable que se cansa de ser pobre aquí, donde la virtud hace pocas veces fortuna, y que se va ahí con su viejo padre, á ver si la suerte le es un poco más propicia.

» Me dan mucha risa esos forjadores de mentiras escritas, y mucho más cuando son *forjadoras*.

» Los hombres no las pueden sufrir, porque al hombre no le gusta la mujer sábia en otra cosa que en coquetearías.

» De las escritoras se rien, se burlan, y aunque lo que éstas escriban sea bueno, siempre dicen que es muy malo.

» Aquí he conocido á la marquesa de T..... y se ha hecho muy amiga mia, aunque, á la verdad, yo creo que es ella tan marquesa como tú : ella se llama escritora, y algunos hombres de talento fingen creer que lo es.

» Adios; ya te hablaré de esto en otra ocasion : ahora, sirva esta lacónica de aviso, y no me olvidéis.»

NATALIA.

LIBRO QUINTO.

I.

ESPERANZAS.

La escena ha cambiado completamente, lector amigo : ya no es á París á donde tenemos que ir para encontrar á algunos de nuestros más interesantes personajes, ni á la córte de España, ni siquiera á una modesta ciudad : tenemos que ir sólo á una pequeña aldea de la provincia de Madrid, que aún existe, y que dió al gran Tirso de Molina título y argumento para una de sus mejores comedias : nos hallamos en Vallecas, y distantes sólo una legua de la coronada villa.

¿Quién vive allí, preguntarás, de todos esos seres que se agitaban, sufrían ó eran felices, en medio de la moderna Babilonia que se llama París?

Dos solamente : Julia y su marido.

Un año ha pasado desde el dia terrible en que Dios arrebató la luz de los ojos del pintor, indignado tal vez del mal uso que hacía de su talento, que, aunque no llegaba á ser genio, era talento á no dudar.

perdido la vista, y su mujer, mi insípida cuñada Julia, que tiene costumbres de monja, y á cuyo lado me aburría : no sé á qué van á ésa : sólo se deja ver muy claramente que mi hermano ha cobrado á París una aversion insuperable.

» En cuanto á la escritora, es indudable que se cansa de ser pobre aquí, donde la virtud hace pocas veces fortuna, y que se va ahí con su viejo padre, á ver si la suerte le es un poco más propicia.

» Me dan mucha risa esos forjadores de mentiras escritas, y mucho más cuando son *forjadoras*.

» Los hombres no las pueden sufrir, porque al hombre no le gusta la mujer sábia en otra cosa que en coquetearías.

» De las escritoras se rien, se burlan, y aunque lo que éstas escriban sea bueno, siempre dicen que es muy malo.

» Aquí he conocido á la marquesa de T..... y se ha hecho muy amiga mia, aunque, á la verdad, yo creo que es ella tan marquesa como tú : ella se llama escritora, y algunos hombres de talento fingen creer que lo es.

» Adios; ya te hablaré de esto en otra ocasion : ahora, sirva esta lacónica de aviso, y no me olvidéis.»

NATALIA.

LIBRO QUINTO.

I.

ESPERANZAS.

La escena ha cambiado completamente, lector amigo : ya no es á París á donde tenemos que ir para encontrar á algunos de nuestros más interesantes personajes, ni á la córte de España, ni siquiera á una modesta ciudad : tenemos que ir sólo á una pequeña aldea de la provincia de Madrid, que aún existe, y que dió al gran Tirso de Molina título y argumento para una de sus mejores comedias : nos hallamos en Vallecas, y distantes sólo una legua de la coronada villa.

¿Quién vive allí, preguntarás, de todos esos seres que se agitaban, sufrían ó eran felices, en medio de la moderna Babilonia que se llama París?

Dos solamente : Julia y su marido.

Un año ha pasado desde el dia terrible en que Dios arrebató la luz de los ojos del pintor, indignado tal vez del mal uso que hacía de su talento, que, aunque no llegaba á ser genio, era talento á no dudar.

Julia no está ya abatida y triste.

Tampoco es su aspecto el de la felicidad; pero su mirada no refleja ya el brillo de la fiebre, y de los extremos de su boca ha desaparecido el amargo pliegue que se advertía á cada lado de ella, y que el sufrimiento habia formado, como la huella indeleble de su paso por el alma de la jóven.

Cuando he dicho que no era su aspecto el de la felicidad, creo que me engañaba.

Y es que escribo en estío, cuando el sol cae ya á torrentes desde el cielo y cubre el entendimiento con una nube tan tupida, que apenas deja penetrar en ella la luz de la reflexion.

Cosa rara es que cuando toda la naturaleza vive y se anima, el cansancio envuelva con sus helados pliegues á un mismo tiempo mi cuerpo y mi alma, y el trabajo sea para mí una carga pesada, sobre todo en algunos dias en que la atmósfera está cargada de electricidad.

Pero volvamos al matrimonio; que ninguna culpa tiene el lector de mi fatiga y malestar.

Indudablemente se habia verificado una gran trasformacion en ambos esposos, y cualquiera que los hubiera conocido en París lo hubiera dicho al volverles á hallar ahora en Vallecas, y en una tarde de Junio, sentados ambos en una salita del piso principal de la casa.

Aquella pieza, pequeña y amueblada con extrema sencillez, tenía salida á una extensa azotea llena de macetas colocadas con simetría, y que ostentaban flores comunes, pero cuidadas con esmero, y de gran belleza y frescura.

En la salita, y sentado en un sillón forrado de tela de Persia de colores vivos, se hallaba Diego.

Habia adelgazado, pero sus formas no tenían la flacura angulosa y huesuda, consecuencia de las orgías y de los vicios; porque la delgadez que producen los padecimientos del espíritu es muy diferente de la que ocasionan los excesos y la intemperancia.

Hay en aquélla algo de suave y resignado.

En ésta se descubre algo de dureza y desafío á la sociedad y á todo lo que es bueno, severo y justo.

Esta última decadencia hostil habia desaparecido de la persona de Diego, y la habia reemplazado aquélla, que si no es amarga para el que la padece, es más triste para el que la ve.

Llevaba puesta una bata de hilo, de color claro y muy modesta; un pantalon claro tambien y unas chinelas de tafíete verde.

Conocíase sin esfuerzo que una mano cariñosa habia cuidado de su tocado y aseo: su cabello estaba brillante, bien cuidado, y se rizaba en derredor de su frente con naturalidad y gracia: el cuello de su camisa de batista, blanco como la nieve, se doblaba sobre una corbata de seda color de ceniza con cuadros azules: su semblante estaba pálido y triste, pero la expresion de sus facciones no demostraba ira ni enojo: era más bien la conciencia de una desgracia grande, inmensa, pero irremediable, y quizá tambien el íntimo y desconsolador convencimiento de haberla merecido, y casi de haberla provocado.

Julia, sentada al lado de su marido, pintaba en un

lienzo extendido sobre un caballete, y que representaba á Santa Teresa de Jesus en actitud de orar.

Era un cuadro de gran tamaño y de extraordinaria belleza en lo que se podia juzgar de su parte terminada.

La plácida luz de la tarde quebraba sus dorados rayos en la noble figura de la Santa, que tenía elevados al cielo sus bellos ojos negros llenos de inspiracion, y en la dulce figura de la artista.

Julia llegaba ya á los veinticinco años, y sin embargo, no habia engruesado.

Su figura, siempre jóven, linda, deliciosa, se mantenía esbelta como un junco : su delicada tez estaba entonces animada de un leve sonrosado : sus ojos azules estaban tranquilos ; su frente, serena : más que á la de una esposa infeliz, se asemejaba su plácida y rubia cabeza á la de una vírgen que aún no habia despertado al primer amor.

Nadie hubiera reconocido en ella á la desgraciada jóven que algunos meses ántes recorria las calles de París mal vestida y hambrienta : en la tarde de que voy hablando tenía puesto un traje de muselina de fondo blanco con ramitos azules, ceñido á su talle por un cinturón de igual color que las flores.

Llevaba los cabellos reunidos en trenzas, que bajaban desde sus sienes hasta el nacimiento de su cuello, y se enroscaban allí en una flecha de plata.

La habitacion no desdecía del aspecto modesto de sus habitantes.

Un papel de follaje verde con campanillas azules vestía las paredes : las sillas eran de madera verde con

asientos de anea verdes y blancos : un aparador colocado en el testero principal de la estancia, y una pequeña mesa redonda, que se habia sacado á la galería, indicaban que aquella sala era un comedor.

A la sazón se ocupaba en cubrir aquella mesa una criada jóven y robusta, y ya habia extendido sobre ella un mantel blanco y algunos platos de loza con ramitos de color de rosa.

—Diego, dijo Julia, ¿tienes apetito?

—No, respondió éste.

—Pues ya es hora de comer.

—Ya lo sé ; pero no tengo gana.

—¡Te empeñas en no pasear! dijo Julia con tono de dulce reconvencion. Vamos, voy á dejar esto y daremos los dos una vuelta por el jardín, en tanto que Florentina acaba de disponer la comida.

—Pero te va á hacer falta el tiempo, repuso Diego; ¿No has prometido el cuadro á la Condesa de G..... para el sábado?

—Sí.

—¡Y estamos ya en miércoles! Esta mañana me has dicho que tenías que trabajar mucho si habías de cumplir tu palabra.

—Me levantaré mañana una hora más temprano.

—¡Si ya te levantas á las cinco!

—Me levantaré á las cuatro.

—¡Ah, tú vas á enfermar, mi pobre Julia! murmuró Diego buscando la mano de su esposa; ¡y todo por mí, por mí, que he sido tan culpable! ¡Ah, Dios me castiga con sobrada razón!

— ¡Eh! vamos á paseo y hablaremos en el jardín, repuso la artista con acento alegre.

— No puedo consentir en que pierdas así el tiempo, respondió su marido.

— ¿Que lo pierda? No lo creas, Diego; yo tambien necesito un poco de ejercicio si he de comer.

— ¿De véras?

— Sí; apénas he dejado hoy el asiento.

— ¡Y todo por mí! repitió Diego.

— ¡Otra vez te ocurre esa idea! ¡Si es por mí! Yo estoy mil veces mejor trabajando; y ademas, ya sabes el afan que tengo para no perder tiempo.

— ¡Sí! ¡El de ahorrar para mi curacion todo el dinero posible! ¡El de ganar mucho con ese objeto! Cualquiera diría que te habias vuelto avara, y áun una vez más debo exclamar : ¡todo por mí!

— Mi querido amigo, dijo Julia con dulzura, tus quejas me afligen. ¿Quién es el que en el mundo no está sujeto á la santa ley del trabajo? ¡Desgraciado de aquel que sólo es feliz en la ociosidad!

— ¿Y cuando yo te condenaba á ella por un sentimiento tan ruin, que no me atrevo á nombrar?

— ¡Oh, Dios mio! ¡De todo sacas consecuencias para atormentarte!

— ¡Ojalá no pudiera sacarlas, pues así sería ménos culpable!

— Vamos al jardín, repitió Julia tomando la mano de su marido, que al fin dejó el sillón y se apoyó en su brazo, al tiempo que entraba Florentina con algunos utensilios para la mesa.

La muchacha oyó las palabras de su señora, y exclamó riéndose :

— ¡El jardín! ¡Cualquiera diría que lo es!

— ¿Qué le falta, pues, para serlo? preguntó Julia alegremente.

— ¡Toma! ¿Qué le ha de faltar? ¡el serlo!

— ¿No tiene rosales y reseda, ademas de tres frutales, de un banco de césped y de una fuentecita?

— Pero todo esto, ménos los árboles, lo ha hecho usted poner, señora : ¡el jardín no es otra cosa que un corralillo!

— Un corralillo, donde hay perfumes y brisas, sol y rocío, respondió Julia volviéndose á su marido; donde el agua murmura y los pájaros trinan : ¿qué le falta, pues, para ser jardín?

— ¡Ah, señora, cómo se conoce que no ha visto usted el de la quinta! murmuró Florentina.

— ¿El de la quinta?

— El de esa quinta á la salida del pueblo que ha comprado ese señor frances.

— ¿Y tú le has visto?

— ¡Vaya, el domingo!

— ¿Y es hermoso?

— ¡Hermosísimo; con unas figuras de piedra, así, más altas que el señor, y unas fuentes que suben tanto, que se pierden de vista..... y más árboles..... y más flores!

— ¿Y quién es ese señor que la ha comprado?

— Yo no sé : dicen que es frances, y así como usted.

— ¿Como yo? preguntó Julia, muy admirada de la analogía que su criada parecia encontrar entre ella y el propietario de la quinta; ¿en qué se parece á mí?

—En que pinta santos.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—¡Toma! en el pueblo.

—Es extraño que ya se sepa eso, cuando aún no ha venido, dijo Julia, que al oír la palabra *pintor* se había quedado pensativa.

—Han venido los criados, y éstos lo han dicho.

—¿Esos que están arreglando la casa?

—Los mismos.

—Vamos á nuestro jardín, Diego, dijo Julia á su marido, empezando á bajar con él por una escalerita que había situada á un lado de la azotea; observarás, por más que diga Florentina, qué ambiente tan embalsamado se respira en él.

—Mientras los señores pasean, cogeré cerezas del árbol grande, dijo la criada, y así emplearé el tiempo, porque la comida ya está pronta.

Bajaron los dos esposos, y la criada les siguió.

—¡Cuánto diera por ver tu cuadro! murmuró Diego; ¡y cuánto siento ahora el tiempo que he perdido y que te he hecho perder!

—Yo lo recobraré, dijo Julia.

—¡Y de qué modo! ¡trabajando con un exceso que no puede ménos de perjudicarte!

El silencio siguió á esta eterna queja, que de continuo se escapaba de los labios del ciego.

Era inútil que su esposa procurase distraerle por todos los medios imaginables: ni aún los esfuerzos que él hacía le servían de nada, pues los remordimientos no le dejaban un solo instante de reposo.

La bondad, la resignacion de su esposa le humillaban de un modo indecible; y sólo la esperanza de verse libre un día de las cataratas que ofuscaban su vista, era lo que le impedía pensar en el suicidio.

—¡Y no haber podido terminar mi cuadro al ménos! murmuró con desaliento; ¡áquel cuadro, que era, á no dudar, el mejor de toda mi vida, pues lo pintaba con el deseo de vindicarme á tus ojos! ¡Y pensar en que han de pasar dos años ántes que acabe de formarse y de que arranquen este velo que oscurece mi vista! ¡Ah, esto es horrible, horrible!

—¡Valor, amigo mio! respondió Julia; piensa en que Dios podía haberte dado otra clase de ceguera, de que no hubieras podido librarte: además de que, segun mi esperanza, no tendrás que aguardar tanto tiempo.

—¡Cómo!

—Me ha dicho D. Fernando que hay en Lóndres un médico que quita las cataratas al año de haberse cubierto la vista.

—¡Es posible! ¡Ah, bendito sea Dios!

—Ya sabes que ese digno anciano no miente jamás. Al decirme esto, añadió:

—El doctor Harrison lleva dos mil duros por la cura: dentro de un mes cumple el año de la ceguera de Diego: acéptelos V. de Clemencia, y váyanse al instante.

—¿Y qué has respondido? preguntó Diego palpitante.

—Lo que vas á oír: «que en ese mes ganaria yo lo que me falta para completar esa suma y el dinero indispensable para el viaje, y que deseaba que todo el dinero empleado en la cura fuese ganado por mí.»

— ¡Dios mio! ¡ Con que, dentro de dos meses, de mes y medio quizá, ya habré recobrado la vista! ¡ Con que, ya podré acabar mi cuadro! ¿ No es esto un sueño?

— No, amigo mio; es la realidad.

— ¿ Y marcharemos á Londres?

— Sí: Santa Teresa acabará de darnos lo necesario para eso.

Julia dijo estas palabras sonriendo: conóciase que en su alma reinaba la tranquilidad y la esperanza.

Luégo llevó á su esposo al banco de césped, en el cual le hizo sentar, colocándose á su lado, y tendió una mirada por el jardin.

Era éste muy pequeño, y tan humilde en su aspecto como hacian suponer las palabras de Florentina.

Sin esfuerzo se comprendia que habia sido un corralillo, de esos que hay en todas las casas de las aldeas, á falta de jardin.

Un peral, cuyo fruto áun no estaba sazonado, dos manzanos y un cerezo formaban todo su ornato, y resumian todas las promesas de utilidad que aquel reducido terreno podia ofrecer.

En un rincon habia una fuente, que caia en una teja y desaparecia en un cauce, á la orilla del cual brotaban hierbas y florecillas enanas.

En el centro, algunos cuadros formados con ladrillos contenian flores y musgo; pero las flores eran de las más comunes, así como rosales, clavellinas, jacintos y alélfes, que alternaban con algunas plantas de sándalo, geráneo y reseda.

Sin embargo, como habia dicho Julia, aquel humilde

rincon tenía un hermoso pedazo de cielo: tenía flores que daban perfume, agua que murmuraba y pájaros que cantaban sin cesar, lo que le hacia, á pesar de ser pequeño, tan delicioso y alegre como el más espléndido jardin.

Julia le amaba con pasión: á su llegada, y á pesar de la escasez de sus medios y de la triste disposicion de su espíritu, habia tratado de embellecerlo todo lo posible, buscando quien le plantase aquellas flores y construyese aquel sofá de verdor, donde pudiese llevar á descansar á Diego por las tardes.

Un labrador del pueblo le prestó este servicio por algunos módicos jornales, empleando las tardes en el arreglo del huertecillo: Julia, en cuyo ánimo habia ido ejerciendo su benéfica influencia la oracion, se mostró más serena y ménos triste con aquella inocente distraccion.

A la caída de la tarde, y cuando el sol doraba ya apenas las copas de los cuatro árboles del jardinillo, Julia bajaba á él, se sentaba en el banco de césped y elevaba á Dios su alma con el fervor de la verdadera piedad, con ese fervor que refresca y consuela como un rocío saludable.

Muchas veces bajaba desconsolada y subia conforme con su suerte, porque jamas acudimos á Dios pidiéndole valor, sin que nos le conceda su inefable bondad.

II.

RESPECTIVAS SITUACIONES.

Explicaré la situación de Diego y Julia antes de dar entrada á nuevos personajes en este libro de mi historia.

El golpe cruel con que le habia abatido la suerte puede asegurarse que fué la regeneracion moral de Diego.

Reconoció los extravíos de su vida pasada, y se dijo, llorando de temor y de vergüenza :

— Mi esposa, tan ultrajada, tan ofendida por mí, debería abandonarme ahora en mi desgracia.

Sin embargo, Julia no le abandonó : consagróse á su marido con la ternura más solícita y más exquisita, y se convirtió en una Providencia, que velaba por él á todas horas.

Necesitábase esta desgracia para que el deber trajese el olvido al alma ulcerada de Julia; sin aquel rudo golpe de la suerte, jamas hubiera podido olvidar la joven los ultrajes de su marido.

Pero ¿qué rencor era ya posible al mirarle tan desgraciado? Julia dió gracias á Dios al verle en tan deplorable situación, porque ya habia perdido el derecho de su resentimiento.

Tal vez no hubiera pensado así si no hubiera aún existido en su alma una centella de amor; pero en las almas generosas y apasionadas tardan largo tiempo en apagarse las luces de un amor grande y verdadero.

Diego se vió asistido y cuidado como si hubiera sido el mejor y más justo de los hombres; pero Dios dejó en su alma una eterna y dolorosa desconfianza, y sentíase además humillado por aquel amor que no habia merecido en manera alguna : á cada nueva prueba de la ternura y generosidad de Julia se decia : « ¡ Esto es compasion! ¡ Sólo compasion! ¡ Ella no puede amarme, porque la he ofendido mucho! ¡ Desgraciado de mí! »

Al llegar á Madrid, con su amiga, el padre de ésta y don Fernando, Julia les anunció su firme resolución de vivir en el retiro y de consagrarse al trabajo, y añadió que no queria habitar en la corte.

— ¡ Dios mio! exclamó Clemencia; ¿ y qué vas á hacer?

— Viviré en un pueblo.

— ¡ Yo abrigaba la dulce esperanza de que jamas nos separariamos!

— Tu suerte está asegurada, querida Clemencia : la mia ha sido hasta hoy muy infeliz : necesito de tranquilidad, de reposo y olvido.

— ¿ Y no tendrías todo eso en Madrid?

— Imposible : viviré en Madrid cuando haya reunido lo necesario para la curacion de mi marido.

— Pero ¿ no te he ofrecido yo lo necesario para conseguirla?

— Es verdad, y yo no lo he aceptado : el trabajo es

una de las sagradas obligaciones de la vida : yo te debo lo que ha costado el viaje desde París aquí, y te lo pagaré.

— ¿Es posible que me hables de eso? ¿no somos hermanas de corazón?

— Querida Clemencia, repuso Julia tomando con ternura la mano de su amiga, la amistad, para conservarse pura y sana, necesita que no se abuse de ella, y yo he abusado bastante de la tuya : no es esto decirte que yo tema que me falte jamás : hasta hoy he sido sólo desgraciada, y sin embargo, me reprocho como una falta muy grave el tiempo que he pasado sin trabajar pudiendo y debiendo hacerlo.

— Ni uno ni otro, mi pobre amiga : no podías, por el estado de tu espíritu, y no debías, por esa misma imposibilidad : ¿qué puede hacerse cuando las penas del ánimo minan la existencia y consumen la fuerza moral?

— Esa ha sido hasta hoy mi excusa : hoy cesa de serlo, porque hay á mi lado otra pena más grande que la mía : trabajaré por Diego y para Diego.

— ¿Y qué piensas hacer?

— Lo primero en que me ocuparé será en concluir su cuadro.

— ¡Su cuadro!

— Sí : el que pintaba cuando quedó privado de la vista : luégo copiaré su firma al pié : no quiero que renuncie á su parte de gloria : así que esté el lienzo terminado lo enviaré á París.

— ¿A quién?

— A Mr. Picard.

— ¡Ah, tu decision no puede ser más noble! exclamó Clemencia, de cuyos ojos caian algunas lágrimas; ¡pagar así el daño que ese hombre te ha hecho!

— Dios dice que no nos perdonará si á nuestra vez no perdonamos.

— Pero, dijo Clemencia, ¿á qué salir de Madrid? Tú, llena ya de gloria y dotada de tantos medios para adquirir mucha más, ¿por qué has de ir á encerrarte en una aldea? ¿por qué te has de oscurecer así? Lo mismo podías establecerte en Madrid.

— No lo creas : para eso necesito de más medios : bastan muy pocos para vivir en un pueblo : además, ya te lo he dicho, necesito retiro y descanso para mi espíritu : necesito pasearme por el campo, vivir en él y elevar á Dios mi alma dolorida de vez en cuando : no me ofrezcas ya nada más, Clemencia, y déjame que adquiera valor para andar el camino de la vida : ya he olvidado mis sueños de gloria, y me he convencido de que ésta es un fantasma, que jamás puede alcanzar la mano débil de la mujer : mi anhelo hoy es trabajar como un obrero, á fin de adquirir el dinero necesario para vivir, ahorrando la cantidad que pide ese doctor inglés por devolver á Diego el uso de la vista : luégo que él esté curado, él decidirá de nuestro porvenir, y espero que no querrá salir de nuestro retiro.

Clemencia no insistió más : conocia la sublime fortaleza de este propósito, y ya no procuró otra cosa que proporcionar á su amiga los medios de llevarlo á cabo.

Julia fué un día sola á Vallecas, y alquiló aquella modesta casita por un precio muy reducido : la amuebló

con lo más indispensable—para lo cual aún tuvo que aceptar otra corta suma de su amiga—y volvió á buscar á su esposo, instalándose con él allí y buscando para que los sirviese á una muchacha del pueblo.

Su primer cuidado fué acabar el cuadro de su esposo, que era de una gran belleza, y segun habia dicho á su amiga, lo envió á Mr. Picard, creyendo que se lo pagaria mejor que en Madrid.

En la tarde de que vamos hablando, aún no habia recibido contestacion alguna del comisionista, y anhelaba acabar lo ántes posible su Santa Teresa, que era para la condesa de G....., residente en Madrid, y á la cual habia hallado Clemencia modo de interesar en favor de su amiga.

Clemencia se habia casado ya con el amigo de su padre, desde un mes despues de su llegada á Madrid; y léjos de arrepentirse de aquella decision, que salvaba á su padre de la miseria y del viaje á América, tan temidopor su amor filial, cada dia aplaudia más el pensamiento que habia tenido de verificarlo.

Era su esposo uno de esos ancianos que honran las canas, porque la nobleza y dignidad de sus acciones no se desmienten nunca: severo y probo, era al mismo tiempo accesible, afable y cariñoso en la vida doméstica.

Clemencia, con la magia seductora de su talento, consiguió que cambiase sus hábitos de holgura y de comodidad, en cuanto al traje, por un esmero que excluía la afectacion, pero en el que sobresalía el buen gusto, y poco á poco la jóven esposa llegó á ser el árbitro de todas

las acciones de su marido, que la consultaba para todo y oía su parecer con extrema deferencia.

Clemencia era feliz; sosten á la vez de la dicha de aquellos dos ancianos, sólo de ésta se ocupaba; tal vez, sin conocerlo ella misma, su alma se enfriaba entre aquellas dos almas sin entusiasmo, y se marchitaba su juventud al lado de aquellos cabellos blancos; pero la paz de que disfrutaba era tal, que nada más deseaba en el mundo.

Consagróse enteramente á escribir, despues del cuidado de su padre y de su esposo, y de esas pequeñas atenciones de la casa, que jamas desconoce una mujer que desea cumplir su mision.

Casi todas las semanas veia dos veces á Julia, y pasaban la tarde hablando y contándose sus sueños para el porvenir.

Cualquiera que hubiera oido las confianzas que mutuamente se hacian, y sus casi infantiles confidencias, no hubiera creído que eran dos mujeres dotadas de genio, porque, desgraciadamente, se cree que en nuestro sexo es el talento inseparable de la arrogancia y de la pedantería.

Nada más suave, más fresco, más encantador que aquellas dos jóvenes, rubia y delicada la una, morena y rosada la otra, ambas de frente pura y de mirada dulce y serena.

Un día en que fué Clemencia á ver á su amiga, hallándose ambas sentadas en el banco de césped del jardin, dijo aquélla:

—¿Sabes, querida Julia, que me han dicho una cosa que te va á hacer reir?

- ¿De véras? Ya sabes que no soy muy risueña.
 —Pero esto es muy gracioso.
 —Veamos.
 —Pues has de saber, prosiguió la jóven bajando la voz, que hoy me han dicho que hay una persona muy enamorada de mí.
 —Pero ¿esa persona ignora que eres casada? preguntó cándidamente Julia.
 —Lo ignora, y me amaba cuando era viuda.
 —¿Y no sabe que te has casado?
 —No.
 —Permíteme decirte que eso es muy extraño.
 —No te parecerá tanto, cuando sepas que se halla léjos de Madrid hace algunos meses.
 —Lástima es que haya recordado tan tarde.
 —¿Por qué?
 —Porque hubiera podido casarse contigo.
 —¡Si él es casado!
 —¡Casado!
 —Sí: segun me han dicho, es un amor romántico, que tiene su asiento en la cabeza.
 —¿Y cómo te ha conocido?
 —En mis libros.
 —No comprendo.
 —Se enamoró de lo que yo escribía, como puede mañana enamorarse de tus cuadros.
 —¿Y quién te ha contado eso?
 —Un amigo tuyo, que visita nuestra casa.
 —¡Ah, si lo hubiera oído tu marido!
 —¿Y qué importaba? ya sabe cuánto le amo.

- Querida Clemencia, respondió Julia con alguna seriedad, temo que te estás burlando de mi credulidad siempre que me dices lo que ahora.
 —¿No crees que pueda amar á mi marido?
 —No.
 —¿Cómo llamas entónces al sentimiento que éste me inspira?
 —Respeto, estimacion, lo que tú quieras.....
 —¿Ménos amor?
 —Ciertamente: ménos amor.
 —Pues has de saber que le amo, ademas de respetarle.
 —Como se ama á un padre.
 —No sé de qué clase es el amor que le profeso; pero sé que le amo bastante para serle fiel hasta de pensamiento.
 —¿Pensarás siempre así?
 —No lo dudo.
 —Yo sí, y temo que ese amador tuyo no sea bastante feo para no impresionarte.
 —Dicen que es uno de los hombres más agradables y simpáticos que se pueden hallar.
 —¿Supongo que huirás de él?
 —No por cierto.
 —¡Cómo!
 —Por el contrario, me haré amiga de su mujer.
 —¿Para qué?
 —Para desilusionarle, ó más bien, para decirle á ella de qué suerte le ha de ilusionar.
 —¡Ah, Clemencia, mira que ese juego puede ser muy peligroso!

— No lo creas : nada es más fácil que ser buena : sólo que yo no sé practicar la virtud vulgarmente; si ese hombre me ama, huir de él sería aumentar su pasión.

— ¿Y crees curarle acercándote á él?

— ¿Quién lo duda?

— Yo.

— Pues yo te convenceré de que nada es más fácil que curar una pasión, y más cuando es culpable.

— ¡Ay, pobre amiga mía! murmuró Julia meciendo tristemente la cabeza; eso será muy fácil si tu corazón puede permanecer tranquilo; pero muy difícil si se llega á interesar.

— Yo tengo dos afectos que me defienden de toda otra pasión, repuso Clemencia con voz conmovida; amo á un muerto y á mi marido; esto último no niego que será muy prosaico, pero es muy saludable también para el ánimo : no temas, pues, por mí.

Algunos días después de esta conversación es cuando Julia y su esposo se hallaban sentados en su jardinillo, donde volveremos á encontrarles.

Diego, absorto con la esperanza de recobrar pronto la vista, había quedado silencioso y pensativo; Julia miraba coger cerezas á Florentina, y ésta se daba prisa á despojar el árbol, cuando fué interrumpida en medio de su tarea por un golpe dado á la puerta, y salió á ver quién llamaba.

— Es el cartero, dijo, volviendo, que ha dejado dos cartas sobre la mesita del patio.

— ¡Dos cartas! exclamó Julia estremeciéndose; corre á buscarlas.

— ¿Por qué te alteras así? preguntó Diego con acento receloso, pues más de una vez se había dicho que su mujer sostenía relaciones con Rafael.

— No sé, respondió Julia; la llegada del correo me impresiona siempre.

Diego, poco satisfecho con estas palabras, bajó la cabeza con aire sombrío.

Florentina entró con las dos cartas, que entregó á su señora.

Las dos traían el sello de París.

— Lee en voz alta, dijo Diego, con un acento en que se descubría ansiedad y cólera, porque había notado el temblor de su mujer, sentada al lado suyo.

— Luego, dijo Julia, cuya voz era trémula; déjame leer antes.

Y rompiendo el sello, pasó rápidamente la vista por la primera carta, que era muy corta.

— ¿Por qué no lees ahora, en seguida?.... preguntó Diego, que temblaba á su vez de indignación.

— ¡Oye, oye! exclamó Julia; ¡ya puedo leerte esta carta! no quería hacerlo antes, porque temía una mala noticia.... ¡pero ya veo que somos dichosos!

Y Julia leyó así, con voz entrecortada por las lágrimas de alegría que se agolpaban á sus ojos :

« Mi estimada Mad. Blanford : Ha llegado á mi poder el hermoso cuadro de su esposo que se digna enviarme, y á la verdad que ni yo, ni ninguna de las personas competentes que le han visto, hubiéramos creído jamás que tuviese tan sobresaliente talento : me lo quedo, porque ya lo tengo vendido al Museo nacional, donde hará

una digna pareja con el de V., colocado allí el año pasado.

» Por acá se había dicho que Mr. Blanfort estaba mal de la vista; pero debe ser mentira ó debe estar curado ya, cuando tan brillante trabajo ha concluido.

» Dígame V. que se presente en la casa francesa en Madrid, G..... y Compañía, á cobrar diez mil reales, valor que me cargarán en cuenta, y creo inútil advertir á V. que todos los cuadros que reciba, así de uno como de otro, serán admitidos, y satisfecho su importe á la mayor brevedad.»

— ¿Qué es lo que oigo? exclamó Diego, de cuyos ojos sin luz brotó un rayo de alegría; ¿qué cuadro es ése, Julia? ¿de qué obra mia hablan?

— Del que estabas pintando cuando Dios te envió la enfermedad á la vista que padeces.

— Pero..... ¿quién lo ha terminado?

— ¡Yo! y al pié he copiado tu firma: vamos, ya estamos iguales, prosiguió Julia: tu cuadro está en el Museo con el mio: *El Egoísmo* y *El Arrepentimiento* han llegado á la misma altura.

— ¡Oh, pero vale mucho más el arrepentimiento! exclamó el pobre ciego arrojándose á los piés de su mujer; ¡oh, Julia, besando el sitio donde pones tu planta no conseguiria pagarte lo que te debo! ¡perdóname tú, que eres un ángel, todo lo que te he hecho sufrir, todas las penas que te he ocasionado!

— ¡Vamos! ¿quieres hacerme llorar? preguntó la jóven, que lloraba en efecto, pugnando por levantar á su marido; vén, siéntate, y domina esa emocion sin causa, que puede serte peligrosa.

— ¡Peligrosa! ¡Ah, no, no! estas emociones dan la vida.

— ¿Hay cosa más natural que lo que yo hice? ¿Al unirnos, no hicimos bienes comunes de todo lo que nos pertenecia? ¿Y no estabas tú imposibilitado para ganar gloria? Pues bien; ¿qué hay de extraño en que yo haya querido ganarla para tí? Estimo mucho más tu tranquilidad, tu amor hácia mí, que todos los triunfos de mi arte, y jamas habré creído tener un tiempo mejor ocupado que el que he empleado en acabar aquella hermosa obra: vamos, es asunto terminado: siéntate al lado mio y abriremos esta otra carta.

Diego obedeció á su esposa: se sentia delante de ella tan inferior y tan humilde, que no podia resistir á la magia de su voz.

Julia tomó la otra carta, miró el sobre y dijo:

— La letra es de Adelina.

— ¿De Adelina? repitió su esposo.

Y á la expresion de tierno reconocimiento y de entusiasta alegría que se pintaba en sus facciones, sucedieron nubes sombrías.

Julia no reparó en este cambio y leyó lo que sigue, en alta voz:

« Mis inolvidables y queridos hermanos: Os voy á dar una noticia que os será agradable; yo, á lo ménos, estoy loca de alegría: habeis de saber que Rafael ha comprado una quinta muy cerca de Madrid y al lado del pueblecito que se llama Vallecas, y en el que vosotros vivis; y habeis de saber ademas que pocos momentos despues que salga esta carta salimos nosotros

tambien para residir en ella. ¡Figuraos si estaré contenta!

» Participa á nuestra amiga Clemencia esta alegre nueva, y dile que deseo con toda mi alma darle un abrazo muy apretado.

» Rafael os saluda; anda muy ocupado con los preparativos de la marcha; no podeis figuraros qué carácter tan melancólico tiene; yo no le conocí tampoco esa pro-pension hasta que os fuisteis de aquí el año pasado, pues como nos casamos sin habernos tratado apénas, le comprendía poco; no obstante, es bueno y complaciente, y parece quererme, aunque estoy segura de quererle yo más.

» En suma, soy dichosa, y lo seré completamente cuando pueda abrazaros.

» Adios; hasta muy pronto.

ADELINA.»

— ¡Dios mio! ¿qué es lo que tienes? exclamó Julia al ver la sombría expresion del semblante de su marido.

— La comida espera á los señores, dijo Florentina asomándose á la puerta del jardinillo.

— No tengo nada, respondió Diego; vamos á comer.

Ambos esposos abandonaron el jardin; mas al ir á salir del patio para subir la escalera que conducia á la habitacion, oyeron parar un coche á la puerta.

Abrióse la portezuela, y una jóven morena y risueña, de estatura mediana y vestida con un elegante traje de camino, saltó al suelo.

Era Adelina, que corrió á arrojarle en los brazos de Julia en tanto que se apeaba su marido.

Despues del primer trasporte subieron todos al comedor, y Julia, con su dignidad acostumbrada, rogó á los dos esposos que participasen de su modesta comida.

Rafael lanzó á la mesa una mirada de desden y dijo que no tenía gana de comer nada.

En cuanto á Adelina, se sentó y empezó á comer con su franca alegría y su apetito de niña.

III.

LA INVITACION.

Al día siguiente de la llegada de Adelina y su marido, y á eso de las dos de la tarde, se hallaba Clemencia en su casa y sola en su habitacion, cuando su doncella le anunció la visita de una de sus amigas.

La jóven vivia en el seno de ese lujo sencillo y de buen gusto que excluye la ostentacion, pero que lleva en sí mismo los goces de los sentidos y del alma, por decirlo así.

Tenía siempre en derredor suyo muchas y bellas flores, y el procurárselas era uno de sus mayores gustos y tambien de sus dispendios.

Tenía asimismo muchos y buenos cuadros; y por último, tenía un hermoso piano inglés, en el que ella tocaba y cantaba á la perfeccion.

Clemencia rendía culto á los goces de su hogar, del que salia muy pocas veces: le adornaba, y era dichosa cuando se hallaba en él entre sus libros y sus flores.

La salita en que se hallaba cuando le dijeron que su amiga solicitaba verla precedia á su tocador; estaba vestida de un lindo papel rosa y blanco; el mueblaje, ta-

llado, era de damasco de estos dos colores, é iguales eran las colgaduras que caian delante de los balcones interceptando la luz; una cómoda de palo santo y un velador grande, que contenia álbums, estampas y papeles de música, que habian llegado aquel día de París, completaban el mueblaje de la estancia, sin contar el piano, que ocupaba uno de los testers inmediatos al balcon.

Algunos preciosos cuadros adornaban las paredes; cuatro vasos etruscos, colocados en los ángulos de la habitacion y llenos de flores, embalsamaban el ambiente, y delante del balcon habia una jardinera, que contenia las sencillas flores del jardinillo de Julia, que enviaba á su amiga un fresco ramillete todos los sábados, habiéndole remitido uno aquella mañana.

Clemencia, sentada en un sillón pequeño, bordaba, teniendo un bastidorcito sobre su falda; al oír el recado de su doncella, respondió que hiciese pasar al instante á su amiga, y se levantó para recibirla con la gracia y cordialidad que le eran habituales.

Entónces descubrió su elegante estatura, cuyas bellas y graciosas formas hacia resaltar un sencillo y fresco vestido de muselina blanca.

—¿Con que, te empeñas en no dejar este verano á Madrid? dijo la recién llegada á Clemencia.

—¿Para qué he de dejarle? respondió ésta sonriéndose graciosamente; no quiero privarme voluntariamente de verte á tí y á otras amigas mías, que no pueden salir por diversas circunstancias.

—Pero tú, tan elegante, tan distinguida, ¿no sabes que es de mal tono el no salir en la estacion del calor?

—Querida Hortensia, respondió la jóven, yo no aspiro á hacer papel por mis costumbres elegantes ó por mi lujo y ostentacion; vivo segun mi gusto, y tambien segun el bienestar de mi padre y de mi marido; ya sabes que los dos son ancianos y que necesitan cuidados y quietud; sin embargo, si yo quisiera, iriamos á tomar baños ó al extranjero; pero ¿sólo por seguir una frívola moda—puesto que todos estamos con perfecta salud—hemos de ir á pasar incomodidades en el camino, dejando la grata paz de nuestra casa? Eso me parece absurdo; hay modas tan necias como perjudiciales, y á las cuales no rendiré culto jamas.

—Ese carácter tuyo es lo que te impide hacer papel en sociedad, respondió Hortensia, ó al ménos te impide hacer el papel que debias. Tú, dotada de juventud, de talento, de belleza, de distincion, te has empeñado en vivir como la mujer más vulgar.

—¿Pues qué quieres que haga?

—Vivir con más ostentacion; buscar una casa mejor y más criados.

—¿Y para qué? Vivimos con comodidad y estamos bien servidos.

—¡Pero si pareces una pobre!

—No soy rica, pues doy mucho á los menesterosos.

—¿Y por qué haces eso?

—Porque no hay para mí goce mayor que el de la caridad.

—Pues ese goce te hace pasar por avara; todos dicen que has vendido tu juventud y tu belleza á las riquezas de tu viejo esposo, y que vives con una modestia tan ex-

tremada sólo para quedar opulenta cuando él muera, de lo cual se cree tambien que tienes grandes deseos.

—¡Dios me conserve á mi esposo largos años! respondió Clemencia sonriendo tranquilamente; y cree que uno de los grandes pesares de mi vida será el día en que lo pierda.

—¿Y por qué no desmientes las hablillas de las gentes ostentando lujo?

—¿Crees tú que así se destruirian? Entónces dirian que me habia vendido por vanidad. El mundo, querida mia, necesita hablar: obremos bien y dejémosle decir lo que quiera, que él se cansará.

—Veo que eres incorregible, y paso á decirte mi pretension: tengo una amiga que mañana da una reunion en su casa para celebrar el feliz regreso de su marido de un largo viaje.

—¿Y bien?

—Me ha rogado que te invite en su nombre.

—¿Cómo se llama tu amiga?

—Lucila Merry.

—¡Ah! ¿Y es su esposo el que estaba viajando?

—Sí.

—¿Y ha vuelto?

—¡Sí! ¿Qué hay en eso de extraño?

—Nada, respondió Clemencia sonriéndose de un modo particular; di á tu amiga que iré.

—Te doy gracias, y adios.

—¿Sólo eso querias?

—Nada más; he cumplido mi encargo, y me marcho para preparar mi traje, porque yo tambien asistiré: pon-

té muy elegante, con muchas gasas, muchas cintas : vestida, en fin, como una escritora.

—¿Se diferencian acaso las escritoras de las demas mujeres? preguntó Clemencia sonriendo, ¿y deben olvidar, por el hecho de serlo, las leyes del buen gusto?

—Lo que yo sé decirte, respondió Hortensia, es que debes hacer tu tocador de tal modo, que al entrar, todos pregunten : *¿Quién es ésa?*

—Mas ¿para qué?

—Para que yo pueda contestar : « Es la autora de esa preciosa novela titulada *El Alma enferma*, de que tanto se está hablando ántes de publicarse. »

—Mi querida Hortensia, dijo Clemencia, tengo tan poco deseo de ser conocida, que te puedo asegurar una cosa : á no ser por una razon que ni tú puedes penetrar, ni yo debo decirte, no asistiría á esa reunion, como no asisto á ninguna.

—¿Por qué?

—Porque no gusto gran cosa de ponerme en público.

—¿Por qué has escogido entónces la profesion de escritora, que es lo que más en evidencia debe ponerte?

—No he hecho de mí poco ingenio un oficio : no es mi profesion el escribir, sino mi recreo y una gran parte de mi dicha : prohíbele que cante al pajarillo que mora en la floresta durante los dias del estio, y verás cómo languidece : prohíbe á la flor que despida aroma, y morirá sin duda : pues bien, mis escritos son el canto y el aroma de mi alma, y si ésta enmudeciera, la envolverían las tinieblas del dolor : por eso el mundo real tiene para mí pocos atractivos, y los busco dentro de mí mis-

ma, en mi arte : es lo que yo siento, esa irresistible vocacion que constituye á la escritora : al escribir no pienso si me leerán ó no ; lo mismo escribiría aunque lo hiciera para mí sola, aunque no hubiera imprenta, aunque tuviera que guardar para siempre mis manuscritos ; escribo, en una palabra, no para los demas, sino para mí, y para ser más dichosa.

—¿No habla así, por cierto, la Marquesa de T.....!

—¿Qué, ha venido aquí esa mujer! preguntó Clemencia sorprendida.

—Sí, respondió su amiga; hace pocos dias ha llegado de París : ¿no la conoces?

—Poco, respondió Clemencia con ese desden suave y natural, que es el desprecio de las grandes almas.

—Mañana la verás ; asistirá á casa de Lucila : dicen que es muy elegante, y yo quisiera que la eclipsáras.

—Gracias por tu deseo, mi querida amiga.

—Conque, hasta mañana : ¿quieres que venga á buscarte?

—No : iré con mi marido.

—¿Cómo! ¿Querrá ir tu esposo? ¡Mira que se acabará muy tarde!

—No importa, me acompañará gustoso : ya sabes cuán complaciente es.

—¿Llevarás algo que leer?

—Sí te lo han encargado, sí.

—Lucila me lo ha encargado con gran insistencia.

—Llevaré entónces unos versos, aunque hago pocos.

—Hasta mañana, pues.

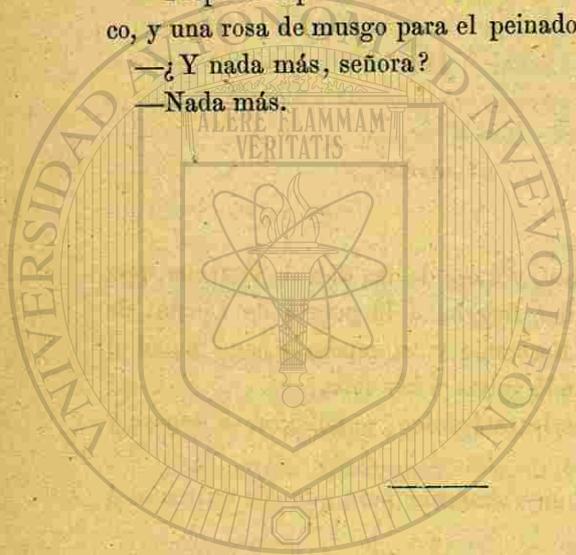
—Hasta mañana.

Las dos amigas se separaron. Clemencia llamó á su doncella y le dijo :

—Prepárame para mañana el vestido de crespon blanco, y una rosa de musgo para el peinado.

—¿Y nada más, señora?

—Nada más.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

LA GLORIA.

Al día siguiente, y á eso de las diez de la noche, una berlina de alquiler llegaba á la puerta de Lucila; de ella bajaron D. Fernando y su esposa : pagó aquél al cochero y le mandó volver á las doce.

Después de darle esta orden, se volvió á su esposa y le dijo :

—Me parece muy temprano para que nos retiremos á esa hora.

—Nos basta con dos horas para fastidiarnos, amigo mío : además, no es cómodo prolongar más la velada.

El anciano mandó retirar el coche en consecuencia de estas palabras, y subió la escalera con su esposa.

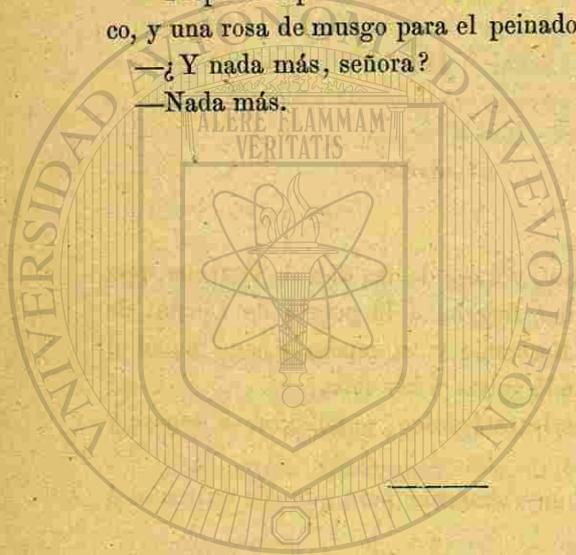
Aquella se hallaba bien alumbrada y adornada de macetas : la pobre Lucila, á fuerza de leer en las cartas de su amiga Natalia que sólo la ostentación es lo que alcanza favor en el mundo, había hecho que su marido, modesto empleado de un ministerio, se empeñase para alumbrar su casa, poner en ella algunas macetas y dar á sus convidados una taza de té, que tenían que tomar en la mano con mucha incomodidad.

Las dos amigas se separaron. Clemencia llamó á su doncella y le dijo :

—Prepárame para mañana el vestido de crespon blanco, y una rosa de musgo para el peinado.

—¿Y nada más, señora?

—Nada más.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BILLETOS

IV.

LA GLORIA.

Al día siguiente, y á eso de las diez de la noche, una berlina de alquiler llegaba á la puerta de Lucila; de ella bajaron D. Fernando y su esposa : pagó aquél al cochero y le mandó volver á las doce.

Después de darle esta orden, se volvió á su esposa y le dijo :

—Me parece muy temprano para que nos retiremos á esa hora.

—Nos basta con dos horas para fastidiarnos, amigo mío : además, no es cómodo prolongar más la velada.

El anciano mandó retirar el coche en consecuencia de estas palabras, y subió la escalera con su esposa.

Aquella se hallaba bien alumbrada y adornada de macetas : la pobre Lucila, á fuerza de leer en las cartas de su amiga Natalia que sólo la ostentacion es lo que alcanza favor en el mundo, había hecho que su marido, modesto empleado de un ministerio, se empeñase para alumbrar su casa, poner en ella algunas macetas y dar á sus convidados una taza de té, que tenían que tomar en la mano con mucha incomodidad.

Este deplorable afán de dar reuniones se va generalizando cada día más en Madrid, corriendo ya esta costumbre hasta las capitales de provincia.

Nuestros padres daban algún baile de manga larga, algún concierto casero; pero eso era sólo en los días de cumpleaños, es decir, cada doce meses una vez ó dos.

Ahora es muy distinto: la persona que no recibe una vez á la semana no se tiene por decente, y de vez en cuando hay que aprovechar cualquier motivo para avisar á algunos amigos y pasar la velada *cantando un poquito, leyendo algunas composiciones y tomando una taza de té.*

Debíase añadir á esto la advertencia de que se pasaría también *murmurando de los señores de la casa* y diciendo que si tienen reuniones es por darse tono, y que las dan muy pobremente, ó bien que las tienen sólo con el objeto de *pescar* novio para sus hijas, si es que Dios ha favorecido su matrimonio.

No obstante, como en la clase media hay buenos modales, gusto y sencillez para vestir, é indisputable distinción, además de bellísimas jóvenes, fuerza es decir que algunas de estas reuniones son agradables, que se *hace* en ellas buena música y se leen lindas poesías por jóvenes poetas de ambos sexos.

En el año de que voy hablando, una reunión de aquella especie tenía un viso de solemnidad que seguramente no hubiera alcanzado hoy, que son tan frecuentes esas solemnidades musicales y literarias; y, preciso es confesarlo, la de Lucila estaba muy animada y agradable.

Su marido, que sabía que iba á ver á Clemencia, y

que era poeta y joven de excelente gusto, se había esmerado en decorar su casa, que era ya bonita y espaciosa, aunque situada en un barrio lejano del centro: la sala y los dos gabinetes de sus dos extremos estaban adornados con profusión de ramos de flores: el mueblaje era elegante y sencillo; pero toda la sillería desaparecía bajo los pliegues vaporosos de los trajes de las jóvenes, quienes, aprovechando la circunstancia de ser estío, estaban casi todas vestidas de tul de varios colores.

Sobresalian el rosa, el celeste, el dorado y el blanco, todos graciosamente adornados de flores, blondas y cintas.

Enfrente de la puerta estaba el piano, y sentada delante de él una joven, que había empezado el concierto tocando una sinfonía con gran gusto y precisión.

Al llegar á las últimas notas fué cuando aparecieron en la puerta Clemencia y su marido, siendo recibidos y saludados por Lucila y su esposo, que se hallaban en pié á entrambos lados de ella.

La señora de la casa era aquella joven gruesa y agraciada que acompañó á París á Natalia y á Adelina después de la muerte de su madre: llevaba un traje de crespón rosa y blanco, que decía bien con sus cabellos negros y su blanca tez.

Su marido era más joven que ella, de fisonomía delicada y encantadora, de grandes ojos pardos semidormidos y hermosos cabellos oscuros.

Vestia con aristocrática soltura un traje negro y una rica corbata de batista blanca, que realzaba la belleza de su semblante un poco lánguido.

Los dos clavaron en Clemencia una profunda mirada, y los dos palidieron: ni la una en sus celos, ni el otro en sus sueños de amor, se la habían imaginado jamás tan encantadora.

En cuanto á Clemencia, al fijar los ojos en su silencioso adorador, palideció también: se parecía á Luis, su primer esposo, por el que aún lloraba y rezaba todos los días, y cuya memoria acompañaba su soledad cuando podía estar entregada á sus pensamientos y á sus recuerdos; y se parecía tanto, como si por un milagro de Dios hubiese vuelto á la tierra después de haber reposado en el cielo durante los años que hacía que faltaba del lado de Clemencia.

Por un instante el pensamiento que acaba de expresar mi pluma ocupó la mente de la jóven, y á eso atribuyó el hallar en Carlos más belleza, más suavidad, más atractivos de los que nunca había poseído Luis, quien, hasta que había visto á aquel hombre, había sido, aún en el recuerdo, incomparable para ella.

Apoyóse en el brazo que el mismo Carlos le presentaba, y atravesó la sala para ir en busca de un asiento que se hallaba desocupado cerca del piano.

Entonces se oyó ese leve murmullo semejante al que produce la brisa en un campo de espigas, y que, en una sala llena de gentes, es producido por la admiración.

No había ninguna mujer tan sencillamente vestida como Clemencia, ni tampoco tan bella: brillaban sus grandes ojos negros bajo el arco tendido de sus finas y sedosas cejas y entre la franja doble de sus largas pestañas: su tez, de una rosada blancura, ostentaba una

admirable morbidez junto al blanco crespon de su sencillo traje, con viso de tafetan blanco.

Una rosa en el peinado y otra en el pecho componían todo su adorno: no llevaba rizos, y sus cabellos se recogían en gruesas y lustrosas trenzas prendidas muy bajas, que realzaban la blancura y elegancia de su cuello de marfil.

En sus graciosos brazos desnudos no había más adorno que unos pequeños brazaletes de oro liso: rodeaba su cuello una cadenita muy delgada, también de oro, y de la cual pendía una diminuta cruz de perlas finas, de exquisito engaste.

Cuando cruzó la sala apoyada en el brazo de Carlos y deslizando apenas su delicado pié, calzado de raso blanco, el aguijón de los celos traspasó el corazón de Lucila: vió que su marido, después de colocar á Clemencia, permanecía de pié detrás de su silla, contemplando su blanca espalda y su rica cabellera con una mirada extática, y se acercó al piano, de donde acababa de levantarse la jóven que había tocado la sinfonía. Al otro lado, y enfrente de Clemencia, había una mujer morena y que aparentaba unos treinta años: llevaba un traje de gasa azul celeste, una pañoleta llena de lazos y una corona de rosas blancas y hojas verdes sobre sus cabellos, demasiado claros para ser castaños, demasiado oscuros para ser rubios.

Era aquello una cabellera lacia, sin brillo y sin color definido, pomposamente abultada, con esos adherentes de pelo y cerda, que Víctor Hugo ha llamado después *miriñaques del peinado*.

Detras de ella se agrupaban algunos hombres, que le decían galanterías al oído y se daban despues con el codo, riéndose visible y solapadamente.

Lucila se acercó á aquella mujer y le dijo :

— Mi querida Marquesa, ¿será V. tan amable, que nos lea algunos de sus lindos versos?

— Con mucho gusto, amiga mia, respondió la *Marquesa*, aunque era la primera vez aquella noche que veía á la esposa de Carlos: luego añadió, paseando sobre su alrededor una mirada vanidosa, que se detuvo en Clemencia :

— ¡Voy á dar á ustedes un mal rato!

— ¡Oh, no, delicioso! exclamó un pollo que la echaba de parisien.

La Marquesa sacó del bolsillo un papel y se dirigió al piano, colocándose á la derecha y de modo que le diese de lleno la luz de las bujías.

Mientras la futura lectora tosía, miraba á todas partes, y se *preparaba*, en una palabra, Lucila hablaba en voz baja á sus amigas, y les decía á cada una, con poca variación, estas palabras :

— Va á leer la Marquesa de T.....; ¡ya veréis qué versos tan divinos! ¡tiene un talento maravilloso!

La pobre Lucila no entendía una palabra de poesía, y los versos le daban un sueño espantoso; pero se pavoneaba por tener una marquesa en su casa, y con la idea de humillar á Clemencia, que no era *título* ni mucho ménos.

La última á quien se aproximó fué á Clemencia, y le dijo :

— Mi querida señora, espero que pasará V. un rato delicioso oyendo á la Marquesa.

— No lo dudo, contestó la jóven sonriendo con la serena dulzura que le era habitual.

— Usted debe conocerla de París, prosiguió Lucila.

— No, señora, respondió Clemencia.

— ¿Ni de nombre?

— Ni aún así.

— ¡Pues allí es persona muy conocida!

— Lo creo; pero yo vivía muy retirada.

— ¡Tiene un talento asombroso!

— Y ella es muy agradable: ¡lástima que se haya vestido de ese color!

— Sin embargo, debe ser muy elegante! ¡como que acaba de llegar de París!

Clemencia no respondió ya: comprendió que aquella pobre celosa quería rebajarla elogiando á la Marquesa, y se sonrió con lástima.

Lucila, desde el lado de Clemencia, fué á un grupo de caballeros y les dijo :

— Ruego á VV. que aplaudan todo lo posible á la Marquesa cuando acabe de leer.

Sonó en aquel instante una tosecita de la Marquesa, más fuerte que todas las anteriores, y que indudablemente quería decir :

— ¿Querrá Dios que me escuchen VV.? ¡miren que se me acaba la paciencia!

Todos obedecieron á aquella orden, expresada de una manera indirecta, pero muy clara, y la Marquesa empezó á leer con voz campanuda y altisonante.

Los versos eran malos, vacíos, sin calor ni ternura; en cambio, eran muy largos: no eran suyos: los había hecho uno de sus adoradores; pero sin duda era mal poeta, y sin duda también los cedía conociendo su escaso valor.

No obstante, á cada estrofa, los caballeros, obedientes á Lucila, agradeciéndole de antemano la tacita de té, y no siendo además muy inteligentes en poesía, aplaudían á rabiar.

Se oían por todas partes, y repetidas con entusiasmo, estas palabras:

- ¡Bien!
- ¡Bravo!
- ¡Bravísimo!
- ¡Sublime!
- ¡Inmejorable!
- ¡Magnífico!

Cuando acabó de leer con voz trémula de orgullo y de placer, una salva de aplausos la saludó.

Después todos los caballeros, y al frente de ellos la señora de la casa, fueron á felicitarla.

— Si no fuera porque tengo empeño en que oigan tus versos, ya nos hubiéramos retirado, decía entre tanto D. Fernando á su esposa; no debes estar tú donde hace tanto papel esta mujer; pero ahora los veré yo quedarse tontos al oír tu poesía.

— Estás en un error, amigo mío, respondió Clemencia; mis versos no se aplaudirán.

— Será acaso porque les deje inmóviles el entusiasmo.

— No; porque son unos ignorantes, y sólo obedecen á las insinuaciones de la señora de la casa.

— Entónces, vámonos á la nuestra.

— Esa sería una desatención, habiendo sido invitada para leer: creo que no porque me falten debo yo faltarme también á mí misma. ¿Qué importa el juicio de dos docenas de necios? Yo sé lo que valgo y me basta eso.

— Sin embargo, querida mía, ésa es la gloria: mañana esas dos docenas de necios dirán por todo Madrid que la Marquesa de T.... fué aplaudidísima en unos versos que leyó, y que los de otra jóven fueron oídos con indiferencia, y no faltará al dueño de esta casa algun amigo periodista que ponga un elogio de su reunión, ensalzando á la Marquesa hasta las nubes, y nombrándote á tí como por incidencia.

Los sonidos del piano, que volvieron á oírse, impidieron á Clemencia responder.

Una jóven iba á cantar, y al volverse para mirarla, vió al mismo tiempo á Carlos que felicitaba galantemente á la Marquesa.

Después de la pieza—que casi nadie escuchó— Lucila se acercó á Clemencia y le rogó friamente *que se dejase oír*.

Esta se levantó: como estaba cerca del piano, no necesitó que nadie le diese el brazo; pero al ir á colocarse en el sitio de costumbre, apercibió á su amiga Hortensia, que la tomó por la mano y la retuvo un instante junto á sí.

— ¡Dios mío, Clemencia! exclamó; ¡cuánto sentimiento tengo!

— Pues ¿qué te sucede? preguntó la jóven.

— ¡No has querido hacerme caso! ¡no te has vestido

bien! ¡eres la más sencillamente puesta de cuantas estamos aquí, y yo te habia encargado todo lo contrario! ¡no vas á producir efecto alguno!

— Paciencia, amiga mia, respondió Clemencia con dulzura; cada una produce el que se propone, y yo no aspiraba á producir ninguno.

Colocóse, al decir esto, junto al piano, y con noble modestia desplegó un papel que llevaba en su bolsillo, y fijó en él la vista.

Los hombres, al ver aquella hermosa jóven, cuyo rostro resplandecía á la luz de las bujías con la rosada blancura de un camafeo antiguo; al ver sus grandes ojos negros inclinados y el rubor que teñía sus mejillas; al ver la sencilla elegancia de su tocado y su gracioso decoro, callaron sin que nadie se lo exigiese, y se prepararon á escuchar con atencion.

Clemencia leyó unos versos muy cortos; una plegaria á la *Virgen*, llena de gracia púdica, de ternura y de entusiasmo.

Su voz era poco extensa; su timidez excesiva; mas, sin embargo, sus hermosos versos, brotando sentimiento y belleza, tenían el privilegio de la verdadera poesia: el de conmoverla á ella misma: eran cantos que se exhalaban de su alma y que iban derechos al alma de los demas.

Cuando terminó, resonaron pocas palmadas: los hombres se ocupaban de mirarla; las mujeres, mejores jueces respecto á lo que atañe al corazon, se hablaban en voz baja.

— ¡Qué hermosa es! decia una jóven, que no sentia envidia, por ser tambien extremadamente bella.

— ¡Y qué aire tiene tan noble y tan distinguido!

— ¡Y qué jóven parece! Á propósito de jóven, ¿cuántos años cree V. que dice la Marquesa que tiene?

— Treinta.

— Ella dice que veintidos.

— ¡Bah! ¡y los que mamá! ¡la he conocido yo en Madrid! ¡es de mi edad! ¡éramos vecinas, y su madre tenía casa de huéspedes!

Clemencia volvió á su asiento; al pasar por delante de la Marquesa, que la midió con una ojeada de rencor, vió al lado de ésta al esposo de Lucila enteramente ocupado de ella, pero que, sin embargo, le dirigió una mirada profunda.

Cantaron otra pieza, y al terminarse, se levantó Clemencia, saludó á Lucila y á su amiga Hortensia, y se retiró con su esposo, sin esperar al té.

Al dia siguiente, en el café Suizo y en todas las reuniones, más ó ménos numerosas, se decian estas ó parecidas palabras:

— Anoche oí á dos poetisas nuevas.

— ¿Sí? ¿y en dónde?

— En casa de un amigo, compañero de oficina, que tuvo una reunion agradabilísima.

— ¿Y quiénes son ellas?

— La una, la Marquesa de T.... jóven espiritual, con ojos color de ceniza, cabellos castaños y cejas negras.

— ¡Hombre, vaya un fenómeno!

— Pues es graciosa, y sobre todo, mujer de mundo: ¡tiene un desparpajo! ¡como que acaba de llegar de París!

— ¿Y la otra?

— La otra es una jóven casada con un viejo que puede ser su abuelo.

— ¿Y es bonita?

— Mas que la Marquesa; pero no me gusta tanto.

— ¿Cómo es eso?

— Porque es *más decente*: inspira respeto, y la otra es mujer con la que impunemente se puede hablar de todo lo que uno quiera; además, vive sola y libre.

— ¡Hombre, preséntame á ella!

— No hay inconveniente.

— ¿Y qué versos eran mejores?

— Ni una palabra entiendo de versos: me gustaron, sin embargo, más los de la Marquesa, porque los lee con mucho más descaro.

En tanto que la parte masculina de la reunion discurría de esta suerte, la femenina recordaba con placer el bello y puro rostro de Clemencia y sus deliciosos versos, y muchas mujeres decían en su interior:

— ¡Qué dichosa sería yo si quisiera ser mi amiga!

Tal fué el triunfo de Clemencia; y tal es, á juicio de la que esto escribe, la verdadera, la única gloria á que deben aspirar el talento y el decoro reunidos en una mujer.

V.

EL ORO Y EL OROPEL.

Al dia siguiente del concierto, Cárlos fué á visitar á Clemencia; pero ésta no se hallaba en casa, porque habia salido con su marido á hacer algunas compras.

Desde allí se fué á ver á la Marquesa, que le recibió en la soledad de su gabinete, y estuvo con él en extremo afectuosa, convidándole para tomar aquella noche, en su compañía, una taza de té.

Dos dias después volvió á visitar á Clemencia acompañado de Lucila: aquélla se hallaba con su padre y su esposo, á los que leía en voz alta una de sus novelas.

La animadversion que Lucila profesaba á la que habia sido durante tanto tiempo el objeto de los sueños de su marido, se disipó como por encanto.

Al ver el dulce semblante de Clemencia, tan bello, tan tranquilo, su risa plácida y su mirada trasparente, se dijo que aquella mujer no era posible que inspirase pensamientos culpables.

— Querida amiga, le dijo Lucila con afecto, V., que hace poco acaba de llegar de París, ¿ha conocido allí á la Marquesa de T.....?

— La otra es una jóven casada con un viejo que puede ser su abuelo.

— ¿Y es bonita?

— Mas que la Marquesa; pero no me gusta tanto.

— ¿Cómo es eso?

— Porque es *más decente*: inspira respeto, y la otra es mujer con la que impunemente se puede hablar de todo lo que uno quiera; además, vive sola y libre.

— ¡Hombre, preséntame á ella!

— No hay inconveniente.

— ¿Y qué versos eran mejores?

— Ni una palabra entiendo de versos: me gustaron, sin embargo, más los de la Marquesa, porque los lee con mucho más descaro.

En tanto que la parte masculina de la reunion discurría de esta suerte, la femenina recordaba con placer el bello y puro rostro de Clemencia y sus deliciosos versos, y muchas mujeres decían en su interior:

— ¡Qué dichosa sería yo si quisiera ser mi amiga!

Tal fué el triunfo de Clemencia; y tal es, á juicio de la que esto escribe, la verdadera, la única gloria á que deben aspirar el talento y el decoro reunidos en una mujer.

V.

EL ORO Y EL OROPEL.

Al dia siguiente del concierto, Cárlos fué á visitar á Clemencia; pero ésta no se hallaba en casa, porque habia salido con su marido á hacer algunas compras.

Desde allí se fué á ver á la Marquesa, que le recibió en la soledad de su gabinete, y estuvo con él en extremo afectuosa, convidándole para tomar aquella noche, en su compañía, una taza de té.

Dos dias después volvió á visitar á Clemencia acompañado de Lucila: aquélla se hallaba con su padre y su esposo, á los que leía en voz alta una de sus novelas.

La animadversion que Lucila profesaba á la que habia sido durante tanto tiempo el objeto de los sueños de su marido, se disipó como por encanto.

Al ver el dulce semblante de Clemencia, tan bello, tan tranquilo, su risa plácida y su mirada trasparente, se dijo que aquella mujer no era posible que inspirase pensamientos culpables.

— Querida amiga, le dijo Lucila con afecto, V., que hace poco acaba de llegar de París, ¿ha conocido allí á la Marquesa de T.....?

—Ya he tenido el honor de decir á V. que no la otra noche, respondió la jóven.

—Es verdad, repuso Lucila; no me acordaba, pero ha de dispensarme V. en gracia de la ansiedad que tengo por saber quién es: ¡si nadie la conoce!

Clemencia guardó silencio.

—A mí, prosiguió Lucila, me la recomendó de París una amiga mia, la señora de Saint-Etienne, y por eso la convidé á mi pequeña fiesta.

—Es una jóven muy agraciada, dijo sencillamente Clemencia.

—Pero ¿en París era estimada como escritora? ¿tenía nombre literario?

—No, señora, respondió D. Fernando; no tenía ninguno, porque todo su talento es el de la farsa.

Clemencia se ruborizó y bajó los ojos: se avergonzaba hasta de que se hablase delante de ella de la Marquesa, y mucho más con la ruda franqueza con que acababa de hacerlo su marido.

—Ya habrá tiempo de que V. la conozca, dijo á su vez el anciano padre de Clemencia; mi hija es muy prudente, pero ello dirá.

—Vengo de su casa, prosiguió Lucila, y he hallado aquello hecho un café; y no es esto decir que se halle mal alojada, no: todo al contrario; vive en uno de los mejores sitios de Madrid; pero ¡figúrese V. que sólo había en la sala hombres!..... Creo que pasaban de una docena, y todos fumaban y hablaban á voz en grito: ella estaba vestida del modo más estrepitoso, y llevaba unos zapatos bordados de lentejuelas; sin embargo, cuando

yo entré con mi marido, todos aquellos hombres arrojaron sus cigarros, como una muestra de atención, que á la cuenta no se deben creer obligados á usar con ella; pero lo más extraño es, que así que pude examinarlos, conocí que casi todas sus visitas eran los jóvenes que yo convidé á mi casa, y que vió en ella hace tres días por la primera vez. A pesar de todo, esto no es extraño, si se atiende á la franqueza con que llamó á Carlos *querido amigo suyo*.

Al decir estas palabras, Lucila dirigió á su marido una mirada colérica, á la que éste respondió con una sonrisa.

La visita terminó sin otro incidente notable: Lucila instó mucho á Clemencia para que fuese á verla, lo que ésta prometió hacer, con pocos deseos de cumplirlo.

La jóven sufría cuando veía á Carlos: ya he dicho que era la imágen de su primer esposo, y aquella imágen, llena de vida, risueña y adornada con todas las galas de la belleza y de la elegancia, había venido á turbar la dulce y grata tranquilidad de su alma.

A pesar de que la base de aquella pasión naciente era un recuerdo sagrado, Clemencia tenía el alma demasiado elevada para no considerarla culpable: entre Carlos y ella se levantaban una esposa, dos niños y el anciano protector cuyo nombre llevaba.

Todas estas consideraciones fueron ineficaces, no obstante, para mitigar el dolor que traspasó su corazón: al sólo temor de que Carlos sucumbiese á los artificios de la Marquesa de T.....

Le parecía que Luis había vuelto á la vida y que le

era infiel: creía tener derechos sobre aquel hombre, y mucho más sabiendo que hacia un año que la amaba.

Ninguna de estas emociones sucesivas alteraron, sin embargo, la dulce paz de su fisonomía, y compadeció á Lucila, quien, por curar á su marido de su soñado amor, le había arrojado en las redes de la Marquesa.

Cárlos salió algo desencantado de casa de Clemencia: le pareció fria, y se dijo lo que tantos otros:

—Se ha vendido al interes casándose con un viejo.

Entre tanto, otra escena muy distinta tenía lugar á poca distancia de Madrid, y en la quinta que ocupaban Adelina y su esposo.

Ambos se hallaban al lado de Diego y de Julia, que habian ido á visitarles.

—Ya has visto mi casa, decia Adelina á Julia, y dentro de poco podré decir otro tanto á Diego; pero ahora deseo que me manifiestes con franqueza qué te parece:

—¡Magnífica, querida mia! respondió Julia separando sus ojos de Rafael, que la miraba con una fijeza apasionada.

Tal era la expresion de aquella mirada, que no pudo ménos de llamar tambien la atención de Adelina.

La jóven miró á su vez á su esposo: luégo bajó los ojos y se quedó profundamente pensativa.

—¿Te parece de véras hermosa esta casa, querida Julia? preguntó Rafael, que nada habia visto de lo que pasaba en el semblante de su mujer.

—Sí, por cierto, respondió Julia; muy hermosa.

—Entónces, podeis veniros á ella Diego y tú.

—¡Dejar nuestra casita! murmuró Blanfort; ¡eso no puede ser!

—¿Por qué no? repuso Rafael con acento desdeñoso; ¿no os hallariais aquí mejor?

—No, respondió Julia; amo mucho mi jardinito.

—Tienes aquí uno que es mucho mayor.

—Rafael, repuso Julia con una mirada firme, no te iré enumerando uno á uno los encantos que para mí encierra mi casa, porque si tu propósito es rebajarla, no hay duda alguna que lo puedes hacer: ninguna comparacion tiene con este suntuoso palacio; pero no importa; tal como es la amo mucho, y no quiero abandonarla; en ella he sufrido, he llorado, pero tambien he sido en ella muy dichosa: prefiero la sencillez á la opulencia, y soy allá más feliz que lo sería aquí.

—Diego, ¿quieres venir á oirme tocar en el piano una magnífica overtura que he aprendido en París? dijo de repente Adelina.

—Vamos allá, respondió el ciego maquinalmente.

Adelina tomó la mano de Diego y le condujo fuera de la estancia.

Julia y Rafael quedaron solos.

VI.

NUEVAS LUCHAS.

No bien hubieron dejado de oirse los pasos de los dos hermanos, cuando Rafael, con más arrebató que prudencia, se acercó á la jóven, juntó las manos y exclamó con acento angustiado y sordo:

—Julia, es preciso que te hable; es preciso que sepas que por tí he venido aquí; que sin tí me moria que no he podido olvidarte.

—¿Y para qué debo yo saber todo eso? preguntó la artista con una sonrisa dolorosa, pues al eco de aquella voz volvía á sentir vibrar dentro de su alma una fibra que ella creía muerta y que sólo estaba muda.

—¿Y lo sé yo tampoco? preguntó Rafael dolorosamente; ¿sé yo por qué te hablo así? ¡Ah, no! pero tampoco puedo resolverme á sufrir tanto sin que sepas que sufro por tí! ¿Me acusas por este egoismo de mi amor? ¡Pues bien, en breves palabras te referiré la historia de mi vida!

Julia quiso hablar; pero el pintor le impuso silencio con apasionado ademán.

—Ya te he dicho, prosiguió, que te molestaré poco:

me casé con Adelina sólo para vengarme de tus desdenes, sólo para hacerte sufrir, porque yo sé, Julia, que no te soy indiferente: muy pocos días despues de mi funesto enlace saliste tú de París, y desde que mis ojos te perdieron de vista, mi alma veía tu imágen sin cesar: jamas he amado á esa pobre niña, quien, por otra parte, es capaz de hacer dichoso al hombre más exigente si conserva el corazón libre; pero ¡el mio no lo está! ¡el mio, Julia, está lleno de tí, y moriria si no te lo dijera!

—Nadie muere por cumplir con su deber, respondió la jóven con voz serena: el cielo nos ha desunido, y es en vano que tratemos de unirnos nosotros: sólo en la huida vergonzosa de todo deber es donde podria hallar consuelo ese fatal amor que te esclaviza, mi pobre amigo, ó más bien, mi querido hermano.

—Pero, ¿es posible que creas que es un deber el sacrificarte á tu egoista esposo? exclamó Rafael con pasión.

—Sí me sacrifiqué por él cuando tenía vista y salud, ¿no he de hacerlo hoy, que es desgraciado? exclamó Julia con una vehemencia generosa.

—¿Y tienes tú la culpa de su desgracia? Si ese velo que Dios ha echado sobre sus ojos, como el castigo de sus desórdenes, hubiera caído sobre los tuyos, es bien cierto que él no hubiera sido tan generoso! ¡Oh, Julia, con qué indignación tan dolorosa vi en París su firma al pié del cuadro que tú has pintado! ¿Piensas que mis ojos han desconocido la huella divina de tu mano? ¿Piensas que aquella pintura ha sido muda para mi corazón? ¡Pudiera contarte las pinceladas de tu marido y las tuyas, sin temor de equivocarme! ¡Y así vendes tu glorial

¡ah, qué poco merece ese hombre semejante sacrificio!

—Rafael, repuso Julia; ¡es mi esposo..... es desgraciado..... cesa de hablarme así..... ó no te podré escuchar!.....

El silencio, un silencio á la par triste y solemne, siguió á estas palabras. Julia, pálida, agitada, palpitante, hacia esfuerzos sobrehumanos para reprimir su emoci6n, y el llanto la ahogaba.

¡Cosa extraña y terrible! Ella, el día ántes tranquila y risueña, cumpliendo su arduo y penoso deber con la risa en los labios, se sentia anonadada de dolor á la sola voz de aquel hombre, el único que verdaderamente la habia amado sobre la tierra, el único que tambien era digno de su amor.

Rafael no vió la alteracion, el profundo trastorno de su fisonomía : habia ocultado el semblante entre las manos, y de vez en cuando se escapaba de sus labios un sollozo comprimido.

Él fué, no obstante, el primero que rompió el silencio, y dirigiéndose á la jóven, le dijo :

—¡Julia, es preciso que yo tome algun partido extremo : la presencia continua de esa pobre niña, á la que he ligado á mi vida con una precipitacion tan imprudente, me hastia..... me es insoportable..... No sé lo que haré..... pero creo que emprenderé un largo viaje!

—¿Pensarás acaso en el suicidio? exclamó Julia con terror.

—¿Y qué importaba aunque así fuera? repuso Rafael con esa fatuidad romántica, que ni aún los hombres más graves pierden la ocasion de emplear delante de la mu-

jer á quien desean interesar; luégo, dominado por una idea dolorosa, prosiguió :

—¿Qué es para mí la vida? ¿Qué alicientes tiene? Hasta mi nombre está manchado con un borron eterno, por el robo que el hermano de mi padre hizo al que es hoy esposo de tu amiga.

—Y tú quieres añadirle el nuevo borron del suicidio, ¿no es verdad? ¿No piensas que esa pobre niña, que ha aceptado tu nombre sin reparar en esa mancha, merece alguna compasion? ¿Tiene ella la culpa de nuestra desgracia? Rafael, el suicida es un cobarde, al que no perdona Dios, al que no lloran los que amaba, puesto que voluntariamente se separa de ellos.

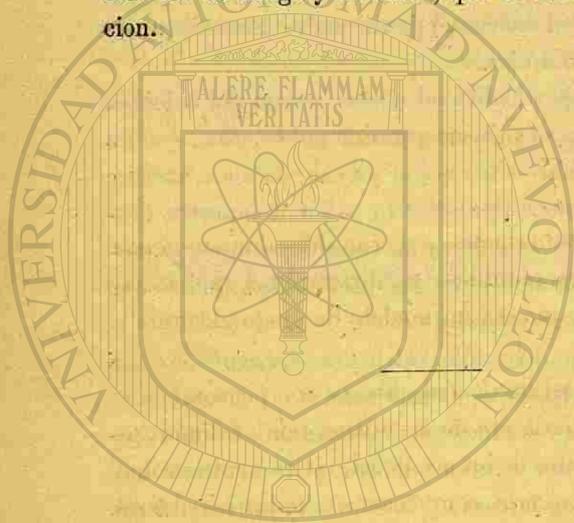
—Es decir que debo sólo sufrir y resignarme, ¿no es cierto? exclamó Rafael con amargura.

—¿Y qué otra cosa hacemos todos aquellos que reconocemos á la virtud como un deber? ¿Crees tú que hay tantos dichosos en la tierra? Los que se entregan á sus pasiones, ¿piensas que serán más felices que nosotros? ¡Ah, no! Al ménos cada noche podemos decir al cerrar los ojos al sueño : « ¡Hoy he obrado bien! »

Rafael, prosiguió Julia, yo te digo esto con la elocuencia de mi corazon : ya sabes cuál ha sido mi vida desde que nací, y que apénas he visto el mundo; pero he vivido en la soledad durante mucho tiempo y he sido desgraciada, dos cosas que maduran el raciocinio : tú, al fin, estás sostenido por el amor de un ángel. Adelina es el bien mayor que pudiera concederte el cielo : dale gracias por tan rico tesoro, y déjame que siga mi camino, si no feliz, tranquila al ménos : es la sola, la única prue-

ba que pido á tu amor : es lo que tu padre te manda desde el cielo.

Unos pasos cercanos impidieron á Rafael contestar: eran los de Diego y Adelina, que entraron en la habitación.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

LAS PESQUISAS.

Cuando los dos hermanos salieron del saloncito donde se hallaban todos reunidos, se dirigieron á la habitación de Adelina, que era un modelo de gusto elegante y suntuoso.

Estaba toda vestida de seda blanca con pensamientos en relieve : la sillería era de la misma tela, tallada, de caoba y con remates de bronce de exquisito gusto : conociase que Rafael queria compensar en todas las demas cosas de la vida el amor que no le era posible dar á su joven esposa.

Así que llegaron á la soledad de aquella linda habitación, Adelina se arrojó llorando en los brazos de su hermano.

— ¿Qué es eso, qué te sucede? preguntó Diego.

— ¡Oh, Diego mio, exclamó sollozando la pobre niña, soy muy desgraciada!

— ¿Desgraciada?..... ¿tú?

— ¡Oh, sí, muy desgraciada!

— ¿Pues qué te pasa? ¿Acaso Rafael.....

— ¡No me ama!

—¿Te trata mal, te ha ofendido en algo? ¿Por qué dices eso?

—¡Digo la verdad, la terrible verdad: Rafael no me ama..... ama á otra!

—Niña, dijo Diego, es necesario que medites lo que dices: la acusacion que haces pesar sobre tu marido es muy grave.

—¡Yo no le acuso, murmuró Adelina; demasiado desgraciado es!

—Vamos, eso es un sueño tuyo, repuso Blanford, que se iba volviendo por instantes más sombrío; estoy seguro de que te equivocas.

—¡Pues yo estoy segura de no equivocarme! exclamó la jóven exasperada. ¡Rafael ama á otra mujer, y esa mujer es Julia!

—¿Cómo lo sabes? preguntó Diego sordamente, tras de algunos instantes de silencio.

—¿Cómo lo sé? En primer lugar, porque se lo he oido decir mil veces á Natalia; despues, por su tristeza desde que os marchasteis; al verle tan abatido fué cuando recordé lo que habia dicho Natalia delante de mí en tantas ocasiones: despues de eso, por su alegría cuando pudo comprar esta quinta, que le traia cerca de ella; ¡y ademas, hermano mio, cuando duerme la nombra entre sueños!

Diego no respondió; Adelina prosiguió así:

—¡Oh, si vieras cuán desgraciado ha sido en todo este año último, querido hermano! ¡cuánto ha sufrido! ¡cuántas veces he sorprendido lágrimas en sus ojos!

—Adelina, dijo Blanford alzando de repente la cabeza

y mostrando todas sus facciones descompuestas por el rencor, ¿quieres que hagamos una cosa, que nos sacará de dudas, que nos dirá si somos engañados los dos?

—¡Oh, sí, por cierto!

—¿Tienes valor para acompañarme á mi casa? Allí podremos cerciorarnos de la verdad, por amarga que sea.

—¿De qué modo?

—Nada más fácil; escucha: Julia tiene un secreter cuya llave no abandonaba jamas en el tiempo de nuestras disensiones domésticas; mas desde que he perdido yo la vista ya no la guarda con tanto cuidado, y suele ponerla en un cajon de su tocador: vén conmigo: tomarás la llave, abrirás el secreter y me prestarás tus ojos para ver lo que contiene: allí debe haber cartas, papeles..... ¡de allí debe brotar el rayo de horrible luz que nos saque de esta noche de dudas! ¡Porque has de saber que yo tambien dudo..... que tambien sospecho..... porque tenia más antecedentes que tú!

—¡No te comprendo! murmuró Adelina, por cuyas mejillas no dejaban de correr gruesas lágrimas.

—Yo sabía ya que Julia debía casarse con Rafael si el padre de éste hubiera vivido.

—¿Y cómo consintió ella en unirse á tí?

—Nada sabía de este proyecto.

—¿Y cómo te uniste tú á ella?

—Tambien lo ignoraba: lo he sabido despues por la señorita de Montalvan, que me lo descubrió para despertar mis celos de Rafael, á quien ella amaba.

—¡Oh, sí, eso es verdad! Segun dice Natalia, se volvió loca por él y desapareció.

— Se suicidó : estoy seguro de ello.

— ¡Oh, Dios mio, es eso posible!

— ¡Sí, en esta historia hay sangre! ¡Oh, si fuera cierta mi deshonra y yo tuviera vista, cuánta más vertería! ¡Pero no perdamos el tiempo y despertemos sus sospechas! ¡Vén..... acompáñame!

— ¡Oh, no, tengo miedo! murmuró Adelina, que temblaba.

— ¡Miedo! ¿de qué?

— ¡De tu cólera..... de tu furor; yo sabría perdonar, pero tú no!

— Vamos..... te prometo tener juicio, repuso Diego, procurando, en efecto, calmarse, porque conocía que el terror de Adelina podría estorbarle para el logro de sus planes; y además, añadió, ¿qué puedo yo hacer ahora, misero ciego? ¡Sólo puedo decir..... *después!*

Al pronunciar estas palabras, la fisonomía del esposo de Julia expresó un resentimiento tan espantoso, tan violento, y tan feroz deseo de venganza, que la joven, amedrentada, repitió :

— ¡No me atrevo!

En efecto, todos los malos instintos de aquel hombre se habían removido en su alma, tranquila, purificada, por decirlo así, por el cariño, la ternura, la adorable resignación de su esposa.

— Es preciso que hagamos esa prueba para tú tranquilidad, hermana mia, dijo con voz más dulce y más templada; ¡es preciso! además, te prometo dominarme y reflexionar.

— ¿Qué culpa tienen ellos de amarse? preguntó Ade-

lina con una tristeza que estaba, sin embargo, llena de dulzura; ¡lo cierto es que hace un año que no se ven!

— Y que tal vez no se han hablado jamás de amor.

— Ya ves que debes modificar tu enojo.

— Y lo haré : vamos y no temas.

Adelina, vencida por su propio deseo y por la seguridad que le daba su hermano, le asió del brazo y salió con él.

— Si preguntan por nosotros, advirtió al pasar por la antesala á un criado, diga V. que he salido al campo á dar una vuelta con mi hermano.

Pocos instantes después llegaban al pueblo y á la casa ocupada por Diego y su esposa.

— Busca una llave pequeña en la mesa del tocador; dijo Arturo á su hermana, y abre con ella el secreter.

Esta obedeció, y halló lo primero el pequeño estuche, que contenía las imágenes de Rafael y de su padre : luego puso la mano sobre el manuscrito de Julia : le abrió, y pasó la vista por la primera página.

Poco tardaron en correr por sus mejillas gruesas y amargas lágrimas.

— ¿Hay papeles? preguntó ansiosamente Diego, que había oído el ruido que había producido el manuscrito al desdoblarse.

Un instante de silencio siguió á estas palabras. Adelina alzó al cielo su lindo rostro, cubierto de lágrimas y trastornado por el dolor, pidiéndole consejo, y sin duda que el cielo la inspiró.

— Sí, respondió con voz que procuró hacer serena : sí,

hay papeles; pero son cartas de sus amigas y de su familia. Julia es inocente.

— ¿No me engañas?

— ¿No estoy yo acaso tan interesada como tú en decirte la verdad? respondió la generosa niña con una sonrisa llena de dolor.

— ¡Es cierto! respondió Diego; gracias al cielo, me he engañado y siento aliviada mi alma de un peso enorme! Vamos, hermana mía: cierra, y volvamos á tu casa ántes de que nos echen de ménos.

Adelina recogió el manuscrito y el medallon con el mayor silencio posible, y salió con su hermano, llegando ambos en breve á la quinta.

¿Qué pasaba en el corazón de Adelina?

¡Sólo Dios pudiera decir el dolor que se encerraba en él!

VIII.

EL MANUSCRITO.

Tres días despues de los sucesos precedentes, Julia acabó su magnífico cuadro, y lo mandó, cuidadosamente encajonado, á Madrid, á la Condesa de G....., noble y generosa dama.

Al pié llevaba la firma de *Diego Blanfort*.

Por la tarde fué á verla Clemencia, y la encontró sola en la azotea, contemplando el sol que moria.

¡Dios mio! ¿qué tienes? exclamó al verla; ¡si estás desconocida! ¡qué pálida! ¡qué flaca! ¿qué te sucede?

— No tengo nada en el cuerpo, respondió Julia, que parecia en efecto haberse vuelto la sombra de sí misma en los días que habian pasado desde la entrevista con Rafael; ninguna dolencia física me aqueja; pero mi alma desea volar al cielo.

— ¡Dios mio! pero ¿qué novedad ocurre? exclamó Clemencia alarmada.

— He vuelto á ver á Rafael.

— ¿Está aquí?

— Sí; ha venido con Adelina y viven en la quinta inmediata.

hay papeles; pero son cartas de sus amigas y de su familia. Julia es inocente.

— ¿No me engañas?

— ¿No estoy yo acaso tan interesada como tú en decirte la verdad? respondió la generosa niña con una sonrisa llena de dolor.

— ¡Es cierto! respondió Diego; gracias al cielo, me he engañado y siento aliviada mi alma de un peso enorme! Vamos, hermana mía: cierra, y volvamos á tu casa ántes de que nos echen de ménos.

Adelina recogió el manuscrito y el medallon con el mayor silencio posible, y salió con su hermano, llegando ambos en breve á la quinta.

¿Qué pasaba en el corazón de Adelina?

¡Sólo Dios pudiera decir el dolor que se encerraba en él!

VIII.

EL MANUSCRITO.

Tres días despues de los sucesos precedentes, Julia acabó su magnífico cuadro, y lo mandó, cuidadosamente encajonado, á Madrid, á la Condesa de G....., noble y generosa dama.

Al pié llevaba la firma de *Diego Blanfort*.

Por la tarde fué á verla Clemencia, y la encontró sola en la azotea, contemplando el sol que moria.

¡Dios mio! ¿qué tienes? exclamó al verla; ¡si estás desconocida! ¡qué pálida! ¡qué flaca! ¿qué te sucede?

— No tengo nada en el cuerpo, respondió Julia, que parecia en efecto haberse vuelto la sombra de sí misma en los días que habian pasado desde la entrevista con Rafael; ninguna dolencia física me aqueja; pero mi alma desea volar al cielo.

— ¡Dios mio! pero ¿qué novedad ocurre? exclamó Clemencia alarmada.

— He vuelto á ver á Rafael.

— ¿Está aquí?

— Sí; ha venido con Adelina y viven en la quinta inmediata.

—¡Desgraciada amiga mía! ¿y es su sola vista la que ha hecho en tí tan rudo estrago? ¿luego le amas?

—¡Sí! es en vano que te lo niegue, ó mejor dicho, que me lo niegue á mí propia, contestó Julia; ¡desde que existo he ido en busca de un amor soñado ó adivinado desde muy léjos, pero que ha huido de mí, tan fugitivo como la imágen de mi gloria!

—Pero ¿no estabas tranquila? ¿no vivias contenta y feliz al lado de tu marido? ¿no le habias perdonado ya? Yo te veía en reposo, consolada, curada ya de la terrible languidez que te ha aquejado y que parecia minar tu vida..... Julia, ¿qué horroroso cambio es éste, que tanto me espanta? ¿qué tienes?

—No lo sé, respondió la artista con voz que parecia debilitada por el combate interior que hacia tres dias le robaba el sueño y el reposo; no sé lo que tengo; creo que es fatiga de luchar con esta vida miserable; ya sabes cuán desgraciada he sido siempre, y que no he disfrutado más que muy poco tiempo de la felicidad doméstica, que es la sola verdadera; pues bien, gracias al cielo, creo que pronto saldré de esta tierra de dolor.

—¿Pero y la gloria? ¿y tu gloria?

—Toda se la he cedido á mi marido, y esto te probará, aunque me creas generosa, en cuán poco la estimo ya; eso es lo que más difícilmente se cede, y sin embargo, yo he renunciado á la mía sin el más leve pesar: mis dos últimos cuadros llevan la firma de Diego, copiada por mí.

—¿Tambien Santa Teresa?

—Tambien.

—¡Oh, pero lo que has hecho, más que generosidad, es una locura, exclamó Clemencia con calor; ¿quién te ha autorizado para ceder eso? ¿merece acaso ese hombre tan inmenso sacrificio?

—No: ya lo sé; pero vale más que esa gloria le aproveche á él, que ha de vivir, que á mí, que me muero.

—¡Ah, si ese hombre te hubiera amado como merecias, tú hubieras sido dichosa!

—¡Es verdad! repuso Julia con tristeza: las mujeres en la primera edad amamos á aquel que nos ama: si despues soñamos, y esos sueños se llegan á convertir en realidades más ó ménos criminales, la culpa es de ellos: yo me hubiera consolado fácilmente de la burla de la suerte, que me arrebató al que debia ser mi esposo, si el que lo era hubiera sido bueno y justo para mí; pero desgarró mi corazon, y esas heridas, calmadas por el bálsamo del trabajo, han vuelto á abrirse y á enconarse, para no curarse jamas.

Clemencia no respondió nada: tenía entre las suyas una mano de su amiga y lloraba desconsoladamente.

—¡La gloria! murmuró Julia, siguiendo en el cielo, que ya vestian los tibios resplandores del crepúsculo, las columnas de azulado humo que se elevaban de las blancas chimeneas del pueblo; ¡la gloria! ¡su senda está erizada de espinas, y ese humo es su imágen más fiel! ¡mirale cómo se disuelve en el aire, y cómo ni un átomo de él queda en la limpidez de la atmósfera! Hasta hace algunos dias, áun creia que la pudiera alcanzar; pero ahora ya no tengo esperanza más que en aquella que Dios promete al que toma su cruz y le sigue. Sin

embargo, prosiguió, áun tendré fuerzas para acompañar á mi marido á Inglaterra y estar á su lado hasta que recobre la vista.

—¡Será posible! ¿vas, pues, aún á imponerte otro nuevo sacrificio?

—Ese es mi deber; además, ¡así huyo de él!

En aquel instante entró en la azotea Adelina: venía también pálida y abatida, y sus ojos, hundidos por el insomnio, estaban asimismo enrojecidos por el llanto.

Detúvose á la puerta, como dudando si entraría en la azotea: su corazón herido sangraba aún; pero Julia la vió y le hizo una señal con la mano.

—Vén, le dijo, vén, querida niña: deseaba verte para darte un encargo.

Adelina se acercó: Julia prosiguió así:

—Esta noche marcho con tu hermano á Londres, y no volveré.

—¡Julia! exclamaron á la vez Clemencia y Adelina.

—¡No volveré! repitió la artista; bajo aquellas nieblas hallaré mi tumba..... ¡pero no me lloreis, porque voy á ser dichosa por fin!

Adelina se arrojó, bañada en llanto, en los brazos de la generosa jóven: Julia la sentó sobre sus rodillas, sacó una llave del bolsillo de su traje, y dijo:

—Abre con ella el cajón de mi secreter, y saca de él lo que contiene: es un manuscrito y un medallón con dos retratos: los papeles léelos y quémalos al instante; el medallón guárdalo.

—Aquí están ambas cosas, dijo Adelina echando sobre el regazo de Julia los papeles y los retratos: Diego

sospechaba de tí, y me suplicó que registrase el contenido de tu secreter y que le diese cuenta de lo que hallase.

—¿Y lo has hecho?

—¡Yo! exclamó Adelina; ¿podía olvidar que tú pediste un día en París dinero prestado sobre tu trabajo porque yo tenía hambre y nadie se acordaba de darme de comer? ¿podía olvidar que siempre me has amado, que siempre has sido buena para mí? ¡Nada sabe Diego, pues le dije que los papeles que tenías eran cartas de tu familia!

—¡Gracias, hija mía! ¡eres un ángel! exclamó Julia abrazando con ternura á Adelina.

—No, respondió ésta; soy sólo una mujer que sabe lo que otra mujer ha sufrido, y la compadece! Desde que he leído ese manuscrito, dirigido á un muerto, y en el cual has depositado toda tu alma, he dejado de ser niña: mi juicio ha alcanzado madurez, y sé compadecer y perdonar. Rafael y yo pediremos á Dios cada día, en una plegaria comun, que te haga dichosa: guardaré para siempre esos papeles y esos retratos, y cuando sea desgraciada, me acordaré de tus penas, de tu valor y de tu resignación.

—Y acuérdate también, hija mía, añadió Clemencia, que fué mártir de su deber, y que prefirió la muerte siendo honrada, á ser dichosa con el hombre á quien amaba, por no faltar á las leyes del honor y de la virtud.

Adelina se arrojó en los brazos de Julia, y ambas permanecieron abrazadas durante largo rato.

IX.

ÚLTIMOS REFLEJOS DE LA LÁMPARA.

Julia recibió muy pronto el importe de su cuadro en un paquete de billetes de banco, con sobre á Mr. Blanford : la Condesa habia reconocido el gran mérito de la pintura y habia aumentado la suma : al dia siguiente la jóven salió con su marido para Lóndres.

Nada quiso decir á Diego de su último sacrificio, dejando á Clemencia y á Adelina el cuidado de enterarle de él más adelante.

Rehusó despedirse de Rafael : diríase que estaba condenada por la suerte á una eterna y silenciosa abnegación.

Dos meses despues, el doctor inglés levantaba el vendaje de los ojos del ciego, en la habitacion de la fonda que ocupaban en Lóndres.

Debo decir, en honor de Diego, que su primera mirada fué para buscar á su esposa.

Divisóla sentada en un sillón, y corrió hácia ella, arrojándose á sus piés.

—¡Oh mi ángel tutelar! exclamó; ¡todo te lo debo á tí!

—¡Silencio! le dijo el doctor; evítele V. toda conmoción, caballero, pues podia serle peligrosa.

—¿Qué sucede, pues, Dios mio? exclamó Diego; ¿qué tiene Julia? ¿por qué está tan pálida?

—Está enferma hace dos meses; desde la llegada de ustedes aquí: mejor dicho, lo estaba ya cuando vino.

—¡Pero si esta mañana me habló....

—Es verdad.

—Y ese letargo ¿qué significa? está pálida, helada; ¡ah, Dios mio!

Al oír aquel grito, abrió Julia sus bellos ojos azules y los fijó en su esposo.

Nada habia ya en ella de material y de terrestre: el alma se veía en su mirada y en su sonrisa, y una alegría celeste bañó su semblante al ver á Diego delante de ella.

—Amigo mio, dijo con dulzura, voy á dejarte, pero me voy consolada porque sé que ya no me necesitas.

—¿A dónde te vas, Julia? preguntó su marido, que lloraba sin poderse explicar el por qué.

—¡Al cielo! respondió la artista señalando el firmamento con ademán solemne; hace más de un mes que mi vida se sostiene artificialmente, ó más bien, por lo mucho que he pedido á Dios que me la concediese hasta verte curado: ahora me llama á su seno, y voy á él!

—¡Con que, me dejas!

—¡Sí, para esperarte allí arriba!

—Pero, ¡Dios mio! ¿qué es esto? ¿cuál es su enfermedad? ¿de qué se muere? ¡respóndame V., doctor! gritó Diego, que habia vuelto á ser para Julia, desde su

curacion, lo que era cuando se casó con ella; ¿qué enfermedad es la suya?

—Es una enfermedad de languidez, caballero.

—Pero ¿qué ha podido producirla?

—El haber sufrido mucho moralmente.

—¡Oh, morir así, sin quejarse, sin decirme que sufría! exclamó Diego llorando. ¡Oh, Julia, con demasiada crueldad me castigas por lo que te he hecho padecer!

—Va á su patria, dijo el doctor; ángeles así no son de este mundo.

—¡Oh, si supiera V., doctor!..... ¡muere llena de gloria, y ahora empezaba á andar su camino!

—¡Valor, querido Diego! murmuró Julia con voz debilitada; dejo esta efimera gloria..... por la eterna; ¿qué más puedo desear?.....

Nadie contestó á estas palabras: el doctor salió y mandó buscar á un sacerdote católico.

Diego sollozaba: tenía entre sus manos las de Julia, que besaba de cuando en cuando: hubiera querido, á costa de su vida, devolverle la salud.

Pero la joven se desfiguraba por instantes: la luz de sus ojos se eclipsaba, y moría su sonrisa como los últimos rayos del sol en una serena tarde.

El sacerdote tardó poco en llegar.

Su mision allí era de escasa fatiga. Julia se habia confesado dos dias ántes, y moría además como una santa.

Limitóse á orar con ella, pues estaba tan resignada y casi tan alegre, que no habia consuelos que prestarle, puesto que ninguno necesitaba.

Hubo un instante en que todas las nieblas de la muerte desaparecieron, y en que adquirió su semblante una expresion sublime.

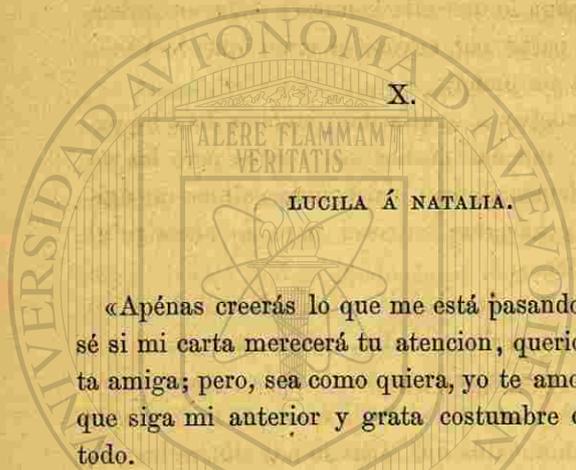
Elevó los ojos al cielo y murmuró:

—¡Dios mio, voy hácia tí; acógeme en tu seno!

Estas palabras fueron pronunciadas con voz clara y firme.

Un instante despues Julia habia espirado, y su alma recibía en el cielo la triple corona del martirio más doloroso, la de la más inmaculada virtud y la del genio más sublime.

Fué una luz que brilló durante breves instantes, y se apagó otra vez para volver á brillar en el cielo.



«Apénas creerás lo que me está pasando, y tampoco sé si mi carta merecerá tu atención, querida y opulenta amiga; pero, sea como quiera, yo te amo y es forzoso que siga mi anterior y grata costumbre de contártelo todo.

»Clemencia, aquella Clemencia á la que tanto temía, es hoy la amiga más verdadera, incluso tú, que la Providencia pudiera haberme dado: su prudente reserva ha muerto todas las ilusiones culpables de mi marido; pero ¡ay! que otra mujer, no tan buena como ella, le ha preso en sus redes, y no sé cuándo podrá desenredarse, gracias á su carácter romántico y exaltado, que todo lo ve bajo un prisma exagerado.

»¿Y sabes quién es esa mujer?

»Tu amiga la Marquesa de T....., ó mejor dicho, la que no pudiendo ya engañar á nadie en ésa con su fingido título, ha venido aquí á embaucar á algunos tontos, en cuyo número se encuentra mi marido.

»Carlos va todos los días á verla, y la acompaña de noche cuando va á sus compras y á los paseos solitarios;

pero no va con ella al teatro ni á los sitios públicos; ése es el castigo de las mujeres de su clase.

»Tampoco paga lo que ella compra; paga en versos, que ella hace pasar por suyos, el amor que le vende esa aventurera sin pudor.

»Otra vez vuelvo á exaltarme: muchos días he pasado llorando, muchas noches sin sueño; pero las reflexiones de Clemencia han conseguido calmar mi agitado espíritu y hacerme entrever para lo sucesivo el alivio de mis penas.

»¡Y luégo, mis pobres hijos!..... ¡Ay, Natalia! En mi clase, es decir, en la clase media, todo el peso, todos los cuidados, todas las amarguras de la vida recaen sobre la que es esposa y madre, sobre la que está al frente de una casa! ¡Es indudable que cuando hay dinero las penas son mucho menores!

»Tú en mi lugar bien sé lo que harías: tomarías un amante para vengarte de tu marido: yo quizás lo hubiera hecho ya también, á no ser por los consejos y las reflexiones de Clemencia; pero escucha lo que me dice cuando yo me quejo y lloro:

»—Amiga mía, vale más que su esposo de usted se haya encaprichado de ella que de mí: yo soy una mujer que creo valer algo, y pudiera haberse convertido en pasión su admiración por mis obras, en tanto que lo que siente por ella jamás pasará de ser un capricho, que morirá el día que ménos se espere; déjele V., pues, y haga como que nada ve; semejantes conquistas no merecen que V. se queje y llore.

»Conocí que tenía razón: en efecto, nada adelantaba

yo con llorar, con quejarme, con reconvenirle, con llenarle de improperios : nada conseguia con matarme y con que mis hijos me perdieran, y tuve por lo más acertado callar y esperar, que es, segun dice Clemencia, el partido mejor y más prudente.

»La insigne *Marquesa*, que se dice viuda y creo que jamas tuvo marido, ha hecho la conquista de Cárlos por dos razones : porque sabiendo que es regular poeta, quiso que sostuviese con sus versos su reputacion de literata, y porque, conociéndole apasionado de Clemencia, á la que tiene una envidia mortal, quiso arrebatarle lo que ella juzgaba su conquista.

»Pero Clemencia es un ángel, que vive entre dos ancianos, y que ama á un hombre que ya está en el cielo.

»Adios, Natalia : sé dichosa y no olvides á tu amiga, que te ama siempre y te abraza,

LUCILA.»

Natalia recibió esta carta y se rió á carcajadas.

Se habia convertido en un tirano desapiadado de su viejo esposo, el que pasaba su vida solo y encerrado en su cuarto, y sin más servicios que los que le prestaba un anciano criado suyo.

Natalia no tenía sólo amigos; tenía tambien amantes, que la acompañaban á todas partes, y comian á su mesa y le ayudaban á gastar las riquezas de su marido, que no eran por cierto tan considerables como ella habia pensado.

La pobre mujer sólo habia conseguido su título de *señora*, porque la alta sociedad, por mucho que se la acuse de tolerante, no tolera en su seno escándalos de cierta clase.

No consiguió penetrar en los salones de la aristocracia, ni que ésta frecuentase los suyos ; así es que estaba reducida á la sociedad de hombres solos y á la de algunas mujeres de vida dudosa.

¿La seguiremos, lector mio, en su senda de escándalo y de perdicion ?

No lo creo necesario.

Tú conoces muy bien á esta clase de mujeres y sabes cuál es su término : la miseria y el abandono de todos.

Dejemos, pues, á Natalia en su invariable carrera, y volvamos á dar la postrera mirada á los demas personajes de esta historia, algunos de los cuales tengo la vanidad de creer que te son interesantes.

XI.

CONCLUSION.

Quince dias despues de la muerte de Julia volvió Diego á Madrid, con vista, pero abatido y triste.

A pesar de lo helado y egoista de su naturaleza, los sacrificios de su esposa y su largo martirio habian dejado una profunda huella en su corazon.

Poco despues de su llegada recibió una carta de la Condesa de G....., donde le decia que habia quedado tan contenta de su Santa Teresa, que le suplicaba le pintase un San Juan de la Cruz del mismo tamaño.

Diego fué á ver á Clemencia, á la que no se habia atrevido aún á visitar, porque sabia que en su interior le acusaba como al asesino de su amiga.

Encontró á la jóven vestida de luto y retirada en su escritorio, donde le recibió con una frialdad llena de altivez.

—Señora, dijo Diego, esta carta, que he recibido hoy, me ha llenado de asombro y de rubor. ¿Será verdad que aquel ángel hizo aún por mí ese sacrificio más?

—Sí, caballero, respondió Clemencia con dolor; su último cuadro, el que pagó con su importe la curacion de V., fué pintado por ella.

—¿Pero lleva mi firma?

—La lleva : no pudiendo dar á V. otra cosa ya, le ha dado la gloria que tanto le envidiaba; pero ¿sabrá usted conservarla y hacerse digno de ella? Creo que no.

Diego no respondió nada : lloraba en silencio.

Clemencia, que se hallaba violenta en su presencia, se levantó y salió de la estancia.

Blanfort salió poco despues : las últimas palabras de Clemencia habian despertado toda su cólera : corrió á su casa, y empezó el San Juan encargado por la Condesa.

Su amor propio herido, aquel amor propio incurable, se sublevó en su alma, que no alcanzaba á elevar ni aún la desgracia.

Pero aunque pidió y obtuvo que le enviasen á su casa la Santa Teresa; aunque procuró imitar su divino estilo todo lo posible, sus esfuerzos para que su pintura no desdijese de aquélla fueron inútiles; y al mismo tiempo que del lienzo que representaba á la Fundadora brotaban raudales de luz, el del Fundador no pudo pasar de una vulgar medianía.

La Condesa, que era verdaderamente inteligente y entusiasta por las artes, rehusó el cuadro, aunque envió al pintor su importe.

Diego rehusó á su vez aquel dinero, y marchó á Paris, donde fué á vivir al lado de su hermana Natalia, que un dia le dijo bonitamente :

—Hermano mio, voy á decirte lo que en cierta ocasion me dijo á mí tu mujer.

—¿Y qué fué?

— Lo siguiente : que como no has nacido rico, necesitas trabajar.

Blanfort comprendió la indirecta y se puso á dar lecciones.

— Un año despues se casó con una viuda rica y gruesa, dueña de una casa de huéspedes, y que hizo de él su tenedor de libros.

Este fué el fin de su carrera, en la que jamas logró columbrar ni áun la sombra de la gloria.

¡ Desgraciada Julia!

¡ Por qué te unió la suerte á un hombre vulgar y egoista!

Pero no debo yo llorarte, porque tal vez Dios te preparó el martirio para darte despues su eterna gloria y una corona de luz á los piés de su trono soberano.

Rafael y Adelina viven dichosos y padres de cuatro hermosos hijos ; la jóven no se quejó del amor de su esposo á la que habia sido esposa de su hermano, pero procuró borrar con su amor aquella memoria amarga del corazon de su marido.

Ella reza á Julia como á una santa, y algunas veces Rafael y sus hijos la acompañan en sus plegarias.

Clemencia ha cumplido con todos sus deberes respecto á los dos ancianos, por quienes veló con la solicitud de un ángel.

Hoy han muerto y está viuda, rica y libre ; pero jamas se volverá á casar.

Su amor, pasada la impresion que le hizo la semejanza de Cárlos con su perdido Luis, su amor único es su arte.

ÍNDICE.

	Páginas.
Al público	v

LIBRO PRIMERO.

I.—Cuadro de familia.....	7
II.—Natalia Blanfort á Lucila Merry.....	13
III.—Doña Andrea y sus hijos.....	18
IV.—Perseverancia.....	24
V.—La luna de miel.....	30
VI.—Nubes.....	34
VII.—Esclavitud.....	40
VIII.—Cambio.....	47
IX.—El legado del maestro.....	56
X.—Aumento de familia.....	64

LIBRO SEGUNDO.

I.—La discipula.....	73
II.—El confidente de Julia.....	88
III.—La revelacion.....	101
IV.—Amenazas.....	110
V.—Aprestos para el combate.....	115
VI.—Dos mujeres como hay pocas.....	128

— Lo siguiente : que como no has nacido rico, necesitas trabajar.

Blanfort comprendió la indirecta y se puso á dar lecciones.

— Un año despues se casó con una viuda rica y gruesa, dueña de una casa de huéspedes, y que hizo de él su tenedor de libros.

Este fué el fin de su carrera, en la que jamas logró columbrar ni áun la sombra de la gloria.

¡ Desgraciada Julia!

¡ Por qué te unió la suerte á un hombre vulgar y egoista!

Pero no debo yo llorarte, porque tal vez Dios te preparó el martirio para darte despues su eterna gloria y una corona de luz á los piés de su trono soberano.

Rafael y Adelina viven dichosos y padres de cuatro hermosos hijos ; la jóven no se quejó del amor de su esposo á la que habia sido esposa de su hermano, pero procuró borrar con su amor aquella memoria amarga del corazon de su marido.

Ella reza á Julia como á una santa, y algunas veces Rafael y sus hijos la acompañan en sus plegarias.

Clemencia ha cumplido con todos sus deberes respecto á los dos ancianos, por quienes veló con la solicitud de un ángel.

Hoy han muerto y está viuda, rica y libre ; pero jamas se volverá á casar.

Su amor, pasada la impresion que le hizo la semejanza de Cárlos con su perdido Luis, su amor único es su arte.

ÍNDICE.

	Páginas.
Al público	v

LIBRO PRIMERO.

I.—Cuadro de familia.....	7
II.—Natalia Blanfort á Lucila Merry.....	13
III.—Doña Andrea y sus hijos.....	18
IV.—Perseverancia.....	24
V.—La luna de miel.....	30
VI.—Nubes.....	34
VII.—Esclavitud.....	40
VIII.—Cambio.....	47
IX.—El legado del maestro.....	56
X.—Aumento de familia.....	64

LIBRO SEGUNDO.

I.—La discipula.....	73
II.—El confidente de Julia.....	88
III.—La revelacion.....	101
IV.—Amenazas.....	110
V.—Aprestos para el combate.....	115
VI.—Dos mujeres como hay pocas.....	128

	Páginas.
VII.—El ángel se hace mujer.....	138
VIII.—Las huellas del vicio.....	146

LIBRO TERCERO.

I.—Clemencia Merval.....	155
II.—Un español y un frances.....	166
III.—Las dos artistas.....	176
IV.—El beso.....	186
V.—La venganza.....	196

LIBRO CUARTO.

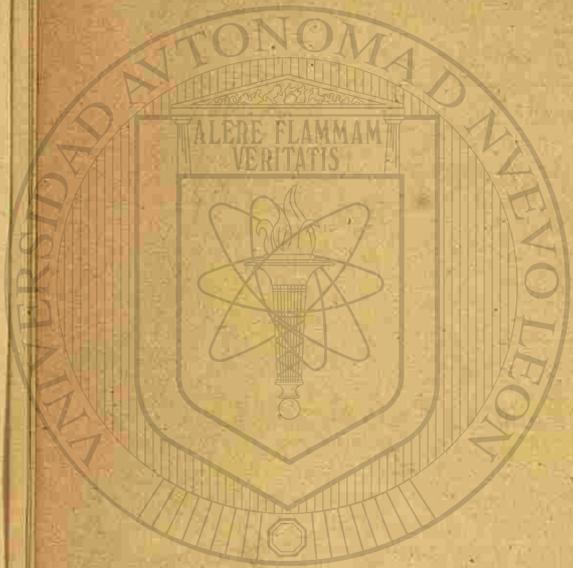
I.—El museo de Pinturas.....	201
II.—Lugares sombríos.....	213
III.—Enfriamiento del alma.....	225
IV.—La declaracion.....	232
V.—Julia á su maestro.....	240
VI.—Los prometidos esposos.....	245
VII.—Continuacion del anterior.....	253
VIII.—Correspondencia.....	260
IX.—Celos.....	270
X.—Sombras.....	275
XI.—El castigo.....	281
XII.—Proyectos de enlace.....	291
XIII.—Aviso.....	299

LIBRO QUINTO.

I.—Esperanzas.....	309
II.—Respectivas situaciones.....	320
III.—La invitacion.....	334
IV.—La gloria.....	341
V.—El oro y el oropel.....	353

	Páginas.
VI.—Nuevas luchas.....	358
VII.—Las pesquisas.....	363
VIII.—El manuscrito.....	369
IX.—Últimos reflejos de la lámpara.....	374
X.—Lucila á Natalia.....	378
XI.—Conclusion.....	382

FIN DEL ÍNDICE.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS